
3 1761 09545878 2
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

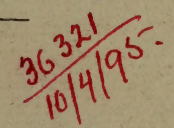
POESÍAS

DE

D. JUAN MELENDEZ VALDÉS,

FISCAL QUE FUE DE LA SALA DE ALCALDES DE CASA Y CORTE, É INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE S. FERNANDO.

TOMO III.



MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1820.

Si te digna manet divina gloria ruris.

Virg.

LAS BODAS

DE CAMACHO EL RICO,

COMEDIA PASTORAL.

Habiendo determinado la Villa de Madrid celebrar la paz ajustada en 1783 y el feliz nacimiento de los Serenísimos Infantes gemelos CARLOS Y FELIPE con festejos públicos extraordinarios, obtuvieron el premio *las Bodas de Camacho*, para representarse en ellos en el teatro de la Cruz.

INTERLOCUTORES.

CAMACHO EL RICO, AMANTE DE

QUITERIA LA HERMOSA, SU NOVIA, Y AMANTE DE BASILIO.

PETRONILA, SU HERMANA, Y AMANTE DE CAMACHO.

BERNARDO, PADRE DE AMBAS.

BASILIO EL POBRE, AMANTE DE QUITERIA.

CAMILO, AMIGO DE BASILIO.

DON QUIJOTE, CABALLERO ANDANTE.

SANCHO PANZA, SU ESCUDERO.

UN PASTOR.

COROS Y ACOMPAÑAMIENTO DE ZAGALES Y ZAGALAS.

PRÓLOGO.

EL AMOR.

¿Quién puede resistir al triste lloro
Y angustia lastimera
De un amante infeliz y abandonado?
O qué bárbara fiera
Negarse puede á su clamor? el cielo,
El cielo mismo de su amargo duelo
Se mueve: y cual envia
Su benigno rocío al mustio prado
Que le alegra y fecunda, asi á su alma
Torna por mí la suspirada calma,
Y alivia su cuidado.
Por mí, que soy el dios de la alegría,
Las risas y el placer, Amor en suma,
Cual lo dicen mis alas, mi semblante,
Estas mis flechas y mi aljaba de oro.
Entonces el amante,
Ledo y feliz, el sazonado fruto
De su fe recogiendo,
Goza en paz las ternuras de su amada,
De mis flechas dulcísimas llagada.
¡Dichoso entonces él, que por tributo

Sus deliciosas lágrimas bebiendo,
Ya le ciñe la sien de tiernas flores,
Ya escucha sus favores,
Ya canta su hermosura,
Ya encarece su ardor y su ventura!
¿Y habrá quien acusarme
Pueda de ingratitud, y ose llamarme
Vengativo y cruel? Vengan y vean
Los hombres lo que soy, si es que desean
Al amor conocer: darles me agrada
Hoy entre estos pastores inocentes
Un nuevo testimonio de mi pura
Sencilla inclinacion: hoy la ternura
Será galardonada
Del mísero Basilio: y sus dolientes
Ansias se trocarán en alegría.
¡Cuál gime el infeliz! ¡cuál se querella
De su Quiteria bella!
Que estos los nombres son de los zagales,
En años, en ternura, en todo iguales,
La enojosa pobreza
Los lleva al duro trance de la muerte.
¿Mas qué no puede amor? ¿qué la fineza
De los dos no merece? la lazada
Que en uno junte su felice suerte,
Por mí les será echada:

Y hoy Quiteria la hermosa
Será con su Basilio venturosa;
Y él con su amada vivirá seguro.
Yo llamaré al Ingenio: y sus sutiles
Graciosas invenciones
A mi arbitrio usaré: de la Locura
Tambien he de valerme;
Y aun la misma Amistad, su candor puro
Olvidando, usará de la librea
Del engaño falaz por complacerme.
¡O inmenso poder mio que á su grado
Todo lo ordena y muda! ¡ó bien hadado
Basilio fiel! ¡ó hermosa,
Y mucho mas dichosa
Quiteria! vendrá un dia,
Cuando soneis en plácida armonía
Allá do besa humilde Manzanares
Los altos sacros lares
Del mayor de los Reyes,
Que dió á la tierra atónita sus leyes.
Entonces deliciosa
Lá santa paz descenderá del cielo;
Y con su puro trasparente velo
El orbe cubrirá: mientras gozosa
En duplicada prole su ventura
Logra Iberia segura.

Prole del alto Empíreo acá enviada,
Y á los ardientes votos acordada
Del Abuelo Real y venerable.
¡Vivid, creced, Pimpollos florecientes!
¡Creced, preciosos Niños, de las gentes
Españolas consuelo,
Y honor y gloria del humilde suelo!
¡O PRINCIPE benigno! ó LUISA amable!
O grande! ó justo CARLOS! ¡cómo os veo
De laurel coronados,
Y de Iberos felices rodeados,
En medio de la Paz y la Victoria
Subir al alto templo de la Gloria!

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

BASILIO.

Ay! ¡cómo en estos valles,
Morada antes de amor, hoy del olvido,
Basilio fue dichoso!
O tiempo! tiempo! ¿dónde presuroso
Tan de presto has huido?
La crédula esperanza que mi pecho
Abrigo tantos años, ¿qué se ha hecho?
¿Es esta, infiel Quiteria, la ventura
De tu zagal amado?
Amado sí, cuando inocente y pura
Como la fresca rosa,
Y mucho mas hermosa,
Nos dió el amor sus leyes celestiales.
En fin todo lo alcanza la riqueza;
Y en adorar el oro son iguales
Ciudades y alquerías.
El mérito es tener; y la belleza
Cede del poderoso á las porfias,

Cual débil caña al viento.
¡Quién temiera traicion y fingimiento,
Ah Quiteria, en tu fe! ni que yo ahora
Maldijese impaciente
La lengua engañadora
Que decirme solia:
,,Nada temas, Basilio; eternamente
,,Quiteria será tuya: á tí se fia
,,Mi virginal decoro:
,,Como tuyo le guarda y le venera...."
¡Qué guardarlo sirvió, si cuando ménos
Debiera ser temido,
A Camacho tu padre te ha vendido!
¡O pechos crudos de piedad agenos!
O Bernardo! No padre,
Tirano sí, tal joya
No te la dió para Camacho el cielo:
Yo la merezco solo: la he ganado
Sirviendo y adorando tantos dias:
Fruto es de mi cuidado
Y de las ansias mias.
Oh! dámela, cruel: no de mi seno
Robes con mano fiera
La inocente cordera
Para encerrarla en el redil ageno.
Y tú, aleve pastora,

¿Por qué el consejo de tu padre sigues?
¿No basta ser señora
Del cuitado Basilio? te faltaba,
Sí, del feliz Camacho la riqueza:
Pero ¡cuánta ventura te aguardaba
En mi humilde pobreza!
¡Cuál yo trabajaria
Alegre para tí de noche y dia!
Con abundosos bienes justo el cielo
Premiara mi solícito desvelo.
¡Y qué los bienes son con los placeres
De un amor mutuo y fino!
Pero tú sigues el comun destino;
Y desmentir tu condicion no quieres.
Sigue, sigue homicida,
Que yo el camino seguiré que el hado
Señala crudo á mi infelice vida,
Acabando con ella y mi cuidado
Por triste complemento
De tus infieles bodas.... Pasos siento.
Huyamos hácia aqui, que ya insufrible
Lo es todo á mi dolor.

ESCENA II.

BASILIO, CAMILO.

CAMILO.

¡Será posible
Hallazgo tan feliz, ó mi deseo
Me burla en lo que veo!
Basilio! ¿tú en el valle? tú en mis brazos?
¡Mi querido Basilio!

BASILIO.

Ay Camilo!

CAMILO.

¿Qué estrella tan dichosa
A mis ojos te vuelve? yo temia
Algun fin desastrado
Desde el aciago dia
En que el fatal concierto fue ajustado
De Camacho y Quiteria;
Y tú zeloso, triste, dolorido,
Cual novillo furioso que vencido
Fue en la lucha, del valle te ausentaste,
Llenándonos de amargo desconsuelo
Con las sospechas de tu cruda muerte.

BASILIO.

¡Pluguiera al justo cielo

Que ella hubiese acabado
Con presto golpe mi infelice suerte!

CAMILO.

¡Y en el dia á las bodas señalado
Tornas á renovar tus desventuras
Entre sus regocijos y alegrías!
¿O has olvidado á tu enemiga bella?

BASILIO.

No lo consiente mi contraria estrella,
Pastor amigo: las desdichas mias
Crecen como la llama
Por intrincada selva en el estío.

CAMILO.

¿Pues qué causa te vuelve?

BASILIO.

El mas impío
Furor, la mas rabiosa
Determinada voluntad que pudo
Caber en pecho de pastor. Sí, bella
Cuanto fálsa Quiteria, está segura
Que presto, presto acabará tan crudo
Dolor, pues tú lo quieres.

CAMILO.

¡O anuncio infausto! ó nueva desventura!
O mísero zagal! vuelve á tu seso;
Y tu clara razon no ultrajes loco

Con tan culpable exceso.

BASILIO.

¡Aun te parece mi tormento poco!
No, zagal, mi destino
Es morir por Quiteria: yo vivia
Para adorarla fino:
Hoy á Camacho ha de entregar su mano;
Y la esperanza mia
Acaba de agostarse. ¡Quién tan vano
Fruto coger temiera
De tan florida mies! ¡quién tus palabras,
Quiteria fementida, no creyera!

CAMILO.

Ah zagal! que deliras con el cuento
De tu pasada gloria,
Doblándote las ansias su memoria.

BASILIO.

No puedo refrenar el pensamiento.
Tú conoces mi amor: tú, amigo, sabes
Que de la edad mas tierna
Sola su ley mi voluntad gobierna.
Pared en medio la enemiga mia
De mi casa vivia:
Casi á un tiempo nacimos,
Y juntos nos criamos,
Y ya en la cuna misma nos amamos.

Apenas empezaba
A hablar aun balbuciente,
Ya con gracia inocente
Su esposo me llamaba,
Y á mis brazos corria;
Y los suyos me dába, y se reia:
Yo la amaba tambien; y con mil juegos
Pueriles la alegraba,
Ya travieso saltando
Tras ella en la floresta,
Ya su voz remedando
Con agradable fiesta,
Ya en pos de un nevado corderillo
Corriendo en rededor de los rediles,
O acechando el pintado jilguerillo
En las varas sutiles
Llenas de blanda liga.
Voluntad tan acorde y tan amiga
Jamas fue vista en una edad tan breve.
El par mas fiel de tortolas amantes,
En el mas hondo valle retiradas,
Y solo á acariciarse abandonadas,
Eran para los dos ejemplo leve.
Una la voluntad, uno el deseo,
Una la inclinacion, uno el cuidado,
Amar fue nuestro empleo

Sin saber que era amor; y en tanto grado
Que ya por la alquería
De todos se notaba y se reïa
Nuestra llama inocente.
Despues en la puericia floreciente
Mi anciano padre á gobernar me puso
El hato de mis cabras; y su padre
Igualmente dispuso
Que ella á pastar por los alegres prados
Sacase sus ganados.
¡Ay qué felices dias!
¡Qué sencillas y puras alegrías!
Si ella se enderezaba hácia un otero,
Yo estaba allá primero;
Y si al valle bajaba,
En el valle esperándola me hallaba.
No hubo flor, no hubo rosa de mi mano
Cogida que en su seno no parase:
No hubo dulce tonada
Que yo no le cantase,
Ni nido que en su falda no pusiese:
Mis cabritos saltando la seguian;
Y la sal sus corderas me lamian
En la palma amorosas.
De esta suerte las horas deliciosas
En grata union pasábamos felices,

Cuando un deseo de saber nos vino
Qué era amor, de manera
Cual si un encanto fuera,
Y á un zagal ya maestro preguntando:
,, Un niño hermoso, respondió burlando,
,, Halagüeño, festivo, bullicioso,
,, Con alitas doradas,
,, Que causa mil placeres y dolores.
,, Gusta de los pastores,
,, Y de edad floreciente:
,, El pecho agita y mil suspiros cria:
,, Hace hablar á los rudos dulcemente,
,, Hace velar, y el corazon abrasa;
,, Y olvida del ganado,
,, Pensando solo en el sugeto amado,
,, Y solo con su vista da alegria...."
Quiteria se encendia;
Y yo turbado estaba aquesto oyendo,
Consigo mismo cada cual diciendo:
Yo me agito y suspiro,
Yo canto dulcemente, y yo me abraso,
Velo, me quejo, y lloro;
Ay! á Quiteria: ay! á Basilio adoro.

CAMILO.

¡Discurso bien extraño! ¡Y mas extraña
Simplicidad la vuestra!

BASILIO.

Desde entonces
Sabiendo que era amor, á amar nos dimos
Con inquietud tan rara,
Que en vano á ponderártelo bastara,
Contando un dia entero mis venturas.
¡Qué promesas hicimos!
¡Qué afectos! qué ternuras!
¡Qué dulce libertad! y qué delicias!
Imagina, Camilo, las caricias,
Las miradas, los juegos, los favores
Que hallarian dos pechos abrasados
En el amor mas puro.

CAMILO.

Fingírselos no puede el mismo amante
Fuera de aquel afortunado instante.

BASILIO.

Siete veces Abril tornó florido,
Y Diciembre aterido,
Viviendo yo seguro
Sin rezelar mudanza,
Cuando Camacho ¡o bárbara memoria!
Vino á arrojar por tierra mi esperanza;
Y yo resuelto me partí del valle
A dar fin á mi vida
Desesperado y fiero.

No de intencion mudé: mas ora quiero
Que ante sus ojos sea;
Y que la ingrata, la perjura vea
En el momento de sus tristes bodas
Con qué extremo la amaba
Este desventurado,
Y hasta qué punto mi despecho llega.

CAMILO.

¡Ay Basilio infelice! que te ciega
Tu zelosa pasion.

BASILIO.

Quizá mudado
Su pecho entonces llorará mi suerte,
Vivo gozar queriendo
Al que ahora por pobre da la muerte.

CAMILO.

¡Vano consuelo para mal tan grave!

BASILIO.

Este me resta solo.

CAMILO.

Aun otro queda.

BASILIO.

¿Cuál? dímelo, Camilo...

CAMILO.

El que tú hablaras
A Quiteria, esforzando

Su corazon cobarde,
Que aun constante te adora,
Y por tus zelos agraviada llora.

BASILIO.

¡Yo á Quiteria....! primero
El fuego será frio, el sol escuro,
Y el Mayo irá sin flores,
Que yo la hable, ni vea.
No, zagal, yo no quiero
Ponerme de la infiel á los desvíos,
Ni á tu intencion contravenir en nada.
Turbando en vano con los ruegos mios
La luz serena de sus claros ojos,
Ni las purpúreas delicadas rosas
De sus mejillas.

CAMILO.

¡Tu feliz ventura
Tú mismo estorbas!

BASILIO.

Tu rogar es vano.

CAMILO.

Pues por no hablarla perderás su mano.

BASILIO.

¿Como, amigo? qué dices?

CAMILO.

Que aun puede haber retorno tu fineza.

De Quiteria el silencio, la tristeza,
Su despego á Camacho, su desvío,
Sus suspiros, sus ojos,
Mas de una vez me han dicho que te adora.

BASILIO.

¡Cuán dichoso seria!

CAMILO.

Bailando en la enramada el otro dia,
Sin ser notado, y viéndola elevada
Como en tí contemplando,
Yo le dije burlando:
„Olvidale, zagala, pues le niegas
„El premio á tantas ansias merecido."
Turbose en escuchándome encendido
Su rostro de vergüenza, y sus mejillas
Salpicó alguna lágrima, que en vano
Quiso ocultar su mano.
Háblala pues.

BASILIO.

¡O firme,
Malograda esperanza! vuelve, vuelve
De nuevo á florecer: mas ¡sin ventura!
¡Cómo yo la he de hablar en este dia
Y en tanta confusion! No, no me ha dado
Amor tal osadía.

CAMILO.

Pues yo por tí lo haré; mira en qué grado
Tu dicha anhelo; y dispondré de modo
Que en secreto os veais.

BASILIO.

¡Ah dulce amigo!
Pues eres de mis lágrimas testigo,
Sensible le pondera
Mi amor, mi fe sincera.
Haz esto, y premio pide; mi ganado,
Cuanto vale Basilio, todo, todo
Está, Camilo fiel, á tu mandado.
Y adíos, que podrán verme.

CAMILO.

Aqui me espera
Dentro de un hora.

BASILIO.

Tornaré ligero,
Cual hambriento cordero
De la madre al balido.

ESCENA III.

CAMILO, DON QUIJOTE, SANCHO.

CAMILO.

¡Cuán facil es, cuán fácil al olvido,
Zagalas, vuestro pecho! la corriente
Del arroyo, del céfiro el ambiente
Tienen en su inconstancia mas firmeza;
Pues torna un solo dia
En odio crudo la mayor terneza,
Si el orgullo, el antojo, la porfia,
O el interes el ánimo os provoca.
¡Felice yo! que la esperanza loca
Lanzar del pecho conseguí..... ¿Mas cómo
Haré en bullicio tanto, que se vea
Con Quiteria Basilio? de su lado
No se aparta Camacho..... de zagales
Todo el valle está lleno..... la alegría.....
La confusion..... las danzas..... ¡Ah....! su
hermana.....
Petronila es buen medio;
Ella es vana y sagaz; y con envidia
Ve á Quiteria dichosa,
Y ama á Camacho, y estará zelosa.

Buscarla me conviene.

DON QUIJOTE.

¿Bien arrendado á Rocinante dejas?
Que ademas la cüita de Basilio
Solícito me tiene.

SANCHO.

Yo me atengo
Al ricote Camacho: muy bien hizo
La zagala en cogelle;
No sino estar sin blanca, y por las nubes
Querer luego casarse: cada oveja
Vaya con su pareja..... ¡cielo santo!
¡Qué garrido zagal! tal sea mi vida.
Qué sayo! qué limpieza!

DON QUIJOTE.

Calla, calla,
Sancho hablador, que tú como villano
Sirves al interes. Pastor hermano,
Hoy que en esta floresta la alegría
Y el regocijo viven,
¿Licencia habrá un Andante Caballero
De ver con su Escudero
Unas fiestas tan célebres y nuevas,
Cual la fama pregona?

CAMILO.

Un huesped tal de nuevo las abona.

Mas ¡qué trage! ¡qué arreo.....

DON QUIJOTE.

Non vos faga
Pavor, zagal amigo, su estrañeza.
Un caballero soy de los que dicen
Van á sus aventuras:
É que magüer de tiempos tan perdidos
Al ocio renunciando y las blanduras,
Huérfanos acorriendo y desvalidos,
Y enderezando tuertos y falsías,
Si el cielo no le amengua su esperanza,
Ha de resucitar la antigua usanza.

SANCHO.

Es mi señor el mas valiente Andante
Que tiene el mundo todo: á Rocinante
Oprime el fuerte lomo; y deja fechos
Cien mil desagüisados.
Señora universal de sus cuidados
Es la sin par princesa Dulcinea....

CAMILO.

Yo no os entiendo, amigo.
Mas vos, señor, en tan felice dia
De aqui no partireis: nuestra alegría
Venid, venid á honrar; y del esposo
Á recibir obsequios y favores.

DON QUIJOTE.

Ya sabidor me hicieron dos pastores,
Que es cortés cuanto rico,
Siéndolo en todo extremo;
Y otro que tal la desposada hermosa
Como él rico y cortés; y la manera
Insólita en que quiere
Sus bodas celebrar y su ventura.

CAMILO.

Vence la verdad pura
Cuanto contar pudieron: en riquezas
No hay mayoral alguno que le iguale.
Estas sierras pobladas
Tiene con sus vacadas,
Y valles y laderas
De cabras y corderas:
Siendo á par dadivoso que hacendado.
De la hermosa Quiteria enamorado
Al fin su honesta mano ha conseguido;
Y celebrar los desposorios quiere
Con mil regocijadas invenciones.
Las grandes y abundosas prevenciones
No me es dado contar: vereis tendido
El albo y rico pan asi en rimeros,
Cual suele el trigo estar en el ejido.
Asi vereis arder olmos enteros

Cociendo las viandas,
Cual si fuesen lumbradas de verano:
Asi caza colgada por los robles
Cual si su fruta fuera.
Ha enramado este valle de manera
Que á hurto el sol ha de entrar, si á vernos
viene.
Danzas y bailes de zagalas tiene,
Y de zagales juegos y carrera.
Finalmente este dia
Es todo del placer y la alegría.
De Quiteria merced á la hermosura,
Pues cual la rosa es reina de las flores,
Ella lo es de la gracia y gentileza.
Sus ojos amorosos
Son mas quel sol lumbrosos,
Y sus luengos cabellos
No hay valor para vellos.
De la boca destila miel y azahares;
Y su cuello preciado
Alabastro es labrado:
Venciendo á su beldad su gallardía,
Y á esta su honestidad y cortesía.

SANCHO.

Pardiez que es la zagala
Despues de mi señora Dulcinea

Lo mejor que ver pienso. El oro, el oro
Sabe allanarlo todo; y á la larga
A la liebre mas suelta el galgo carga.

CAMILO.

Decis bien: de Quiteria
Otros muchos la mano codiciaron;
Y en mil tiernas canciones
Sus ansias y sus zelos ponderaron.
Estos olmos vereis de letras llenos,
Que en la dura corteza
Publican su desden y su belleza.
Sobre todos Basilio
Ya en la niñez mas tierna la servia;
Y ella su honesto amor favorecia:
Mas el oro triunfó de este cuidado.
Es Basilio un zagal tan acabado
En gracias cuanto pobre:
Suelto y ágil al salto y la carrera,
De dulce voz, de razonar suave
Y gentil hermosura;
Y ámala de manera,
Que cuantos sus finezas conocemos,
Algun fin desastrado de él tememos.

DON QUIJOTE.

¡Zagal cuitado!

SANCHO.

El que fortuna olvida
Ha de sobra la vida.

CAMILO.

Asi es verdad, y solo por ser pobre
Mientras Camacho rie,
Basilio triste y despechado llora.

DON QUIJOTE.

¡O riqueza! en mal hora
La madre tierra de su seno duro
Te lanzó entre los hombres.
Tú lo conturbas todo y el seguro
Amor tornas olvido:
Por tí el mérito yaz escurecido,
Virtud es otrosi desacatada,
É hubo en el suelo la maldad entrada.
Ya non vale ni afan esclarecido,
Ni sangre por la patria derramada,
Ni feridas gloriosas
De caballero fuerte.....

CAMILO.

Permitidme
Avisar de la dicha que hoy le viene
Al felice Camacho.

ESCENA IV.

DON QUIJOTE, SANCHO.

SANCHO.

¡Sancho! Sancho!
¡O qué olor tan divino!
¡Qué calderas aquellas! no las vide
Tamañas en mi vida: ¿pues las ollas?
Son seis grandes tinajas.
Bien la aventura empieza:
A esto me atengo, y no á la gentileza
Y gracias de Basilio.

DON QUIJOTE.

Sancho, hijo,
Non denuestes al pobre, que los bienes
Por eso son llamados de fortuna,
Porque los da sin discrecion alguna
Esta inconstante diosa;
Y es sandez ademas tanta alegría.
Mal haya, á decir vuelvo, el negro dia
En que topo codicia con el oro.
Por él se amengua el virginal decoro
De la tierna doncella, y puerta tiene
Franca el recuestador.....

SANCHO.

Habilidades
Son sin él necedades;
Nunca en casa del rico el duelo viene:
El dar, peñas quebranta: los dineros,
Vuelven en caballeros.

DON QUIJOTE.

El cielo te confunda y tus refranes.

SANCHO.

¡Válame Dios! qué danzas! qué zagalas!
En solo vellas se me van los ojos.
¡O qué alegres! qué sueltas! no parece
Sino que sus cabellos extendidos
Semejan de oro puro unos manojos.
¡Qué sartas de corales! no hay pagallas.
¡Pues montas los vestidos!
¡O bien haya Camacho y su riqueza!
Eso que tienes vales.

CORO I.

Tras el divino fuego
De su adorada esposa
Camacho vuela ciego,
Cual tierna mariposa.

CORO II.

Quiteria desdeñosa
Su ardor huir procura,

Cual vírgen vergonzosa,
Cual niña mal segura.

LOS DOS COROS.

Pues baste de extrañezas,
Y en tálamo de flores

CORO I.

Goce ya sus finezas,

CORO II.

Temple ya sus ardores.

LOS DOS COROS.

En tálamo de flores
Goce ya sus finezas,
Temple ya sus ardores.

DON QUIJOTE.

Fuyamos de aqui al punto; no, no quiero
Que el ocio muelle ó femenil halago
Me embarguen en mis altos pensamientos.
Hay huérfanos, viudas y pupilos
Que amparar, hay doncellas
Que acorrer, hay gigantes
Soberbios y arrogantes
Con quien lidiar, ¿y yo me detendria?
Dulce senora mia,
Non, vuestro caballero
Non fará sandez tal: fuyamos, Sancho.

SANCHO.

¿Cómo es eso de huir? ¿para esto solo
Fue sin yantar dormir en la floresta,
Y hacerme despertar cuando hacen salva
En sus nidos los pájaros al alba,
Hablando de la fiesta
Y de Basilio misero? ¡Ay abuelo!
Sembrasteis alazor, nació anapelo.

DON QUIJOTE.

Vamos digo.

SANCHO.

¿Quién sabe si aqui puede
Saltar tal aventura,
Que cuantas hasta ahora hemos tenido
Nada con ella sean?

ESCENA V.

DON QUIJOTE, SANCHO, BERNARDO, CAMACHO.

CAMACHO.

Bien venido
Seais á honrarme en mi felice boda;
Que ya el zagal con quien habeis hablado
De todo me ha informado:
Y asi rendido os ruego

Deis el último punto á mi alegría
Con vuestra compañía.
Este es dia de gracia y regocijos:
Venid á ver los que á Quiteria hermosa
Ordenar aunque rústico amor sabe;
Y hacedla en esto solo mas dichosa.

DON QUIJOTE.

Yo, gentil mayoral, solo lo fuera
Si ofertas tales disfrutar pudiera,
Como sé agradecellas comedido.

BERNARDO.

¿Cómo, señor?

DON QUIJOTE.

En fiestas non es dado
Por ley á caballero detenerse,
De las altas empresas olvidado
Á que el cielo le llama.
Él te haga con Quiteria venturoso
Luengos siglos, mancebo generoso;
Y licencia me da....

SANCHO.

Señor, teneos.
¿Cómo quereis partir, y á ruegos tales
Ser desagradecido,
Habiendo siempre sido
La misma cortesía?

¡Miren qué monta un dia
Para un tan valeroso caballero!
Vos pedídselo, hermano.

BERNARDO.

Aunque no quiero,
Señor, importunaros, si estas canas
Y esta edad algo pueden,
No hagais que nuestras súplicas sean vanas.
Y el anciano Bernardo, de Quiteria
Padre feliz, añada esta ventura
A cuantas hoy Camacho le asegura.

CAMACHO.

Pueda nuestra porfia....

SANCHO.

¡Qué dureza!
Dad luego, y dais dos veces: que lo mismo
Es negar que tardar.

DON QUIJOTE.

Agraviaria
Esas canas, Bernardo venerable,
Y tu discreta afable cortesía,
Gentil Camacho, en resistir mas tiempo.
Vuestro me constituyo, á vuestro grado
Ordenad, os vereis obedecidos.

BERNARDO, CAMACHO.

Hacedlo vos, pues nos teneis rendidos.

SANCHO.

Bueno; cayó: no ayuno
Cuentes al importuno.
Dios mejora las horas, Sancho, afuera
La escuderil miseria; y al buen dia
Abre y mételo en casa. ¡O qué bien huele...!
Conforta el airecillo. Buen Bernardo,
¿Habrá, decid, manera..... solamente....
De probar..... no el olor.....

DON QUIJOTE.

O vil! infame!
¡Mal nacido Escudero! asi me amenguas!
Viven los altos cielos,
Donde mas latamente se contiene....

CAMACHO.

Templaos, señor.

BERNARDO.

Venid hácia este lado,
Que yo os haré placer.

CAMACHO.

A mi Quiteria
La dicha á decir vamos que en vos tiene.

ESCENA VI.

DON QUIJOTE, SANCHO.

SANCHO.

¡Válame Dios, qué dia á Sancho viene!
Tiernas pollas.... cabritos.... y conejos....
Pichones.... lechoncillos.... allá lejos
Asándose un novillo.... ¡ay dulces zaques!
¡Aqui tambien os hallo! ya mis ojos,
Finos enamorados
No pueden de vosotros apartarse.
Ea, Sancho, animarse;
Y pues hay vino, afuera los cuidados.

DON QUIJOTE.

Fermosa y encantada Dulcinea,
Soberana señora
De este vuestro afincado caballero,
Membraos de mí, pues yo por vos me muero.

CORO PRIMERO

DE ZAGALES Y ZAGALAS.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor:

De tus zagales
Oye el clamor.
Ven, dulce amor,
Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALES.

Tú nos previenes
Todos los bienes:
Tú el orbe alientas;
Y le sustentas
Como señor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALAS.

Sin tí la rosa
Fresca, olorosa
No naceria:
Todo lo cria
Tu suave ardor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALES.

Con dócil cuello
El jóven bello
Busca á su amada,
Por tí apiadada
De su dolor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALAS.

Tú á la doncella
Tímida y bella
Rindes al blando
Yugo, triunfando
De su temor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALAS.

Tú á sus desvelos
Das mil hijuelos
Bellos, graciosos:
Frutos preciosos
De un mutuo ardor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALAS.

Ven; y en el suelo
La paz del cielo,
Nunca alterada,
Reine ayudada
De tu favor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALES.

De tus zagales
Oye el clamor.

CORO DE ZAGALAS.

Ven, dulce amor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

QUITERIA.

¿Do, Quiteria cuitada,
Sin ventura Quiteria, do engañada
Tu corazon te lleva?
Debes huir, ¿y con inciertos pasos
De tu grado te vienes á la muerte?
Le debes olvidar, ¿y los lugares
Frecuentas do algun dia
Su honesta llama con la tuya ardia?
Ay! esta misma vega
Testigo fue de nuestro amor, testigo
De mil hablas süaves,
De mil tiernas promesas y mil juegos,
Que eran un tiempo gloria;

Y ahora son dolor en la memoria.
Aqui dulce cantaba:
Alli alegre reia:
Aqui con su guirnalda me ceñia;
Y alli loco de amor me la quitaba.
El valle ¡ó triste! florecido dura
Cuanto acabó agostada mi ventura.
Feliz la pastorcilla,
Pobre si, pero libre, á quien concede
El cielo en su llaneza
Amar en libertad y ser amada,
Sin que decoro o paternal respeto
Le dé el amante, ó le violente el gusto
Con mandamiento injusto;
Y triste la cuitada,
A quien niegan sus hados esta suerte,
Despiedados negándole la muerte.
Ella rie, yo peno
Cual esclava vendida:
Ella se goza al lado
De su zagal amado,
Y yo lloro afligida
Del mio para siempre dividida.
¿Qué vale el alto estado?
¿Qué vale la riqueza,
Y el don de honestidad y de hermosura,

Cuando falta, Quiteria, la ventura?
Desnudo amor se goza en la pobreza.....
Mas Camilo á mi hermana
Aqui muy en secreto hablando viene.
¡Ay Basilio!!... á esperarlos no me atrevo.

ESCENA II.

CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

Él ha llegado en fin; y tal le tiene
Su amor desventurado,
Que algun fin desastrado
Rezelo, Petronila: ¡ó trance fuerte!
O mísero zagal!

PETRONILA.

Su acerba suerte
Puede hallar compasion en una roca.

CAMILO.

Él en efecto se dará la muerte
Desesperado.

PETRONILA.

Ah triste! ¡cuánto, cuánto
Me duele su miseria!

CAMILO.

La suya á mí no tanto

Como la de Quiteria,
Cuya llorosa, quebrantada vida
Será despues un infernal tormento.
De imágenes contino combatida,
El ciego, abandonado pensamiento
Le traerá siempre á su Basilio amado.
Hallaràle á su lado
Bañado en sangre por su amor vertida:
Con triste voz le pedirá venganza:
Le acusará su pérfida mudanza;
O amoroso y rendido
Le dirá mil finezas, que en su oido
Falaces sonarán; iráse al lecho;
Y al sueño en vano llamará: la aurora
Tornará; y con su lumbre
Crecerá su dolor y su amargura.
¡O cara Petronila! ¿qué ser puede
De un lazo que han formado
Solo interes y paternal decoro?

PETRONILA.

Bien se me alcanza; mas ceder de grado
Quiteria debe á su feliz destino,
Las dichas contemplando y la riqueza
Del alto no esperado casamiento.
Es la riqueza puerta de contento;
Y la cruda pobreza

Puerta de desventura
Cuando amor cesa, y queda su amargura.
Amor, cual niño alegre,
Risas y juegos y donaires ama,
Cuanto pobreza lloros,
Que al punto apagan su celeste llama.

CAMILO.

No, gentil Petronila,
Ni mísera fortuna ni pobreza
De un pecho fiel apagan la fineza.
La inclinacion, el gusto,
La union de voluntades
Decretada del cielo,
Las sencillas verdades,
De agradar el solícito desvelo;
Esto solo es ámor, y á los esposos
Ciñe la sien de venturosas flores,
Que jamas se marchitan ni desdicen
Sus primeros verdores:
Lo demas es dureza y tiranía.

PETRONILA.

Asi es verdad, pues que tal vez dos pechos,
Uno para otro hechos,
Lloran amargamente divididos
Por la cruel fortuna.

CAMILO.

Esto me mueve,
Como ya te decia,
Y el amor tierno que feliz nos une
Desde la edad primera,
A que mil medios y caminos pruebe,
Por si logro impedir la muerte fiera
Del mísero Basilio, suspendiendo
La triste infausta boda.

PETRONILA.

¿Cómo, Camilo, suspenderla? cómo?
¿Estás en tí? deliras? ¿ó te burlas
Con pasatiempo vano?

CAMILO.

Hacerlo, Petronila, está en tu mano.

PETRONILA.

¡Yo turbar de mi hermana la ventura!
¡Yo en tramas! yo en ardides! tú te atreves...!

CAMILO.

Amada Petronila, hacerlo debes
Por la suerte de entrambos.

PETRONILA.

Camilo, no es posible:
No; ni aun hablarse en tan revuelto dia.

CAMILO.

Pues esto al menos sea:

Véanse los cuitados, giman, lloren,
Y quéjense y suspiren;
Y démosle aunque leve este contento.
Acaso, Petronila.... en un momento
Prodigios hace amor: di, ¿no es Gamacho
Rico, gentil, amable? ¿por ventura
No hallará cada hora
Otra y otra pastora,
Si Quiteria le deja?
Roba á Basilio aquesta sola oveja
Con tanto afan criada; y á la muerte
Helo al instante dado.

PETRONILA.

Tú, Camilo, me vuelves á tu grado
Con tus dulces palabras: de Quiteria
Tentaré el corazon; y si hallo modo....

CAMILO.

Tu agudo ingenio lo disponga todo;
Que yo al ciego Basilio ver deseo,
Temiendo su furor.

ESCENA III.

PETRONILA.

¡Qué devaneo
Es este, malhadada! olvida, olvida,

Petronila, tu amor; y pués nacida
Fuiste á zelos y llantos.
Llora, cuitada, y cumplirás tu suerte.
¡Ah Camacho! Camacho! ¡tú siguiendo
Vas á la que te huye; y la infelice
Desdeñas que te sigue! ¡á Petronila
Desprecias; y á Quiteria haces felice!
Algun dia, cruel, arrepentido
Tú llorarás, como hoy furiosa lloro.
Pero ¿por qué llorar? ¿no está en mi mano
Ayudar á Camilo; y mil ardides
Fraguar contra un aleve?
Ah! que acaso Quiteria en tan dichosa
Suerte estará mudada.
El agua gota á gota en fin horada
La peña, cuanto mas su tierno pecho
Ruego tan porfiado.
No importa, Petronila, con cuidado
Su inocencia provoca.... ¡qué afligida
Por alli asoma! mi asechanza empiece.

ESCENA IV.

PETRONILA, QUITERIA.

QUITERIA.

¡O cómo á un triste, triste le parece

La mayor alegría!
Este valle.... mi hermana.... vida mia,
Para mí mas süave
Que el alba á desvelado pastorcillo,
Y á solícita abeja
Oloroso tomillo;
¿Tú aqui sola?

PETRONILA.

Ensayando
Estaba mi tonada.

QUITERIA.

Yo buscando
A Isabela venia: y ya dudosa
En volverme pensaba.

PETRONILA.

Mas, Quiteria, ¡tú triste! tú llorosa!

QUITERIA.

Yo hermana....

PETRONILA.

De tu dicha
Tan cerca, ¡y no te alegras! ¡y no sientes
Aquel contento puro, aquel süave
Vivo placer que los demas sentimos!

QUITERIA.

Verse pasar de esta felice vida,
Petronila querida,

A ser de libre esclava,
Pender de ageno gusto,
Y entrar en mil desvelos,
No es mucho para risas: si los cielos
Me diesen á elegir, yo libre y sola
En esta grata soledad hiciera
Mi inocente morada.
Ay! ni amante, ni amada,
Fueran mis compañeras
Mis nevadas corderas:
El arroyo, la vega, el verde soto,
Mi sencillo recreo,
Y mis galas las flores,
Y mis amantes tiernos ruiseñores.
¡El cielo en otra forma lo ha ordenado!

PETRONILA.

Hablas, Quiteria, en el lenguage usado.

QUITERIA.

Tú sabes bien que desdeñé mil ruegos
De importunos amantes; y que sólo
Pudo el precepto paternal vencerme
De Camacho en favor. No, dulce hermana,
No hay dicha, no hay ventura
Cual la inocencia de una humilde vida,
De sujecion segura,
Y á quien el mundo olvida.

Los bienes no son bienes: son prisiones
Que nuestra dicha impiden; y un engaño
Do crédulos caemos,
Cual en la red el avecilla incauta.

PETRONILA.

Mas antes es forzoso
Que para asegurar nuestra ventura
Al pacífico yugo el cuello demos.
Ninguna en libertad está segura.
Necesitamos de un arrimo: pasan
Los años; y belleza,
Gracias y gentileza
Pasan tambien. La rosa
Somos, que con el dia
Abre el purpúreo seno vergonzosa
Para perder con él su lozanía.
Nadie de amor se libra; jamas dejan
Sus tiros de acertar: es la ventura
Hallar, cual has logrado
En tu feliz estado,
La conveniencia con el gusto unida.

QUITERIA.

Sí, hermana, sí; mas pocas,
Pocas veces verás que juntos vayan,
Cuando solo interes las almas une,
Que inclinacion debiera:

Mejor es pues en libertad entera
Vivir, que al yugo someter el cuello,
Querer despues, y no poder rompello.

PETRONILA.

¿Y tú estás libre?

QUITERIA.

Si en mi mano fuera,
Por siempre lo estaria.

PETRONILA.

¿Y el mísero Basilio, vida mia?
¿Y aquel amor süave en la inocente
Tierna niñez criado?
¿Aquel sacar entrambos el ganado
A un hora, á un valle mismo? ¿aquel contarse
Hasta los pensamientos; y al hallarse
Quedarse embebecidos;
Y suspirar al verse divididos?
¿Te enterneces, Quiteria?

QUITERIA.

La memoria
De tan plácidos dias,
Y tanto amor y puras alegrías
Conmueve, hermana, mi sensible pecho,
Que no de dura roca,
Sino de cera delicada es hecho.

PETRONILA.

¿Mas Basilio?

QUITERIA.

¡Ay querida!
Basilio.... ya el cuitado
Habrá con muerte dura
Sus ansias y sus zelos acabado.
Yo, yo la causa he sido: yo el agudo
Hierro llevé á su pecho; ¡ó sin ventura!
Ve si debo llorar.

PETRONILA.

No te angusties,
No; pues vive.

QUITERIA.

¿Qué dices?

PETRONILA.

Que en el valle
Le he visto, aunque á lo lejos, triste y solo,
Lloroso, macilento y afligido,
Cual buscando los sitios do solia.....

QUITERIA.

¡Ah dulce hermana mia!
El gozo me rebosa, mi abatido
Corazon desfallece con tan grata,
Tan felice noticia: ¿vive el triste?

PETRONILA.

Sí: vive.

QUITERIA.

¿Dónde ciega
Me arrastró mi pasion?.... en vano, en vano
Vive ya para mí. Cede á tu dura
Suerte, infeliz Quiteria: ya no eres,
No, la que ser solias.
La ley de honestidad, la fe jurada
Te mandan que su amor bárbara olvides.
¡Ay esperanza mia malograda!

PETRONILA.

Templa el dolor y el mísero lamento,
Que no es, no, leve anuncio de ventura
Haber él vuelto al valle.

QUITERIA.

Para solo su daño y mi tormento.
Mejor allá estuviera
Do jamas yo sus justas ansias viera.

PETRONILA.

¿Y por qué no has de verle?

QUITERIA.

La ley dura
De recato lo veda.

PETRONILA.

¡O simplecilla!

Cuál te ciega el dolor! dime ¿qué daño
En esto puede haber? ¿á quién extraño
Será que hableis, lloreis, con los gemidos
Las quejas y los zelos confundidos?
¿No es sabida de todos su ternura?
¿Tu honestidad á tí no te asegura?
Él asi lo desea; y congojoso
En breve alivio de su amarga suerte,
Me pidió ¡triste amante! que en su nombre
Y por su aciago amor te lo rogara.
¿Negárselo podrás?

QUITERIA.

Será la muerte
Para entrambos, hermana.

PETRONILA.

¡Tan severa
Contra tanta humildad! ¡cuándo se vido
Nacer de la cordera
El lobo, ni de cándida paloma
El basilisco fiero!
Hazle este gusto; y sea, sí, el postrero.

QUITERIA.

Ay! ¿me lo mandas? mas Camacho asoma....
Adios, que estoy turbada; y peligroso
Fuera que asi me viese.

PETRONILA.

¿En qué quedamos?

QUITERIA.

En tu mano queda
Mi corazon cuitado,
Dispon dél lo mejor segun tu agrado.

ESCENA V.

PETRONILA, CAMACHO.

CAMACHO.

¿Qué es esto, Petronila? ¿cómo huye
Quiteria de mis ojos, cuando ciegos
En su semblante angélico anhelaban
Consuelo hallar y plácida alegría?
¿Por qué tanto desden, rigor tan crudo?

PETRONILA.

Ni huyó Quiteria, ni sentirte pudo.
El deseo solícito á las veces
Los amantes engaña,
Feliz Camacho.

CAMACHO.

Su tristeza extraña,
Su esquivez, su silencio
Me afligen de manera,

Que antes verme quisiera
Cercado de mil penas y dolores,
Que hallarla con desden en mis ardores.

PETRONILA.

Siempre es la edad primera desdeñosa;
Y la tierna doncella vergonzosa
Ama, y rezela, y su deseo esconde;
Y si amante la mira,
Se cubre de rubor, y se retira.

CAMACHO.

¿Mas con su esposo tímida?

PETRONILA.

¡Qué tierno!
¡Qué tímido, qué fino y rezeloso!
¡Feliz hermana!

CAMACHO.

Dulce Petronila,
Mis rezelos perdona; pero dime
¿Mi Quiteria me quiere? está contenta?

PETRONILA.

¿Puede no estarlo con tan tierno esposo
Y en el destino á que la llama el cielo?
¿Un mancebo gentil, rico y amable,
De edad florida, de apacible pecho
Y fácil trato, á quien feliz no hiciera?
Mucho, mucho te debe

Mi hermana en torno, si pagar espera
Tal amor, tal fineza, tal ventura.

CAMACHO.

Solo anhela el deseo
Que ella la goce en mi amoroso empleo.

PETRONILA.

El cielo liberal le dió hermosura:
Mas su edad ternezuela ser regida
Debe con asistencia cuidadosa;
Hasta que el trato y la costumbre la haga
Diestra en las prendas que tener conviene
La afortunada esposa
De mayoral tan rico,
Y en todo á tu esperanza satisfaga.
¡O cuánto tiene que aprender Quiteria!
¡Y qué mal cubre mi aficion el pecho!

CAMACHO.

Tú me la enseñarás; de tu amor fio
Todo el contento mio.
Y ahora oficiosa corre,
Corre, y dile que ciego
Ardo de sus ojuelos en el fuego.
Haz tú por Dios que ingrata no me sea,
Mientras yo puedo hablar á aquel criado
Del nuevo huesped.

PETRONILA.

¡Triste Petronila!
¡De qué gentil mensage vas cargada!

ESCENA VI.

CAMACHO, CAMILO, SANCHO.

CAMACHO.

Amigo, ¿cómo fue?

SANCHO.

Bien regalado:
De la espuma me dieron.

CAMACHO.

¿De la espuma?

SANCHO.

Salieron
Por espuma tres pollas, que añagazas
Al apetito hacian,
Y á la boca ellas mismas se venian.
Luego dos gazapillos
Y cuatro pichoncillos;
Y tras esto el licor, dulce embeleso
De Sancho, con que el seso
Pierdo regocijado.
¡Es de lo mas añejo y extremado!
¡O qué bien que sabia!

CAMILO.

Mas decidme,
¿Qué es este vuestro amo? ¿á qué estas armas,
Cual si por tierra de enemigos fuera?
¿Qué busca? cómo viene
Por estos despoblados?

SANCHO.

¡Dudas tales
Podeis tener! ¿no veis en las señales
Que es mi señor andante Caballero?
¡Y de los mas famosos!

CAMACHO.

¿Y qué es andante?

SANCHO.

Es una cosa, hermano,
Que no sabré decilla,
Porque ora se halla en la mayor mancilla,
Ora de un alto imperio Soberano:
Entuertos endereza:
Soberbios desbarata:
De acá para allá corre
Malandrines venciendo;
Y el sabio encantador que le socorre,
Su pro y claras fazañas vá escribiendo.
Vuela su fama, y viene al cabo á hallarse
De un gran Rey en la corte, y á prendarse

De la Señora Infanta,
Que es muy apuesta y bella;
Y por quítate allá casa con ella,
Y hace Conde á lo menos su Escudero.

CAMACHO.

¿Qué decis?

SANCHO.

Caballero
Como este mi señor no le hallaredes
Luengos siglos atras, mas esforzado
En el acometer, ni en repararse
Mas diestro y avezado,
Mas cortés, liberal, ni mas sabido:
Asi que de tenerle á vuestras bodas
Alegraros debeis.

CAMACHO.

Son dichas todas
De mi suerte feliz. Mas ya me llama
De la fiesta el cuidado.
Quedad adios.

ESCENA VII.

CAMILO, SANCHO.

CAMILO.

¿Con que de tanta fama

Es este Caballero?

SANCHO.

No hay deciros
Sus fechos y proezas.
Acometer le he visto denodado
Gigantes como torres, y meterse
De dos grandes ejércitos en medio,
Y al Rey Pentapolin dar la victoria:
Fracasar un andante vizcaino:
Librar desaforados Galeotes;
Ganar el rico yelmo de Mambrino;
Y luego si encantado no se viera,
Del gran Micomicon Rey estuviera.

CAMILO.

¡Cómo Rey!

SANCHO.

Esperad, que no en un dia
La cabra al choto cria.
Al valeroso andante
Venció de los Espejos:
Y luego cuerpo á cuerpo dos leones
Feroces y tamaños
Como una gran montaña,
Cuyo nombre tomó para memoria
De tan grande aventura,
Que antes el Caballero se llamaba

De la triste figura,
Sin otros mil encuentros y refriegas.
¿Y todo para qué? para una dura,
Sobajada señora,
La sin par Dulcinea, que ferido
Le tiene de su amor.

CAMILO.

¿Luego sujetó
Vive al amor?

SANCHO.

Mirad, si asi no fuera,
No fuera caballero tan perfeto.

CAMILO.

¿Y quién es su señora?

SANCHO.

¿Quién? la esfera
De la belleza misma,
Apuesta, comedida y bien fablada;
Princesa del Toboso cuando menos.

CAMILO.

Cómo!

SANCHO.

Y por ley á los vencidos pone
Que ante ella vayan á decir de hinojos:
„Encumbrada señora, aquel andante,
„Lumbre de caballeros, norte y guia

„De valientes, famoso Don Quijote,
„Nos manda ante la vuestra fermosura
„A que de nos ordene á su talante."
Y asi, ó me engaña la esperanza mia,
O sus fechos extraños
Cuando menos un reino han de ganalle;
Y luego encaja bien á Sancho dalle
La ínsula, que ha de estar yo no sé donde;
Y verme asi Gobernador ó Conde.
Arrímate á los buenos: con quien paces,
Sancho, no con quien naces.
Mas helo viene: al lobo se mentaba,
Y él todo lo escuchaba.

CAMILO.

¡Qué extraño desvarío!
Sin seso estan... no importa... en todo caso
Hacerlo quiero mio.

ESCENA VII.

DON QUIJOTE, CAMILO, SANCHO.

CAMILO.

Felizmente, señor, os hallo al paso
Para besar rendido vuestras plantas,
Si dicha tal en mi humildad merezco.

DON QUIJOTE.

Alzad, gentil zagal; yo os lo agradezco.

CAMILO.

Estó á tanto valor hacer me toca.

DON QUIJOTE.

Alzad, alzad.

CAMILO.

Entre fortunas tantas,
No es del rico Camacho dicha poca
Teneros á su lado;
Pero mayor le vino á aquel cuitado
Que verse libre espera de la muerte
Por ese brazo justiciero y fuerte.
¡ Ay infeliz !

DON QUIJOTE.

Mi profesion, mi estado
Ayudar es á los que pueden poco,
Y agravios desfacer: que esta es forzosa
Ley de caballería,
Sin que cosa en contrario darse pueda.
¿ Algun menesteroso en este dia
Necesita de mí? corramos luego.....

CAMILO.

Tal vez..... pero yo os ruego
Que modereis, en tanto
Que él mismo os pueda hablar, el justo enojo.

DON QUIJOTE.

Toda tardanza para mí es quebranto.
¡Ay alta Emperatriz! ¡podrá ofrecerte
Algun nuevo despojo
Este tu sandio y reprochado amante!

SANCHO.

¿Va que hay entre las bodas aventura?
¿Y son en un instante
Como el sueño del can mis dulces ollas?.....

DON QUIJOTE.

Habedos otra vez con mas mesura,
Sancho; y no del alegre
Fagais, ni del juglar en demasía.
El pro del escudero
Es pro de su señor: su villanía
Amengua al caballero.

SANCHO.

¿Por lo pasado lo direis? No pude
Mas conmigo, señor: el airecillo
Tras de sí me llevaba.

DON QUIJOTE.

Ven acá, ¿te faltaba
Tiempo para comer? ¿ó mi persona
Primero ser no debe?
Nunca tan mal sirviera
Escudero á señor, cual tú me sirves.

Cuidado pues; y sígueme, que quiero
A solas departir..... El cielo os guarde.

CAMILO.

Guardeos, señor, á vos.

ESCENA VIII.

CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

Por fin ya libre
Puedo esperar á Petronila. ¡Cómo
Será que no la vea!
Mucho temo que todo en vano sea
Cuanto los dos tracemos. ¡Ah cuitado!
Poco en tu bien solicitar me es dado.
Petronila no asoma..... ¿qué camino,
Basilio, seguiré para librarte,
Si todo es mal cuanto de tí imagino?
Esperaré otro rato..... no, mas cierto
El buscarla ha de ser.... ¡O Petronila!

PETRONILA.

Felice yo, que en encontrarte acierto
Aqui á solas do pueda....

CAMILO.

Acaba, acaba:
¿Vienes con muerte, ó vida?

PETRONILA.

Vida traigo,
Pues ya dispuesta queda
A verse con Basilio, aunque no hallaba
Manera á ejecutarlo conveniente.
Todo era rezelar: líbreme el cielo
Tener que persuadir á una inocente
Tan simple como hermosa,
Que al punto mismo qùe en amor se arde,
Melindrosa y cobarde
Cien mil estorbos halla en cada cosa.
Por último quedamos
En que dentro de un hora aqui vengamos
Los cuatro, porque puedan
Ellos hablarse, y acechar nosotros.

CAMILO.

¡O dulce Petronila! ó voz süave!
¡Muy mas grata á mi oido,
Que de arroyuelo plácido el rüido!

PETRONILA.

Tú pues, Camilo, de Basilio cura,
Que Quiteria aunque tímida es segura:
Y vamos, que tal vez de nuestra falta
Habrá ya la malicia rezelado.

CAMILO.

Ve pues por ese, y yo por este lado.

CORO II.

DE ZAGALAS.

UNA ZAGALA.

Zagalas hermosas,
Que en dulce armonía
Tan alegre dia
Debeis celebrar:
Venid presurosas,
Venid á cantar.
Zagalas, venid;
Y á la bienhadada,
Bella desposada
El himno decid.
Zagalas, venid.

CORO I.

Los bienes, la ventura
Que á todos los pastores
Esta union asegura,
¡Quién podrá encarecer!
De guirnaldas y flores
Nuestras sienes ciñamos:
Bailemos; y aplaudamos
Tanta dicha y placer.

CORO II.

La vega de verdura
Se cubre, y los collados:
Sin guarda los ganados
Pacen en libertad.
Todo es paz, todo holgura
Por el dichoso suelo.
Baja del alto cielo,
Alma fecundidad!

UNA ZAGALA.

Zagalas, seguid:
El himno decid.

CORO I.

¡Qué vástagos frondosos,
Cual de fecunda oliva
En torno de ella hermosos
Se verán florecer!
La palma mas altiva
Humíllese á adorarlos:
Y llénese en gozarlos
El suelo de placer.

CORO II.

Colmad, piadoso cielo,
Ventura tan cumplida;
Y en sucesion florida
Sus vidas prolongad.

De angustias, de rezelo
Libradlos; y sellada
Quede la paz jurada,
Quede en la eternidad.

UNA ZAGALA.

Zagalas, seguid;
El himno decid.

CORO I.

Fecundidad dichosa,
Tú sola á los mortales
Concedes bienes tales:
Ven implorada, ven.

CORO II.

Contigo deliciosa
Baje la paz; y en una
Abundancia y fortuna
Con el amor esten.

UNA ZAGALA.

¡O dichosa vega,
Si á disfrutar llega
De tan alto bien!

CORO I.

La feliz serrana,

CORO II.

Su zagal querido,

CORO I.

En edad lozana
Viva siglos mil.

CORO II.

Con su amada unido
Viva siglos mil.

UNA ZAGALA.

Vivan siglos mil.

CORO I.

La feliz serrana
En edad lozana,

CORO II.

Su zagal querido
Con su amada unido,

UNA ZAGALA.

Vivan siglos mil.

CORO I.

Vivan los esposos.

CORO II.

Alegres, dichosos.

TODO EL CORO.

Vivan siglos mil.
Vivan siglos mil.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

BASILIO, CAMILO.

En esta escena y las siguientes se ve á Sancho durmiendo á alguna distancia.

CORO PRIMERO.

Ven, amor poderoso,
Y une en firme lazada
La bella desposada
Con el feliz esposo.

CORO II.

Corónalos de flores;
Y el beso delicado
Dales, en que has cifrado
Tus mas tiernos favores.

CORO I.

Ven; y dale al amante,
Dale su dulce esposa.

CORO II.

Dale á Quiteria hermosa
Su mayoral constante.

CORO I.

Dale su dulce esposa.

CORO II.

Ven; y dale al amante,

AMBOS COROS.

Dale á Quiteria hermosa.

BASILIO.

Dale á Basilio mísero la muerte
Con este triste canto,
Luto á su pecho, y á sus ojos llanto.
Camilo, yo no puedo,
No puedo sufrir mas: déjame, amigo,
El placer doloroso
De turbar su alegría
¡Ay! con la muerte mia.
Ni me envidies cruel este consuelo,
Que solo á mi dolor concede el cielo.
¡O Quiteria traidora!
¡Quiteria engañadora!
Mas venenosa que áspero torbisco
Para este desgraciado.

CAMILO.

Excesos tales
Modera, si no intentas
Tu ventura perder.

BASILIO.

¿Puede la fuente
Suspender su corriente?
¿Su lumbre el sol, su ligereza el viento?
Oh! ¡con cuánto contento
En este mismo sitio yo le hablaba
En dias mas serenos y felices!
Aqui, aqui me alentaba cariñosa:
Aqui, Camilo mio, me juraba
Su fementido amor: aqui á los cielos
En mis justos rezelos
Con promesa alevosa
Por testigos la pérfida traia:
Aqui dijo mil veces que era mia.

CAMILO.

Y lo será, si en vez de lamentarte
Procuras ayudarla,
Y de temor y esclavitud sacarla.

BASILIO.

¿Cómo? di.....

CAMILO.

Si la vieras
Entre enemigos fieros,
Que con sangrientos dardos amagasen
Su delicado pecho, di ¿temieras
Acometer por las agudas puntas

A darle libertad?

BASILIO.

¡Qué me preguntas!
Por ellas tan furioso me metiera,
Cual la tigre ligera
Lanzarse suele al cazador que osado
Sus ternezuelos hijos le ha robado.

CAMILO.

Pues Camacho y Bernardo
Los enemigos son que lidiar debes,
Si valeroso á rescatar te atreves
A Quiteria infelice
De esclavitud entre sus manos fieras.

BASILIO.

Corre, corre: ¿qué esperas,
Venturoso Basilio?....

CAMILO.

No la furia
Nos debe dar, sino la industria sola,
Zagal, el vencimiento.
Quiteria es cual rapaza y cual doncella
Tímida y vergonzosa; la porfia
De Camacho y el duro mandamiento
Del severo Bernardo al fin vencella
Importunos lograron,
Mas en su pecho el fuego no apagaron.

No, Basilio feliz, ella te quiere
Mucho mas ora que jamas te quiso,
Y por darte la mano ciega muere.

BASILIO.

Ah! ¡conozco el ardid! tú mis dolores
Intentas halagar con tan süaves
Lisonjeras palabras.

CAMILO.

¿Pues no sabes
Que la muger por condicion precisa
Ama lo que le vedan:
Sigue tenaz su antojo,
Huye del que las sigue con enojo,
Y á aquel que huyendo va, sigue importuna?

BASILIO.

Fuéme siempre contraria la fortuna.

CAMILO.

Si tan tierna y tan firme no te amase,
Solo por la porfia
De Camacho Quiteria te amaria.

BASILIO.

No, Camilo cortés, mi suerte escasa
No es digna de su fe; ni mi pobreza
Me da esperar que de su grado deje
Al felice Camacho y su riqueza
Por la llaneza mia.

Conozco bien lo duro de mis hados:
Por demas te fatigas; mis cuidados
Solo habrán fin cuando Basilio muera.
Contino suena en mi doliente oido
Una voz infelice,
Que en lúgubre gemido
Muere, muere me dice.
Sombra fue mi esperanza y mi ventura:
Pasó mi amor, pasó el Abril lozano;
Y el Diciembre inhumano
Vino de áspero hielo y de amargura.
Amar sin esperar es mi destino,
Y sellar este amor con muerte dura.

CAMILO.

¡Qué ciego desatino!
No mereces la dicha que te espera
Por ese vergonzoso abatimiento:
Que el amante cobarde jamas hubo
Ni premio ni favor. En un momento
Quiteria va á llegar; ella te quiere;
Insta, ruega, importuna,
Llora, suspira, y cuanto mas temiere,
Sé tú mas esforzado;
Tú triunfarás; y tú serás dichoso.

BASILIO.

Ah! deme Amor un corazon osado!

ESCENA II.

BASILIO, CAMILO, PETRONILA, QUITERIA.

QUITERIA.

No, no puedo, no puedo, Petronila,
Su vista soportar: déjame, hermana,
Llorar triste y á solas mi amargura.

PETRONILA.

Ven; y nada rezeles....

QUITERIA.

Su ternura
Será mi confusion.

PETRONILA.

Será alegría
Para tí, para el triste
Que en verte solo su consuelo espera.

QUITERIA.

No puedo, no: mi pecho lo resiste.

CAMILO.

Llega, hermosa Quiteria; y no severa
Huyas de quien te adora.

BASILIO.

Ay Quiteria!....

QUITERIA.

Ay Basilio!

CAMILO.

Dejémoslos á solas, Petronila,
Quejarse en libertad; y de ese lado
Tú vela, que este queda á mi cuidado.

ESCENA III.

BASILIO, QUITERIA.

BASILIO.

Quiteria infiel, un dia
Delicia y alegría
Del infeliz Basilio, ora tormento,
Un tiempo vida, hoy muerte.

QUITERIA.

¡O malaventurada!

BASILIO.

¿Está contento
Tu corazon cruél? ¿tienes mas penas,
Mas agudas espinas, mas rigores
Para este siervo mísero y paciente,
Que de la edad mas tierna á ti obediente
Amarte ciego es solo su pecado?

QUITERIA.

Ah zagal! cuán errado
Juzgas de tu Quiteria!

BASILIO.

¡Cabe, cuitado yo, mayor miseria!
Cabe mas amargura!
O zagala mudable,
Tanto á los ojos bella y agradable
Cuanto cruel y dura!
¿Qué te hizo tu Basilio? ¿qué en su triste
Pecho en tu ofensa ¡ay enemiga! viste?
Es este el galardon, el premio es este
Que dispuesto le habias?
Es esta, infiel, la fe que le debias?
¿Y esto pudo esperar de tu fineza?
O no vista crudeza!
Yo mismo á la serpiente ponzoñosa
Que ahora me envenena abrí mi pecho:
A una paloma mansa y simplecilla
Di nido; y se ha tornado
Aguila sanguinosa,
Que el tierno corazon me ha devorado.

QUITERIA.

No con agravios tales
Culpes á una infeliz: tú mismo, aleve,
Tú eres la causa de tan crudos males:
Tú de las penas, sí, del pecho mio,
Tú de este ciego dolorido llanto,
Que en vano, en vano detener porfio.

Cuitada! quién creyera
Que Basilio ultrajarme asi pudiera!

BASILIO.

¡Y quién imaginára
Que Quiteria á Basilio abandonára!

QUITERIA.

Yo no te abandoné: tú ciego y loco,
Ciego de furia y loco de rezelos,
Cobarde huiste, ó despechado, cuando
Menos huir debieras,
A mí triste dejando
Sola y desamparada en ansias fieras.
¿Yo mísera qué haria?
¿A quién me volveria?
¿Con quién pude llorar ó aconsejarme?
¿Con quién huir los ruegos y amenazas
Que contino sufria?
¿Con qué ejemplo alentarme?
Gemir fue mi destino cual viiida
Tórtola solitaria á quien el hado
Robó su dueño amado;
Pero gemir sin fruto. ¡Aleve! aleve!
¡Qué poco á tu fineza mi amor debe!.....
¡Tú me dejaste, y mi constancia acusas!...
¡O Basilio! Basilio! tu partida
A tí eternos dolores,

Y á esta infelice costará la vida.

BASILIO.

¡Ay me! de tí por pobre desdeñado,
Trocados en olvido los favores,
El dichoso Camacho preferido,
Yo de zelos y angustias consumido,
En tan acerba, ignominiosa suerte
Otro medio no hallé sino la muerte.

QUITERIA.

Debieras esperar, y dar ayuda
A esta triste, que nada
A tu lado feliz jamas temiera,
Ni en tamañas desdichas hoy se viera.

BASILIO.

No, ingrata, yo partia
Despechado á morir; mas no queria
Darte el bárbaro triunfo
De acabar en mis ansias á tus ojos.
Un lazo, el hierro, un precipicio horrendo,
Las bocas sanguinosas
De los lobos voraces
Eran fácil camino
Para mi dulce fin; y ya en mi furia
Intentado le hubiera.....

QUITERIA.

¡Ay infeliz!

BASILIO.

Si con mejor destino
No me inspirara el cielo que ahora torne
A turbar la alegría
De este horroroso, desastrado dia,
Con mi mísera muerte: ante tus ojos
Me verás acabar en el momento
De tus infieles, execrables bodas.
Mi sombra pavorosa y lamentable
Turbará tu contento:
Te inquietará; traeráte al pensamiento
Tu dura ingratitud. Jamas esperes
Gozar de los placeres
Sin este amargo, que de noche y dia
Te ha de aquejar, ¡ay enemiga mia!

QUITERIA.

Ah! qué dices, cuitado!
Tú, mi dulce Basilio!
Tú acabar despechado!
Tú perder esa vida mas preciosa
A la infeliz Quiteria
Que su inocente hijuelo
A cordera amorosa!
En aquel punto el cielo
Cerrará para siempre estos mis ojos.
Yo, yo soy la culpada;

Muera yo triste, y cesen tus enojos.

BASILIO.

No, mi bien, no: Basilio morir debe,
Pues te pierde; y perdida,
Pesada le es y por demas la vida.

QUITERIA.

Tú morir!... vive, vive,
Vive, Basilio idolatrado; y sea
Tuya esta sin ventura, pues lo quieres.

BASILIO.

¿Qué dices? ¿qué palabra
Pronunciaste? ¿es posible
Que de mí te apiades?...

QUITERIA.

O terrible
Extremidad! ó amor! amor! no puedo,
No puedo mas. Basilio, alienta, alienta:
Ay! duélete de mí; y alienta, amado.
Mi libertad, mi corazon es tuyo:
Dispon, ordena de ellos á tu grado.
Tu voluntad, tu corazon es mio:
De su verdad y su fineza fio.
Tuya soy, toda tuya; me sujeto
Como tu fiel esposa
Por siempre á tu albedrío: busca el modo
Como esto pueda ser sin que yo falte,

Basilio mio, al paternal respeto,
Ni á la ley del recato.
¡Bárbara ley!

BASILIO.

¡Oh! pueda,
Pueda el feliz Basilio
Gozar sin fallecer tanta ventura,
Mostrarte su ternura,
Adorarte, servirte! ¿sueño? sueño?
¿O es verdad, mi esperanza, vida mia,
Tal bien, tanta alegría?

SANCHO.

Qué es esto! requebrándose Quiteria
Con un zagal á solas!.....
¿Cuánto va que es Basilio?
Bueno, bueno: no asamos,
Quiteria, y ya empringamos......
Mas callar, que á hablar tornan.

QUITERIA.

Ay amado! imagina
Algun término honesto
Con que pueda alentarse mi esperanza.
¡En qué extremo tan triste se halla puesto
Nuestro amor sin ventura!
Mi padre es inflexible:
El tiempo va á acabar; Camacho apura,

Ay de mí! no es posible,
No, que medio haber pueda.....
¿Pues dividirnos?...... en pensarlo muero.

BASILIO.

No, dulce esposa, no, mi bien: primero
Basilio triste perderá la vida
Que de tí los aleves le separen.
Camacho no me asombra; amigos finos
Tengo y determinados.

QUITERIA.

Ay! no; fuerzas no quiero.

BASILIO.

Amor tiene, zagala, otros caminos.

QUITERIA.

¡O como él nos engaña lisonjero!

ESCENA IV.

BASILIO, QUITERIA, CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

Basilio.....

PETRONILA.

Hermana mia.....

CAMILO.

Si mas os deteneis es arriesgado

Que alguno os pueda ver.

PETRONILA.

Por tí venia
No sin algun cuidado
Preguntando Isabela, y aun me dijo
Que padre te buscaba; yo á la fuente
La encaminé sagaz. Vamos, Quiteria,
Que por esta vereda facilmente
Llegar podrémos antes.

QUITERIA.

¡Ay Basilio!....

BASILIO.

¡Ay Quiteria!.... yo temo.....

PETRONILA.

Vamos, vamos
Por aquí.....

QUITERIA.

¡O desgraciada!

BASILIO.

¡O Basilio infeliz! Quiteria amada,
Ten lástima de mí....

QUITERIA.

Téngala el cielo
De esta triste, pues ve mi desconsuelo.

ESCENA V.

BASILIO, CAMILO.

BASILIO.

¡Qué amarga division! Camilo amado,
Mi suerte se ha trocado.
Envidia, envidia, amigo, mi alegría,
Mi gloria, mi esperanza, mi contento.
Quiteria me ama fiel: Quiteria es mia.
Diome victoria amor: ¡feliz tormento!

CAMILO.

¿Qué me dices? ¿ser puede?....

BASILIO.

Sí, Camilo.
Quiteria era inocente, me adoraba,
Y en mi ausencia lloraba;
Y á la dura violencia no pudiendo
Oponerse, á Camacho..... de mi labio
Huya este nombre aleve.
Al fin resuelta á resistir se atreve,
Y á premiar con su mano mi firmeza.
Yo vi cual mustia rosa su belleza
De padecer marchita; y vi sus ojos
Arder de amor, en lágrimas bañarse,

Y en mis felices brazos desmayarse;
Y luego rebosar en alegría
Al pronunciar mi nombre, y que era mia.

CAMILO.

¡O dichoso Basilio!

BASILIO.

Pero ¡triste!
¡Triste! cómo á lograrla llegar puedo!
Ah! mi ventura es poca! Ya la mano
Irá á dar á Camacho..... su riqneza,
Sus amigos, Bernardo.... ¡cuán tirano
El hado me fue siempre! cede, cede,
Basilio miserable, á tu destino,
Y olvida con morir tal desatino.

CAMILO.

¿Cuál es el que te arrastra?
¿Zagal, estás en tí? ¿de tu ventura
Tan seguro, tan cerca, y tan cobarde?
¿Asi de tu Quiteria la ternura
Quieres pagar? ¡ó ciego!.....

BASILIO.

Camilo, yo lo estoy, no te lo niego;
Pero veo imposible
Que en tal apuro, en punto tan terrible
Término pueda haber para mi dicha.
Á hacerse van las infelices bodas:

Si Quiteria resiste, ¿cómo puedo
Ayudarla? si cede á su desdicha,
Ah! mi muerte.....

CAMILO.

A tu lado
Para todo estaré determinado.
Mas alienta, que aun hallo de remedio
Alguna breve luz.

BASILIO.

¿Qué feliz medio
Puedes hallar, Camilo? dilo, acaba:
De tu agudeza mis venturas fio:
Piensa sagaz, discurre..... Qué ¿te ries?
¿Tan corto te parece el dolor mio?

CAMILO.

El medio es tal que á risa me provoca.

BASILIO.

Dilo; y aquieta mi esperanza loca.

CAMILO.

Una vez, si te acuerdas,
A ver las grandes fiestas que se hacian
En la corte, Basilio, fui curioso,
Y entre mil invenciones los astutos
Ciudadanos fingieron un encanto
Que dejara dudoso
De ser cierto á cualquiera, y temeroso

Por sus invocaciones y conjuros:
Tan bien lo remedaban.
Un mágico..... mas gente.... aqui seguros
No podremos hablar; ven al vecino
Bosque, y oirás el caso peregrino,
Que nos puede valer.

BASILIO.

Pues vamos, vamos;
Y amor nos dé la dicha que buscamos.

ESCENA VI.

SANCHO.

¡Qué bien se lo han charlado!
¡Qué engaños! qué marañas! sí, bien dicen,
Que debajo los pies le sale al hombre
Cosa donde tropiece. ¡La taimada!
¡Qué pucheros! ¡y qué melificada!
Cierto, muger hermosa
Loca ó presuntuosa.
¡Ah Camacho, Camacho! ¡mucho temo
Que la boda en bien pare!
Que amor todo lo vence:
Y diz que es un rapaz ese Cupido
Artero y atrevido,
Que en nada se repara; y el deseo

Hace hermoso lo feo.
Mas, Sancho, en todo caso
A Camacho con ello: ¿soy yo acaso
Algun escuderillo como quiera?
¡Y montas, que cantárselo de coro
No sabré bien! Dormíos,
Y ingenio no tengais: reparos fuera,
Que ese te quiere bien que llorar te hace.
A Camacho al instante.....

ESCENA VII.

DON QUIJOTE, SANCHO.

DON QUIJOTE.
Sancho, Sancho,
Ven acá, ¿cuándo, dime,
Aquel dia será que á saber llegues
Cómo debe servir un escudero?
¿Quién solo dejará su caballero,
Como tú en la floresta me has dejado?
¿No hay mas, Don descuidado,
Que olvidarse de mí, comer y holgarse?
¿Cuándo al fiel Gandalin se vió apartarse
De su señor? Tú estás á mis mercedes,
Y el trabajo non curas.

SANCHO.

¿Soy de bronce?
¿Entre tantos afanes quién hubiera
Que la laceria escuderil sufriera,
Sin reposar en estos entrevalos?

DON QUIJOTE.

Intervalos dirás.

SANCHO.

No acabaremos.
Digo que su nobleza y su señora,
Su encantador y profesion andante
Hacen llevar tamañas desventuras
Contento y de su grado al caballero.
¿Pero el pobre escudero
Tiene mas que estrecheces y amargura?
¿Puede no ser ferido? ¿ó melecinas
Tiene para curarse por ensalmo?
¿Sin comer ni dormir pasarse puede?
¿Vence lides, gigantes y vestiglos
De solo á solo? ¿Reinos ó provincias
De acá para allá gana? ¿Las Infantas
Se le rinden? ¿Le cuidan las doncellas?
En los altos palacios, ya folgando,
Ya sus fechos contando,
Su señor con los Reyes se entretiene;
Y él solícito y fiel entre desdichas

De la esperanza sola se mantiene.
Señor, señor, diz al doliente el sano,
Habed salud, hermano.

DON QUIJOTE.

Bien, Sancho el bueno, ponderallo sabes;
Y á fe de Don Quijote, que de oirte
He gran placer. Mas ven acá: ¿las penas
Y menguas en que vive el caballero,
Halas, Sancho, por dicha un escudero?
Lidia, acomete empresas desiguales?
Suda, se acuita, ó vese perseguido
De malos hechiceros, sin dar vado
A sus imaginados pensamientos?
¿Encantado se ve? ¿se ve ferido
Cual él, ó en cosas tales
Que al andante ejercicio van anejas?
Sancho, mírame á mí, y á tí te mira,
Si es que tal vez te quejas.
Yo sudo, y tú reposas:
Tú duermes, y yo velo:
Mi espada vence, y los despojos ganas.
¿De qué encuentro ó peligro me rezelo,
Por espantable ó desigual que sea?
El escudero sirva y acompañe
Fiel, callado, solicito y paciente,
Mientra que su señor lidia y guerrea;

Y del descanso y bienandanza goce
Que en su casa sin él jamas habria.
Bien como tú, pues mientras yo non curo,
Sin atender la pública alegría,
En al que en acorrer menoscabados,
Regocijado, suelto y bien seguro
Comes, bebes y ries
Sin otros pensamientos ni cuidados.

SANCHO.

No hay camino tan llano que no tenga
Su barranco y afan: y á veces caza
Quien menos amenaza:
Y en los nidos de antaño
No hay pájaros ogaño:
Ni hay en nadie fiar: caza y amores
Un gusto y mil dolores....

DON QUIJOTE.

¿Podrás, Sancho, acabar? Hay aventura?

SANCHO.

Mala ventura sí.

DON QUIJOTE.

¿Pues qué tenemos?

SANCHO.

Yo lo diré; que no le duelen prendas
Al que es buen pagador, y en esta vida
No hay bien seguro, y mucho tiempo pide

El calar las personas: y á las veces
Uno se busca, y otro se tropieza;
Y do menos se piensa....

DON QUIJOTE.

Acaba, acaba;
En dos palabras, Sancho.

SANCHO.

Pues, señor, á Quiteria
Ahora Basilio requebrando estaba.
Yo los vi de mis ojos, que al rüido,
Aunque estaba dormido,
Despabilé, y quedaron
En casarse los dos. Punto por punto
Voy con todo á Camacho, que cabeza
Mayor quita menor.....

DON QUIJOTE.

¡O Sancho! Sancho!
Eso no puede ser: yo no lo creo.
Tú eres un vil, un sandio, malicioso,
Descompuesto, ignorante,
Mal mirado, infacundo y atrevido.
¡Asi de las doncellas hablar osas
Y su recato en la presencia mia!
Esto quédese aqui.....

SANCHO.

Si los he oido.

DON QUIJOTE.

Sueño tuyo seria,
Y sueño como tuyo, y de tu genio
Embustero y villano. En todo caso
Yo te vedo que pienses ó imagines
En tamaña sandez contra el decoro
De la honesta Quiteria, ó que te atrevas
Á revelalla. Sancho
Llaman al buen callar; sélo tú ahora,
Que el caso es árduo entre personas tales.
Y pues yo estoy aqui, no, no rezeles
Ningun desaguisado.

SANCHO.

Hágalo Dios; y vamos, que ya empiezan
Las carreras.

DON QUIJOTE.

Cuidado.

CORO III.

DE ZAGALES.

UN ZAGAL.

Celebremos la ventura,
Cantemos el fausto dia,
Que á todo el valle asegura
Su mas rico mayoral.

TODO EL CORO.

Amor, Amor nos le envia:
Gocemos de sus favores;
Y entre todos los pastores
Su memoria sea inmortal.

EL ZAGAL DEL CORO.

Celebremos la ventura,
Que á todo el valle asegura
Su mas rico mayoral.

CORO I.

¡O qué de bienes
Contigo tienes,
Amable paz!
Baja del cielo,
Gócete el suelo,
Amable paz.

CORO II.

¡O qué de males
Ven los mortales,
Si huye la paz!
Todo es temores,
Iras, rencores,
Si huye la paz.

CORO I.

Por tí en el prado
Vaga el ganado,

Amable paz:
Y los pastores
Cantan de amores,
Amable paz.

CORO II.

Mísero el seno,
Que de ansias lleno
Deja la paz,
Porque lloroso
Huye el reposo,
De do la paz.

EL ZAGAL DEL CORO.

Celebremos la ventura,
Que á todo el valle asegura
Su mas rico mayoral.

CORO I.

¡Feliz lazada!
¡Afortunada,
Gloriosa paz!

CORO II.

Ven, que la vega
Te implora y ruega,
Gloriosa paz.

EL ZAGAL DEL CORO.

Celebremos la ventura,
Que á todo el valle asegura

Su mas rico mayoral.

TODO EL CORO.

¡Feliz lazada!
¡Afortunada,
Gloriosa paz!
Ven, que la vega
Te implora y ruega,
Gloriosa paz.

EL ZAGAL DEL CORO.

¡Afortunada,
Gloriosa paz!

TODO EL CORO.

Ven, que la vega
Te implora y ruega,
Gloriosa paz.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

No, cara Petronila, no desmayes,
Que yo esperanza tengo

De que logren un término dichoso
Los dos en sus amores.

PETRONILA.

En vano deshacerme estos temores,
Zagal, en vano intentas

CAMILO.

¿Tan dudoso
Su estado te parece?

PETRONILA.

Dudoso no, mas sí desesperado.

CAMILO.

No, amada, no; que el medio
Que te dije.....

PETRONILA.

Excusado
Será cualquiera; y por demas discurres
En atajar un mal do no hay remedio.
El mísero Basilio de Quiteria
La mano perderá.

CAMILO.

Pues si la pierde,
Dale por acabado en su miseria.
Tú sabes cual la adora;
Mas despues que se vieron tal se aflige,
Tal desvaría, se lastima y llora,
Tenaz en su furor, que en vano, en vano

Ha de ser persuadirle sin la mano
De su amada Quiteria, ya del ruego,
Ya del rigor te valgas.

PETRONILA.

Pero dime:
¿Al instante no van á ser las bodas?
¿No estan ya juntas las personas todas
Para la gran comida
Que celebrarlas debe?
¿Muchos no son, dispuestos y animosos,
Los parientes y amigos de Camacho?
¿Y él mismo por unirse á su querida
No pugna de amor ciego?
Petronila infeliz! qué en vano alientas!
¡Y en tantas ansias engañarte intentas!

CAMILO.

Todo, amada, es verdad; no te lo niego.

PETRONILA.

Quiteria es recatada y temerosa:
Basilio desdichado cuanto pobre:
Imposible el empeño, y poderosa
La parte que lidiamos.
O Camilo! qué en vano nos cansamos!

CAMILO.

No; no ha de ser en vano, que este medio
Llevarnos puede á un término felice.

Él es ocasionado, mas la empresa
No lo es menos; y siempre
Son en los graves daños
Los remedios difíciles y extraños.
Alienta, Petronila, alienta, amada,
Que tú feliz, Quiteria afortunada,
Sereis á un tiempo mismo.

PETRONILA.

Ay! ¿yo, Camilo?....

CAMILO.

Tú, Petronila: mas el tiempo vuela.
Ve, ve, y de nuevo cuidadosa ensaya
Tu tímida Quiteria; y con un velo
Tráela cubierta aqui dentro de un rato:
Que esto es preciso hacer, cual ya te dije,
Para el ardid que desvelado trato.

PETRONILA.

O cómo temo!.....

CAMILO.

Por demas se aflige
Ciego en su amor tu corazon cobarde.
Mas Basilio..... ve pues, que se hace tarde.

ESCENA II.

BASILIO, CAMILO.

BASILIO.

Aqui manda Camilo que lo espere:
Yo le obedezco fiel.... mas él es ido.
Tarde, tarde he venido.
La ocasion se perdió... yo no le veo...
¡O cuán en balde anhela mi deseo,
Cuando contino el crudo amor me clama,
Que mi solo remedio es ya la muerte!
Yo moriré: mi lamentable suerte
Será ejemplo y memoria á los pastores...
Ay Camilo! qué nuevas?

CAMILO.

Avisado
Está ya Don Quijote, cual te dije;
Y su auxilio en tu nombre demandado
Con lastimera voz: él aqui debe
Llegar en un momento.
Esfuérzate, Basilio, y á sus plantas
Rendido, con humilde sentimiento,
Con tono triste y ademan quejoso
Llora, suspira, gime, y ansias tantas
Dile que le enternezcas.

BASILIO.

¡Qué dudoso,
Dulce Camilo, tu precepto sigo!
Yo no quiero, nò quiero de estas artes,
Ni de enganos valerme....

CAMILO.

Pues Quiteria
De Camacho será.

BASILIO.

Ay sin ventura!
¡Cruel extremidad!

CAMILO.

El tiempo apura;
En nada, en nada dudes, ni te apartes
De mis avisos, si en mi ingenio fias,
Y el dulce premio anhelas.

BASILIO.

¡Qué aun porfias,
Zagal, en tan extraño desvarío!
Ah! deja al dolor mio
De una vez acabar: todo remedio
Inútil ha de ser..... ¡Que con un loco
Quieras darme salud, Camilo amado!
¡Te lo parezco en mis desdichas poco!

CAMILO.

¿Pues qué? ¿Si asi no fuera,

Ayudarnos pudiera?
Él es determinado, y con respeto
Todos aqui le miran:
Ninguno su flaqueza ha conocido:
Es cortés, es discreto y comedido;
Y ó mi ingenio me engaña,
O tú has de haber por su locura extraña
Remedio en tu locura.

BASILIO.

¿Tu amistad, fiel Camilo, lo asegura?
Yo te obedeceré: ni un solo punto
Saldré de tu querer. ¡O malhadado!
¡Que estoy viendo la muerte,
Y aun la esperanza por salud anhela,
Y en desvaríos tales se consuela!

CAMILO.

Vele alli venir ya: tu desventura,
Si encarecerse puede,
Encarécela, y llega con respeto.

BASILIO.

Yo llegaré; mas tiene tan sujeto
Mi labio amor, que apenas me concede,
¡O triste! suspirar en mi miseria.
¡Ah, si á perderte llego, el hierro agudo
Solo, bella Quiteria,
Podrá aliviarme en un dolor tan crudo!

ESCENA III.

BASILIO, CAMILO, DON QUIJOTE, SANCHO.

CAMILO.

Llegad, llegad, ilustre Don Quijote,
Luz del valor y la virtud, sustento
De los tristes y míseros, amparo
De los que poco pueden:
Vos sois aquel á cuyo esfuerzo raro
La palma de valiente todos ceden:
Aquel á quien los cielos
Padre de desvalidos constituyen,
Para acallar sus lastimados duelos:
Flor de los caballeros olorosa,
Del pundonor en el verjel cogida,
Llegad, y con piadosa
Blanda mano acorred este cuitado,
Cuya infelice y amorosa vida
Sin vos acabará.

DON QUIJOTE.

Cortés Camilo,
Los loores que has dado
A mi persona, propios
Solo á mi profesion, yo te agradezco;

Y con firme propósito me ofrezco
De todo mi talante á remedialle.

CAMILO.

Asi él lo espera, y su socorro libra
En vuestra gran bondad y brazo fuerte.

DON QUIJOTE.

Yo le haré salvo de la misma muerte.
Cuéntenos su dolor, y á cargo mio
Déjese lo demas.

BASILIO.

Es tan aguda,
Tan terrible mi pena,
Que de todo remedio el alma duda.
Señor, un infeliz á vuestras plantas
Os demanda besándolas rendido,
Lo que á tantos habedes concedido.
Amparadme, amparadme.....

DON QUIJOTE.

Alzad del suelo,
Y decid reposado vuestro duelo,
Acuitado zagal.

SANCHO.

¡Por vida mia,
Que es como un brinco de oro; y qué impaciente
Estoy ya de escuchalle!

DON QUIJOTE.

Sancho, calla.

BASILIO.

Manera el labio de empezar no halla
En tanta desventura.
Amor, ingratitud, pobreza dura
Mis enemigos son; y ya rendido
Fallece el corazon sin esperanza.
De mi dulce Quiteria la mudanza
Causa tan grave mal: yo la servia
Desde que vió la luz el primer dia
De su vida dichosa.
¡O nunca fuera, nunca tan hermosa!
Yo soy Basilio el pobre, ¿y á su lado
Desde niño criado,
Mirándola pudiera no querella?
Ay! no, yo la adoré, y ella á mi ruego
Correspondió cortés; y el Amor luego
Nos echó cariñoso su lazada,
La fe sellando por los dos jurada.
Siete Abriles asi firmes vivimos,
Gozando embebecidos mil ternuras:
Mas Camacho por rico ya me quita
Mi amada palomita.
Ay infeliz Basilio! Yo zeloso,
Y en mi dolor atónito y furioso,

Corrí á los montes; y en la cruda muerte
Remedio buscar quise
A mi deshecha deplorable suerte.
De un alto precipicio iba á lanzarme:
Y una voz imperiosa de repente
Me dice: tente, tente.
Torno la vista; y á mi lado veo
Un venerable y reposado anciano,
Luengo el cabello y cano,
La barba prolongada á la cintura,
Y de una negra túnica vestido.
Con un baston nudoso
Que en la diestra traia,
El suelo hirió, y estremecióse el suelo.
Yo lleno de pavor y de rezelo,
Ni á mirarle asombrado me atrevia;
Mas él con blanda voz y faz serena
Vuelve, dijo, Basilio, á la alquería,
Que yo vengo á librarte de la muerte.
Allí hallarás para acorrerte á un fiero,
A un soberbio leon, con cuyo amparo
Quiteria será tuya; mas la suerte
Luego declinará; y ademas caro
El bien te costará, si no repara
Algun sabio tu amarga desventura,
Que al punto morirás: asi los cielos

Premiando con su mano tu ternura,
Castigarán con muerte tus rezelòs.

DON QUIJOTE.

¡Extraño caso!

SANCHO.

En escuchallo solo
Temblando estoy: ¡ó qué vision tan fea
Para mirada á solas!....

BASILIO.

Yo obediente me vuelvo á la alquería,
Y hállola envuelta toda en alegria
Por esta boda infausta. ¡Ay infelice!
Yo moriré, yo moriré: no huyo
La muerte, no: mis lastimeros hados
Con esto cesarán; mas antes quiero,
Que pues por ella y de adorarla muero,
Me dé su mano mi Quiteria amada,
Con este leve bien no ya angustiada
El alma partirá, ni congojoso
El último suspiro podrá serme.
Acabe, acabe de Quiteria esposo,
Pues que debe acabar este cuitado.
Yo á Camacho no estorbo la ventura:
Goce en buena hora, goce su hermosura,
Pues asi plugo riguroso al cielo;
Y lleve yo en mi fin este consuelo.

Camilo y mis amigos
Su voluntad solícitos ganaron;
Y ella compadecida á tal fineza
Sufre por un instante de ser mia.
Mas yo rezelo, que en mi suerte impía,
Camacho me lo estorbe: su riqueza,
Sus amigos, sus deudos
Contra mí se armarán: á vos os toca
Ampararme, señor: vos sois el fuerte,
Bravo leon que el adivino dijo:
Vos sois mi apoyo y mi sustento; humilde
A vos me acojo, no dejeis que gima
Un triste á vuestras plantas sin consuelo;
Ni que el poder á la humildad oprima.

DON QUIJOTE.

Alzad, alzad del suelo,
Desdeñado zagal; y en mi animoso
Espíritu librad vuestra justicia.

BASILIO.

Hágaos por siempre el cielo venturoso.

DON QUIJOTE.

Yo soy mucho á Camacho agradescido
Por el buen hospedage y agasajo;
Aunque esto al caballero hacerse deba,
Que en pro comun al áspero trabajo
De las armas se ofrece; empero nunca,

Nunca consentiré que la malicia
A la inocencia denostar se atreva,
Ni al puro amor. ¿Qué va á perder Camacho
En haceros feliz un solo instante?
Presupuesto que debe todo andante
A los menoscabados dar ayuda;
Y ahuyentar de do asista
La violenta opresion. Ya con la mano
Contad, Basilio el pobre, de Quiteria;
¡Y ojalá el adivino
En la vuestra miseria
A acorreros viniese! Pero nada
Faré por vos á ley de caballero,
Si Quiteria primero
Con libre voluntad á ello no asiente
En la presencia mia.

CAMILO.

Mi verdad os lá fia.

DON QUIJOTE.

Esto non basta, non.

CAMILO.

Pues á traerla
Yo me ofrezco ante vos.

DON QUIJOTE.

Id al instante,
Y non cureis en al.

ESCENA IV.

SANCHO.

Señor, dejallos
Ha de ser lo mejor: ¿y quién nos mete
En unir voluntades, ni á Basilio
En quererse tan mal? Allá las haya
Con su gusto en buen hora;
Y case ó no con esa su pastora.

DON QUIJOTE.

¿Qué entiendes, Sancho el necio, de aventuras?

SANCHO.

Temo no por nosotros hoy se cuente
Que do cazar pensamos,
Cazados nos quedamos.

ESCENA V.

DON QUIJOTE, SANCHO, BASILIO, CAMILO, PETRONILA, QUITERIA.

CAMILO.

Angustiada Quiteria, aliente, aliente
Tu lastimado corazon: y llega
Ante el gran Don Quijote

Que vado sabrá hallar á tu cuita.
Aqui le tienes, su piedad implora,
Gime, suspira, llora
Compasiva á sus pies. Y vos, famoso
Ilustre caballero, en valentía
Sin par y en generosa bizarría,
No negueis el valor de vuestro brazo
A dos tiernos y míseros amantes,
Que se adoran constantes.

DON QUIJOTE.

Alzad, alzad del suelo,
Fermosa lastimada, y non hayades
Empacho en mi presencia,
Que yo sé bien de amor por experiencia.
Mas decidme: ¿queredes vos, pastora,
La vuestra mano dar en esta hora
Al infeliz Basilio? ¿él es violenta?
¿Convenis de buen grado
En el don demandado?
¿O solo por ceder á su porfia?

PETRONILA.

Su extremada vergüenza y cortesía
La lengua le embarazan;
Mas yo por ella humildemente os ruego,
Que la ampareis, señor: ella se aviene
En dar esta postrera

Prueba de su cariño al sin ventura.
Por Quiteria su hermana lo asegura.
No hagais, no, que el poder se lo embarace;
Y el mezquino Basilio muera al menos
Con este bien, pues este bien le place.

CAMILO.

Ay infeliz zagal!

BASILIO.

Si dicha tanta
Logro, no lo seré.....

DON QUIJOTE.

Muy bien parece
La honestidad, zagala, en las fermosas,
Cual joya inestimable que ennoblece
Su nativo valor; empero nunca
Ser debe en demasía,
Menguando la discreta cortesía.
Ni es usanza ademas que una doncella
Por muy gentil, apuesta y recatada,
Haya de estar cual vos lo estais velada
Ante el su caballero, al tiempo mismo
Que trata en su cüita defendella.
Alce pues, alce el velo
La angustiada Quiteria, y de su hermosa
Vista no nos defraude vergonzosa;
Que por mí queda el acallar su duelo.

¿Y diga si consiente en que yo tome
Sobre mí su defensa? ¿Y si á Basilio
Se entrega de su grado?

QUITERIA.

¡Ay señor! excusado
El decíroslo es; el dolor mio,
Mi confusion, mis lágrimas, mis ansias
Lo publican bastante.

SANCHO.

¡Santo Dios! ¡qué semblante!
¡Qué belleza! ¡qué brio!
Pardiez que en solo vella no soy mio.
Un reino vale lo que encima lleva.
¡Qué arracadas! ¡qué sartas! ¡qué corales!
Pues tomadme las manos, adornadas
De anillos de oro y perlas orientales:
O los luengos cabellos,
Que á mi fe tiene el sol envidia de ellos.
No sino ved su talle y gentileza,
Y no la compareis con una palma
Que cargada de dátiles se mece;
Que á mí tal con los dijes me parece.
Juro, juro en mi alma....

DON QUIJOTE.

¿Sancho, habrás de callar?

QUITERIA.

Señor, doleos
Del infeliz Basilio, de esta triste
Que está llorando á vuestros pies rendida.
Mi desdicha mirad, mi edad florida,
Mi inocencia, mi amor, el don tan leve
Que oprimidos y humildes os pedimos.
Él por mí morir debe,
¿Y yo mi mano le negara dura,
Muy mas que dura roca?
¡Ay de mi!.... no; yo quiero
Cuanto el puede querer, de su albedrío
Un leve punto no se aparta el mio.
¡Ay Basilio infeliz!.... ¡ay desdichada!

BASILIO.

¡Ay Quiteria adorada!

DON QUIJOTE.

Llevadlos, buen Camilo, que me acuitan
El corazon sus lastimadas penas;
Y dejad lo demas á cuenta mia.

BASILIO.

Viva tanto valor y cortesía.

CAMILO.

El cielo, caballero generoso,
Te haga en tus lides siempre venturoso.

PETRONILA.

Dete el amor cuanto tu fe desea.
Vamos, hermana, vamos....

DON QUIJOTE.

¡O ingrata, incomparable Dulcinea,
Si asi en los pechos rústicos él hiere,
Qué el sandio sentirá que por vos muere!

ESCENA VI.

DON QUIJOTE, SANCHO.

SANCHO.

¿Podrá ya Sancho hablar?

DON QUIJOTE.

Di lo que quieras,
Pero breve y al caso.

SANCHO.

¿Pues, señor, quién nos mete en sus amores?
¿O en hacer usos nuevos?
¿Ni por qué la zagala asi se aflige?
Quien bien ha y mal escoge,
Por muy mal que le venga no se enoje.
Ella tiene á Camacho;
Déjese de Basilio. Habilidades
Que vendibles no son, no valen nada:
Y el bien no es conocido

Hasta que es ya perdido:
Dios bendijo la paz: coja en buena hora
Basilio otra pastora,
Que mil encontrará que bien le quieran.

DON QUIJOTE.

¿Y sufriré, si en mi valor esperan,
Que el poder los oprima,
Y acüitada á mis pies Quiteria gima?
¡Oh! tú de amor non sabes: yo ferido
De sus flechas estoy; y ayudar debo
Á los amantes fieles. ¡Ay señora!
¡Ay alta y encantada fermosura!....

SANCHO.

Mire, señor, no cara la aventura
Nos cueste, que Camacho es poderoso:
De juro han sus parciales de ayudalle:
Nosotros somos solos: nadie puede
Saber lo por venir....

DON QUIJOTE.

¿Y qué? ¿no basta
Para todos mi aliento?

SANCHO.

¿Y asi quereis pagalle
El buen acogimiento?

DON QUIJOTE.

Yo ingrato no le soy porque le prive

Por un mínimo instante de Quiteria,
Mientras muere Basilio mal ferido.

SANCHO.

¿Pues los habeis creido?
Para mi no: que la mitad del año
Con arte y con engaño;
Y luego la otra parte
Con engaño y con arte....

DON QUIJOTE.

¡Que imagines tamaño desvarío!
¿Asi ante mí denuestas,
Traidor, á una doncella? ¿puede darse
Mas sencilla intencion en los cuitados?
Miren lo que demandan....

ESCENA VII.

DON QUIJOTE, SANCHO, UN PASTOR.

PASTOR.

A brindarse
Va, señor, por los novios: y allegados
Todos los convidados
Solo á vos os aguardan....

DON QUIJOTE.

Al momento

Zagal, te sigo. Sancho, á Rocinante
No me le olvides.

SANCHO.

Le veré al instante.

ESCENA VIII.

DON QUIJOTE.

Gracias vos rindo, soberanos cielos,
Que de mis claros fechos la noticia
Habedes por el mundo asi extendido,
Haciendo mi valor aun conoscido
De los rudos selváticos pastores.
Gracias os rindo cada vez mayores.
Y en tamaña merced de nuevo juro
Ser como bueno valedor y amparo
De míseros opresos. Y vos, alta
Emperatriz, dechado de hermosura,
Acorred ¡ó señora! en la aventura
Que acomete por vos á este cautivo,
Pues mi pecho alentais, y por vos vivo.
No afinqueis mi esperar con crudo fecho:
Que si vos me acorreis, mi brazo fuerte
Sabrá extender vuestra sin par belleza
A pesar del olvido y de la muerte,
De do el sol muere á do nacer empieza.

CORO IV.

DE ZAGALES Y ZAGALAS.

TODO EL CORO.

Amor poderoso,
Los votos recibe
De un pueblo gozoso
Que solo en tí vive.
Pueblo afortunado,
Pues de tí le viene
Su feliz estado,
Todo el bien que tiene.
En tan fausto dia
Recibe los votos
Que alegre te envia
Entre himnos devotos.

UNA ZAGALA.

Ay! sus favores
Temed, pastores;
Porque èl amor
Es un traidor, es un traidor.

TODO EL CORO.

No, amor, tú no eres
Traidor, ni engañoso,

Sino el delicioso
Dios de los placeres;
Ni crian dolores
Las süaves llamas
Con que el pecho inflamas
De tus servidores.
Ni cuando los prendes
En tus redes de oro,
Con amargo lloro
Sus ojos ofendes.

UNA ZAGALA.

Ay! sus favores
Temed, pastores:
Porque el amor
Es un traidor, es un traidor.

TODO EL CORO.

No es traidor, es blando,
Fácil, compasivo,
Contino burlando,
Travieso y festivo.
Él da al valle flores:
Las selvas enrama,
Y en dulces ardores
Las aves inflama.
No hay dicha en el suelo
Si en ella no entiende.

Hasta el alto cielo
Su imperio se extiende.

UNA ZAGALA.

Ay! sus favores
Temed, pastores;
Porque el amor
Es un traidor, es un traidor.

TODO EL CORO.

¿Quién dirá los bienes
Y alegres cuidados,
¡O amor! que guardados
A tus siervos tienes?
¿Quién del fino esposo
Dirá la ventura?
¿La amable ternura
De su dueño hermoso?
Quien traidor te llama,
Tus dichas no sabe;
Solo aquel te alabe
Que goza tu llama.

UNA ZAGALA.

Ay! sus favores
Temed, pastores;
Porque el amor
Es un traidor, es un traidor.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

CAMACHO, QUITERIA, BERNARDO, PETRONILA, DON QUIJOTE, SANCHO, Y NUMERO DE CONVIDADOS.

Todos en un teatro enramado para ver las danzas.
Danza primera de zagales, cantando el coro en los intermedios.

CORO I.

Llega, goza del premio
De tu llama amorosa,
Tierno esposo, en el gremio
De tu Quiteria hermosa.

CORO II.

Y tú, zagala, el fruto
Coge de tu belleza,
Acetando el tributo
De su amor y riqueza.

ZAGALES VITOREANDO.

Viva el feliz esposo
Con Quiteria la bella.

OTROS.

Él á la par de rico, venturoso,
Y cuanto hermosa, afortunada ella.

ESCENA II.

Danza segunda de doncellas, guiadas por un anciano y una matrona; y trayendo una guirnalda en un canastillo de flores.

CORO I.

Zagalas y pastores,
Venid, venid á vellos.

CORO II.

Pues cantais sus amores,
Tomad licion en ellos.

LOS DOS COROS.

Venid, venid á vellos:
Tomad licion en ellos.

Los zagales de la primera danza bailan mezclados con las doncellas.

CORO I.

Cual azucena bella

Pagar los besos sabe
Del céfiro süave.

CORO II.

La cándida doncella
Dé al esposo querido
El premio merecido.

CORO I.

Cual clavel oloroso
Mas lozano se torna
Si un bello seno adorna.

CORO II.

Tal el feliz esposo
En su cuello nevado
Brillará reclinado.

LOS DOS COROS.

Dénle, dénle los cielos
Sus dones á porfía;
Y un enjambre de hijuelos
Que colmen su alegría.

Roban los zagales la guirnalda, y con ella coronan á Quiteria.

ZAGALES VITOREANDO.

Viva, viva Quiteria y su hermosura.

OTROS.

Viva su honestidad y su ventura.

ESCENA III.

BASILIO, LOS DICHOS.

CAMACHO.

¿A qué, Quiteria, suspender mas tiempo
Mi anhelada ventura? Premia, premia
Con tu mano mi ardor: prémialo, amada.

QUITERIA.

¡Petronila...! ¡ay cuitada!
Él no viene... ¡qué trance!

CAMACHO.

Dame la mano bella: alcance, alcance
Mi fineza este bien, querida esposa.

BERNARDO.

No mas se lo dilates, mi Quiteria....

BASILIO.

Coronado de cipres y con un baston en la mano, empezando ya las gentes á bajar del tablado.

Gente inconsiderada y presurosa,
Parad, parad, y oid á este infelice
En el último punto de su vida.....

Hincando denodado el baston en el suelo.

Y tú, Quiteria infiel, tú, fementida,

Tú, inhumana, á quien dieron
Leche las fieras crudas,
Tú, á quien los cielos por mi mal hicieron
Bella cuanto liviana: atiende, aleve,
En mi hora postrimera y dolorosa,
Y séme al menos en el fin piadosa.
Tú sabes lo que debe
Tu despiadado corazon al mio.
Tú sabes que ligado el albedrío
Ya en la niñez mas tierna, no te es dado
El vínculo sagrado
Romper, ni dar la mano al venturoso
Cuanto rico Camacho... ¡Ingrata! ingrata!
Yo solo soy tu esposo,
Y tú solo eres mia.
¡O cielos, pues mirais su alevosía,
Por qué no confundis á la perjura!
¡O mal haya, mal haya tu hermosura!
¡Mal haya amor y mi esperanza ciega,
Y el tiempo en adorarte malgastado!.....
Yo me abraso... me abraso... ya enojosa
La vida le es al infeliz Basilio;
La vida en otro tiempo tan gustosa,
Cuando tú, infiel, llorando le decias
Que su esposa serias.
¡O no vista traicion! cruda pobreza!

Por ella moriré: por su riqueza
Camacho te me roba. Goce, goce
Feliz de tu hermosura,
Mientras Basilio acaba en muerte dura....
Pero ¡infiel! inhumana! no, no esperes
De contento gozar desde este dia.
Mi crudo fin, mi caso lamentable
Tus verdugos serán: mi sombra fria
Te seguirá, te acosará espantable
Culpando tu maldad... O desgraciado!
O misero Basilio!.... muere.... muere....
Asi, Quiteria, este infeliz te quiere.

Arrójase sobre el baston, y queda como traspasado y bañado en sangre.

DON QUIJOTE, BERNARDO.

Extraña desventura!

QUITERIA.

Ay infelice!
¡Yo le maté, y aun vivo!... ¡ay Petronila!

PETRONILA.

Ay hermana!... ay Camacho!

CAMACHO.

¡Qué es esto, amor!....

SANCHO.

Los ojos se me arrasan.
¡Pobre zagal! á fe que no mentia.

Llegan á socorrer á Basilio Don Quijote, Sancho, Petronila y algunos de sus amigos.

BASILIO.

Ay!.... ay Quiteria mia!....
Yo muero.... sí.... ¡tu esposo....
Quién fuera en este punto!... ¡qué aliviado...
Muriera! ¡qué go...zoso!
¡Mano... feliz! ¡quién con la suya... ahora...
Estrecharte... pudiese! ¡infiel... pastora!...
No... pue...do respirar... ¡ay!... ¡si llevara...
Este... bien tu Basilio...! ¡qué fa...tiga!...
!O... si hora fuese... tuyo! ¡ay enemiga!...

DON QUIJOTE.

Déjate de tamaño desvarío,
Y cura en tu salud, pidiendo al cielo
De tu yerro perdon.

LOS ZAGALES AMIGOS DE BASILIO.

Quiteria, dale
Este alivio á lo menos, pues le matas:
Dale, dale la mano.

CAMACHO.

Yo no puedo
En ello convenir, ni en este trance
Él lo debe querer.

DON QUIJOTE.

¿Por qué tan duro,

Buen Camacho, sereis con la recuesta
De un tan liviano don? ¿ó mas honrado
Con Quiteria os habreis por recibilla
Del anciano Bernardo, que viuda
Del valeroso á quien habeis llevado
Al trance de la muerte? No, no sea
Tal por vos fecho, ó quede en su deseo
Menoscabado el triste, pues no embarga
Zagal vuestra ventura; y lo que pide
Es justo y hacedero.
Decir sí, y arrojar el postrimero
Aliento ha de ser uno. De estas bodas
El lecho es el sepulcro....

LOS ZAGALES AMIGOS.

Ceded, ceded á nuestro ruego.

CAMACHO.

En vano,
En vano os fatigais.

DON QUIJOTE.

¿Pues qué? ¿liviano
Será mi demandar? ¿ó asi conmigo,
Camacho, vos habedes?....

BASILIO.

Ay me triste!... traidora!...
¡Qué angustias!... ¡qué ansias siento!...
Ya se acaba... el... aliento...

Dame... tu mano... ¡infiel!... ¡dolor... agudo!...

DON QUIJOTE.

¡Qué os hayades tan crudo!
No, Camacho gentil, dad á Quiteria
Permiso para hacello:
Y vos, bella acuitada,
No hayais á mengua, no, pagar el firme
Amor del infeliz: llegad á velle
Si podeis pavorido conocelle
En tan menguado doloroso trance.
Alcance pues, en su despecho alcance
Tan triste premio su sin par fineza.
Ea, llegad, llegad: tanta braveza
Non vos dice bien, non...

LOS ZAGALES AMIGOS.

Quiteria hermosa,
Ceded, y con el triste sed piadosa.

CAMACHO.

Hazlo, si de ello gustas.

BERNARDO.

No le niegues,
Hija, tan leve bien: hazlo, querida.
Yo te lo mando, yo; y al punto sea,
Que se le va la vida.

QUITERIA.

Ay mísera!... Basilio...

Triste Basilio...

BASILIO.

Ay me...!... ¡Quiteria...!...
Cruel!... acaba... acaba...
De quitarme esta vida... Tú me fuiste...
Siempre mortal... ¿qué viste...
Ay!... en mí... para tantas desventuras?...

SANCHO.

Déjese de ternuras:
Que mas parece que en la lengua tiene
Que en los dientes el alma: mal se aviene
Hablar tanto de amores,
Con estar acabando.

QUITERIA.

Tus dolores
Templa, Basilio mio, con mi mano.
Aqui está tu Quiteria sinventura.
Tuya soy, toda tuya, ya inhumano
El cielo te me robe, ya dolido
De mis ansias y lágrimas te salve.
Tu esposa soy: mi fe te lo asegura.
Basilio...

BASILIO.

Ay! ay!... ¡Quiteria!...
¡Feliz, feliz... mil... veces mi... miseria!...
Tuyo soy... tú mi esposa... ¡qué... ale...gría!..

No puedo... res...pirar... tu esposo... tuyo...
Tuyo... soy... alma mia...

QUITERIA.

Vive, vive,
Vive, Basilio amado; y venturosa
Haz con tu vida á tu angustiada esposa.

ESCENA IV.

CAMILO DE MAGICO, Y LOS DICHOS.

UNOS.

¡Qué asombro!

OTROS.

¡Qué vision!

DON QUIJOTE.

¡El mago es este!

MAGICO.

El cielo favorable te recibe,
Quiteria, ese deseo; y me ha ordenado
Que á darle venga presta medicina.
Yo soy el sabio Alberto, á quien se inclina
Cielo, tierra y abismo tenebroso.
El que puede tornar ensangrentado
El claro sol, y escurecer la luna
Parándola en su curso presuroso.

A mi raro saber dolencia alguna
Se resiste. Basilio.... ¿me conoces?
Basilio....

BASILIO.

¡Ay! ¡ay!.... ¿qué voces
Son estas?.... Sabio amigo....

MAGICO.

A darte vengo
La vida en premio de tu amor: levanta.

BASILIO.

Curado de repente y sin la vestidura lúgubre, de galano pastor.

¡Ah! deja que tu planta
Bese humilde....

QUITERIA.

¿Basilio, vives, vives?
¡O felice Quiteria! Yo soy tuya:
De nuevo lo prometo.

ALGUNOS.

¡Caso extraño!

DON QUIJOTE.

¡Inaudito portento!

CAMACHO.

¡Fiero engaño!
¡Traidor! falso traidor, infamia tanta
Tu sangre lavará.... muera el aleve.

UNOS.

Muera, muera Basilio.

OTROS.

Viva, viva.

CAMACHO Y LOS SUYOS.

Muera, muera el traidor.

DON QUIJOTE.

Ténganse todos,
Envainen todos; y óiganme, si quieren
Quedar con vida.

SANCHO.

A las tinajas, Sancho,
Que es sagrado; y al duelo diz que huillo.

Corre á guarecerse entre ellas.

DON QUIJOTE.

Y pues salud el cielo favorable
Le dió, nadie sea osado
A tocalle ante mí, ni á sus decretos
El hombre ciego contrastar se atreva.
Goce, goce Basilio
De su hermosa Quiteria luengos años;
Y el buen Camacho su cuadrilla quiete
Sandia y desalumbrada,
O verála en un punto aniquilada.
Y si soberbio y temerario alguno
Osa no obedecer, por esta lanza

Pase, pase primero.
¡A este vuestro cautivo caballero
Acorred, ó señora!....

MAGICO.

Escuchad todos
Lo que el cielo me inspira
Por vuestra paz sin duda; y quien un punto
Lo osare repugnar, en aquel mismo
Se verá confundido. Con su amada
Basilio vivirá en afortunada
Prolongada vejez: quien lo estorbare,
Sus iras sentirá. Mas tú, ó Camacho!
No habrás menores dichas, si ya sabes
Seguir por do te llama la ventura.
¡Ah! ¡con cuánta ternura
Te adora alguna que me atiende! ó ciego!
¡Que no adviertes sus ansias y su fuego!
¡Qué gozos! qué delicias á su lado
Cierto te guarda y favorable el hado!

Retirase tan prestamente, que parezca desaparecerse.

PETRONILA.

¡Ay triste! ay sinventura!
¡Mi amor se descubrió!

CAMACHO.

¡Qué es lo que he oido!

¡Tú, Petronila!.... ¡confusion extraña!
Adorada Quiteria, me ofendia;
Y su hermana ultrajada, asi me adora.
¿Qué debo hacer?.... mucho en el trueque gano,
Si logro hacerla mia
Perdonado mi error. Bernardo, padre,
Interceded por mí, dadme su mano.

BERNARDO.

¡O dichosa vejez!

PETRONILA.

¡Ingrato!... ay triste!

CAMACHO.

No ingrato, esposo tuyo; tu ternura
Tenga este leve premio.

PETRONILA.

¡Esposo mio!....

CAMACHO.

Mi ceguedad disculpa deslumbrada;
Y vive, Petronila, afortunada,
Para que yo te sirva.

PETRONILA.

Mi ventura
Será hacerte feliz, zagal amado.

BASILIO.

Perdonad á un amante despechado,
Cuanto fino y leal, pues todo ha sido

Industria del amor: él ha sabido
Fingir mi herida, y disponer la sangre
De arte en este cañon, que pareciese
Ser verdadera; y ordenó el encanto
Y trazó que Camilo el mago hiciese;
Y á vuestros pies....

QUITERIA.

Quiteria desdichada....

CAMACHO.

Todo se olvide; y á mis brazos llega.

PETRONILA.

¡Ay Quiteria!

QUITERIA.

¡Ay amada!
¡Tú le adorabas!.... ¡qué felices somos!

BERNARDO.

¡O cielos! ¡cuánto bien en solo un dia!

CAMACHO.

Siga pues de la fiesta la alegría;
Cantando todos la sin par terneza
De la zagala mia,
Y de su hermana bella la fineza.

DON QUIJOTE.

Y hágaos, fieles esposos,
Y hágaos amor mil siglos venturosos:
Que á despecho de cuantos

Malignos hechiceros la memoria
Quieran menoscabar con sus encantos
De fecho tanto, durará su gloria.

CORO V.

DE ZAGALES Y ZAGALAS.

TODO EL CORO.

Y gozad, gozad ciegos
Entre honestas caricias
De sus plácidos fuegos;
De sus tiernas delicias.

CORO DE ZAGALES.

Gozad; y las lazadas
Que os unen siempre sean
De rosas, ni se vean
Del crudo tiempo ajadas.

CORO DE ZAGALAS.

Cual álamo frondoso
Florece en prado ameno,
Asi amor deleitoso
Florezca en vuestro seno.

CORO DE ZAGALES.

Cual las purpúreas rosas
Reinan entre las flores,

Zagalejas hermosas,
Reinad en los pastores.

CORO DE ZAGALAS.

Cual vuelve á los mortales
El rubio sol el dia,
Sed, felices zagales,
Del valle la alegría.

TODO EL CORO.

Y gozad, gozad ciegos
Entre honestas caricias
De mil plácidos fuegos
De mil tiernas delicias.

ODAS.

ODA I.

LA VISION DE AMOR.

Por un prado florido
Iba yo en compañía
De la zagala mia
Ocioso y distraido:
Do suelta el alma de pasiones graves
Con mi fácil rabel seguir curaba
Del viento el silbo, el trino de las aves,
O el *bé* que á mis corderas escuchaba;
Y en gozo rebosaba
Mi infantil pecho; que á un zagal divierte
Cuanto en los campos de gracioso advierte.
Cuando en faz placentera,
Cuanto en bullir donosa,
Vi á una doncella hermosa,
Que nunca visto hubiera.
La Musa, dijo, soy de los amores:
Nada, simple zagal, nada rezeles;
Y pues ves en suavísimos ardores
Los hombres y aves, brutos y verjeles,
No cantes ya cual sueles
Esa rusticidad de la natura,

Que bien mayor mi numen te asegura.
  Dócil oye mis voces:
Sigue el comun egemplo,
Ven de Vénus al templo,
Ven con plantas veloces;
Que allí es paz todo y célicas delicias.
Sobre el ara feliz tu blando seno,
Cual rosa virginal que á las caricias
Se abre alegre del céfiro sereno,
De otros encantos lleno
La vivaz llama del placer aspire;
Y de amor solo tu rabel suspire.
  Di en el de tu zagala
La esplendente belleza,
Su noble gentileza,
Su enhiesto cuello y gala.
La luz divina de sus ojos bellos,
Su dulce hablar y angelical agrado
Estro den á tu voz, y suenen ellos
Y su nombre por todos celebrado.
De rosas coronado
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo con brazo á tu zagala asido.
  En estos frescos valles
El ánimo se encanta:
Corre feliz tu planta

Sus deliciosas calles,
Que aqui alzó Vénus su dichoso imperio.
Ve allí nudas triscar sus ninfas bellas;
Y allá en brazos de amor y del misterio
Dulces gemir las tímidas doncellas.
Sigue alegre sus huellas;
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo ccn brazo á tu zagala asido.

Mira allí prevenidas
Entre parras espesas
Cien opíparas mesas
De amorcitos servidas,
Do risueño el placer insta á sentarse.
Al Teyo mira que el festin ornando
Ya empieza con los brindis á turbarse;
Y entre lindas rapazas retozando
Te está dulce cantando:
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo con brazo á tu zagala asido.

Corre, jóven dichoso,
Que el anciano te llama,
Y con su copa inflama
Tu pecho aun desdeñoso.
Allá otros niños bellos al Parnaso
Suben, do á Cinthio Vénus los entrega,
Cual Tibulo, Villegas, Garcilaso;

Y alegre el niño Amor entre ellos juega.
Ea, al coro te agrega:
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo con brazo á tu zagala asido.
   Oye bullir sonantes
Las melifluas abejas,
Oye arrullar sus quejas
Cien tórtolas amantes;
Y alli bajo una yedra enmarañada
Gemir dos venturosos amadores,
La sien de mirto y rosa entrelazada,
Y á Vénus derramar sobre ellos flores.
Aqui, que es todo ardores,
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo con brazo á tu zagala asido.
   Dijo Erato amorosa,
Y en una vega amena
De aves parleras llena
Dejónos misteriosa:
Y yo y mi zagaleja nos entramos
En una gruta retirada, umbría,
Y quien mas pudo arder alli probamos,
Y ella mi amor y el suyo yo vencia.
Desde tan fausto dia
Sigo siervo feliz, sigo á Cupido
Brazo con brazo á mi zagala asido.

ODA II.

LOS DIAS DE FILIS AL ENTRAR LA PRIMAVERA.

Del céfiro en las alas conducida
Por la radiante esfera
Baja de rosas mil la sien ceñida
La alegre primavera:
Y el mustio prado, que el helado invierno
Cubrió de luto triste,
Al vital soplo de su labio tierno
De yerba y flor se viste.
Las aves en los árboles cantando
Su venida celebran;
Brotan las fuentes y su hervor doblando
Entre guijas se quiebran.
Y por do quier un celestial aliento
De vida se derrama;
Que en dulce amor, en plácido contento
Al universo inflama.
Mas sale Fili en el glorioso dia
Que años cumple graciosa,
Sale, y mas rosas tras su planta cria
Que primavera hermosa.

La venturosa tierra, que animarse
Por su beldad divina
Y de insólita pompa siente ornarse,
Humilde se le inclina.
Y del aroma y las delicias lleno
Que aspiró de las flores,
Hinchendo el viento de placer su seno
La embalsama en olores.
Las plantas á su vista reverdecen,
Los arroyuelos saltan
Entre los tallos, que ondeando mecen
Y en su aljofar esmaltan.
Las dulces y parleras avecillas
Le dan en voz canora,
Con sus picos haciendo maravillas,
Mas trinos que á la aurora.
Y uniendo de sus tonos no aprendidos
La música extremada,
Le echan dejando los calientes nidos
Otra nueva alborada.
Salve, le dicen, copia peregrina
De la beldad eterna,
Salve, virginal rosa y clavellina,
Salve, azucena tierna.
Salve, y al bajo mundo de tus dones
Liberal enriquece.

¡Ay! ¡qué lazo á los tiernos corazones
Y á tu hermosura ofrece!
¡Qué gracia celestial en tu semblante!
¡Qué almíbar en tu boca!
¡De tus labios la rosa purpurante
Qué de gozos provoca!
Amor, riente amor desde tus ojos
Flecha su arpon ardiente,
Y mil fieles cautivos por despojos
Te ofrece reverente.
¡Oh qué grato rubor si se alboroza!
¡Con qué embeleso apura
Su adorno al gusto, y al cristal se goza
Riente su hermosura!
¿Para qué, bello jóven venturoso,
Alma Vénus, preparas
La víctima sin par? ¿quién anheloso
La ofrecerá en tus aras?
¿A quién, Dione hermosa, has acordado
Tal premio? ¿ó quién es digno
De ver tu pecho de su ardor tocado,
Lucero peregrino?
Que en vano el cielo tu beldad no cria;
Y aunque el rostro colores,
Tu cuello á amor se doblará algun dia,
Y ansiarás sus favores.

Asi las avecillas van cantando
Con bullicioso acento;
Y *vivas* mil hasta el Olimpo alzando,
Se esparcen por el viento.

ODA III.

EL SUFRIMIENTO HACE LOS MALES LLEVADEROS.

No porque congojoso
Al sordo cielo en tus angustias mires,
O abatido y lloroso
Sobre tu mal suspires,
Lucio, á templarlo querellando aspires.
Que en orden inmutable
Los casos ruedan de la humana vida;
Y el hado inexorable
Ya tiene decidida
Tu fausto vuelo, ó tu infeliz caida.
Cuanto en contrario obrares,
Es cual si opuesto á un rápido torrente
Nadando te obstinares
Contrastar su corriente,
O herir los cielos con tu altiva frente.
Afanaráste en vano;

Y el término infeliz de tu porfia
Será con necia mano
Dar á la suerte impía
Mas poder sobre tí que antes tenia.
Cual con la misma fuerza
Con que en su rabia al gladiador que osado
Le hirió alcanzar se esfuerza,
De su estoque acerado
Cae el toro á sus pies atravesado.
Cede al ímpetu fiero,
Y calla y sufre cual sufrir conviene,
Que asi un pecho severo,
O el nublado previene
Que horrísono sobre él tronando viene;
O con frente serena
Del rayo ve devastador las iras.
Tal de calma y luz llena
Jamas, Febe, retiras
Tu faz del cielo que entoldado miras;
Sino que hermosa subes
Tu carro por el alto firmamento,
Dejando atras las nubes.
Del mas rudo tormento
Remedio es celestial el sufrimiento.

ODA IV.

AL AMOR, CONFESANDOSE RENDIDO.

¿Qué mas quieres, ó Amor? ya estoy rendido:
Ya el pecho indocil de tu arpon llagado
Humilde imploro tu favor sagrado:
Tu esclavo soy, si tu enemigo he sido
Con furor obstinado.

Mi diestra débil ya dejó vencida
Las inútiles armas por seguirte.
¡Oh qué demencia ha sido el resistirte!
Ya lo conozco, ya: desde hoy mi vida
Consagraré á servirte.

No habrá ni un pensamiento ni un deseo
Que tú no inspires en el pecho mio.
Como supremo Rey de mi albedrio
Tuya es su direccion, tuyo su empleo,
Tuyo su señorío;

Y el estro tuyo, y el trinar süave
Que á mi labio feliz la musa inspira.
Mi dulce verso solo amor suspira,
Cual tierno el corazon solo amar sabe,
Y amor cantar mi lira.

Si colmar de una vez mis votos quieres,

Víbrame, Amor, aun mas ardientes flechas,
Y en tus cárceles gima mas estrechas
Al pie los grillos, grillos de placeres,
Que á tus mas fieles echas.
Solo á la ninfa de que te has valido
Para rendirme con su vista hermosa,
Haz que me alivie en la prision dichosa:
Haz me regale el corazon herido
Mirándome graciosa.

ODA V.

A DON SALVADOR DE MENA EN UN INFORTUNIO.

Nada por siempre dura.
Sucede al bien el mal: al albo dia
Sigue la noche obscura;
Y el llanto y la alegría
En un vaso nos da la suerte impía.
Trueca el árbol sus flores
Para el otoño en frutos ya temblando
Del cierzo los rigores,
Que aterido volando
Vendrá tristeza y luto derramando.
Y desnuda y helada.

Aun su cima los ojos desalienta,
La hoja en torno sembrada,
Cuando al invierno ahuyenta
Abril, y nuevas galas le presenta.
Se alza el sol con su pura
Llama á dar vida y fecundar el suelo;
Pero al punto la obscura
Tempestad cubre el cielo,
Y de su luz nos priva y su consuelo.
¿Qué dia el mas clemente
Resplandeció sin nube? ¿quién contarse
Feliz eternamente
Pudo? ¿quién angustiarse
En perenne dolor sin consolarse?
Todo se vuelve y muda.
Si hoy los bienes me roba, si tropieza
En mi la suerte cruda;
Las musas su riqueza
Guardar saben en mísera pobreza.
Los bienes verdaderos,
Salud, fe, libertad, paz inocente,
Ni á puestos lisonjeros,
Ni del metal luciente
Siguen, Menalio, la fugaz corriente.
Fuera yo un César, fuera
El opulento Creso, ¿acaso iria

Mayor si me midiera?
Mi ánimo solo haria
La pequeñez ó la grandeza mia.
De mi débil gemido
No, amigo, no serás importunado:
Pues hoy yace abatido
Lo que ayer fue encumbrado;
Y alzarse torna para ser hollado.
Vuela el astro del dia
Con la noche á otros climas, mas la Aurora
Nos vuelve su alegría;
Y fortuna en un hora
Corre á entronar al que abismado llora.
Si hoy me es el hado esquivo,
Mañana favorable podrá serme;
Y pues que aun feliz vivo
En tu pecho, ofenderme
No podrá, ni á sus pies rendido verme.

ODA VI.

DE LA INCONSTANCIA DE LA SUERTE.

¿Ves, ó dichoso Lícidas, el cielo
Brillar en pura lumbre,
Sublime al sol en la celeste cumbre,
Animar todo el suelo?

¿La risa de las flores y el pomposo
Verdor del fresco prado,
Bullir lascivo el céfiro, el ganado
Ir paciendo gozoso?

¿Cómo los altos árboles se mecen,
Y entre el blando sonido;
Los coros de las aves que el oido
Y el ánimo adormecen?

¿Cómo el arroyo se desliza y salta,
Y al salpicar las flores
Su grata variedad y sus colores
De perlas mil esmalta?

¡Ay! tiembla, tiembla, que fatal un hora
Sople el cierzo inclemente,
Revuelva el cielo, anuble el sol fulgente,
Y su honor lleve á Flora.

Las hojas de los árboles sacuda
Y esparza por la vega;
Ate al arroyo que fugaz la riega,
Y al ave deje muda.

Asi ominosa la inconstante suerte
A su antojo varia
La faz del universo en solo un dia,
Y en mal el bien convierte.

Ella derroca el cedro mas altivo,
Estremece al tirano;

Da la púrpura á un mísero villano,
Y hace á un Rey su cautivo.
La negra ingratitud, la desabrida
Dureza la acompaña,
La vil doblez que á la bondad engaña,
Y la insolencia erguida.
Evita pues un lamentable caso.
Súfrela inexorable;
Si la diestra te ofrece favorable
Modera cuerdo el paso.
Y no á un dudoso piélago te entregues,
Marinero inexperto;
Ó infeliz llorarás sin luz ni puerto,
Cuando en su horror te anegues.
Un tiempo yo la vi tambien contenta
Y con rostro sereno:
Engañóme cruel. Del daño ageno,
Lícidas, escarmienta.

ODA VII.

DE LA VOZ DE FILÍS.

Amable lira mia,
Canta, acorde á mi llama deliciosa,
La dulce melodia,

La gracia sonorosa
De la ninfa mas bella y desdeñosa.
¡Ay! canta, si te es dado
Sus loores cantar como es debido,
El suspiro apenado
Que arrebató mi oido;
Y en la gloria me tuvo embebecido.
O el brio y ligereza
Con que los albos dedos gobernaba;
Y la gentil destreza
Con que el clave tocaba,
Y con su amable voz lo acompañaba.
Su amable voz que suena
Cual la de los pardillos mas canoros;
Y el alma asi enagena
Con sus trinos sonoros,
Cual suele amor en sus süaves coros,
Mudando blandamente
A su placer el ánimo encantado,
El ánimo que siente
Todo su ardor mezclado
Con el gemir ardiente, apasionado.
Sigue empero embebido
El mágico compas del son sabroso,
Mientras por el oido
Con ardid engañoso

El ciego Rey le roba su reposo.
  Y la herida sintiendo,
Y el volcan que la grata melodía
Va en el pecho prendiendo,
Oye aun con alegría
El suave hechizo que sus penas cria.
  Oye el labio que suena
En feliz consonancia al instrumento;
Y extático en cadena
Detiene al pensamiento,
Dudoso entre la pena y el contento.
  ¿Pero quién podrá tanto,
O cuál lira será la celebrada,
Que á seguirte en su canto
Llegue, lengua adorada,
Si el mismo Apolo no la da templada?
  ¿Quién podrá dignamente
Ese don ponderar, ó voz sonora,
Que al alma blandamente
Rinde, embarga, enamora;
Y aun haciéndola esclava la mejora?
  ¡O voz! ¡ó voz graciosa!
¡Voz que todo me lleva enagenado!
¡O garganta armoniosa!
¡Pecho tierno y nevado,
De do tono tan blando ha resonado?

Tú solamente puedes
Tu dulzura cantar como es debido,
Que á las Gracias excedes
Feliz; y á quien ha sido
Tan claro don del cielo concedido.
Y pues tú solamente
Puedes bien celebrarte ¡ay voz sonora!
Suenen de gente en gente
Tus trinos, mi señora,
Y cesen ya las salvas á la Aurora.
Ni los sueltos pardillos
Que van la aura purísima surcando,
Abran mas sus piquillos
Mientras estés cantando,
Y tu humilde zagal te esté escuchando.

ODA VIII.

A LISI, QUE SIEMPRE SE HA DE AMAR.

La Primavera derramando flores,
El céfiro bullendo licencioso,
Y el trino de las aves sonoroso
Nos brindan á dulcísimes amores
En lazo delicioso.
Viene el Verano, y la insufrible llama

Agosta de su aliento congojado;
Árboles, plantas, flores, yerba y prado.
Todo cede á su ardor, solo quien ama
Lo arrostra sin cuidado.
El amarillo Otoño asoma luego
De frutas, yedra y pámpanos ceñido:
La luz febea su vigor perdido
Se encoje, mientra amor dobla su fuego
Blando y apetecido.
Y en el ceñudo Invierno, cuando atruena
Mas ronco el aquilon tempestüoso,
Entre lluvias y nieves en reposo
Canta su ardor, y rie en su cadena
El amador dichoso.
Que asi plácido amor sabe del año
Las estaciones, si gozarlos quieres,
Colmar, Lisi, de encantos y placeres.
¡Ay! cógelos, simplilla; ve tu engaño,
Y á la vejez no esperes.

ODA IX.

A LA FORTUNA.

Cruda fortuna, que voluble llevas
Por casos tantos mi inocente vida,

De hórridas olas agitada siempre,
Nunca sumida:
Tú que de espinas y dolor eterno
Pérfida colmas con acerba mano
Tus vanos gozos, de la mente ciega
Sueño liviano:
Aunque sañosa de tiniebla cubras
Lóbrega el cielo, que en humilde ruego
Férvido imploro, por huir tu odioso
Bárbaro juego:
Aunque el asilo de mi hogar me robes;
Aunque me arrastres ominosa y fiera
Desde los campos de la dulce patria,
Donde ligera
Tu undosa vena con alegre curso,
Ancho Garona, se desliza, y pura
Riega los valles, que de mieses orna
Rica natura:
Y solo y pobre en peregrino suelo
Mi labio el cáliz apurado lleve,
Con que á la envidia la calumnia unida
Me infama aleve.
Nunca rendido mi inocente pecho,
Nunca menguado mi valor aguardes,
Ni que mi plectro varonil querellas
Cima cobardes.

Como afirmado en su robusto tronco
Añoso roble en elevada sierra
Inmóvil burla del alado viento
La horrida guerra:
El justo firme en su opinion, seguro
De su conciencia reirá á la suerte.
Miedo, amenaza inútiles asaltan
Su ánimo fuerte.
Ponme, Fortuna, do en eterna nieve
Gime abismado el aterido mundo,
Que en noche envuelto nebulosa y sueño
Yace profundo:
Ponme, do Febo, su fogoso carro
Sin cesar rueda por el ancho cielo;
Do Sirio ardiente la arenosa tierra
Cubre de duelo:
Siempre tranquilo, moderado siempre
Con igual frente me verás ¡ó cruda!
Sin que provoque tu rigor, ni á viles
Lloros acuda.

ODA X.

A UN AMIGO EN LAS NAVIDADES.

Templa el laud sonoro
Del lírico de Teyo,

Y un rato te retira
Del popular estruendo;
Cantarémos, amigo,
Con alternado acento
En dias tan alegres
Sus delicados versos:
Sus versos que del alma
Las penas y los duelos
Disipan, cual ahuyenta
Las nubes el sol bello.
Y el inocente gozo,
Las Gracias y el risueño
Placer nos acompañen,
Y enciendan nuestros pechos;
O en el hogar sentados
Las Musas y Lïëo
Nos diviertan, y burlen
Las furias del Enero.
¿Qué á nosotros la corte
Ni el mágico embeleso
De confúsiones tantas,
Cual sigue el vulgo necio?
El sabio se retira,
Y admira dende lejos
Del mar alborotado
Las olas y el estruendo.

Gozoso en su fortuna
Su rostro está sereno,
Sus manos inocentes,
Tranquilos van sus sueños:
Ni el oro le perturba,
Ni adula al favor ciego,
Ni teme, ni codicia,
Ni envidia, ni da zelos.
Por eso entre sus vinos,
Sus bailes y sus juegos
De sabio dieron nombre
Los siglos á Anacreon:
Mientras el de Stagira,
Del Macedon maestro,
Con obras inmortales
No alcanzó á merecerlo.
La vida es solo un punto,
Las honras humo y viento,
Cuidado los tesoros,
Y sombra los contentos.
Feliz el sabio humilde,
Que en ocio vive, exento
De miedo y esperanzas,
Bastándose á si mesmo.
Un libro y un amigo,
Pacífico y honesto

Le ocupan, le entretienen,
Y colman sus deseos.
Alegre el sol le nace:
De noche el firmamento
Consigo le enagena
En pos de sus luceros.
Sus horas deliciosas,
Cual plácido arroyuelo
Se pierden, que entre flores
Con risa va corriendo.
¡Dichoso el tal mil veces!
Su inmóvil planta beso,
Pues supo asi elevarse
Del miserable suelo.
Un tiempo á mi fortuna
Con rostro placentero
Tambien falaz me quiso
Contar entre sus siervos.
Llevóme á que adorara
La imagen de su templo;
Y al ánimo inocente
Detuvo prisionero.
Mas luego el desengaño,
Bajando desde el cielo,
Me muestra sus ardides,
Y libra de su imperio.

De entonces, dulce amigo,
Seguro de mas riesgos,
La humilde medianía,
En blanda paz celebro.

ODA XI.

AL CAPITAN DON JOSEF CADALSO,
DE LA DULZURA DE SUS VERSOS SÁFICOS.

Dulce Dalmiro, cuando á Filis suena
Tu delicada lira,
El rio por oirte el curso enfrena,
Y el mar templa su ira.
Alzan las Ninfas su nevada frente
Coronada de flores,
Suelta Neptuno el húmido tridente
Absorto en tus amores.
Del céfiro en los brazos calma el vuelo
El ábrego irritado;
Y el verdor torna al agostado suelo
Tu acento regalado.
Desde el olimpo baja Citerea,
Tanto con él se agrada,
Y en sus canoros trinos se recrea,
De Mavorte olvidada.

Siguen tus blandos ayes arrullando
Sus cándidas palomas,
Sus Cupidos contino derramando
Sobre tí mil aromas.

Y otros tan fino amar tiernos oyendo,
Una guirnalda bella
De mirto y rosas y laurel tejiendo,
Ornan su sien con ella.

Las vagarosas parlerillas aves
Que ven la Cipria diosa,
Aclaman con mil cánticos süaves
Su llegada dichosa:

Y en dulcísimos tonos no aprendidos
Le dan la bienvenida;
Mas de tu lira oyendo los sonidos
Calla su voz vencida.

O Filomena solo que enardece
Tan celestial encanto,
En blandos pios remedar parece
Las gracias de tu canto.

Mientras que de Dïone los loores
Renovando divinos,
La imploras favorable en tus amores
Con mil sáficos himnos;

Que muy mas dulces que la miel mas pura,
Que el aroma agradables,

Solo respiran plácida blandura,
Solo afectos amables,
  Delicias solo y embeleso y gloria,
Y paz y eterna calma;
Bien que de Fili la llorosa historia
Renuevan en el alma:
  Y aquel brillar cual fósforo esplendente
Que raudo cruza el cielo,
Para hundirse en el lóbrego occidente
Dejando en luto el suelo.
  Todo oyéndote calla, tu voz suena;
Y el concento armonioso
Puebla el aire y el ánimo enagena
En éxtasi amoroso.
  No cese pues, poeta soberano,
Son tan claro y subido:
Goza el sublime don que en larga mano
Te dan Febo y Cupido.
  Gózale; y en mi oreja siempre suene
Tu derretido acento,
Que de ternura celestial me llene
Y de inmortal contento.

ODA XII.

LA RECONCILIACION.

LIDIA.

Ingrato, cuando á hablarme
A mi choza de noche te llegabas,
¡Como para ablandarme
Al umbral te postrabas,
Y en dolorido llanto lo regabas!

FILENO.

Ingrata, cuando á verme
A la huerta del álamo salias,
¡Cuál ¡ay! por encenderme
Donosa te prendias,
Y extremos mil de apasionada hácias!

LIDIA.

¿Pues qué, cuando halagüeño
A la sombra del álamo dijiste:
Tú eres, mi Lidia, el dueño
De este alma que rendiste;
Y al yo probar huir me detuviste?

FILENO.

¿Pues qué, cuando zelosa
En la vega afligido me topaste,

Y al verme asi, amorosa
Por detras te acercaste,
Y en tus cándidos brazos me enredaste?

LIDIA.

¿Y cuando tú engañoso
Me importunabas que la choza abriera,
Jurándote mi esposo?
¡Qué empeños no me hiciera
Tu labio infiel, porque á tu ardor cediera!

FILENO.

¿Y cuando tú enviabas
Con Lálage á avisar que allá tornase,
Tierna no me ordenabas
Que hasta el alba aguardase,
Clamando al alba que en salir tardase?

LIDIA.

Calla, pastor aleve,
Calla, que por Dorila me has dejado;
Y mas que el viento leve
El voto has quebrantado,
Que mi alma fina te creyó sagrado.

FILENO.

Calla, falaz pastora,
Que das tu fe por Licida al olvido;
Y voluble y traidora
El voto no has cumplido;

Con que á tí me juzgué por siempre unido.

LIDIA.

Pues ¡ay! zeloso mio,
Calma tu ceño; cálmalo, y entremos
Por este bosque umbrío,
Do piques olvidemos,
Y al dulce amor y nuestra union cantemos.

FILENO.

Pues canta, Lidia bella,
Y aves y vientos párense á escucharte.
Ven, con tus brazos sella
La fe con que agradarte,
Y nombre anhelo entre las bellas darte.

ODA XIII.

EL MEDIO DIA.

Velado el sol en esplendor fulgente
En las cumbres del cielo,
Lanza derecho ya su rayo ardiente
Al congojado suelo:

Y al medio dia rutilante ordena,
Que su rostro inflamado
Muestre á la tierra, que á sufrir condena
Su dominio cansado.

El viento el ala fatigada encoje

Y en silencio reposa,
Y el pueblo de las aves se recoje
A la alameda umbrosa.
  Cantando ufano en dulce caramillo
Su zagaleja amada,
Retrae su ganado el pastorcillo
A una fresca enramada;
  Do juntos ya zagales y pastoras,
En regocijo y fiesta
Pierden alegres las ociosas horas
De la abrasada siesta:
  Mientra en sudor el cazador bañado,
Bajo un roble frondoso
Su perro fiel por centinela al lado
Se abandona al reposo.
  Y mas y mas ardiente centellea
En el cenit sublime
La hoguera que los cielos señorea
Y el bajo mundo oprime.
  Todo es silencio y paz. ¡Con qué alegría
Reclinado en la grama
Respira el pecho, por la vega umbría
La mente se derrama!
  O los ojos alzando embebecido
A la esplendente esfera,
Seguir anhelo en su extension perdido

Del sol la ardua carrera!
  Deslúmbrame su llama asoladora;
Y entre su gloria ciego
Torno á humillar la vista observadora,
Para templar su fuego.
  Las próvidas abejas me ensordecen
Con su susurro blando,
Y las tórtolas fieles me enternecen
Dolientes arrullando.
  Lanza á la par sensible Filomena
Su melodioso trino,
Y con su amor el ánimo enagena
Y suspirar divino.
  Serpea entre la yerba el arroyuelo,
En cuya linfa pura
Mezclado resplandece el claro cielo
Con la grata verdura.
  Del álamo las hojas plateadas
Mece adormido el viento,
Y en las trémulas ondas retratadas
Siguen su movimiento.
  Como á lo lejos su enriscada cumbre
Descuella la alta sierra,
Que recamada de fulgente lumbre
El horizonte cierra.
  Estos largos collados, estos valles

Pintados de mil flores,
Esta fosca alameda en cuyas calles
Quiebra el sol sus ardores.
  El vago enmarañado bosquecillo
Do casi se oscurece
La ciudad, que del dia al áureo brillo
Cual de cristal parece.
  Estas lobregas grutas..... ¡ó sagrado
Retiro deleitoso!
En tí solo mi espíritu aquejado
Halla calma y reposo.
  Tú me das libertad; tú mil süaves
Placeres me presentas,
Y mi helado entusiasmo encender sabes,
Y mi cítara alientas.
  Mi alma sensible y dulce en ver se goza
Una flor, una planta,
El suelto cabritillo que retoza,
La avecilla que canta.
  La lluvia, el sol, el ondeante viento,
La nieve, el hielo, el frio,
Todo embriaga en celestial contento
El tierno pecho mio.
  Y en tu abismo, inmortal naturaleza,
Olvidado y seguro,
Tu augusta magestad y tu belleza

Feliz cantar procuro;
 La lira hinchendo en mi delirio ardiente
Los cielos de armonía,
Y siguiendo el riquísimo torrente
Audaz la lengua mia.

ODA XIV.

A MI AMIGO DON MANUEL LORIERI EN SUS DIAS.

Desdeña, Anfriso, del Enero triste
Las rudas furias y aterido ceño:
Su cana faz, su nebulosa vista
 Plácido mira.
Turbe su soplo por el yermo monte
Los chopos altos: á la fuente pare
Su giro; y hiele el delicioso pico
 De Filomena.
Tú no rezeles: en el hondo vaso
El vino corra y el hogar se cebe,
Do entre mil vivas del ilustre padre
 Y los amigos;
El dia pierde que saliste fausto
A la luz alma del alegre cielo,
Que puro siempre y apacible luzca
 Para la tierra.

Lejos el llanto y veladora cuita
El dia claro de mi tierno amigo:
Solo las gracias, el amable gozo
Plácido reine.

Vuele la risa cariñosa, llena
Ruede la copa con alegre canto,
Que eco vagando por el alto techo
Grato repita.

Vive feliz, ¡ó de mi pecho amante
Parte dichosa! de Batilo gloria!
Vive, mi Anfriso; y la voluble suerte
Ciega te sirva.

ODA XV.

A JOVINO EL DIA DE SUS AÑOS.

Deja, dulce Jovino,
El popular aplauso, retirado
Conmigo, do el divino
Apolo al concertado
Plectro te canta tu dichoso hado.

Y escúchale cual suena,
El luciente cabello desparcido
Por la frente serena;
Y á su trinar subido

El Manzanares queda embebecido.
Él canta como fuiste
Al nacer de sus musas regalado;
Y como mereciste
Ser por él doctrinado
En pulsar diestro su laud dorado.
Y canta los favores
Que los cielos te hicieran, el lustroso
Nombre de tus mayores;
Y entre ellos cuan glorioso
Crece el tuyo y descuella, cual frondoso
Alamo que al corriente
De las aguas tendiendo se levanta
Sobre todos la frente;
Y luego el son quebranta,
Y el triste lamentar del Bétis canta:
Cuando tú por la orilla
Del claro Manzanares le dejaste,
Ah! ¡cuánta pastorcilla
Partiéndote apenaste!
Y á los zagales qué dolor causaste!
¡O Jovino felice!
¡O por siempre sereno, fausto dia!
La voz alzando dice:
¡Vive, vive, alegría
Del suelo ibero y esperanza mia!

¡O vive, afortunado!
Que el cielo te concede dadivoso
Larga edad. El sagrado
Plectro cesa, y lumbroso
Se ostenta el dios de su cantar gozoso.

ODA XVI.

EN LA MUERTE DE FILIS.

Cruel memoria, de acordarme deja
La gracia celestial de aquellos ojos,
Que al afligido pecho un tiempo dieron
Serenidad y vida.
¿Qué vale que fantástica retrates
Los delicados labios do entre rosas
Amor adormecido reposaba
Y el razonar divino?
El donaire, la gracia, el delicioso
Hechizo de su voz, el albo cuello
Y aquellas hebras do viví cautivo,
Y al oro deslucian:
Todo la muerte lo acabó nublando
La tierra, Fili, que en gozarte ufana,
Mientras la hollaste con tu planta bella
Semejó al claro cielo.

Mas ora yerta, mustia, en ciega noche
Sepultada y en luto sempiterno,
Solo se queja de su triste muerte
Con lastimeras ansias.
¿Dónde está, dice, la real presencia
De la divina Fili, el manso halago
Y el brillar de sus niñas celestiales
Dónde se ha oscurecido?
¿Cuándo no anticipó la Primavera
Saliendo al valle, y el Estío ardiente
No templó afable con la nieve pura
De su turgente seno?
El céfiro jugando bullicioso
Entre sus labios, ó besando amante
Las flores que tocándolas se abrian
A ofrecerle su aroma.
¡Ay! danos, muerte cruda, el malogrado
Pimpollo que agostaste: restituye
Su milagro al amor y su tesoro
A la angustiada tierra.
Divina Fili, si mi ruego humilde
Algo alcanza contigo, desde el cielo
Tus ojos á mis lágrimas inclina,
Y templa mi quebranto.

ODA XVII.

HIMNO A VENUS. (*Traducido.*)

Desciende del Olimpo, alma Citeres,
Madre de amor hermosa,
Brotarán en mi pecho mil placeres
Con tu vista dichosa.
Crecerá la delicia y la alegría
En que por tí me veo,
Y colmará feliz el alma mia
Su encendido deseo:
Su deseo, Dione, que penado
Solo á tu numen clama,
Y de amor lleno y de temor sagrado
Dulce madre te llama.
Ven, ó de Gnido y Pafos protectora,
Que un pueblo de amadores
Tu auxilio celestial ferviente implora,
Cantando tus loores:
Y espera, el seno en júbilo saltando,
Que entre aromas süaves
Sobre el fúlgido carro que tirando
Van tus cándidas aves,
Bajes á tu áureo templo, do en sus aras

Cuando parado hubieras,
De gloria al mundo con tu luz colmaras,
Y eterno bien nos dieras.
  De las mansiones del radiante cielo
El deleite inefable
Con tu dulce mirar gozará el suelo
Y tu sonrisa amable.
  Logrando que en un éxtasi glorioso
Tu numen lo adurmiese,
Que en primavera perenal dichoso
Para tí floreciese.
  Para tí ¡ó regocijo y hermosura
Del estrellado asiento!
Do la esperanza inmarcesible dura,
Y es sin fin el contento.

ODA XVIII.

LA AURORA BOREAL.

No tiembles, Lice, ni los ojos bellos
De objeto tanto atónita retires:
Perdone á tu mejilla
El miedo que su púrpura mancilla.
  ¿Viste no ha nada la brillante llama
Morir del sol, que lánguido su carro
Deslizó al mar ondoso?

Elo pues torna su esplendor glorioso.
  Esas ardientes flechas, esa hoguera,
Viva, agitada, que en su lumbre inflama
Del aire el gran vacío,
Rompiendo de la niebla el cerco umbrío:
  Tantos grupos y piélagos de fuego
Que hirviendo bullen, la riqueza suma
De matices y albores,
Que del íris apocan los primores,
  Son otra nueva aurora, que del polo
Corriendo boreal con sus reflejos
El horizonte dora,
Cual la que al dia en su nacer colora.
  Allá en su natal suelo y su infinita
Copia de luz, si rozagante tiende
La undosa vestidura,
Suple del sol la pompa y la hermosura.
  Viérasla allí de mil y mil maneras
El cielo esclarecer: ora lanzarse
En rápido torrente,
Ora alzar leda la rosada frente,
  Ora el oro del fúlgido topacio
Mentir sus llamas, ó el azul mas puro,
Y ora de la mañana
El claro albor y la encendida grana.
  Si no se agita en turbulentos rayos,

Por la fecunda voz á unirse empiezan,
Ciegos girando en vértices ligeros
Que en su incesante vuelo se tropiezan.
 Y alzándose entre etéreos resplandores
Un pabellon magnífico, suspenso
A la voz soberana
Por el ámbito inmenso,
Ornólo de vivísimos fulgores.
La esmeralda, el azul, el oro y grana
Mezclados altamente
Tejen sus ricos trasparentes velos;
Y arde en vistosos fósforos lucientes
La infinidad do rodarán los cielos.
 Ya al feliz mando del Autor divino
La hermosa luz existe, noble muestra,
Espléndido portento
De su sagrada diestra,
Si material de altísimo destino;
Pues las mansiones de inmortal contento
Orna, do él mismo mora.
Resuena en inefable melodía
El angélico coro, y fiel le adora.
Él cesa, y hubo fin aquel gran dia.
 Con él súbito el tiempo que en olvido
Yacia, y sueño eterno, despertando
Asió su rueda instable;

Y el vuelo desplegando
Vió ya á sus pies cuanto será rendido.
Cesó la eternidad inmensurable,
Que su diestra imperiosa
En sombra y luz su duracion divide;
Y hundiéndose en la nada silenciosa
El fugaz curso de los seres mide.
  La luz empero el término no fuera
De la virtud vivífica infinita;
Ni el celestial venero
A tan nada limita
De su amor el Señor, y aunque igual viera
La flor del valle, el brillo del lucero,
Del ave el matutino
Canto, y del serafin que en llama pura
Arde de amor, el inefable trino,
En sí gozando su eternal ventura;
  Vuelve, y hallando en su divino seno
Ser tanto que su voz ansia obediente,
Las aguas se dividan,
Ordena Omnipotente,
Y el firmamento extiéndase sereno.
Las rápidas corrientes se retiran
Sobre el cielo lumbroso,
En torno en ancha bóveda afirmado,
Muro inmenso al abismo proceloso

ODA XIX.

AL MAESTRO FRAY DIEGO GONZALEZ, QUE SE MUESTRE IGUAL EN LA DESGRACIA.

No con mísero llanto
Aumentes tu penar; ni á la memoria
Traigas los dias de voluble gloria
Que te robo fortuna;
Si crecer tu quebranto
En la queja importuna
No anhelas sin provecho,
Cerrando al bien el obstinado pecho.
Siente, Delio, que moras
El reino del dolor, do nada puro
Es dado ver, ni de temor seguro
El contento se asienta:
Y acaso mientras lloras,
Ya blando el cielo alienta
Tu seno; y la alegría
En copa de oro liberal te envia.
Cuanto es so el claro cielo
El bien envuelve con el mal mezclado;
Y cuando el mal el ánimo ha llagado,
Luego el bien le sucede.

Asi el lúgubre velo
Descorre, á par que cede
Al sol la noche oscura,
Con sus dedos de rosa el alba pura.
  Verás que tempestuosa
Tiniebla envuelve el dia, y el luciente
Relámpago cruzar la nube ardiente,
La ronca voz del trueno
Sonar magestüosa,
Y temblar de horror lleno
El rústico, inundados
Entre lluvia y granizo sus sembrados.
  Y los vientos veloces
Robar las nubes de la etérea playa
Verás; el iris que purpúreo raya,
Del pueblo alado mueve
Las armónicas voces;
Y el labrador se atreve
A contar por segura
Ya la esperanza de la mies futura.
  Asi lo ordena el cielo:
Asi van lo liviano con lo grave
Enlazados, y lo áspero y süave
En perenne armonía;
Y el lloro y el desvelo
Tras la vana alegría

Con ala infausta vuela,
Cuando esperanza menos lo rezela.
Quien vive prevenido,
Rïe á la suerte el pecho sosegado:
Cantando va del mar alborotado
Entre el bramar horrendo,
Y de Marte al ruido
Y funeral estruendo
Canta, ó cuando el tirano
A su cuello amenaza en ímpia mano.
Mas si en pos fausta aspira
Fortuna, y le sublima en su engañosa
Tornátil rueda, confiar no osa:
Antes teme prudente
Que torva ya le mira
Desgracia; y diligente
La frágil vela coje,
Echa el ancla, y al puerto se recoje,
A que pase esperando
La ola bramante, y calme bonanzoso
Febo la mar; mas si en letal reposo
Le aduerme la ventura,
El huracan soplando
Le arrastra en su locura,
A do en tiniebla ciega
Por mas que clame el piélago le anega.

ODA XX.

EL NACIMIENTO DE JOVINO.

Id, ó cantares mios, en las alas
De la fiel amistad; y de Jovino
Celebrad la alegría
En su feliz y bienhadado dia.
Id al dulce Jovino, á vuestro númen:
Id, y dad el tributo de alabanza
A su nombre glorioso:
Pues su amor solo os inspiró oficioso.
¡Qué cosa mas süave y deliciosa
Que este tributo! ¡qué para la tierra
De mas prez y contento
Que de un hombre de bien el nacimiento!
Nace un héroe, y medrosa se estremece
La tierna humanidad sobre una vida,
Que del linage humano
Destruirá la mitad con cruda mano.
El envidioso nace; y mira al punto
Al astro de la luz con torvo ceño,
Solo porque derrama
Sobre sus padres su benigna llama.
Nace un malvado; y á su vista el vicio

Bate las palmas, y gozoso rie
Viendo el nuevo aliado
Que en su cólera el cielo le ha otorgado.
Empero hombre de bien Jovino nace;
Y á su cuna corriendo las virtudes
En sus brazos le mecen,
Y en su amable sonrisa se embebecen.
Naturaleza al verse ennoblecida
Se regocija; y mil alegres himnos
Los ángeles cantando,
Sus venideras dichas van contando.
Su vida, dicen, correrá apacible,
Bien cual sereno el sol brilla en un dia
De alegre primavera
Por la tranquila purpurante esfera.
Será de niño de sus padres gozo;
Despues creciendo de su patria gloria,
Y de premios colmado
De sus émulos mismos ensalzado.
Detendrá la vejez por contemplarle
Su lento paso, y lucirán sus canas
Como la luna hermosa
En medio de la noche silenciosa.
Respetará la muerte su inocencia;
Y en un plácido sueño á las alturas
Subirá de la gloria,

Dejando al mundo eterna su memoria.
  Será allí recibido con canciones
De gozo celestial; su acorde lira
A los coros divinos
Por siempre unida seguirá sus trinos.
  Ni la calumnia, ni la envidia fea
Lo mancharon viviendo: en su tranquila
Muerte los tristes claman,
Y dulce padre y protector le llaman.
  La indulgente amistad moró en su seno,
La piedad en sus manos dadivosas,
Y en su rostro el gracioso
Aire de la virtud y su reposo.
  ¡O mil veces felice quien merece
Loores tales! ¡ó sin par Jovino,
A quien naciendo el cielo
Dió liberal en joya rica al suelo!
  Vive; y en dotes y en aplausos crece,
Que de mi musa ocupacion gustosa
Será, Jovino, en tanto
Decir tu nombre en regalado canto.

ODA XXI.

A LA ESPERANZA.

Esperanza solícita, á mi ruego
Ven, aligera mi afanosa carga:
Ven, que abismado el ánimo fallece
Con pena tanta.

No me abandones á mi suerte cruda:
Déjame al menos que me adule el aura,
Con que á los tristes su dolor agudo
Leda regalas.

Lóbrega noche, pavoroso trueno,
De airado rayo agitadora llama,
Ruedan en torno de mi triste frente,
De horror helada.

Donde los ojos dolorido torno
Cien furias hallo que gritando claman:
Caiga, y hollemos su abatido cuello,
¡Bárbara saña!

Ven, y disipa el ominoso bando,
Hija del cielo: tu presencia grata
Torne al herido desolado pecho,
Torne la calma.

Tú que benigna al arador avaro
Sobre la esteva en su labor halagas

Con la esperanza de la mies, que opima
Julio le guarda.
Tú que al osado marinero alientas,
Cuando asaltado en la voluble barca
De hórridos vientos y revueltas olas,
Mísero clama.
Al que agoniza en solitario lecho,
Entre las sombras de la triste parca
Aun le confortas amorosa, y nunca
Dél te separas.
Todo lo endulzas favorable, y cubres
De un velo grato que enagena el alma;
Que hace la copa de la vida al hombre
Menos amarga.
Tal como el brillo de la blanca luna,
Deshecho el ceño de la noche opaca,
Del caminante el abatido aliento
Fausto levanta.
Madre del gozo, cariñosa amiga
Siempre constante, deliciosa maga,
En cuyos brazos inefable alivio
Las penas hallan,
Plácida corre á mi lloroso ruego,
Y aplica presta á la profunda llaga
Que en lo mas vivo de mi ser penetra,
Blanda triaca.

Dame tocar al mas humilde puerto:
Dame alentar en su dichosa playa:
Goce á su ocaso mi agitada vida
Paz y bonanza.

ODA XXII.

FILIS RENDIDA.

Alado dios de Gnido,
Amor, mi gloria y celestial delicia,
Ya el ánimo afligido
Mereció hallar á tu deidad propicia.
Ya el laurel victorioso
Logré, y los premios que anheló el deseo.
¡Dulce amor, qué dichoso
Es el estado en que por tí me veo!
De mi Fili adorada
La timidez domaste y los rigores,
Y en mi llama inflamada
Pagó mi suspirar con mil favores.
Sus ojuelos divinos
Que envidia el sol en su lumbroso oriente,
Me halagaron benignos.
¡Ay mirar vivo, regalado, ardiente!
De su boca ¡qué perlas

Dulce riendo á mi rogar saltaron!
Loco corrí á cogerlas,
Y en néctares mis labios se inundaron.
  Su mejilla de rosa
Miré inflamarse á mi feliz porfía,
Mas fresca y olorosa
Que cuantas Gnido en sus pensiles cria.
  Despues ¡oh! quién pudiera
Fiel retratar mi celestial ventura,
Las finezas que oyera,
Mi ciego ardor, su virginal ternura!
  Con su mas rico lazo
Colmándonos amor de sus placeres
Nos unió: en su regazo
Un beso, mil nos dió grata Citeres.
  Y con amiga diestra
La copa de su néctar mas precioso
Brindándonos, nos muestra
La senda á un bosque retirado umbroso:
  Do nuestros finos pechos
En llama ardieron súbito mas viva,
Cual cera al sol deshechos,
Ni yo cobarde, ni mi Fili esquiva.
  En torno revolante
Coro de amores con alegre juego
Y bullicio incesante

A una alentaba nuestro dulce fuego.
Y las Gracias risueñas
Sobre mi Fili rosas derramaban;
Y aplaudiendo halagüeñas
Ven Himeneo, ven, dulces clamaban:
Ven fausto al delicioso
Vínculo del amor y la belleza,
Y al triunfo mas glorioso
Sobre el desden de la sin par fineza.
Ven, y al zagal que ahora
Tan alto bien por su firmeza alcanza,
Estrecha su pastora;
Y eterna flor corone su esperanza.
Ven, que solo á tí es dado
Confirmar en la paz que han recibido
Los que en uno han juntado
Propicia Vénus y el rapaz Cupido.

ODA XXIII.

SEGUNDOS DIAS DE FILIS.

¡Qué dulcísimo canto el aire llena!
Qué aplauso, qué armonía
Embebecido el ánimo enagena
En tan alegre dia!

¡Qué espléndido fulgor, qué viva llama
En su carroza de oro
Con mano liberal el sol derrama
De su inmenso tesoro!

Lleno favonio de ámbares süaves
Regala los sentidos;
Y el estrépito y trino de las aves
Encantan los oidos.

Rïe ufana la tierra, y reanimada
De galas se matiza;
La nieve en arroyuelos desatada
Sonante se desliza,

Que en purísimo aljófar por los valles
Con vistosos colores
Forman mil giros y galanas calles
Jugando con las flores.

Todo, inocente angélica belleza,
Se debe á tu luz pura,
Que á adornar basta la naturaleza
De no vista hermosura.

La tuya en su donaire peregrina
Nos trae la Primavera,
Su júbilo y sus rosas, la divina
Luz de la cuarta esfera.

De tus años el círculo dichoso,
Esta rïente aurora,

Cual tras lóbrega noche se alza hermoso,
Y el sol los cielos dora,
  Vivífico tornando en cuanto existe
El lustre antes perdido,
De lozano verdor las selvas viste,
De yerba el ancho egido,
  Asi vuelven las Gracias y el contento
A la dichosa vega,
Que en raudal puro susurrando lento
Undoso el Tórmes riega.
  Sus zagalejas en vistosas danzas,
Con bullicioso canto
Dicen de tu beldad las alabanzas,
Su irresistible encanto.
  Y los tiernos amantes pastorcillos
Las salvas repitiendo,
Al compas sus acordes caramillos
Sus letras van siguiendo.
  Feliz, claman, feliz tan albo dia,
Y hermoso y puro brille:
Jamas lo desampare la alegría,
Ni lloro lo mancille.
  Como fausto por siempre señalado
Quede de gente en gente,
Pues lo has, Filis divina, consagrado
Con tu primer oriente.

Angélica beldad, del alto cielo
Cual joya acá enviada
Para gozo y honor del triste suelo
Mientra allá seas tornada.
Ídolo celestial de los zagales,
Adorable hechicera,
Causa feliz de mil sabrosos males,
Gloria de esta ribera,
Crece, temprana flor, en gracias crece
Y en virtud te adelanta,
Cual palma excelsa que en el val florece,
Y al cielo se levanta.
Crece, y cual pomo que de rosas lleno
Puebla el aire de olores,
Asi tus ojos, tu sensible seno
Derramen siempre amores.
Por tí goza la tierra venturosa
Pompa, flores, verdura,
Y cándida verdad, y gloriosa
Fe de inocencia pura.
Feliz el que á servirte consagrare
Su bien lograda vida;
Y tu hablar dulce y tu reir gozare,
Que á juegos mil convida.
Pero feliz sin par quien mereciere
Fijarte, y á ti unido

Tu seno de jazmin latir sintiere
De su amor derretido.
  Asi los coros y el aplauso suena
Que á mi Filis aclama;
Y el cielo en luz mas fúlgida y serena
En su löor se inflama.

ODA XXIV.

A LA MAÑANA, EN MI DESAMPARO
Y HORFANDAD.

Entre nubes de nácar la mañana
De aljófares regando el mustio suelo
Asoma por oriente;
Las mejillas de grana,
De luz candente el transparente velo,
Y muy mas pura que el jazmin la frente.
Con su albor no consiente
Que de la opaca noche al triste manto,
Ni su escuadra de fúlgidos luceros
La tierra envuelva en ceguedad y espanto;
Mas con pasos ligeros,
La luz divina y pura dilatando,
Los va al ocaso umbrífero lanzando.
  Y en el diáfano cielo coronada

De rutilantes rayos vencedora
Se desliza corriendo:
Con la llama rosada
Que en torno lanza, el bajo mundo dora,
A cada cosa su color volviendo.
El campo recogiendo
El alegre rocío, de las flores
Del hielo de la noche desmayadas,
Tributa al almo cielo mil olores:
Las aves acordadas
El cántico le entonan variado,
Que su eterno Hacedor les ha enseñado.
En el egido el labrador en tanto
Los vigorosos brazos sacudiendo
A su afan se dispone;
Y entre sencillo canto,
Ora el ferrado trillo revolviendo
Las granadas espigas descompone:
O en alto monton pone
La mies dorada que á sus trojes lleve:
O en presto giro la levanta al viento,
Que el grano purgue de la arista leve,
Con su suerte contento;
Mientras los turbulentos ciudadanos
Libres se entregan á cuidados vanos.
Yo solo ¡miserable! á quien el cielo

Tan gravemente aflige, con la aurora
No siento ¡ay! alegría,
Sino mas desconsuelo.
Que en la callada noche al menos llora
Sola su inmenso mal el alma mia;
Atendiéndome pia
La luna los gemidos lastimeros,
Que á un mísero la luz siempre fue odiosa.
Vuelve pues rodeada de luceros,
O noche pavorosa,
Que el mundo corrompido ¡ay! no merece
Le cuente un infeliz lo que él padece.
Tú con tu manto fúnebre, sembrado
De brillantes antorchas, entretienes
Los ojos cuidadosos;
Y al mundo fatigado
En alto sueño silenciosa tienes.
Mientras velan los pechos amorosos,
Los tristes, solo ansiosos
Cual estoy yo de lágrimas y quejas,
Para mejor llorar te solicitan;
Y cuando en blanda soledad los dejas,
Sus ansias depositan
En ti, o piadosa noche; y sus gemidos
De Dios tal vez merecen ser oidos.
Que tú en tus negras alas los levantas;

Y con clemente arrebatado vuelo
Vas y ante el solio santo
Las rindes á sus plantas:
Y con clemente fervoroso vuelo
Que ledo templa el mas amargo llanto.
Aunque el fiero quebranto
Que este mi tierno corazon devora,
Por mas que entre mil ansias te lo cuento,
Por mas que el cielo mi dolor implora,
No amaina, no el tormento:
Ni yo ¡ay! puedo cesar en mi gemido,
Huérfano, joven, solo y desvalido.
Mientras tú, amiga noche, los mortales
Regalas con el bálsamo precioso
De tu süave sueño,
Yo corro de mis males
La lamentable suma; y congojoso
De miseria en miseria me despeño,
Cual el que en triste ensueño
De alta cima rodando al suelo baja.
Asi en mis secos párpados desiertos
Su amoroso rocío jamas cuaja:
Que en mis ojos, de lágrimas cubiertos,
Quiérote empero mas, ó noche umbría,
Que la enojosa luz del triste dia.

ODA XXV.

EN LA MUERTE DE NISE.

¿Qué son tan triste lastimó mi oido?
¿Qué antorchas melancólicas, qué lutos,
Qué cánticos dolientes,
Qué lloro es este, qué tropel de gentes?
¡Ay! ay! la pompa fúnebre de Nise,
De la inocente Nise, que á la vida
Robó en su albor primero
De la parca cruel el golpe fiero.
Cuando empezaba florecilla tierna
Su aroma á derramar; y el alma pura
A la impresion abria
Primera del placer que le reia:
Cuando orgulloso en poseerla el mundo,
Preparándola cultos la fortuna
Mas dulce la adulaba,
Y el tálamo nupcial fausta le ornaba:
Cuando sus gracias, su sensible pecho,
Su amable sencillez.... la muerte impia
¡Ay! presa en ella hizo;
Y en polvo y humo todo se deshizo.
No ha nada yo la vi con planta airosa

La tierra despreciar: yo vi sus ojos
Arteros, rutilantes,
Y en sus labios las risas revolantes.
  La vi de la discreta Galatea
Al lado en la carroza mil cautivos
Hacerse: ¡oh! qué donoso
Semblante! ¡qué agasajo tan gracioso!
  ¡Ilusion triste de la ciega mente!
¿Qué fue de todo ya? ¿quién te dijera
¡O Nise! en aquel dia
Que la tumba á tus pies el hado abria?
  ¿Quién que á tus padres de perenne duelo
Causa infausta crecias? ¿ni á mi musa
Que cuando te cantase,
Tus exequias llorando celebrase?
  Mas no, llorar no debe: venturosa
Rápida pasagera en plazo breve,
La orilla abandonada,
En blanda paz acabas la jornada.
  Hallaste amargo de la vida el cáliz;
Y dél huyendo el inocente labio,
Mas beber no quisiste;
Y azorada en la tumba te escondiste.
  Tu alma feliz sin conocer del mundo
Los lazos, las traiciones, voló al cielo,
Do como vírgen pura

O 2

De eternal palma goza ya segura.
Y entre mil celestiales compañeras,
Los conciertos armónicos siguiendo,
Coronada de flores
Rinde al Señor altísimos loores.
¡Nise! reposa en paz: mas si á la gloria
Do ries suben mundanales ansias,
Blanda oye estos gemidos
Por toda alma sensible á tí debidos.

ODA XXVI.

AL CAPITAN DON JOSEF CADALSO, DE LA SUBLIMIDAD DE SUS DOS ODAS A MORATÍN.

De pompa, magestad y gloria llena
Baja, sonora Clio,
Y heróico aliento inspira al pecho mio
Con fausto soplo y redundante vena,
Para que cante osado
El verso de Dalmiro arrebatado.
Arrebatado al esplendente cielo,
Y á los dioses que atentos
A lo sublime estan de sus acentos;
Dicha tal envidiando al bajo suelo,

Que goza en el poeta
Su gloria, su delicia y paz completa.
Y las fúlgidas mesas olvidando
Que Jove presidia,
El néctar abandonan y ambrosía
Bajando todos de tropel volando;
Y aun Jove al verse solo
Tambien se inclina desde el alto polo,
A gozar transportados los loores
Que de Moratin [1] canta
El que al divino Herrera se adelanta:
Y tal vez algun dios de los menores
Cual Bacante furiosa
La cítara acompaña sonorosa.
¿Mas qué sacro furor hierve en mi pecho
Que entró sin ser sentido,
Y en sobrehumano fuego me ha encendido?
Ya el orbe inmenso me parece estrecho,
Y mi voz mas robusta
Al número del verso no se ajusta.
Cual suele el sacerdote arrebatado
Del claro dios de Delo
Mirar con faz ardiente tierra y cielo,
Y el pecho y el cabello levantados

1 D. Nicolas Fernandez de Moratin, insigne poeta y amigo suyo.

Con sus voces espanta
La trípode oprimiendo con la planta:
  Asi yo tiemblo, y el furor que siento
Me inspira que le cante,
No blandiendo el acero centellante,
La roja cruz al pecho que ardimiento
Da al pundonor hispano,
Huyendo al verla el bárbaro africano:
  No en el caballo que del dueño siente
El poderoso mando,
Tascando espumas y relinchos dando;
Y el casco bate, y gózase impaciente,
Cuando al son de las trompas
Su escuadron rige entre marciales pompas.
  Mas sí pulsando la grandiosa lira
Con el marfil agudo
Que hombres y fieras domeñar bien pudo:
O cuando en ayes flébiles suspira,
Tu muerte, Filis, llora,
Y al sordo cielo en tu favor implora.
  Al sordo cielo, que ordenado hubiera
Que el vil suelo dejases,
Y á su alto asiento exhalacion volases:
Planta fugaz de efimera carrera
Que con el sol florece,
Y con su ocaso lánguida fenece.

Ceñida de laurel la sien gloriosa,
Que Febo agradecido
Sirviéndole las musas ha tejido;
Y á la alma Vénus de mirar graciosa
Que con divina mano
Un mirto enlaza al lauro soberano:
Con los dioses menores que le cercan,
Y él trinando entre todos
Con blando acento y lamentables modos;
Atónitos algunos no se acercan,
O en planta van callada,
Por no turbar su música extremada.
¿Cuál claro vate por el ancho mundo
Feliz lograra tanto?
¿Cuál pudo de los dioses ser encanto,
No ya de los del tártaro profundo,
Sino de las mansiones
Do suben pocos ínclitos varones?
Orfeo y Anfion tanto ensalzados,
Que en dulce son llevaban
Hombres, fieras y aun riscos do gustaban,
Y el que los hondos piélagos alzados
Calmó á su blando acento,
Y la vida salvó por su instrumento:
La cítara de Píndaro divino,
Y la trompa de Homero,

Y el claro cisne que cantó guerrero
Las armas y el varon que á Italia vino,
Atónitos atiendan,
Y á herir, Dalmiro, el plectro de tí aprendan.
Las dulces moradoras de Hipocrene
No con labio canoro
Únicas sigan tu vihuela de oro,
Cuando su trino, rubio Cintio, llene
Los cielos de alegría,
Pues ya un mortal semeja su armonía.
Y tú salve, poeta soberano,
Y con nueva corona
Tu frente se orne, ó gloria de Helicona;
La patria te la ponga por su mano,
Y en su amor tú encendido
Con tus versos la libre del olvido.
Salve, ó Dalmiro, salve, y venturoso
De mil varones claros
Las ínclitas virtudes y hechos raros
Sublime canta en verso numeroso. [1]
Tu fama hinchendo el suelo
Rauda se encumbre al estrellado cielo.

1 Trataba de celebrar á los varones mas ilustres de España asi en armas como en letras, imitando á Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*.

ODA XXVII.

EN UNA SALIDA DE LA CORTE.

Oh! ¡con qué silbos resonando aflige
El aquilon mi oido! en negras nubes
Encapotado el cielo
El rápido huracan revuelve el suelo.
El blando otoño se amedrenta, y cede
Al invierno sañudo, que entre nieblas
Alza su frente umbría
Por la enriscada cumbre del Fuenfría.
Cesan mudas las aves, largas lluvias
Inundan los collados, á un torrente
Otro torrente oprime;
Y el lento buey con el arado gime.
Oigo tu voz, Minerva: ya me ordenas
La corte abandonar por el retiro
Pacífico y el coro
De divinos poetas. El canoro
Cisne de Mantua y el amable Teyo,
La dulce abeja del ameno Tibur,
Laso y el culto Herrera
Del Tormes á la plácida ribera
Me arrastran; y tú en lauro coronado,

O gran Leon, que tu laud hiriendo
Tierno en el bosque umbrío
Frenaste el curso al despeñado rio.
La falsa corte y novelero vulgo
Desdeña el númen: los tendidos valles
Y el silencio le agrada,
Y la altísima sierra al cielo alzada.
En ocio y paz de la verdad atiendo
Alli la augusta voz, el alma dócil
Su clara luz recibe,
Huye el error, y la virtud revive.
Y al cielo alzados los clementes ojos,
Le seña con la mano la ardua cumbre
Do la gloria se asienta,
Y á su lauro inmortal el pecho alienta.
Con vuestra llama inflamaré mi acento,
O blandos cisnes de Helicon! y alegre
Burlaré del obscuro
Pluvioso Enero en el hogar seguro:
Que tambien algun dia silbó el Noto
Sobre vuestras cabezas; y aterido
Tambien quiso el invierno
El eco helar de vuestro labio tierno.
Ay! ¡qué dura en el mundo! al albo dia
La noche apremia: desparece el año;
Y juventud graciosa

Cede fugaz á la vejez rugosa.
¿A qué afanar para un instante solo?
Ya me acecha la muerte; y ni los ruegos
Enternecen la cruda,
Ni hay escapar de su guadaña aguda.
Ella herirá, y en el sepulcro umbrío
Polvo y nada entraré; sin que mas deje,
¡O amargo desconsuelo!
Que un nombre vano y lágrimas al suelo

ODA XXVIII.

AL OTOÑO.

Fugaz Otoño, tente,
Que embriagada en placer el alma mia
Con tu favor se siente;
Y en su dulce alegría
Porque atras tornes, votos mil te envia.
Tente; deja que goce
Tu plácida beldad feliz el suelo,
Y el hombre se alboroce,
Viendo cual colma el cielo
Con tu abundancia ópima su desvelo.
No atiendas, ó corona
Deliciosa del año, eterno esposo

De la amable Pomona,
No atiendas desdeñoso
El ruego de los hombres fervoroso.
Por ti la selva y prado
De hojas viste y de flores Primavera;
Y en Estío abrasado
Con mas ardua carrera
Se pierde el dia en la luciente esfera.
Todas las estaciones
Te sirven á porfia; y dadivosa,
Desparciendo sus dones,
Tu mano con vistosa
Profusion orna el mundo cariñosa.
Yo cantaré tus bienes,
Padre de la abundancia, coronado
De pámpanos las sienes,
Entre parras sentado
Al rayo bienhechor del sol templado:
Ocioso, en paz süave,
De vil adulacion libre el oido,
Lejos la rota nave
Del golfo embravecido,
Y en tu belleza el ánimo embebido.
¿Qué perfumes? ¿qué olores
Lleva el aura en sus alas? ¿qué verdura
Es esta y tiernas flores?

¿Qué rica vestidura
Cubre súbito el suelo de hermosura?
Do quier me torno veo
Mil delicados frutos: la granada
Brinda hermosa al deseo;
Y en la rama colgada
Mece el viento la poma sazonada.
Los huertos, las laderas
Brillan en mil colores á porfia:
Las aves lisonjeras
Hinchen con su armonía
De deleite los pechos y alegría.
El rústico inocente
De su sudor el fruto con usura
Recoge diligente;
Y ponderar procura
Con sencillas palabras su ventura.
O en mas altas canciones
Tus dones, rico Otoño, alegre dice;
Los celestiales dones
Con que le haces felice,
Y en su grato entusiasmo te bendice.
Que tú su pecho llenas
De gozo y confianza; y al futuro
Arado y á las penas
Del ejercicio duro

Le haces volar en corazon seguro.
A tí solo armoniosa
Mi lira ensalzará, no los ardores
Del leon, ó la ociosa
Estacion de las flores,
Ni del sañudo Invierno los rigores.
Ensalzará cantando
Tu belleza, tu calma, tu frescura;
Mientras su hervor templando
Deja el sol que segura
Trisque y vague en el prado la hermosura.
Arrebolado el cielo,
La atmósfera tranquila, manso el rio,
Del viento el leve vuelo
Y el soto verde umbrío
Saltar hacen de gozo al pecho mio.
¿Mas qué insanos clamores?
¿Qué algazara de súbito ha sonado?
Ya de vendimiadores
Las lomas se han poblado,
Y el dios del vino la señal ha dado.
Remuévense las cubas:
Entre confusas voces y tonadas
Las sazonadas uvas,
Del vástago cortadas,
Danzando son del pisador holladas.

El tórculo resuena:
En purpúreos arroyos espumante
El mosto el lagar llena;
Y con grita triunfante
Corre en torno, y lo aplaude el tierno infante.
Todo es risas y gozo:
La sencilla rapaza á su querido
Halaga sin rebozo,
O con desden fingido
Sus brazos huye, y déjale corrido.
La cándida alegría
Vaga de pecho en pecho, celebrado
En coros á porfía
El néctar regalado,
En que el tierno racimo se ha tornado.
Ven pues, ó dios del vino!
Ven, que todos te llaman calurosos
Con tu licor divino;
Y rige sus dudosos
Pasos y sus cantares licenciosos.
Ven, que ya de occidente
Silban las tempestades; y ya el cielo
De tiniebla inclemente
Cubierto, el desconsuelo
Del aterido Invierno anuncia al suelo.

ODA XXIX.

QUE ES LOCURA ENGOLFARSE EN PROYECTOS Y EMPRESAS DESMEDIDAS, SIENDO LA VIDA TAN BREVE Y TAN INCIERTA.

Huye, Licio, la vida,
Huye fugaz cual rápida saeta
Del arco despedida,
Cual fúlgido cometa
Que al ciego vulgo pavoroso inquieta.
Ensueño desparece,
Niebla del sol al rayo se derrama,
Sombra se desvanece,
Y espira débil llama,
Que apaga un soplo, si otro soplo inflama.
¿Qué fue de los pasados
Hervores del amor? ¿de la alegría
Y cantos regalados,
Y ufana lozanía
En que tu seno y juventud bullia?
Nada quedó: la rosa,
Que un dia cuenta en su vital carrera,
Renace mas hermosa,
Cuando la primavera

Rie purpúrea en la celeste esfera.
  El bosque á quien impio
Ábrego roba su gentil belleza
Con nuevo señorío
La entoldada cabeza
Levanta, y á brillar con Mayo empieza;
  Grato asilo á las aves,
Que en su verde follage en voz canora
Trinando van süaves;
Y en sombra bienhechora
Brinda al cansancio que á Morfeo implora.
  Solo el vital aliento
Pasa, y no tornará: tu clara mente,
Y este mi llano acento
Por siempre al inclemente
Orco irán, que á los pies temblar se siente.
  Él su boca insaciable
Abre inmenso, y sepulta en sus horrores
A par del miserable,
Del mundo á los señores,
Y al seno virginal bullendo amores.
  Recoge pues el vuelo.
De árboles tanta copia derramada
Con que abrumas el suelo,
La casa alta, labrada,
De mármoles lustrosos adornada,

La extrangera vajilla,
Tanto milagro del pincel, y tanta
Costosa maravilla,
Que los ojos encanta,
Y en que á natura el arte se adelanta;
Todo, cuando ominoso
Te hunda en la tumba inexorable el hado,
Lo dejarás lloroso:
Solo ¡ay desventurado!
De un lienzo vil tu cuerpo rodeado.
Sin que en tu inmenso duelo
Ni el alto grado do te alzó la suerte,
Ni tanto claro abuelo,
Basten á guarecerte
Del dardo inevitable de la muerte:
Entrando en pos gozosa
La mano á derramar de un heredero
Cuanto hoy junta afanosa
De alhajas y dinero
La tuya, en feudo grave al mundo entero.
¡Y aun te agitas y sudas,
Y en negocios te engolfas noche y dia,
Planes, empresas mudas;
Y en eterna agonía
De inerte culpas la prudencia mia!
Mejor será que imites

Esta feliz prudencia: en lo presente
La esperanza limites;
Y cedas al torrente
Que nos arrastra, como yo paciente.
Un velo denso, oscuro,
Que en vista humana traspasar no cabe,
Envuelve lo futuro;
Y el cielo en triple llave
Lo guarda, que abrir solo el tiempo sabe.
Asi pues sin rüido
Dias y casos presurosos vuelen,
Tú en pacífico olvido;
Y otros teman y anhelen,
O en la corte falaz míseros velen.
Minerva nos convida,
Dándonos la amistad su dulce abrazo:
Sin duelo de la vida
Llegarse el fatal plazo
Miremos, Licio, en su genial regazo.

ODA XXX.

CONSEJOS Y ESPERANZAS DE MI GENIO EN LOS DESASTRES DE MI PATRIA.

Tus alas de oro de felice vuelo
Dame, ó Genio divino,
A quien impuso favorable el cielo
Velar en mi destino.
Huiré veloz de esta llorosa tierra
A otra region mas pura,
Do libre y lejos tan infanda guerra
Respire en paz segura.
Do quier incendios, crímenes, gemidos,
Sangre y muertes, y horrores,
Y tigres miro, sin piedad ni oidos
Al ruego y los clamores.
¡Execrable maldad! ciego el ibero
De un furor inhumano,
Fulmina impío el reluciente acero
Contra su propio hermano.
Sopla la inmensa llama en faz aleve
La anarquía orgullosa,
Y el sello forja que su frente lleve
De servidumbre odiosa:

Aguijando con fiera gritería
Del vulgo atroz la saña.
¿Será ¡ay! que llegue el postrimero dia
A la infeliz España,
Asi dispuesto por egemplo al mundo
Y á todas las edades
Del cielo, airado en su saber profundo
Contra nuestras maldades?
¿Y su nombre otro tiempo tan temido,
Y su prez y alta gloria,
Blason tanto y afan esclarecido,
Que engrandece la historia
De nuestros padres, y feliz la Fama
De las puertas de oriente
Con su trompa inmòrtal volando aclama
Al lóbrego occidente,
Al hondo olvido irán por la laxeza
De sus degenerados
Bastardos nietos, en la vil pobreza
Y el oprobio abismados?
¡Y á ultraje tanto á la enemiga suerte
En su encono inflexible
Guardarme plugo, sin ahogar la muerte
Mi corazon sensible!
Tus alas, paraninfo, vagarosas
Dame, dame benigno:

A las esferas treparé lumbrosas,
Y huiré este suelo indigno;
Donde al delito entronizado veo,
La virtud lacerada,
La verdad santa del error trofeo,
Y la inocencia hollada.
O vide, ó parecióme que á mi anhelo
Mi Genio condolido,
Raudo bajando del excelso cielo
Asi sonó en mi oido:
Firme sosten y con serena frente,
Que nunca al pecho entero
Hundió la tempestad, pasa el torrente,
Y él se alza muy mas fiero.
Seguirá el sol tras la tiniebla obscura;
Y á la discordia que ora
Trastorna el mundo, tu constancia apura,
La paz consoladora.
Hela cual íris asomar radiante,
Y á su luz las naciones
Al fausto cielo en júbilo incesante
Colmar de bendiciones.
Vuelto el ibero de su error impío,
Y en el hogar colgado
El acero fatal, su ceño umbrío
Verá en amor tornado:

Con lazo firme y fraternal unirse
Su juventud lozana;
Y á una todos con lágrimas reirse
De esta cólera insana.

Plácidos dias de inmortal contento
Correrán y reposo,
Cual en pos del invierno turbulento
Asoma Abril hermoso:

Y de su helado sueño despertando
Parece que revive
El ancho suelo con su aliento blando,
Y un nuevo ser recibe.

Tú el choque en tanto con inmóvil planta
Resiste del destino,
Que asi las olas hórridas quebranta
Escollo al mar vecino.

Ruedan en tumbos mil, con rabia fiera
Su erguida frente hieren,
Instan, bátenlo, tornan, y en ligera
Niebla deshechas mueren.

Tu asilo sea tu constante pecho,
Inaccesible muro
Al miedo, al interes, á un vil despecho;
Y alli espera seguro,

Mientras que el cielo plácido se ostenta;
Y un viento mas süave

Lleva al puerto en tan áspera tormenta
La malparada nave.
  Dijo, y despareció..... Tu aviso santo
Dócil y humilde sigo,
O Genio celestial; séme tú en tanto
Guarda y potente abrigo.

ODA XXXI.

A MI AMIGO DON MANUEL MARIA CAMBRONERO,
POR SU SENSIBILIDAD Y SU AMOR A LA PATRIA.

ESCRITA EN DICIEMBRE DE 1813.

¡Oh qué don tan funesto
Es, Fabio mio, un corazon sensible!
Cual débil muro puesto
De un mar airado al ímpetu terrible.
  Siempre inerme y desnudo
Al punzante dolor, mal reparado
Contra su dardo agudo,
Va quien lo abriga sin cesar llagado.
  Pues cual vivaz espejo
Que cuantas formas fúlgido recibe
Nos presenta en reflejo,
En él grabado el mal ageno vive.
  Tierno padre y esposo

Por su grey cara próvido se azora,
Hijo humilde y cuidoso
Sus canos padres padeciendo adora.
  De cuantos seres ama
La aciaga suerte el ánimo le oprime;
Por su patria se inflama
De santo amor, y en sus angustias gime.
  Hombre ve esclavo al mundo
Del error y la odiosa tiranía;
Y en su duelo profundo
Sin la virtud su ser maldeciria.
  Sufren el bruto, el ave
Del aterido invierno la aspereza,
Y á sus ansias no sabe
Solícita negarse su terneza.
  Cuantos objetos mira,
Tantos le llevan desvelado el pecho,
Y por todos suspira,
Y anhela y tiembla en lágrimas deshecho.
  Bien cual tú, Fabio mio,
Cuyo sensible corazon padece
Por cuanto el hado impio
Ora aciago á nuestra patria ofrece.
  Vesla su paz perdida,
Su augusto nombre y su blason ajado,
Y con tu propia vida

Tornarle ansiaras su esplendor pasado.
  De mil hijos que anhelan
Servirla fieles y de sí aun separa,
Las cuitas te desvelan;
Y del tuyo su bien tu amor comprara.
  Del encono ominoso,
Que en ella atiza la discordia impía,
El término azaroso
Tu seno abisma en mísera agonía.
  Y allá en tu clara mente
No hay mal que sufra, que infeliz la amague,
Porque tu amor ferviente
No gima, y feudo en lágrimas le pague.
  Ella podrá engañada
Lanzarnos, Fabio, de su amado seno,
Nuestra fortuna hollada,
De oprobrio el nombre y de calumnias lleno.
  Podrá hacer que bebamos
El cáliz hasta el fin de la amargura;
Que míseros gimamos
En horfandad y en indigencia dura.
  Mas hacer jamas puede
Que nuestro honrado pecho la desame;
Ni aunque el suelo nos vede,
Que madre el labio sin cesar la llame.
  Madre que ilusa ó ciega

La espalda vuelve á nuestro justo ruego;
Y á escucharnos se niega,
Cuanto es mas puro nuestro noble fuego.
  Empero en quien perdidos
Los ojos fijarémos espirando,
Mas y mas á ella unidos:
En trance tal aun su ventura ansiando.

ODA XXXII.

QUE LA FELICIDAD ESTÁ EN NOSOTROS MISMOS.

No es, Julio, la riqueza
El oro amontonado;
Ni huye la dicha de un humilde estado;
La dicha, amiga aun de la vil pobreza.
  Ten acorde á tu suerte
Sin cesar el deseo:
Frena un ciego anhelar, el devaneo
Que en la nada hundirá luego la muerte;
  Y alegre y venturoso
Adularán tu seno,
Ora de nubes y zozobras lleno,
La blanda paz, el celestial reposo.
  Providente natura
Para tu bien presenta

Do quier placeres fáciles, y ostenta
Tierna madre á tus ojos su hermosura.
  Escoje: un claro dia,
El sol que con su llama
Señor del cielo el universo inflama,
Y la beldad le torna y la alegría:
  El viento que bullente
Jugando entre las flores
Regala tu nariz con sus olores,
Y el pecho te dilata dulcemente:
  Las flores que embelesan
Con sus galas vistosas,
Las abejas volando entre las rosas,
Que abrazados sus vástagos se besan:
  El incesante trino
Con que avecilla tanta
Su gozo explica, sus amores canta;
De Filomena el suspirar divino;
  Y hasta en la noche oscura
El sin fin que en su velo
Arde de luces y tachona el cielo,
Del sol mismo emulando la hermosura:
  Si bien sabes mirarlo,
Todo alegrarte puede;
Que á todos y sin precio se concede,
Porque todos á par puedan gozarlo.

Ni hay alfombradas salas,
O riquezas iguales;
Ni llegan los alcázares reales
A pompa tanta y naturales galas;
O mas grato embebece
Un armónico coro,
Que el arroyuelo de cristal sonoro,
Que serpëando el ánimo adormece,
Salta y rie, y la vista
Con mágico atractivo
Deslumbra y fija: ¿en su bullir festivo
Qué pecho habrá que al júbilo resista?
El llanto mismo, el llanto
En que un llagado pecho
Prorumpe á veces ¡oh dolor! deshecho,
Aun tiene su placer, y es un encanto.
El alma que oprimida
Siente ahogarse en su pena,
Con sus lágrimas dulces se serena;
Y entre ellas torna á recobrar la vida.
Bien como el caminante
Que en medio la agria cuesta
Aliento toma, y á doblar se apresta
Su cima que enriscada ve delante.
Veces mil, Julio mio,
Lo llevo asi probado.

¡Triste ¡ay! de aquel á quien maligno el hado
Abisma en un dolor mudo y sombrío!
Que siempre, siempre al cielo
Torvo hallará y sañudo;
Ni jamas del dolor el dardo agudo
De su pecho arrancar verá al consuelo.
No pues, necio, te exhales
En quejas ominosas:
Que nosotros labramos, no las cosas,
Si bien lo estimas, nuestros crudos males.

ODA XXXIII.

QUE NO SON FLAQUEZA LA TERNURA Y EL LLANTO.

¿Te admiras de que llore?
¿De que mi blando pecho
Brote en lluvia de lágrimas deshecho,
Y al santo cielo tan ferviente implore?
No femenil flaqueza,
Ni torpe cobardía
Causa á mi lloro son; que el alma mia
Sabe sufrir con rígida entereza.
Y ya un tiempo pudiste
Impávida en los males
Notar mi frente igual: ¿viste señales
De miedo en mí, ni lamentar me oiste?

Hoy por do quier que miro
En eterna amargura
Hallo al mortal gemir: de mi ternura
Mi llanto nace, y por su mal suspiro.
Que un dulce sentimiento
Uniéndome á sus penas,
Me veda ya el mirarlas como agenas:
Y hombre, los males de los hombres siento.
¿Y qué, tu no has probado
El placer delicioso
De llorar, Julio, alguna vez? ¿lumbroso
Te rió siempre el cielo y despejado?
¿Grata siempre tu amante
Oyó tu fe amorosa?
¿Nunca esquiva te huyó, nunca celosa?
Nunca por otro te dejó inconstante?
¿Siempre á tu fino amigo
Miró fausta su estrella?
¿No hirió tu oido su infeliz querella?
¿Ni un desgraciado mendigó tu abrigo?
¿No viste en triste duelo
Tus padres venerandos,
Ni en los horrores de la guerra infandos
Taladas mieses, devastado el suelo?
¡Mísero tú, si entonce
Seco el raudo torrente

Que ora inunda mi faz, de yerta frente
Fuiste á mal tanto y corazon de bronce!
Pero tu pecho es bueno,
Y condolerte sabes:
No pues de ver al infeliz te alabes
Con ojo enjuto y ánimo sereno.
A mí no es concedido
Frenar, amigo, el llanto
En su suerte fatal, sensible tanto
Cuanto he casos mas ásperos sufrido:
Y el que olvidado gime,
O en destierro ominoso,
O á la calumnia y á la envidia odioso,
Tiembla al poder que bárbaro le oprime,
Siempre mi pecho abierto
Hallarán á su pena,
Siempre mi lengua de consuelos llena,
Y mi rostro de lágrimas cubierto.
Otro aplauda en buen hora
Su firmeza insensible;
Y roca á la piedad inaccesible
Ria al que triste con el triste llora.
Que yo obligado al cielo
Del don de mi ternura,
Si no alcanzo á aliviar la desventura,
De llorar logro el celestial consuelo.

ODA XXXIV.

A MIS LIBROS.

Fausto consuelo de mi triste vida,
Donde contino á sus afanes hallo
Blandos alivios, que la calma tornan
Plácida al alma.

Rico tesoro, deliciosa vena,
Do puros manan, cual el almo rayo
Que Febo lanza esclareciendo el orbe,
Santos avisos.

Donde Minerva providente zela
Sus maravillas, monumento ilustre
Del genio excelso que feliz me anima,
Libros amados.

Do de los siglos la fugaz imagen,
Donde, natura, tu opulenta suma,
Del seno humano el laberinto ciego
Quieto medito.

Nunca dejeis de iluminarme, nunca
En mi cansada soledad de serme
Util empeño, pasatiempo dulce,
Séquito grato.

Vuestro comercio el ánimo regala

Vuestra doctrina el corazon eleva,
Vuestra dulzura célica el oido
Mágica aduerme.

Cual reverdece la sonante lluvia
Al seco prado, y regocija alegre
La árida tierra, que su seno le abre
Madre fecunda.

Por vos escucho en el Aonio cisne
La voz ardiente y cólera de Ayace;
Los trinos dulces que el amor te dicta,
Cándido Teyo.

Por vos admiro de Platon divino
La clara lumbre; y si tu mente alada,
Sublime Newton, al olimpo vuela
Raudo te sigo.

En la tribuna el elocuente labio
Del claro Tulio atónito celebro:
Con Dido infausta dolorido lloro
Sobre la hoguera:

Sigo la abeja, que libando flores
Ronda los valles del ameno Tibur;
Y oigo los ecos repetir tus ansias,
Dulce Salicio [1].

Viéndome asi del universo mundo

1 El dulcísimo poeta Garcilaso.

Noble habitante, en delicioso lazo
Con las edades que en el hondo abismo
Son de la nada.
Nunca preciados, de la suerte, ó libros,
Lleve mi vida, cesareis de serme,
Ora me encumbre favorable, y ora
Fiera me abata.
Bien me revuelva en tráfagos civiles,
Bien de los campos á la paz me torne;
Siempre maestros de mi vida, siempre
Fieles amigos.

EPISTOLAS.

EPISTOLA I.

AL EXCMO. SR. PRINCIPE DE LA PAZ, EXHORTANDO A SU EXCELENCIA A QUE EN LA PAZ CONTINUE SU PROTECCION A LAS CIENCIAS Y LAS ARTES.

En alas de la pública alegría
Por la anhelada paz, de gozo llena
A vos llega feliz la musa mia.
  Disculpadla, Señor, si acaso agena
De un delicado acento cortesano
Ruda os saluda, sí de afecto llena.
  Benigno sois, y mirareis humano
A quien solo agradaros fiel procura,
Y en vuestro nombre se complace ufano.
  Del congojoso mando en la amargura
Las dulces Musas que atendais os deban
Alguna vez su armónica dulzura:
  Las celestiales Musas, que nos llevan
En mil nobles ficciones embebidos
Al alto cielo, si su canto elevan;
  O halagándonos blandas los oidos
Saben la vida ornar de alegres flores,
Y hacer gratos del triste los gemidos.

Magas divinas, que colmar de honores
Pueden á un tiempo á quien su plectro suena,
Y á sus tonos responde con favores.
Asi dura inmortal, de olvido agena,
La memoria de Augusto y su valido;
Y el nombre Mediceo el orbe llena.
Llamadlas pues al premio merecido,
Y que las bellas artes reanimadas
Salgan tambien de su infeliz olvido.
Vedlas ir desvalidas, desoladas
Demandando el amparo con que un dia
De gloria se gozaron coronadas.
Dádselo vos; y todas á porfía
Vuestro alto nombre por el patrio suelo
Celebrarán en himnos de alegría.
El cincel, el buril con noble anhelo
Al bronce vida den y al mármol rudo:
Y el compas mida el ámbito del cielo.
Aun mas que protector sed firme escudo
De cuantos sigan, Príncipe, sus huellas,
Que el ingenio sin vos se encoge mudo.
Un tiempo fue feliz, que á las estrellas
En sus brillantes alas sublimado,
Pudo inflamarse entre sus luces bellas,
Y alli tal vez de la Deidad tocado
Imaginó, creó; y osadamente

Logró seguirla en su inmortal traslado:
  Atinando la ley con que la ardiente
Llama del sol á Júpiter camina,
Y alza la luna su nevada frente:
  O al suelo de la esfera cristalina
Bajando, al hombre en su extension perdido
De las ciencias mostró la luz divina.
  Mas hoy mísero yace; y oprimido
Del error gime y tiembla, que orgulloso
Mofándole camina el cuello erguido.
  No lo sufriais, Señor; mas poderoso
El monstruo derrocad que guerra impía
A la santa verdad mueve envidioso.
  En la España feliz su fausto dia
Lucirá puro, cual el orbe llena
De vida el rubio sol y de alegría.
  Es la civil prudencia una cadena
Que enlazada en mil modos altamente,
El seso mas profundo abarca apena.
  La antorcha de las ciencias esplendente
Por ella entre árduos riesgos nos dirige
Del comun bien á la dichosa fuente.
  Del prudente varon la mente rige
Solícita en pos dél; y en su carrera
Hace que el pie jamas dudoso fije.
  Que atienda docil la verdad severa;

Y ansiando aplausos de la dulce fama,
Al grito ria de la envidia fiera.
Adiéstrale á calmar la infausta llama
De las pasiones; ó servir las hace
Del pueblo al bien, que su veneno inflama.
De adulacion la máscara deshace:
El pecho humano á conocer le enseña;
Y con la paz y la virtud se place.
Quien sus avisos útiles desdeña,
Juguete de la suerte desgraciado
En mil tristes errores se despeña.
Mientras quien como vos arde abrasado
En su amor puro, y el oido inclina
Dé su labio al concento regalado;
En la llorosa tierra la divina
Esencia semejando, venturoso
Sobre las almas por su bien domina:
Y cual se rige en orden misterioso
Este inmenso universo, y blandamente
Se acuerda y gira en círculo armonioso:
La florida estacion, el can luciente,
La escarcha ruda del Enero umbrío,
El rápido huracan, el rayo ardiente,
La grata lluvia, el líquido rocío,
Todo concurre á la comun ventura,
Y ostenta del gran Ser el poderío:

Asi un sabio ministro el bien procura
Universal al pueblo confiado
A sus luces y próvida ternura.
Todo á este bien diríjelo acertado:
Sabe aun del mismo mal sacar provecho;
Mientra el pueblo que rige afortunado
Le aclama Padre, en lágrimas deshecho.

EPISTOLA II.

Al Sr. D. Gaspar de Jovellanos, dedicandole el primer tomo de poesias el año de 1785.

A tí, querido amigo, las primicias
Ofrece de su voz mi blanda musa,
En prenda cierta de su amor sencillo.
A tí ofrece sus versos, dulce fruto
De la alegre niñez, juegos amables
Que en las orillas del undoso Tórmes
Canté algun dia entre Dorila y Filis
Para templar mi llama, y sus oidos
Regalar con la plácida armonía.
A tí, querido amigo, los consagra,
Cual suele al padre el inocente hijuelo
Con los dones brindar, que su oficioso

Afecto le procura. Tú alentaste
Mis primeros conatos; y el camino
Me descubriste en que marchar debia.
El ardiente Tibulo, el delicado
Anacreon y Horacio á la dificil
Cumbre treparon por aqui; sus huellas
Sigue, dijiste, síguelas sin miedo,
Que Amor y Febo al término te aguardan
Para ceñir tu sien de lauro y rosas.
Quise empezar; y tú con diestra mano
El templado laud poniendo al pecho
Mil armónicos sones repetias,
Enseñándome á herir las dulces cuerdas;
O si tal vez cobarde rezelaba,
Tornar me hiciste á la labor dificil
Con poderoso ruego. A tí debidos
Los frutos son de mi sudor: tú solo
Puedes ser su defensa y firme amparo.

Otros, Jovino, cantarán la gloria
De los guerreros, el sangriento choque
De dos fieros egércitos, los valles
De sangre y de cadáveres cubiertos;
Y la desolacion siguiendo el carro
De la infausta victoria: horrendas, tristes
Escenas de locura que asustada
Mira la humanidad. Otros el vicio

Hiriendo con su azote harán que el hombre
De sí mismo se ria: ó bien al cielo
Su tono alzando explicarán las leyes
Con que en torno del sol la tierra gira,
Quién la luz lleva hasta Saturno, ó como
Del desorden tal vez el orden nace,
Y este gran todo invariable existe.

Mi pacífica musa no ambiciosa
Se atreve á tanto: el delicado trino
De un colorin: el discurrir süave
De un arroyuelo entre pintadas flores,
De la traviesa mariposa el vuelo,
Y una mirada de Dorila ó Filis,
Un favor, un desden su voz incitan;
Y reclinado en la mullida yerba
Tranquilo ensayo mil alegres tonos,
Que el valle escucha, y que remeda el eco.

Tú mientras tanto al tribunal augusto
Subes, Jovino; y desde el alto escaño,
Órgano de la ley, sus infalibles
Oráculos anuncias. A tu diestra
Gozosa la Justicia los atiende;
Y á los pueblos la Fama los pregona.
La santa humanidad y el amor patrio
Tu pecho encienden y tus pasos guian:
Y como activo el fuego su ardor presta

A cuanto toca, el duro bronce ablanda,
Y todo en sí lo vuelve; asi tu zelo
De tan clara virtud y amor guiado,
Por los sabios liceos se difunde:
La feliz llama en sus alumnos prende;
Y Madrid goza los opimos frutos
De tu constante afan. ¡Oh! ¡qué de veces
Mi blando corazon has encendido,
Jovino, en él; y en lágrimas de gozo
Nuestras pláticas dulces fenecieron!
¡Qué de veces tambien en el retiro
Pacífico las horas del silencio
A Minerva ofrecimos, y la diosa
Nuestra voz escuchó! las fugitivas
Horas se deslizaban; y embebidos
El alba con el libro aun nos hallaba.
¿Pues qué, si huyendo del bullicio insano
En el real jardin?... ¡Adónde, adónde
Habeis ido, momentos deliciosos!
¡Disputas agradables, do habeis ido!
Tú me llevaste de Minerva al templo,
Tú me llevaste; y mi pensar, mis luces,
Mi entusiasmo, mi lira todo es tuyo.
Borra, tilda, corrige, perfecciona
Lo que empezaste; y de una vez se sepa
Que tú has sido mi numen, ¡ó Jovino!

Y que hijos son de tu amistad mis versos.
¡Oh! ¡cuán alegre el corazon publica
Esta dulce verdad! ¡cómo se goza
Mi tierna gratitud en confesarla!
  Sí, tú volviste á mí, cuando ignorado
Yacía y sin vigor en noche obscura
Mi inculto númen, los clementes ojos
Con que las artes y el ingenio animas:
Tú extendiste la mano generosa
Para alzarme á la luz; y mi maestro,
Y mi amigo, y mi padre ser quisiste.
Yo desde entonces cual la tierna planta
Del hortelano á los desvelos crece,
Fruto de su cultivo y sus tareas,
A sentir, á pensar por tí enseñado,
Obra soy tuya, y de tu noble egemplo.
Y tuyos son mi nombre y mis laureles.
Si oso trepar al templo de la Gloria
Con generoso ardor: si repetidos
Son de mi lira los acordes tonos
Por nuestros descendientes, cuán süave
Mi gratitud ha de sonar entre ellos!
¡O alegre dia! ¡ó venturoso punto,
Aquel en que se unieron nuestras almas
En tan estrecho y delicioso lazo!
Un pensar, un querer, un gusto, un genio,

Una ternura igual, un modo mismo
De ver y de sentir; todo pedia
Esta union, ó Jovino: todo dobla
Cada dia su encanto, y la hará eterna.
¡Indulgente amistad, placer divino,
Remedo acá en la tierra de la pura
Felicidad de los celestes coros,
Fuente de todo bien, apoyo firme
De la santa virtud! tú sola puedes
Amable hacer la vida, y deliciosa
Nuestra existencia triste: ven, inflama
A Batilo y su amigo; y que los hombres
De tí tomen egemplo en ellos solos.
Tú mis versos dictaste, tú me inspiras,
Y hoy al dulce Jovino los ofreces:
Tú los conserva favorable y guarda
A los lejanos siglos, porque sean
Muestra de tu poder, y á los mortales
Nuestros nombres y amor eternos digan.

EPISTOLA III.

Al Excmo. Sr. D. Eugenio de Llaguno y Amirola, en su elevacion al ministerio de gracia y justicia.

En fin mis votos el benigno cielo
Oyó, querido Elpino, y sus anuncios
Felices mi amistad colmados goza.
Te ve en la cima del poder, al lado
Del trono moderar de la alma Temis
Las sacrosantas riendas, de la patria,
De la virtud, el mérito y las letras
En comun beneficio: la alegría
Oye del pueblo al repetir tu nombre,
Tu modesta virtud, tu zelo ardiente;
Y en su entusiasmo á las amigas musas
Ve coronadas de laurel sagrado
Cual suyo celebrar tan fausto dia,
Apolo en medio á su vihuela de oro
Cantando en voz divina tus loores:
Tus loores, Elpino; de las letras
El imperio feliz, de la justicia,
De la blanda equidad, de las virtudes.
Sí, amigo, amaneciόles claro un dia,

Amaneció á la patria, que gozosa
De tí anhela su gloria y su ventura.
No ya excusarse tu modestia puede:
Ni de tu pecho al generoso impulso
Negarte es dado; óyela, y mil hijos
Cuyo zelo y saber su cetro tornen
A su antiguo esplendor, dale oficioso.
Tú los conoces, ó á crearlos bastas;
Cual el ardiente sol abre fecundo
El seno en Mayo á mil alegres flores.
Tu genio, tus avisos celestiales,
Tu egemplo los formó; tras tí treparon
Al despeñado templo de las Musas:
De tí oyeran del Portico y Liceo
Los nombres venerandos; y les diste
Que dóciles gustasen las lecciones
Del morador de Túsculo elocuente.
Tú de la musa de la historia amantes
Los hiciste tambien; y ante los ojos
De la olvidada Iberia les pusieras
Con docto afan los polvorosos fastos.
Las artes hechiceras con el dedo
Les señalaste; y los encantos nobles
Del cincel, del buril, del engañoso,
Animado pincel por tí preciaran.
Cortesano, filosofo, ministro,

A un tiempo todo, y para todos fuiste.
¿Quién si nó te buscó? ¿quién á tu lado,
Si te escuchó feliz (siempre en la dicha
Hallándote ocupado de los pueblos,
O en útil ocio con las dulces musas),
No se inflamó en anhelo generoso
Por trepar á la cumbre do Sofía
Y alma virtud inaccesibles guardan
A los vulgares ojos sus misterios?
¿O quién gozó cual yo de esta ventura?
Tierno muchacho en su divina llama
Tocado el pecho te busqué, y tú blando
A mi rudeza descender quisiste,
Y con diestra oficiosa mis dudosos
Pasos guiar en la dificil senda,
Ora alentando mi cobarde musa,
Ora su voz formando á la armonía
Del hispano laud, tan bien pulsado
Del dulce Laso y el divino Herrera;
Y ora inflamando el desmayado aliento
Con el laurel de inmarcesible gloria,
Que en la remota edad por premio justo
Guardado á anhelo tanto me mostrabas.
¿Con qué tornar mi gratitud sencilla
Podrá tales oficios? ¿donde voces
Hallar que llenen los afectos tiernos

De mi inflamado corazon? Amigo,
Querido amigo, generoso padre,
No tu modestia mi entusiasmo culpe:
Permíteme gloriar, cantar me deja
Tu sencilla bondad: sepan los hombres
Que te has dignado de llamarme amigo,
Y dirigir mis juveniles pasos;
Que virtud y saber de tí aprendiera.
¡Oh! déte el cielo el galardon debido
A tu indulgente humanidad: que amado
De tus señores y los hombres seas:
Que tu nombre en los siglos con los nombres
De Arístides y Sócrates divinos
En uno se venere, y fausto corra
De boca en boca, y de uno en otro pueblo.
Ministro de la paz, déte que goces
De tu amor patrio los opimos frutos
En colmada sazon: por tí animado
Brille el hispano ingenio, cuanto brilla
Puro el sol en la bóveda esplendente.
¡Qué inmensa perspectiva ante tus ojos
De dulce gloria desplegarse veo!
¿Dónde volverlos que extender no puedas
Tu generosa mano? La española
Juventud llora en su rudez sumida;
Y la llama feliz que en ella el cielo

Grato encendió, sin pábulo se extingue.
Dale maestros que sus tiernas almas
Formen á la virtud y al amor patrio.
¡Ah! ¡cuánto, cuánto bien se libra en ellas!
Las casas del saber, tristes reliquias
De la gótica edad, mal sustentadas
En la inconstancia de las nuevas leyes
Con que en vano apoyadas titubean,
Piden alta atencion: crea de nuevo
Sus venerandas aulas: nada, nada
Harás sólido en ellas, si mantienes
Una columna, un pedestal, un arco
De esa su antigua gótica rudeza.
Torna despues los penetrantes ojos
A los templos de Temis; y si en ellos
Vieres acaso la ignorancia intrusa
Por el ciego favor, si el zelo tibio,
Si desmayada la virtud los labios
No osaren desplegar, en vil ultraje
El ignorante de rubor cubierto
Caiga; y tú, Elpino, de la santa Astrea
Ministro incorruptible, cabe el trono
Sé apoyo firme de la toga hispana.
Dale, y á ti y á sus amigos caros,
Y al carpentano suelo aquel que en noble
Santo ardor encendido noche y dia

Trabaja por la patria: raro egemplo
De alta virtud y de saber profundo.
¡Pueda abrazarle yo! ¡goce estrecharle
Luego, luego en mi seno, y de sus brazos
A los tuyos lanzarme, Elpino mio,
Extático de gozo al verme en medio
De mis mas caras prendas! no, no tardes
El fausto plazo de tan claro dia.
Dábate mi amistad tan suspirada,
Justa demanda, y subiré tu nombre
De nuevo, dulce amigo, al alto cielo.
Tú le conoces; y en sus hombros puedes
No leve parte de la enorme carga
Librar seguro en que oprimido gimes.
Mientras tu zelo y tu atencion imploran
Los ministros del templo y la inefable
Divina religion. ¡Oh! ¡cuánto! ¡cuánto
Aqui hallarás tambien!....; pero su augusto
Velo no es dado levantar: tú solo
Con respetosa diestra alzarlo puedes,
Y entrar con pie seguro al santuario.
Vé en él gemir al misero colono;
Y al comun padre demandar rendido
El pan, querido amigo, que tú puedes
Darle, de Dios imagen en el suelo.
Ve su pálida faz; llorar en torno

Ve á sus hijuelos y su casta esposa.
La carga ve con que espirando anhela,
Mísera carga, que la suerte inicua
Echó sobre sus hombros infelices;
Mientra el magnate con desden soberbio
Rie insensible á su indigencia, y nada
En lujo escandaloso y feos vicios.
  Elpino, aqui tu caridad invoco,
Tu generoso corazon: sus ayes
Recoge fiel, sus lágrimas honradas,
Sus justas quejas; y el clemente pecho
Por tí conmuevan del piadoso Cárlos.
Su hollada profesion es la primera,
La mas noble, mas útil: de tí clama
Luces y proteccion; la valedora
Mano le tiende, y sus plegarias oye.
No; ya no es dado rezelar: la santa
Humanidad, la religion, las leyes,
El honor, la verdad, todos te imponen
Tan alta obligacion: habla, importuna,
Clama, y débate el pobre su sustento:
Labren tus velas su dichoso alivio:
Y tus decretos la abundancia lleven
A las provincias que tu nombre adoren.
  Helas, helas á tí vueltos los ojos,
Humildes demandarte su anhelada

Felicidad, á su plegaria unido
El indio vago en los inmensos climas
De la ignorada América: tu ingenio
Su tibiez mueva, su pereza aguije,
Alumbre su ignorancia, poderoso
Débiles las ampare, y feliz llene
De espíritu de vida entrambos mundos.
  Renazca en ellos la virtud amable,
El candor inocente y fe sencilla
De las costumbres sobre el firme apoyo.
Ellas de nuestros padres bienhadados
La herencia afortunada un dia hicieron:
Del honrado español fueron la gloria.
Consumiólas el tiempo: empresa tuya
Es darles hoy su antiguo poderío,
Y despertar las perezosas almas
Que en sueño indigno y en olvido yacen.
¿Pues qué es ¡ah! de las leyes el imperio?
¿Qué de las armas la funesta gloria,
La opulencia, el poder, la ciencia, el oro
Sin las costumbres? Enojosa llama
Que brilla devastando, y luego muere.
Costumbres pues, costumbres; y á su sombra
Florecerán las leyes olvidadas,
Y ellas solas harán felice al pueblo.
  ¡Cuánto de tí no espera! ¡qué no puedes

Hacer al lado del excelso amigo,
Cuya feliz prudencia acompañando
Tu íntegra fe, tu zelo generoso,
Juntos marcharais ya con firme planta
Del aula en los difíciles senderos!
Su noble corazon, exento y puro
De plebeyas pasiones, mas de gloria
Lleno y amor al bien, labre contigo
La ventura comun; y unidos siempre
En santa y útil amistad, que tornen
Haced, amigo, los dorados dias
Que al suelo hispano mi esperanza anhela.

EPISTOLA IV.

A UN MINISTRO, SOBRE LA BENEFICENCIA.

¿Cómo humilde rendir podrá mi musa
Las gracias merecidas al desvelo
Con que tu tierno corazon acoge
La virtud infeliz al ruego mio?
¿Dó acentos hallaré que á mi oficiosa
Gratitud correspondan? ¿dó palabras
Que al vivo, amigo, repetirte puedan
Las bendiciones justas con que al cielo
Sube tu humanidad una inocente

Mísera, desvalida, mas felice
Ya en la esperanza con tu sombra ilustre?
No, mi musa no basta; y tu sencilla
Modesta probidad huye el aplauso,
Contenta solo èn bien hacer, ni menos
La mano presta ofrece al desvalido,
Que cuidadosa retirarla sabe
Para ocultar sagaz el beneficio.
Amigo, tu bondad tu premio sea.
Ella te haga gustar de aquel secreto
Vivo placer que la acompaña siempre,
Tu espiritu inundando del mas puro
Dulce contento en las calladas horas,
Cuando las almas insensibles oyen
Entre las sombras de la noche triste
La olvidada piedad que las acusa,
Y sus helados pechos estremece.
Ella tu premio sea; en tus oidos
Sin cesar clame, y poderosa te haga
Poner fin á la empresa generosa,
Dando sustento y pan á la viuda,
Al horfánico, tierno y desvalido
Que á tí convierten sus llorosos ojos.
¡Oh! ponte en medio de ellos, si lo puede
Tu ternura llevar: ve su cuitada
Soledad indigente: ve sus manos,

Sus inocentes manos extendidas
Hácia ti, amparo suyo, sombra suya:
Ve sus tristes semblantes, sus gemidos,
Y la alegre esperanza que al mirarte
Baja y conforta sus llagados pechos.
¡O dulce, ó celestial beneficencia!
Virtud, que abarcas las virtudes todas,
Tan rico don, cuan poco conocido,
Tú que al débil mortal con Dios semejas,
Cuya esencia es bondad, de cuyas manos
Contino dones mil al mundo bajan;
Dichoso aquel que egercitarte puede
Sus lágrimas cortando al afligido,
Y en diestra amiga al abatido alzando,
Del comun Padre imagen en el suelo.
Tú, ilustre amigo, mis deseos sabes;
Tú, mi amor á la dulce medianía,
Do en ocio blando, en plácido retiro
Gozo el favor de las benignas musas
Lejos de la ambicion y el enganoso
Mar de las pretensiones, do á la orilla
En tabla débil por milagro escapa
Algun afortunado, y mil zozobran
En inútil leccion; por nada empero
Anhelo alguna vez en la alta cumbre
Mirarme del favor, cual tú te miras,

Sino por enjugar con blanda mano
Su amargo lloro al pobre, y extenderla
Al mérito modesto y desvalido.
Mi tierno pecho á resistir no alcanza
Tan grata tentacion: él fue formado
Para amar y hacer bien; y una corona
Tiene en menos que hacer un beneficio.
  Mil veces tú dichoso, que los puedes
Con larga mano dispensar, y al trono
Subir haces la voz de la miseria,
Gozando cada instante el placer puro,
El íntimo placer de que te miren
Como un padre comun los desvalidos.
  No basta, no, ser justo. El juez severo
Que la vara de hierro alzada siempre
Contra el delito, inexorable el rostro
Jamas sintió la compasion llorosa
Llenar de turbacion su helado pecho,
Al ver de un reo el pálido semblante,
Y oir el ronco son de las cadenas,
Odioso debe ser. El sabio triste
Que en áridos problemas engolfado,
Por no aquejar su espíritu insensible
Cierra los ojos, y la espalda torna
Al infeliz que á su dureza clama,
Odioso debe ser. Serlo aun mas debe

El héroe sanguinario que se place
Entre el horror de las infaustas guerras,
Sus feas muertes y alaridos tristes,
La sangre, el polvo y el tronante bronce
Tras un vano laurel Aquel que sabe
Llorar con el que llora, condolerse
De su suerte cruel, con sus consejos
Hacerle llevaderos sus rigores,
Testificarle la amistad mas viva,
En su seno acogerle compasivo,
Buscarle, hacerle sombra, y en su amparo
Solicito ocuparse, aqueste solo
Es de todos amado, su memoria
Con bendiciones mil corre en las gentes,
Brilla inmortal su gloria, de la tierra
Es delicia y honor, y viva imagen
De la divinidad entre los hombres.
Asi el astro del dia sus tesoros
Derrama liberal, el aura pura
Esclarece, la tierra vivifica,
Templa los hondos mares, y es fecundo,
Benéfico motor del universo.
Mostrarse indiferente á las desdichas,
Doblarlas es; y hacer un beneficio,
De aquel que lo recibe hacerse dueño.
Lo que solo da el hombre, aquello guarda,

Y ni muerte ó fortuna se lo roba.
Salgamos de nosotros: extendamos
A todos nuestro amor; y la suprema
Bienandanza á morar del alto empíreo
El suelo bajará de angustias lleno.
¡Ah! ¿cómo puede ser que en faz serena,
Ni enjutos ojos el magnate mire
Penar al indigente? el tigre fiero,
Si al tigre ve sufrir, manso se duele.
¡Y el hombre es insensible á la miseria!
¡Y en el lujo dormido al pobre olvida!
Nuestros dias fugaces, sabio amigo,
De amargos ayes, de cuidados llenos
Cual hermanos vivamos. Con la carga
De nuestros males encorvados vamos
Por la dificil senda de la vida;
Aliviémonos pues: al que padece
Redimamos del peso; un infelice
Es un justo acreedor á nuestro auxilio.
A un pecho noble y generoso basta
Ser hombre y desgraciado. ¿Quién no debe
Temer contino la cruel desdicha,
Querido amigo? ¿quién vivió hasta ahora
Sin conocer las lágrimas? mil fieros
Enemigos acechan nuestros dias,
Y el hombre á padecer nace en la tierra.

Ley es sagrada remediar sus males
Segun nuestro poder, y al que en la cumbre
Coloca Dios del mando, alli le pone
Para que en él el triste halle su alivio,
El pobre amparo, el mérito un patrono.
Prosigue pues tu empresa generosa,
O dulce amigo; acábala, y mis voces
Olvidadas no sean con los graves
Cuidados que te abruman noche y dia.
Oye á tu alma sensible: da á la patria
Una familia, y sé segundo padre
De un huérfano infeliz: ambos deudores
Le somos y á la madre desgraciada.
Tú piadoso favor, y yo mis ruegos,
Le debo encarecidos. ¡Oh! ¡lograsen
La suerte favorable cabe el trono,
Que á tu benigno corazon merecen!

EPISTOLA V.

AL DOCTOR DON GASPAR GONZALEZ DE CANDAMO, CATEDRATICO DE LENGUA HEBREA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, EN SU PARTIDA A AMERICA DE CANONIGO DE GUADALAJARA DE MEJICO.

¿Huyes ¡ay! huyes mis amantés brazos,
Dulce Candamo, y entre el indio rudo,

En sus inmensos solitarios bosques
Corres á hallar la dicha que en el seno,
En el fiel seno de tu tierno amigo
El cielo y la amistad te guardan solo?
Surta en el puerto la atrevida nave
Ya las velas fugaces libra inquieta
A los alados vientos; ya impaciente
Clama la chusma por levar el ancla:
Lévala; ciega entre confusas voces,
Salvas y vivas á la mar se arroja.
¡Oh! tente, tente, navecilla frágil,
¿Dó te abandonas?... despeñado el Noto
Mira cual corre la llanura inmensa
Del antiguo océano, infausto padre
De borrascas y míseros naufragios.
Los ciegos vados, los escollos tristes,
Las negras nubes sobre tí apiñadas,
Y tanto monstruo que las aguas cria,
Miedo y horror al ánimo y los ojos,
Mira desventurada: cauta el puerto
Torna á ganar, y deja de mi amigo
La venturosa carga. Amigo, vuelve,
Vuelve á mis brazos, y con blanda mano
Mis dolorosas lágrimas enjuga.
Tu ciego arrojo á mi sensible pecho
Se las hace verter.... ¿y mas contigo

Podrán las leyes de un respeto injusto,
La opinion ciega, el pundonor vidroso,
Que la ley santa de amistad? ¿no tienes
Aqui cuanto te debe hacer felice?
¿Tus hermanas, tu amigo....? ¿y de ellos huyes?
¿Y entre bárbaros dicha hallar esperas?
No ingrato, no; la sólida ventura
Solo mora en las almas inocentes
Que une amistad con su sagrado lazo.
Solo esta llama celestial los pechos
Hinche de verdaderas alegrías
Y de eterno placer, que en sombra triste
Jamas se anubla de pesar tardío.
Lejos del ciego mundanal tumulto
Tesoros, honras, dignidades, todo
Extraño le es, y con desden lo mira.
¿Áquellas dulces pláticas, aquellas
Intimas confianzas en que á un tiempo
Nuestra razon con la verdad se ornaba,
Y el pecho en entusiasmo generoso
Por la santa virtud movido ardía:
Tantos plácidos dias discurriendo
Del hombre y su alto ser, del laberinto
Oscuro de su pecho y sus pasiones;
Las horas que asentados nos burlaban,
En raudo vuelo huyéndose fugaces,

Ya de un arroyo al márgen, ya perdidos
Por estos largos valles: aquel fuego
Con que tú orabas en favor del pobre,
Víctima triste de enemigos hados;
Y escuchándote yo bañadas vieras
Mis mejillas en lágrimas: las gratas
Disputas nuestras depurando el oro
De la verdad, de las escorias viles
Con que el error y el interes la ofuscan;
Los heróicos propósitos mil veces
Renovados de amarla sobre todo:
Las útiles lecturas, los festivos
Y sazonados chistes.... ¿tantas, tantas
Celestiales delicias en mis brazos
Detenerte no pueden? ¿ó es que esperas
Hallar acaso en los remotos climas
Otro amigo, otro pecho como el mio?
¡Ah! que ciego te engañas: ¡ah! que triste,
Solo, aburrido, despechado, un dia
En tu abandono y tu dolor perdido
Me has de llamar; y los turbados ojos,
Turbados de llorar hácia estos valles
Volverás, que ora ¡ó mísero! abandonas.
Sí, sí, los volverás; y en ruego inútil
Demandarás el olvidado nombre,
Mis cariños, mis brazos.... ¿mas qué digo?

Yo le ruego; y la nave ya ligera
Con sesgo vuelo por el mar cerúleo,
Atras dejando la galaica playa,
Hiende las olas espumosas, y huye
Como el viento veloz. Querido amigo,
Mitad del alma mia, compañero
De mi florida juventud, amparo,
Consuelo de mis penas, de virtudes
Y de bondad tesoro inagotable,
Y archivo fiel de mis secretos tristes,
Ve en paz, navega en paz: próvido el cielo
Sobre tí vele; y tus preciosos dias
Fausto conserve para alivio mio.
Consérvelos el cielo; y de su trono
El Dios clemente que en tu pecho puso
El heróico propósito, y te arranca
De la querida patria y mi fiel seno,
Por mil afanes y peligros rudos
Alegre sus delicias conmutando,
Con mano poderosa te sostenga
Salvo del mar en el inmenso abismo.
A su benigno omnipotente imperio
Los raudos vientos su furor enfrenen;
Y aquellos solo blandamente soplen
Que al puerto afortunado te encaminen:
Cual corre al grato albergue la paloma

Buscando fiel su nido y sus hijuelos.
Él puede; y yo le ruego fervoroso:
No, mis ardientes súplicas, nacidas
De inocente amistad, de fe sincera,
Vanas ¡ah! no han de ser, que Dios atiende
Grato al que ruega por el dulce amigo;
Y ante su trono subirán mis voces,
Cual el fragante aroma de las aras
En sacrificio acepto. Y tú que llevas
En mi amigo esta vez, vasto oceäno,
Mi vida y la mitad del alma mia
Librada á tus abismos, las sonantes
Alzadas olas calma por do fuere
La frágil navecilla que conduce
Tan sagrado depósito á las playas
Del opulento mejicano imperio.
¡O padre venerando! ayuda fácil
Su árduo camino: mis plegarias oye;
Y lejos dél la tempestad ahuyenta.
Yo agradecido con sonante lira
Te cantaré por siempre de los mares
Supremo Rey; y en himnos reverentes
Subiré á las estrellas tus loores.
Favorable le ampara, que no loca
Presuncion, ni osadía temeraria,
O ciega sed de atesorar, mas solo

La tierna humanidad, el vivo anhelo
De conocer al hombre en los distintos
Climas, do sabio su Hacedor le puso,
Y de ilustrarle el zelo generoso
A tan remotas tierras le arrebatan.
¡Tierras dichosas, que esperais gozarle!
¡Cuál os envidio! ¡cuánto! ¡y qué tesoro
En él os va de probidad sencilla!
¡Ah! ¿por qué este tesoro á mí se roba?
¡Ah! si unidos alientan nuestros pechos,
¿Por qué mares inmensos nos separan?
¿Cómo, querido amigo, al lado tuyo
Partícipe no soy de tus fortunas?
¿Por qué, por qué mi espíritu angustiado
Su inmenso mal no ha de llorar contigo?
¿Por qué contigo no verán mis ojos,
No estudiarán ese ignorado mundo,
Tantas incultas, peregrinas gentes?
¡Oh! ¡á tu mente curiosa qué de objetos
Van á ostentarse! ¡cuánta maravilla
A ese tu genio observador aguarda!
Otro cielo, otra tierra, otros vivientes,
Plantas, árboles, rios, montes, brutos,
Insectos, piedras, minerales, todo,
Todo nuevo y extraño; ¡cuán opimos!
¡Cuán ricos frutos cogerá tu ingenio!

Tu ingenio conducido á la luz clara
De la verdad en su sagaz examen.
  Sacia la ardiente sed: admira, estudia
La gran naturaleza; y con divina
Mente su inmensidad feliz abarca:
Sus vínculos descubre; y un hallazgo
Sea cada paso que en sus reinos dieres.
Miéntras yo ¡ay Dios! en mi dolor profundo
Perdido y solo, de esperar cansado,
Cansado de sufrir, víctima triste
De mil ciegas pasiones, estos valles
Vago sin seso; y despechado imploro
La muerte con los tristes perezosa.
Que de tí lejos, fiel amigo, ¿dónde
Podrá alivio encontrar el alma mia?
¿Dónde aquel zelo de mi bien, aquellos
Saludables avisos que templaban,
Cual un divino bálsamo, las penas
De mi pecho, hallaré?.... mudo y lloroso,
Solitario, aburrido, los felices
Lugares correré, donde solias
Mi gozo hacer un tiempo y mi ventura.
Iré al aula, á tu estancia: el nombre tuyo
Repetiré llamándote; y mi anhelo
Solo hallará por tí dolor y llanto.
  ¡Ay! ¡en qué amarga soledad me dejas!

¡Ay! ¡qué tierra! ¡qué hombres! la calumnia,
La vil calumnia, el odio, la execrable
Envidia, el zelo falso, la ignorancia
Han hecho aqui, lo sabes, su manida,
Y contra mí infeliz se han conjurado.
¿Podré ¡oh dolor! entre enemigos tales
Morar seguro sin tu amiga sombra?
¿Podré un mínimo punto haber reposo?
¿Gozar un solo instante de alegría?
Dichoso tú, que su letal veneno
Logras seguro huir, y entre inocentes,
Semibárbaros hombres las virtudes
Hallarás abrigadas, que llorosas
De este suelo fatal allá volaron.
Disfruta, amigo, sus sencillos pechos:
Bendice, alienta su bondad selvage,
Preciosa mucho mas que la cultura
Infausta, que corrompe nuestros climas
Con brillo y apariencias seductoras.
¡O! ¡quién pudiera sepultarse entre ellos!
¡Quién abrazar su desnudez alegre,
De sí lanzando los odiosos grillos
Con que el error y el interes le ataron!
Entonce la alma paz, el fausto gozo,
El sosiego inocente, el sueño blando,
Y la quietud de mí tan suspirada,

Que hoy de mi seno amedrentados huyen,
A morarle por siempre tornarian.
  Tú esta ventura logras: tú felice
En medio de ellos gozarás seguro
Los mas plácidos dias.... Ve sus almas,
Su inocencia, el reposo afortunado
Que les dan su ignorancia y su pobreza.
Velos reir, y envidia su ventura.
Lejos de la ambicion, de la avaricia,
De la envidia cruel, en sus semblantes
Sus almas nuevas se retratan siempre.
Naturaleza sus deseos mide,
La hambre el sustento, su fatiga el sueño.
Su pecho solo á la virtud los mueve;
La tierna compasion es su maestra,
Y una innata bondad de ley les sirve.
La paz, lo necesario, el grato alivio
De una consorte tímida y sencilla,
Una choza, una red, un arco rudo,
Tales son sus anhelos; esto solo
Basta á colmar sus inocentes pechos.
¡Afortunados ellos muchas veces!
¡Afortunado tú que entre ellos moras!
  Mas ¡ay! si vieres al odioso fraude,
Al ímpio despotismo el brazo alzado
Sus dias afligir, si á almas de hierro

De su incauta bondad abusar vieses,
Y expilar inhumanas su miseria,
Oponte denodado á estos furores.
Opon, amigo, el pecho firme: clama,
Increpa sin pavor, insta, importuna;
Y tu elocuente voz suba hasta el trono
Del justo, el bueno, del clemente Cárlos.
Ministro eres de paz; á tí encomienda
El sumo Dios la humanidad hollada.
Ceda todo á este empleo generoso,
Quietud, saber.... hasta la vida misma:
Que ya próvido el cielo la corona
Teje á tu sien de inmarcesibles flores;
Y despues que hayas sido entre esos pueblos
Claro egemplo de todas las virtudes,
Te ha de tornar á mis amigos brazos,
Do bajo un mismo techo venturosos,
Juntos gocemos nuestros breves dias;
Y en un sepulcro mismo inseparables
Juntos tambien reposen nuestros huesos.

A Dios, Candamo, á Dios: la amistad santa
Distancias no conoce; y de los mares
Y del tiempo á pesar tuya es mi vida.....
Adios, adios.... ¡Amarga despedida!.....

EPISTOLA VI.

EL FILOSOFO EN EL CAMPO.

Bajo una erguida populosa encina,
Cuya ancha copa en torno me defiende
De la ardiente canícula, que ahora
Con rayo abrasador angustia el mundo,
Tu oscuro amigo, Fabio, te saluda.
Mientras tú en el guardado gabinete
A par del feble ocioso cortesano
Sobre el muelle sofá tendido yaces,
Y hasta para alentar vigor os falta:
Yo en estos campos por el sol tostado
Lo afronto sin temor, sudo y anhelo;
Y el soplo mismo que me abrasa ardiente,
En plácido frescor mis miembros baña.
Miro y contemplo los trabajos duros
Del triste labrador, su suerte esquiva,
Su miseria, sus lástimas; y aprendo
Entre los infelices á ser hombre.

¡Ay Fabio! ¡Fabio! en las doradas salas,
Entre el brocado y colgaduras ricas,
El pie hollando entallados pavimentos:
¡Qué mal al pobre el cortesano juzga!

¡Qué mal en torno la opulenta mesa,
Cubierta de mortíferos manjares,
Cebo á la gula y la lascivia ardiente,
Del infeliz se escuchan los clamores!
Él carece de pan: cércale hambriento
El largo enjambre de sus tristes hijos,
Escuálidos, sumidos en miseria;
Y acaso acaba su doliente esposa
De dar ¡ay! á la patria otro infelice,
Víctima ya de entonces destinada
A la indigencia y del oprobio siervo;
Y allá en la corte en lujo escandaloso
Nadando en tanto el sibarita rie
Entre perfumes y festivos brindis,
Y con su risa á su desdicha insulta.
Insensibles nos hace la opulencia:
Insensibles nos hace. Ese bullicio,
Ese contino discurrir veloces
Mil doradas carrozas, paseando
Los vicios todos por las anchas calles;
Esas empenachadas cortesanas,
Brillantes en el oro y pedrería
Del cabello á los pies; esos teatros,
De lujo y de maldades docta escuela,
Do un ocioso indolente á llorar corre
Con Andrómaca ó Zaida; mientras sordo

Al anciano infeliz vuelve la espalda
Que á sus umbrales su dureza implora;
Esos palacios y preciosos muebles,
Que porque mas y mas se infle el orgullo,
Labró prolijo el industrioso China;
Ese incesante hablar de oro y grandezas;
Ese anhelo pueril por los mas viles
Despreciables objetos, nuestros pechos
De diamante tornaron: nos fascinan,
Nos embebecen, y olvidar nos hacen
Nuestro comun origen y miserias.
Hombres ¡ay! hombres, Fabio amigo, somos,
Vil polvo, sombra, nada; y engreidos
Cual el pavon en su soberbia rueda,
Deidades soberanas nos creemos.
¿Qué hay, nos grita el orgullo, entre el colono
De comun y el señor? ¿tu generosa
Antigua sangre, que se pierde oscura
Allá en la edad dudosa del gran Nino,
Y de héroe en héroe hasta tus venas corre,
De un rústico á la sangre igual seria?
El potentado distinguirse debe
Del tostado arador; próvido el cielo
Asi lo ha decretado, dando al uno
El arte de gozar, y un pecho al otro
Llevador del trabajo: su vil frente

Del alba matinal á las estrellas
En amargo sudor los surcos bañe,
Y exhausto expire á su señor sirviendo;
Mientras él coge venturoso el fruto
De tan ímprobo afan, y uno devora
La sustancia de mil. ¡O cuánto! ¡cuánto
El pecho se hincha con tan vil lenguage!
Por mas que grite la razon severa,
Y la cuna y la tumba nos recuerde
Con que justa natura nos iguala.
No, Fabio amado, no; por estos campos
La corte olvida: ven y aprende en ellos,
Aprende la virtud. Aqui en su augusta,
Amable sencillez, entre las pajas,
Entre el pellico y el honroso arado
Se ha escogido un asilo, compañera
De la sublime soledad: la corte
Las puertas le cerró, cuando entre muros
Y fuertes torreones y hondas fosas,
De los fáciles bienes ya cansados
Que en mano liberal su autor les diera,
Los hombres se encerraron imprudentes,
La primitiva candidez perdiendo.
En su abandono triste religiosas
En sus chozas pajizas la abrigaron
Las humildes aldeas, y de entonces

Con simples cultos fieles la idolatran.
Aqui los dulces, los sagrados nombres
De esposo, padres, hijos, de otro modo
Pronuncia el labio y suenan al oido.
Del entrañable amor seguidos siempre
Y del tierno respeto, no tu vista
Ofenderá la escandalosa imagen
Del padre injusto que la amable vírgen,
Hostia infeliz arrastra al santuario,
Y al sumo Dios á su pesar consagra
Por correr libre del burdel al juego.
No la del hijo indigno que pleitea
Contra el autor de sus culpables dias
Por el ciego interes: no la del torpe
Impudente adulterio en la casada
Que en venta al Prado sale, convidando
Con su mirar y quiebros licenciosos
La loca juventud; y al vil lacayo,
Si el amante tardó, se prostituye.
No la del impio abominable nieto
Que cuenta del abuelo venerable
Los lentos dias; y al sepulcro quiere
Llevarlo en cambio de su rica herencia.
Del publicano el corazon de bronce
En la comun miseria: de la insana
Disipacion las dádivas; y el precio

De una ciudad en histriones viles.
Ni en fin de la belleza melindrosa
Que jamas pudo ver sin desmayarse
De un gusanillo las mortales ansias;
Empero hasta el patíbulo sangriento
Corre, y con faz enjuta y firmes ojos
Mira el trágico fin del delincuente,
Líbida faz y horribles convulsiones,
Quizá comprando este placer impío,
La atroz curiosidad te dará en rostro.
Otras, otras imágenes tu pecho
Conmoverán á la virtud nacido.
Verás la madre al pequeñuelo infante
Tierna oprimir en sus honestos brazos,
Mientra oficiosa por la casa corre
Siempre ocupada en rústicas tareas,
Ayuda, no rüina del marido:
El cariño verás con que le ofrece
Sus llenos pechos, de salud y vida
Rico venero: jugueton el niño
Rïe, y la halaga con la débil mano;
Y ella enloquece en fiestas cariñosas.
La adulta prole en torno le acompaña
Libre, robusta, de contento llena;
O empezando á ser útil, parte en todo
Tomar anhela; y gózase ayudando

Con manecillas débiles sus obras.
En el vecino prado brincan, corren,
Juegan y gritan un tropel de niños
Al raso cielo, en su agradable trisca
A una pintados en los rostros bellos
El gozo y las pasiones inocentes,
Y la salud en sus mejillas rubias.
Lejos del segador el canto suena,
Entre el blando balido del rebaño
Que el pastor guia á la apacible sombra;
Y el sol sublime en el zenit señala
El tiempo del reposo: á casa vuelve
Bañado en sudor útil el marido
De la era polvorosa; la familia
Se asienta en torno de la humilde mesa:
¡Oh, si tan pobre no la hiciese el yugo
De un mayordomo bárbaro, insensible!
Mas expilada de su mano avara,
De Tántalo el suplicio verdadero
Aqui, Fabio, verias: los montones
De mies dorada enfrente estan mirando,
Premio que el cielo á su afanar dispensa,
Y hasta de pan los míseros carecen.
Pero ¡ó buen Dios! del rico con oprobio,
Su corazon en reverentes himnos
Gracias te da por tan escasos dones,

Y en tu entrañable amor constante fia.
  Y mientrás charlan corrompidos sabios
De ti, Señor, para ultrajarte, ó necios
Tu inescrutable ser definir osan
En aulas vocingleras, él contempla
La hoguera inmensa de ese sol, tu imagen,
Del vago cielo en la extension se pierde,
Siente el aura bullir, que de sus miembros
El fuego templa y el sudor copioso,
Goza del agua el refrigerio grato,
Del árbol que plantó la sombra amiga,
Ve de sus padres las nevadas canas,
Su casta esposa, sus queridos hijos;
Y en todo, en todo con silencio humilde
Te conoce, te adora religioso.
  ¿Y estos miramos con desden? ¿la clase
Primera del estado, la mas útil,
La mas honrada, el santuario augusto
De la virtud y la inocencia hollamos?
¿Y para qué? Para exponer tranquilos
De una carta al azar ¡ó noble empleo
Del tiempo y la riqueza! lo que haria
Próvido heredamiento á cien hogares;
Para premiar la audacia temeraria
Del rudo gladiador, que á sus pies deja
El útil animal que el corvo arado

Para sí nos demanda; los mentidos
Halagos con que artera al duro lecho
Desde sus brazos del dolor nos lanza
Una impudente cortesana; el raro
Saber de un peluquero, que elevando
De gasas y plumage una alta torre
Sobre-nuestras cabezas, las rizadas
Hebras de oro en que ornó naturaleza
A la beldad, afea y desfigura
Con su indecente y asquerosa mano.
¡O oprobio! ¡ó vilipendio! ¿La matrona,
La casta vírgen, la viuda honrada
Ponerse pueden al lascivo ultraje,
A los toques de un hombre? ¿esto toleran
Maridos castellanos? ¿el ministro
De tan fea indecencia, por las calles
En brillante carroza y como en triunfo
Atropellando al venerable anciano,
Al sacerdote, al militar valiente,
Que el pecho ornado con la cruz gloriosa
Del patron de la patria á pie camina?
Huye, Fabio, esa peste. ¿En tus oidos
De la indigencia mísera no suena
El suspirar profundo, que hasta el trono
Sube del sumo Dios? ¿su justo azote
Amenazar no ves? ¿no ves la trampa,

El fraude, la bajeza, la insaciable
Disipacion, el deshonor lanzarlos
En el abismo del oprobio, donde
Mendigarán sus nietos infelices
Con los mismos que hoy huellan confundidos?
Húyelos, Fabio: ven, y estudia docil
Conmigo las virtudes de estos hombres
No conocidos en la corte. Admira,
Admira su bondad: ve cual su boca
Llana y veraz como su honrado pecho,
Sin velo, sin disfraz, celebra, increpa
Lo que aplaudirse ó condenarse debe.
Mira su humanidad apresurada
Al que sufre acorrer: de boca en boca
Oirás volar, ó Fabio, por la corte
Esta voz celestial; mas no imprudente
En las almas la busques, ni entre el rico
Brocado blando abrigo al infelice.
Solo los que lo son, solo en los campos
Los miserables condolerse saben,
Y dar su pan al huérfano indigente.
Goza de sus sencillas afecciones
El plácido dulzor, el tierno encanto.
Ve su inocente amor con qué energía,
Con qué verdad en rústicos conceptos
Pinta sus ansias á la amable vírgen,

Que en mutua llama honesta le responde
El bello rostro en púrpura teñido;
Y bien presto ante el ara el yugo santo
El nudo estrechará, que allá forjaran
Vanidad ó ambicion, y aqui la dulce
Naturaleza, el trato y la secreta
Simpática virtud que unió sus almas.
Sus amistades ve: desatendida,
En las altas ciudades do enmudece
Su lengua el interes, solo en el rudo
Labio del labrador oirás las voces
De esta santa virtud, gozarás pura
Solo en su seno su celeste llama.
  Admira su paciente sufrimiento;
O mas bien llora, viéndolos desnudos,
Escuálidos, hambrientos, encorvados,
Lanzando ya el suspiro postrimero
Bajo la inmensa carga que en sus hombros
Puso la suerte. El infeliz navega,
Deja su hogar, y afronta las borrascas
Del inmenso Oceano, porque el lujo
Sirva á tu gula, y su soberbio hastio
El café que da Moca perfumado,
O la canela de Ceilán. La guerra
Sopla en las almas su infernal veneno,
Y en insano furor las cortes arden;

Desde su esteva el labrador paciente,
Llorando en torno la infeliz familia,
Corre á la muerte; y en sus duros brazos
Se libra de la patria la defensa.
Su mano apoya el anhelante fisco:
La aciaga mole de tributos carga
Sobre su cerviz ruda, y el tesoro
Del Estado hinche de oro la miseria.
 Ese sudor amargo con que inunda
Los largos surcos que su arado forma,
Es la dorada espiga que alimenta,
Fabio, del cortesano el ocio muelle.
Sin ella el hambre pálida.... ¿Y osamos
Desestimarlos? Al robusto seno
De la fresca aldeana confiamos
Nuestros débiles hijos, porque el dulce
Néctar y la salud felices hallen,
De que los privan nuestros feos vicios:
¿Y por vil la tenemos? ¿Al membrudo
Que nos defiende, injustos desdeñamos?
Sus útiles fatigas nos sustentan:
¿Y en digna gratitud con pie orgulloso
Hollamos su miseria, porque al pecho
La roja cinta ó la brillante placa,
Y el ducal manto para el ciego vulgo
Con la clara Excelencia nos señalen?

¿Qué valen tantas raras invenciones
De nuestro insano orgullo, comparadas
Con el monton de sazonadas mieses
Que crio el labrador? Débiles ninos
Fináramos bien presto en hambre y lloro
Sin el auxilio de sus fuertes brazos.

EPISTOLA VII.

AL EXCMO. SR. PRINCIPE DE LA PAZ, CON MOTIVO DE SU CARTA PATRIOTICA A LOS OBISPOS DE ESPAÑA RECOMENDANDOLES EL NUEVO SEMANARIO DE AGRICULTURA.

¡Qué ven mis ojos! ¡al augusto Cárlos,
Á vos, Señor, desde su trono excelso
Del desvalido labrador la suerte
Con lágrimas mirar; y hasta la esteva
Bajando honrada, en su feliz alivio
Con atencion solicita ocuparos!
¡Que á la ignorancia desidiosa os veo
Querer lanzar de los humildes lares,
Do abrigada hasta aqui, tantas fatigas,
Desvelos tantos disipando ciega,
Sus infelices víctimas arrastra
De la indigencia al criminal abismo!

Ya á vuestro mando poderoso corren
Las luces, la enseñanza: tiembla y gime
Azorado el error; de espigas de oro
La madre España coronada encumbra
Su frente venerable; y cual un tiempo
Sobre el orbe domina triunfadora.
Gozad, Señor, de la sublime vista
De tan gloriosa perspectiva: afable
Tended los ojos, contemplad el pueblo,
El pueblo inmenso que encorvado gime
Con sus afanes y sudor creando,
Tutelar númen, las doradas mieses
En que el Estado su sustento libra.
Miradlo, oidlo celebrar gozoso
El dia que le dais: alzar las manos
A vos y al trono, y demandar al cielo
Para Cárlos y vos sus bendiciones.
Seguid, seguid; y nuevo Triptolemo
Sed el amigo, el protector, el padre
Del colono infeliz: raye la aurora
De su consuelo; y en su hogar sobrado
Por vos ria el que á todos nos sustenta.
Alguna vez con pecho generoso
La grandeza olvidad, dejad la corte
Y el fausto seductor; y á él descendiendo,
Ved y llorad. En miserables pajas

Sumida yace la virtud: fallece
El padre de familias que al Estado
Enriquecio con un enjambre de hijos:
Gime entre andrajos la inocente virgen,
Por su indigna nudez culpando al cielo;
Ó el infante infeliz transido pende
Del seno exhausto de la triste madre.
Las lágrimas, los ayes desvalidos
Calmad humano en la infeliz familia;
Y vedla en su indigencia aun celebrando
Á su buen Rey, en su defensa alegre
Ansiar verter su sangre generosa:
Vedla humilde adorar la inescrutable
Providencia; y con frente resignada,
Religiosa en su mísero destino,
Besar la mano celestial que oprime
Tan ruda su cerviz, y le convierte
El pan que coge en ásperos abrojos.
 Comparad justo, comparad entonces
Su honradez, su candor, su sufridora
Paciencia, su bondad, con el orgullo
Del indolente y rico ciudadano.
Aquel afana, suda, se desvela
Del Alba rubia al Véspero luciente:
Sufre la escarcha rígida, las llamas
Del Can abrasador, la lluvia, el viento:

Cria, no goza; y sin quejarse deja
Que el pan mil veces le arrebate el vicio.
Y el otro rico, comodo, abundoso
De regalo y placer, en el teatro,
En el ancho paseo, en el desorden
Del criminal festin, siempre al abrigo
Del sol, del hielo, con soberbia frente
Censura, increpa, desconoce ciego
La mano que le labra su ventura;
Y osado acaso..... el ocio y el regalo
Le hacen ingrato, desdeñoso, injusto;
Y su honradez al labrador, paciente.
¿Qué seria, Señor, si al cielo alzara
La frente mas holgado? ¿si sobre ella
La palidez, el escualor, el triste
Tímido abatimiento no afeasen
Indignos su virtud? ¿qué si arrastrando
Cual siervo vil de la pobreza amarga
No llevase do quier los rudos grillos?
Rompedlos vos; y le vereis que alegre
Corre á la esteva y al afan: que tierno
La mano besa que su bien procura.
Instruidle, alentadle; y la abundancia
Sus trojes colmará: nuevas semillas,
Nuevos abonos, instrumentos nuevos
A servirle vendrán: las misteriosas

Ciencias el pan le pagarán que cria
Para el sustento de sus nobles hijos.
No será, no, la profesion primera
Del hombre y la mas santa, que honró un dia
Ínclitos consulares y altos Reyes;
Y aun sonar pudo en el divino labio
Del sumo Autor en el Eden dichoso,
Ruda y mofada en su ignorancia ciega.
Los anchos llanos de Castilla ora
Desnudos, yermos, áridos, que claman
Por frescura y verdor, verán sus rios
Útiles derramarse en mil sonantes
Risueños cauces á llevar la vida
Por sus sedientas abrasadas vegas.
Desplegará sus gérmenes fecundos
La tierra; y alzarán su frente hermosa
Mil verdes troncos su nudez cubriendo.
La Bética será, cual fuera un dia
Entre la docta antigüedad, el suelo
Donde los dioses los Elíseos campos
Plantaron, premio á las ilustres almas.
Mieses, ganados, perfumadas frutas
Do quier, y paz y cándida alegría.
Volveránse un jardin los agrios montes:
Todo se animará: sobre la patria
Sus faustas alas tenderá la alegre

Prosperidad; y al indio en largos rios
La industria llevará nuestras riquezas.
El labrador que por instinto es bueno,
Lo será por razon; y el vicio en vano
Querrá doblar su corazon sencillo.
Será su religion mas ilustrada;
Y el que ora bajo el esplendente cielo,
Abrumado de afan, siente y no admira,
Cual el buey lento que su arado arrastra,
El activo poder que le circunda,
De su Hacedor, la diestra protectora,
Ostentada do quier, ya en el milagro
De la germinacion, ya de las flores
En el ámbar vital, ó el raudo viento,
En el Enero rígido, en la calma
Del fresco otoño, en la sonante lluvia,
En la nieve fecunda; en todo, en todo
Podrá instruido levantar la frente
Llena de gozo á su inefable dueño:
Ver en sus obras su bondad inmensa,
Y en ellas adorarle religioso:
Ora su mano próvida á sus campos
Envie la abundancia, y los corone
Su bendicion de sazonadas mieses:
Ora le agrade retirarla, y mande
Al hielo, al viento, al áspero granizo

Talarlos ¡ay! con ominoso vuelo.
¡Gran Dios! ¡qué perspectiva tan sublime
Para una alma sensible y generosa!
¡Con qué ternura extática se place
Mi musa en ella; y se adelanta alegre
En los dias de gloria de mi patria!
¡Cuán dulces bendiciones! ¡qué loores
Os guardan ya sus venideros hijos!
Traspasad con la mente el tardo tiempo.
Vedlos por vos sobrados, virtuosos,
Hombres, no esclavos ya de una grosera
Rudez indigna, ó de miseria infausta.
Ved el plantel de vigorosos brazos
Que en torno de ellos la abundancia cria:
Fruto feliz de vuestro zelo ardiente,
Gozaos en ellos cual su tierno padre.
Oid en sus labios vuestro fausto nombre;
Y á la vejez que al escucharlo al cielo
Los ojos alza en júbilo inundados.
Ved y gozad, si en los presentes males
Llorasteis hasta aqui; y abrid el seno
Con tantas dichas al placer mas puro.
Sed en el alma labrador..... la mia
Se arrebata, Señor; habla del campo,
Del colono infeliz; criado entre ellos,
Jamas pude sin lágrimas su suerte,

Sus ansias ver mi corazon sensible.
Fueron mis padres, mis mayores fueron
Todos agricultores: de mi vida
Vi la aurora en los campos: el arado,
El rudo apero, la balante oveja,
El asno sufridor, el buey tardío,
Gavillas, parvas, los alegres juegos
Fueron ¡ó dicha! de mi edad primera.
Vos lo sabeis: nuestra provincia ilustre
Héroes y labradores solo cria.
De sus arados á triunfar corrieron
Del Nuevo Mundo las sublimes almas
De Pizarro y Cortés; y con su gloria
Dejaron muda, atónita la tierra.
Al forzudo extremeño habreis mirado
Mas de una vez, sobre el monton de mieses
Burlar de Sirio abrasador los fuegos,
Lanzando al viento los trillados granos
Con el dentado bieldo, ó de la aurora
Los rayos aguardar sobre la esteva.
Pues extremeño sois, sed el patrono,
El padre sed del labrador: los pasos
De los buenos seguid. Pero ¡ah! no basta
Que le instruyais: que á socorrerle vengan
A vuestra voz mil útiles doctrinas.
Do quier se vuelve entre cadenas graves,

Sin accion ve sus miembros vigorosos.
Parece que la suerte un muro ha alzado
De bronce entre él y el bien: trabaja y suda;
Y en vano anhela despedir el yugo,
El grave yugo que su cuello oprime.
  Busca la tierra do afanoso pueda
Sus brazos emplear, y ansía llorando
La dulce propiedad, que una ominosa
Vinculacion por siempre le arrebata.
No tiene un palmo do labrar, y en torno
Leguas mira de inútiles baldíos.
Abierta su heredad, pídele en vano
Los frutos en sazon, y está con ellos
Brindando al buey y la golosa oveja.
Perderse ve las sonorosas linfas
Del claro arroyo; y fecundar no puede
Sus secos campos con su grato riego.
Aislado en su hogar pobre, le circundan
Sendas impracticables: el altivo
Inútil ciudadano le desdeña.
Sus hombros llevan la pesada carga
De los tributos: el honor, los premios
Al artesano, al fabricante buscan,
Mientras él yace en infeliz olvido.
Si la guerra fatal sus ímpias teas
Enciende, él corre á defender la patria;

Y mil y miles tan glorioso empleo
Logran huir á la cobarde sombra
De una odiosa exencion: obras, gabelas,
Duros bagages..... abrumado siempre,
Hollado, perseguido, en vano, en vano
Su dicha anhelareis, si tantos grillos
Dejais, Señor, á sus honradas plantas.
Sin fruto le instrüis: el denso velo
Mejor le está de su rudez grosera.
En su ignorancia estúpida no siente
La mitad de su mal: le abris los ojos
Para hacerle mas mísero; y que llore
De su destino la desdicha inmensa.

Volvedla humano en plácida ventura,
Alzando del buen Rey al blando oido
Su justo llanto, su ferviente ruego.
Cortad, romped con diestra valedora
El tronco del error; y amigo, padre
Del campo y la labor, un haz de espigas
Cima gloriosa en vuestras armas sea.

EPISTOLA VIII.

AL EXCMO. SR. D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS EN SU FELIZ ELEVACION AL MINISTERIO UNIVERSAL DE GRACIA Y JUSTICIA.

¿Dejaré yo que pródiga la Fama
Cante tus glorias, y que el himno suene
De gozo universal, callando en tanto
Mi tierno amor su júbilo inefable?
JOVINO, no: si atónito hasta ahora
No supo mas mi corazon sensible
Que en tí embeberse, en lágrimas bañada,
La cariñosa faz, lágrimas dulces
Que brota el alma en su alegría inmensa;
Ya no puedo callar: siento oprimido
El pecho de placer, trémulo el labio
Hablar anhela, y repetir los vivas,
Los faustos vivas de los buenos quiere.
Sí, mi JOVINO; por do quier tu nombre
Resuena en gritos de contento; todos,
Todos te aclaman, las amables musas,
La ardiente juventud, la reposada

Cobarde ancianidad, el desvalido
Y honrado labrador, en su industrioso
Taller el menestral..... yo afortunado
Los oigo, animo, y gózome en tu gloria,
Y lloro de placer, y gozo y lloro.
¡Gloria! ¡felicidad! Jovino amado,
Dulce amigo, mitad del alma mia,
Al fin te miro do anhelaba; fueron
Agradables mis súplicas..... huyera
La niebla vil que tu virtud sublime
Mancillar intentó; cual la deshace
El dios del dia del zenit, do brilla
Rico de luz en el inmenso espacio,
Tú la ahuyentaste asi. Carlos te llama,
Te acoge afable cabe sí, te entrega
De la alma Temis el imperio, y quiere
Que tú su reino á sus hispanos tornes,
Reino de paz y de abundancia, y dulce
Holganza y hermandad..... Jovino mio,
¡Gloria! ¡felicidad!..... sí, volverásle
Este reino del bien; tu zelo ardiente,
Tu patriotismo, tu saber profundo,
Tu afable probidad lábrenle á una.
Todos lo anhelan de tu justa diestra.
La humanidad, la lacerada patria
Con lágrimas te muestran sus amados

Hijos; y todos hácia tí convierten
Los solícitos ojos, de inefables
Esperanzas del bien las almas llenas.
Vélos, vélos, Jovino, en estos dias
De alegría inmortal, vélos llamarte
Padre, reparador: vélos, y goza
El sublime espectáculo de un pueblo,
Un pueblo inmenso y bueno que en tí espera.
Cayó del mal el ominoso cetro,
Clama, y el brazo asolador: radiante
Se ostente la verdad, si antes temblando
Ante el hinchado error enmudecia.
Fue, fue á sus ojos un atroz delito
Buscarla, amarla, en su beldad augusta
Embriagarse feliz: la infame tropa
Que insana la insultó, como ante el viento
Huye el vil polvo, se disipe, y llore
Su acabado favor: Jovino el mando
Tiene; los hijos de Minerva alienten.
Aliente la virtud: tímida un dia
Si osó al aula llegar, tornó llorosa,
Desatendida, desdeñada, en tierra
Su helada faz, y del favor hollada:
Mas ya le tiende la oficiosa mano
Su ardiente adorador; y el merecido
Lauro decora sus brillantes sienes.

La misma mano cariñosa enjuga
El sudor noble al arador, y aguija
Su ardiente afan; y la esperanza rie
De espigas de oro coronada á entrambos.
No ya taladas llorará sus mieses,
Ni el ancho rio los sedientos surcos
Verán correr inútil, su rocío
Al sordo cielo demandado en vano.
Vuelve á los campos la olvidada Témis,
Y la igualdad feliz; en pos le rien
La oficiosa hermandad, y los deleites
Del conyugal amor, de atroz miseria
Hoy cuasi extinta su celeste llama.
Su habitador de sus pajizos lares
Seguro goce ya, y alce la frente
Al cielo sin rubor: ama Jovino
Los campos y el arado: á vuestro númen
Corred, colonos, y aclamad su nombre.
Asi la voz del bullicioso pueblo:
¿Y á su anhelante ardor negarte osaras,
Sorda la oreja al ruego fervoroso
De la querida desolada patria?
¿Y al yugo hurtabas la cerviz robusta?
¿Ó de trepar á la elevada cumbre,
Donde la gloria á coronar te lleva
Tu carrera inmortal, cobarde huias?

Vílo, sí; yo lo ví: [1] pueblos, sabedlo,
Y acatad la virtud: yo vi á Jovino
Triste, abatido, desolado, al mando
Ir muy mas lento, que á Gijon le viera
Trocar un dia por la corte. Nunca
Mas grande lo admiré: por sus mejillas
De la virtud las lágrimas corriendo,
Yo atónito y lloroso le alentaba.
Callaba, y yo tambien: si revolvia
Á su albergue de paz los turbios ojos,
De tí me arrancan, suspiraba, ¡ay horas
De delicia inmortal, do en el silencio
Apuré ansioso las sublimes fuentes
Del humano saber! queridos hijos
De mi incesante afan, por mí guiados
Al templo augusto que á Natura alzara
Mi constancia y mi amor, do inmensa ostenta
Su profusion y altísimos misterios,
Mas vuestro padre no os verá; felices
Guardad su amor y eterna remembranza
Y tornaba á exclamar..... yo enmudecia
No osando hablarle en su dolor profundo
Y el coche en tanto rápido volaba.

1 Apenas supe la elevacion de mi amigo, corrí á encontrarle y abrazarle hasta mas arriba de Leon.

No, no era hijo de un cobarde miedo
Tan solícito ansiar; horribles via
Los torpes monstruos que contino asaltan
Al cansado poder, la ímpia calumnia,
La adusta envidia, el rezelar insomne,
La negra ingratitud que á los umbrales
Del aula espian fieros su inocencia.
El muro via, que á la sombra alzara
De un falaz bien el interes mañoso,
Firme, altísimo, inmenso, que su brazo
Debe por tierra echar; la incorruptible
Posteridad sus hechos reseñando;
Y mil escollos y vadosas sirtes,
Do acaso zozobrar su heroico zelo.
Ah! lo que emprende, y lo que deja! cuanto
De un alma al soplo de ambicion helada
Puede la dicha hacer: en su retiro
Brillaba augusto como el sol; no el fausto,
No grandeza ó poder, su excelsa mente,
Su oficiosa virtud eran Jovino.

¡Inefable virtud, sagrada hoguera
Que al hombre haces un dios, y ante tu trono
Cuando su pecho omnipotente inflamas,
Haces que ofrezca en sacrificio alegre
Reposo y vida, y cuanto abarca inmenso
En la tierra su amor, de almas sublimes

Consuelo, encanto, anhelo, númen, todo!
Hablaste, y docil se rindió mi amigo,
Y á tu imperio obediente á hacer dichosos
Corrio, infeliz en la comun ventura.
¡Infeliz! no; tus gozos inefables
Sacian el corazon: do quier te ostentas
Rie altisima paz, se oye el sublime
Grito inmortal de la conciencia pura,
Y los siglos sin fin que en raudo giro
Eterno el nombre de tus hijos suenan.

Entre ellos brillará, Jovino, el tuyo,
Y de uno en otro crecerá su gloria.
La humanidad y tus canoras musas
Suyo le aclamarán; dirán que diste
Grandes ejemplos, y que empresas grandes
Consumaste feliz: la encantadora
Arte de Apeles lo dirá, el sonoro
Cincel, y el Genio del grandioso Herrera,
Y el ancho Bétis, y Madrid, y el suelo
De tu caro Gijon, la antigua cuna
Del cetro hispano en sus riscosas cimas
Sobre las nubes de tu planta holladas,
Infatigable para el bien: diránlo
Cuantos riges en paz, manso y süave
Cual la altísima mano que sustenta
El orbe, y sabe próvida, invisible

Llevarlo siempre al bien: tú asi en el mando
Afable ordenarás; verán los hombres
Que no es yugo la ley, que es dulce nudo
De feliz libertad, y paz, y holganza.
  Veránlo; y yo les clamaré inflamado
De un fuego celestial, fuego en que arden
Nuestros dos pechos, inmortal ejemplo
De fino amor y fraternal ternura:
Este es mi amigo, y me crió, y su labio
Me enseñó la virtud, y al lado suyo
A ser bueno aprendí, y amar los hombres.
Él en mi seno el delicioso anhelo
Prendió y la sed del bien, y él me decia
Que una lágrima es mas sobre las penas
Del infeliz vertida, que oro y mando,
Y cuanto excelso prez el mundo adora.
Lloré, y gocé con él: juntos nos vieron
Las prestas horas revolver tranquilos
Los sagrados depósitos, do cierra
Minerva sus riquisimos tesoros,
Fastos sublimes de la mente humana;
Y apurélos con él: al templo augusto
Él me introdujo de la santa Témis,
Y débole su amor; y cuanto abriga
Sentir sublime el corazon le debo.
  ¡Gloria! ¡felicidad, Jovino amado,

Y eterna gratitud!.... pueblos, conmigo
Venid, uníos; y que el himno suene
De perdurable honor, que extienda el eco
Al zemblo helado, y donde nace el dia;
Y el ancho espacio de los cielos llene.
Tú en tanto afana, lidia, vence, ahuyenta
El fatal Genio, que su trono infausto
En la patria asentó; caiga el coloso
Del error de una vez, alzando al cielo
Libre el ingenio sus brillantes alas.
Un hombre sea el morador del campo:
No los alumnos de Minerva lloren
Entronizada á la ignorancia altiva;
Ni cabe el rico la inocencia tiemble.
Justa la ley al desvalido atienda,
Inalterable, igual, sublime imagen
De la divinidad; y afable ria
La confianza en los hispanos pechos.
Haz su ventura asi; lábrala cuanto
Te consume su amor, siempre embargada
La excelsa mente en inefables gozos.
Gozos sublimes, que sin fin florecen;
Que en vano hiere calumniosa envidia;
Fortuna acata; de los siglos triunfan;
Y eterno lauro á la virtud ostentan.
Del individuo líbrase en la dicha

Del todo el bien, y al universo entero
La inocencia infeliz de duelo llena;
Con tan estrecho vínculo se añuda
El linage humanal: asi inflamado
Tú me decias, y en mi blando seno
Tu heroico afan solícito inspirabas.
Llegó el dia feliz: dase á tu diestra
Válida obrar cuanto enseñó tu labio:
A tu ingenio asentar el gran sistema
Que dió á los campos tu saber profundo;
Y á tu pecho filantropo embriagarse
En la dicha comun, próvido haciendo
Que do el mal antes, bienes mil florezcan.
Sí; florezcan por ti, cual en los dias
De Mayo el suelo de la blanda llama
Regalado del sol, llama fecunda,
Benéfica, vital; y hasta el remoto
Manilo de tu amor los dones lleguen.
Y gratos él, de América los hijos,
Y los dichosos de tu cara Iberia,
Artistas, sabios, labradores, cuantos
En ella precian, y en el ancho mundo
Las letras, la virtud, el almo fuego
De la amistad, y un corazon sencillo,
La ansia noble del bien, y la indulgente
Solícita bondad, todos te aclamen:

Eterna admiracion á todos seas:
Tu claro nombre en sus idiomas suene;
Y á mi entusiasmo y mi ternura unidos,
Cuando tu mando alegres recordemos,
Tu fausto mando, el grito fervoroso
En júbilo inefable enagenados,
¡Gloria! ¡Felicidad! por siempre sea.

EPISTOLA IX.

AL DOCTOR DON PLACIDO UGENA, PREBENDADO DE LA IGLESIA CATEDRAL DE VALLADOLID, SOBRE NO ATREVERME A ESCRIBIR EL POEMA EPICO DE PELAYO.

No, Ugena mio, con rugosa frente
Mas censures mi musa silenciosa:
No perezoso, llámame prudente.
  Quisieras que con trompa sonorosa
Ahora cantara, cual ansié algun dia,
Del gran Pelayo la virtud gloriosa;
  Y el brazo que á la goda monarquía,
Por tierra hollado el arrogante moro,
Rompió la vil cadena en que gemia.
  Digno argumento del Cilenio coro,

De invencible constancia, de altos hechos,
Y patrio honor riquisimo tesoro.
Llano Gijon, los bárbaros deshechos,
Los dardos vueltos en la horrenda cueva
A herir ¡oh pasmo! sus infieles pechos,
Un monte desplomarse sobre el Deva,
Y el hondo valle, y despeñado rio,
Que armas y huesos aun rodando lleva,
Otro sonoro plectro, Ugena mio,
Piden que iguale la materia el canto;
Que yo mi paz de mi silencio fio.
Tú me conoces bien, tú sabes cuanto
Inflamó al númen la inmortal memoria
De tantas lides, de prodigio tanto.
Cual de la patria la sublime historia,
El nombre augusto al corazon tocaba;
Hirviendo en gozo al contemplar su gloria.
¡Oh memoria! ¡oh dolor! ya me acechaba
La vil calumnia, y con su torpe aliento
La alma verdad y mi candor manchaba.
Indignéme en su insano atrevimiento,
Indignéme y gemí; y arrebatado
Me vi al furor de un huracan violento.
Sin nombre, sin hogar, proscripto, hollado
Me viste; empero en sufrimiento honroso
Inmoble, en Dios y en mi virtud fiado.

¿Quién del trueno al estruendo pavoroso
No desmayó? ¿de tal horror testigo
Quién por sí no tembló y huyó medroso?
Tú y otros raros cariñoso abrigo
Me disteis solo, la clemente mano
Tendiendo do apoyarse al triste amigo.
¡Honor á la amistad, al soberano
Feliz venero de inmortal ventura,
Que ennoblece y consuela al ser humano!
Pasó el nublado asolador; mas dura,
Aun viva dura en la azorada mente
La infausta imagen de su sombra oscura.
¡Oh si pudiese hablar! ¡oh si patente
Poner la iniquidad, rompiendo el velo
De horror, do esconde su ominosa frente!
Que al fin próvido y justo al santo cielo
Plugo amparar á la bondad hollada,
Tornando en bien mi amargo desconsuelo.
Una mano sagaz cuanto ignorada
Ya en mi poder los monumentos puso,
Blason de mi inocencia inmaculada.
Todo lo halle feliz; ni es ya confuso
El crímen para mí: la trama infame,
La mano sé que en sombras la dispuso.
No empero aguardes que indignado clame:
No aunque holladas vilmente que en mi ayuda

La religion y la justicia llame.
  Pasóse el tiempo: mi razon es muda:
Mi ajado pundonor nada apetece;
Y en su paciencia mi bondad se escuda.
  Fortuna en vano su favor me ofrece:
Quiero ignorado, en plácido sosiego,
Mientras voluble á miles embebece,
  Gozar mi noble ser, sin que ni el ciego
Favor me deba, ó la ambicion cuidosa
Ni justa queja, ni oficioso ruego.
  ¡Cuán bien, amigo, oscuro se reposa!
¡Cuán bien del yugo de afanoso mando
Vaga exenta y feliz la mente ociosa!
  Ya del saber humano contemplando
El tesoro inmortal, que del olvido
Fue en cien siglos el genio acrisolando.
  Ya sobre el sol con cálculo atrevido
El vuelo de un cometa persiguiendo
En los espacios de la luz perdido.
  Ya edades y naciones recorriendo,
Con noble ardor en la vivaz memoria
Mil útiles avisos imprimiendo.
  Rïendo ya los hijos de la gloria;
O repasando en reflexion severa
De errores mil la lamentable historia.
  Atesore por mí, mande quien quiera;

Con que en grata inocente medianía
Yo arribe al puerto en mi fugaz carrera.
  Pasamos vaga sombra en breve dia;
Y aun ciegos anhelamos ¡ ó culpable
Hidrópico furor, necia agonía!
  Pueda yo, el vuelo alzando á la inmutable
Fuente del bien, en su corriente pura
Ahogar la sed del ánimo insaciable,
  Y embriagado aun beber: de la impostura
Mi bondad pueda y del letal encono
Los fieros golpes contrastar segura.
  De hueca vanidad el necio entono,
De ambicion loca, ó de servil bajeza
La frente vil, el humillante tono
  Desdeñe cuerda en su veraz llaneza.
Y lejos de adular al vulgo insano,
Preciando noble de mi ser la alteza,
  Pueda reir al ímpetu liviano
Con que ciego el poder al uno eleva,
Y al otro abate con airada mano:
  Y huyendo alegre tan amarga prueba,
Mi mente ejerza el celestial empleo
Que anhela el gusto y la razon aprueba.
  Logre de un huerto el plácido recreo,
La grata sombra de alameda umbría,
De fresco viento el delicioso oreo;

Do el fácil giro, la corriente fria
De un arroyuelo murmullante y puro
Vista y pecho me colmen de alegría.
Y en grata soledad libre y oscuro
Una casilla cómoda aunque breve
Asilo ofrezca á mi humildad seguro.
Do al fuego el ceño del invierno lleve,
Me goce en Mayo, el inflamado Estío
Huya, aspire de Octubre el aura leve.
Y alli los cisnes del Castalio rio,
El cano Homero, el culto Mantüano,
Y el del perdido Eden cantor sombrío,
Horacio amable siempre, siempre humano,
El que, ó Delia, en tus ojos se abrasaba,
Y el que oyó el Geta rígido inhumano,
El que tu amor frenético pintaba,
Fedra infeliz, ó la clemencia augusta
Que á Cina criminal su diestra daba,
O el que en Alcira á la opresion injusta
Vengando, en César á la audaz grandeza,
Y en su Mahoma al fanatismo asusta,
Del dulce Laso la feliz llaneza,
Del grave Herrera la sonante lira,
Del gran Leon el gusto y la belleza,
Vengan, y cuantos Cintio afable inspira,
A acordar con sus números rïentes

Los trinos que mi cítara suspira.
  Mi espíritu arrebaten elocuentes
El genio ardiente que arredró al malvado
Catilina en sus furias inclementes.
  Del gran Benigno [1] el labio, que inspirado
La nada muestra de su orgullo ciego
Al poder sobre el trono sublimado.
  Del cisne de Cambray el suave fuego,
Y tu voz, ó Granada, fervorosa,
Que alza al trono de Dios mi humilde ruego.
  Lleve tras ellos mi razon medrosa
A tus pies, inmortal filosofía,
Del gran Bacon la antorcha luminosa.
  Profundo Newton me dirá quien guia
Cual ordenado ejército á sol tanto
Rodando inmenso en la region vacía.
  Buffon, natura, tu sublime manto
A alzar me enseñe, y á inflamar mi seno
Platon de la virtud al nombre santo.
  De vicios á Neron y horrores lleno
En Tácito temblar despavorido
Mire, y morir á Séneca sereno.
  Oiga en Livio del foro el gran ruido,
La voz de Bruto que venganza clama,

1 Bossuet.

O de Virginia el último gemido;
Y arder á Roma en la gloriosa llama
De patriotismo y libertad, que activa
Mi sangre agita, y su desmayo inflama.
Tanta es de la palabra fugitiva
La mágica virtud, cuando imperioso
La inspira el genio, la pasion la aviva.
Asi ocupado viviré gozoso;
Sin que del ocio el insufrible hastío
Mi espíritu atosigue congojoso.
Cual sueño en tanto de la vida el rio
Se huye fugaz; y hundirse resignado
En él contemplo de mi aliento el brio.
De la dura desgracia asi enseñado
Me hago mejor, como la encina añosa
Al hierro, el oro al fuego depurado.
Desparecio la juventud fogosa,
Y en pos de obrar el turbulento anhelo,
Y de gloria la llama generosa.
Ya de la edad el perezoso hielo
Mi frente amaga, á decorarla empieza
La nieve, y miro con desden el suelo.
Téngase pues su brillo y su nobleza
Orgulloso el favor: llene engreida
El mundo la ambicion de su grandeza.
Gima en medio su espléndida comida

La opulencia infeliz: pierda insaciable
La gula en ella la salud, la vida.
Mientras yo, Ugena mio, inalterable
Mi suerte ordeno: silencioso adoro
La alma virtud en su candor amable;
Y mil altas verdades atesoro,
Ya que no es dado el revocar los años,
Los locos años que perdidos lloro.
¡Ah si pudiera ser! ¡ó si los daños
Ora en ellos borrar que amargos veo
Á la luz de mis cuerdos desengaños!
Otro fuera ¡ó dolor! otro su empleo.
Sola, ó sublime celestial Sofía,
De inmenso bien llenaras mi deseo:
Y mientras uno en mísera agonía
Gimiera de medrar; ó tras liviana
Beldad otro en amor sin seso ardia:
A otro agitara la codicia insana:
Corriera aquel al funeral estruendo
De Marte; y este tras el aura vana.
Yo escarmentado de la playa viendo
Ya el Ponto hervir en furia borrascosa,
Su falaz calma sin cesar perdiendo,
Y al vendaval con ala pavorosa
Cubrir volando de tiniebla oscura
Del desmayado sol la faz lumbrosa,

A par que el hombre en su fatal locura
Ciego, en los grillos del error se agita,
Perdiendo entre ellos su fugaz ventura.
Y mientras mas la tempestad concita
El turbulento mar, mas sin sentido
En medio su furor se precipita;
En suave paz, en inocente olvido
Solo en atar de la razon cuidara
Al útil yugo el corazon rendido:
Lo necesario sin afan buscara:
Nunca al ageno bien contrario hiciera
El bien sencillo que dichoso ansiara:
Inmoble al mal, al aura lisonjera
Que el cielo á veces favorable envia,
El ciego porvenir igual me viera:
Con solícito afan la noche, el dia
Para elevarme hasta su excelso dueño
Su obra inmensa sagaz estudiaria;
Y sin temblar del poderoso el ceño,
Tras el fausto correr, ó fascinado
Comprar un nombre con mi dulce sueño.
Tan seguro y veraz cuanto ignorado,
Siempre mi rostro el sol viera gozoso,
Ni de nadie envidioso ni envidiado.
Que aquel, Ugena mio, es mas dichoso
Que mas oscuro en su rincon se encierra;

Y el oro y todo el mando de la tierra
Ni un dia valen de feliz reposo.

EPISTOLA X.

LA MENDIGUEZ.

No en balde, no, si el infeliz gemido
De la indigencia desvalida alzaba
Principe, á vos, para su bien fiaba
Entre el séquito y boato cortesano
Encontrar siempre un favorable oido.
Presto á tender la valedora mano,
Presto á enjugar las lágrimas que vierte
La triste humanidad; de la ominosa
Vil mendiguez, y de la horrible muerte
Que ya sus frentes pálidas cubria,
Mis niños redimis, fijais su suerte;
Y en vez del vicio y la vagancia odiosa
En que su infancia mísera gemia,
Nueva vida le dais, vida que un dia
Util, honrada, laboriosa, el cielo
Fausto bendecirá, y el patrio suelo
Sobre el rico telar verá empleada.

En vano al hambre ya su desolada
Horfandad temblará, ni el inocente

Cuello abrumado con el yugo odioso
De un misero abandono, los umbrales
Del rico, aun mas que su indolente oreja,
Conmoverán en tono doloroso.
  Lejos de oprobio vil, de amarga queja,
Del ocio torpe y sus horribles males,
En el sudor que inundará su frente,
Y en el salario de sus diestras manos
Colmándolos la industria de sus dones,
Su vida librarán y su ventura:
Y hombres serán de hoy mas y ciudadanos.
  Afable recibid de su ternura
Las lágrimas, Señor, las bendiciones
De su inocente gratitud, mezcladas
Con las sencillas que mi afecto os debe.
Bendiciones de amor, no inficionadas
Del interes ó la lisonja fea:
Plácida á vos la caridad las lleve;
Y ella sola á bien tanto el premio sea.
Ella os inunde el bondadoso seno
Del júbilo inefable que consigo
Trae la dulce piedad: dar blando abrigo
Al desvalido, y de ternura lleno
Mezclar al suyo el delicioso llanto
De un solicito amor: ¡celeste encanto!
¡Solido bien divino, inmarcesible!

Que en vano anhela el feble sibarita,
En vano el hielo y las entrañas duras
Del egoista bárbaro, insensible;
Y siempre igual en sus delicias puras
El gozo eterno del olimpo imita.
Ah! ¡qué á su lado son cuantas el oro
Da de ilusiones, ni el inquieto anhelo
De la hinchada ambicion! cuantos la tierra
Prodiga dones, ó su seno encierra,
Cebo infeliz del humanal desvelo!
De delicias riquísimo tesoro,
Jamas se agotará: nunca su hastío,
Nunca de tibia indiferencia el hielo
Ahogan el pecho en inaccion amarga.
Entre el silencio de la noche umbrio,
Las puntas del dolor, la odiosa carga
Del grave mando que sus ansias zela,
Y el crudo afan del velador cuidado,
Su recuerdo feliz plácido vuela
Acariciando el corazon penado:
Bálsamo de salud sus llagas cura,
Y alivio y paz y sueño nos procura.
En él vereis mis niños inocentes,
Príncipe, alguna vez en su asqueroso
Pálido horror de fetidez cubiertos,
Quebrando el pecho en su gemir dolientes,

Solo en andrajos míseros envueltos,
Sin pan ni abrigo; oprobio vergonzoso
Del ser humano, y de la patria afrenta,
Que por sus hijos ¡ó dolor! los cuenta.
Y en torno luego de ignominia tanta
Redimidos por vos, en el semblante
El vivaz gozo y la salud radiante,
Triscando alegres con ligera planta.
O al obrador llevados por la santa
Humanidad del templo, en su contino
Preciado afan enriqueciendo el suelo,
Que su tumba infeliz sin vos seria,
Bendecir gratos el dichoso dia
En que á su voz os condoleis benigno,
Trocando en tanto bien su amargo duelo.
Hoy para un nuevo ser de vuestra mano
En faz alegre y oficioso anhelo
La patria en su regazo los recibe.
Hoy gozosa en sus fastos los escribe
De vuestro zelo generoso, humano,
Señor, por hijos: ¡ó feliz si viera
Cumplirle un dia favorable cuanto
La fama anuncia y la razon espera!
Estos asilos próvidos que el santo
Fervor del bien á la vagancia opone:
Que á la indigencia humilde desvalida

Refugio son; y la vejez helada
Implora en el ocaso de la vida:
Puertos sagrados, do en salud se pone
La mísera horfandad, abandonada
A los acasos de la suerte inciertos:
De la alma religion santificados,
Que es toda amor como su Autor divino:
Por vos, solo por vos logrense abiertos;
Y al saber cuerdo y la virtud fiados
Llenen al fin su altísimo destino.
¡Oh cuán alegre España aplaudiria,
Príncipe, á tanto bien! ¡como el deseo
Lo que ahora anhela entonces gozaria!
Próvido acelerad tan fausto dia,
Y al ocio dad y la indigencia empleo.
Dádselo; ved como do quier se ofrece
Cubierto el vicio de infeliz laceria,
Y erigiendo en virtud su oprobio mismo
Osado vaga; y se derrama y crece
Impune, embrutecido en su miseria;
Corrompe el pueblo; la nacion infama
Abriéndole á sus plantas el abismo.
Ella, Señor, á su socorro os llama.
Su nombre augusto vuestro zelo inflame:
Miren mis ojos la vagancia infame
Proscrita de una vez: libre se vea

De tan hórrida playa el suelo hispano:
Vil el mendigo por sus vicios sea:
Su suerte odiada y de piedad indigna;
Y al que es baldon no se le llame hermano.
Contra tal peste fervorosa truene
La religion, y su contagio enfrene.
Sancione en fin la caridad divina
Tan sagrada verdad; y en una mano
La vara..... y otra el pan, severa ahuyente,
A par que al pobre verdadero aliente
Al que en su gesto y flebil alarido
Sucio, flaco, asqueroso, á un palo asido.
¡O descuido! ¡ó vil mengua! ¡ó desventura!
Vincula de sus vicios el sustento.
No su indigno gritar hiera mi oido:
Ni espectro tal á mis umbrales mire.
Cuente yo, cuente mi salud segura,
Y no en mi propio hogar incauto aspire
La fatal fiebre con su torpe aliento.
El zelo y la piedad á ambos retire
De la vista comun: á ambos reciba
Si no el taller el afanoso arado.
Su pecho inflame la ganancia activa,
Y cada cual solícito, aplicado,
De su noble jornal cual hombre viva.
El zelo y la piedad, que en oficiosa

Santa hermandad los generosos pechos
A empresa apellidados tan gloriosa,
De patriotismo en vínculos estrechos
Unir sabrán, su llama difundida
Del solio excelso hasta la humilde aldea.
Y una la accion y el fin, los medios unos,
Darle al público amor sublime vida;
Al mal do quier remedios oportunos,
Y harán que obra tan árdua fácil sea.
¿Y por qué no lo harán? ¿podrá el tardío
Bátavo allá en su suelo pantanoso,
El anglo odiado con su cielo umbrío,
O el áspero aleman lo que ¡ay! en vano
El genio nacional ansíe afanoso?
¿Menos grande será, menos humano?
¿Ellos tendrán asilos do segura
Labor se apreste á la indigente mano;
Do la doncella mísera, inocente,
Gane en su noble dote su ventura;
Do cierto abrigo á su flaqueza cuente
La edad caduca y la niñez cuitada;
Do del saber y la piedad guiada
La aplicacion se instruya, y la pereza
Tiemble del crudo azote la aspereza?
¿Tendránlos, y acá no?.... ¿qué estrella impía
Nos domina, señor? ¿dó está el sagrado

Amor del bien y la virtud? ¿qué fuera
Del noble y gran caracter algun dia
Digno blason del español honrado?
¿Su llama generosa qué se hiciera?
¿O cuál soplo en las almas le ha apagado?
De vos, solo de vos remedio espera
La congojada patria en tan continos
Desoladores males cual la oprimen.
En vos la suma está de sus destinos.
En hambre y muertes las provincias gimen
Ahogadas en amargo desaliento,
Y el anglo avaro ¡ó ultraje! en ímpia guerra
Cual vil pirata nuestros puertos cierra,
Déspota infiel del líquido elemento.
Yace el antiguo honor en sombra obscura,
Y del estado la ínclita grandeza:
Gloria, genio, esplendor, poder, riqueza,
Todo pasó, y en pos nuestra ventura.
Do quiera el dios del mal su cetro extiende,
Cetro de llanto y amargura y duelo.
Mientras la infame mendiguez segura
De su peste inundando el ancho suelo,
Bajo sus alas fúnebres se tiende
Cual torrente sin límites; y osada
Luto, horrores y vicios nos presenta.
Firme, firme oponed la diestra airada,

Y acabe en fin proscrita y encerrada.
Medios la patria os prestará abundantes,
Teson en torno y voluntad constantes
Vos consagradle, y redimid su afrenta.
Nuevo atlante sereis que en hombros lleve
Su suerte incierta y nuestro mal repare:
Que la horfandad y la indigencia ampare,
Y el ser humano á su nobleza eleve.

EPISTOLA XI.

AL PRINCIPE DE LA PAZ SIENDO MINISTRO DE ESTADO, SOBRE LA CALUMNIA.

En el silencio de la noche, cuando
En profunda quietud el ancho mundo
Sumido yace entre su manto umbrio,
Huye azorado de mis tristes ojos,
Señor, el sueno plácido, acosado
Del monstruo horrible de la atroz calumnia.
Ella silbando furibunda anhela,
Su ponzoña fatal vertiendo en torno,
Cubrir de sombras mi inocencia inerme:
Abulta, finge, infama; y á vos osa
Llegar, principe amado, por lanzarme
De vuestro noble generoso pecho.

Brama; y ya corren á su infausto grito
El falso zelo y la ignorancia ruda,
Que en vagos ecos su clamor repiten:
Baten las palmas, y á fantasmas vanos
Dar saben forma y menazante ceño.
Su pérfida piedad con voz aguda
Veloz los lleva de uno en otro oido;
Y en todos ¡ah! con misteriosas voces
Mañosos siembran el infiel rezelo,
Llaman delito mi franqueza honrada,
Mi amor del bien delirio, mi constante,
Inviolable lealtad..... de horror la pluma
De la trémula mano se desliza:
Un sudor frio por mis miembros corre;
Y mi ser todo desfallece y tiembla
De noble indignacion á ultraje tanto.
Sufrir no puede un alma generosa
Tan infaustas ideas; ni á alentarme
Mi zelo fiel ó mi inocencia bastan,
Ni tus avisos, ó sublime hija
Del cielo, alma virtud, consoladora.

Veo, señor, entre dudosas nieblas
Vacilar vuestro espíritu: los gritos
Del error oigo: á la funesta envidia
Sesga mirarme y retorcer las manos
Lívidas, yertas, sus horribles furias

Llamando contra mi; y al justo cielo
Llorando clamo en doloridas voces.
¿Será, le digo, la virtud hollada
Siempre de la maldad? ¿su infausto trono
Sobre mi patria asentará por siempre
El ominoso error, en que sumida
Gimió juguete vil de sombras vanas?
¿Ni á derrocarle de su asiento umbrío
Bastará el zelo, el poderoso brazo
Del ministro feliz que ardiente anhela
Del desmayado ingenio la divina
Llama prender en ella, cual su lumbre
El sol desparce en el inmenso cielo?
Cuantos en pos de esta divina llama
Osen correr con planta generosa,
Del comun bien el ánimo inflamado
¿Beberán tristes el amargo cáliz
De la persecucion? ¿los pensamientos
Se tildarán del que afanoso emprende
De la verdad la ruda áspera senda,
O trepar de la gloria á la alta cumbre?
Y el que su honor mancilla, en ocio infame
Sumido, inútil, ignorante, oscuro,
De olvido solo y de desprecio digno,
¿Con frente erguida, de impudencia armado
Osará demandar el alto premio,

Debido á la virtud que él asesina?
¿Qué es esto, justo Dios? Alli entre grillos
A España torna por el mar cerúleo,
El que del mundo el ámbito doblando
Logró añadir la América ignorada
De Castilla al blason. El que á sus Reyes
Dió de la rica Nápoles el cetro,
Si en la gloria inmortal, gime acosado
De la calumnia y de la negra envidia.
Allá doblando el áspero Pirene,
Escapa apenas del hispano suelo
El que en trueque feliz sus agrias sierras,
Antes solo mansion de fieras bravas,
Supo en pensiles convertir, do opima
Rie Pomona y la dorada Ceres:
Mientras muere el pacífico Ensenada
Desdeñado en Medina; y su suspiro
Ultimo es por el bien que ardiente anhela.
Alli apartado de los hombres gime
En Batres Cabarrus: y el noble fuego
Siente apagarse de su excelsa mente.
A par que tú, Jovino, gloria mia,
Honor ilustre de la toga hispana,
De patriotismo y de amistad dechado,
Ves anublada tu virtud sublime:
La envidia vil y la ignorancia ruda

Se armarán contra tí; pero tu nombre
Fausto crece en tu plácido retiro.
Y aqui malgrado que en su diestra lleva
La suma del poder, miro del dardo
Tambien herido de la atroz calumnia
De mi Principe el seno: da á los pueblos
La dulce paz por que llorando anhelan,
Y esta dichosa paz es un delito
Que estúpida le increpa la ignorancia.
De la Nacion la dignidad sostiene
Que el Italo falaz burlar queria;
Y es otro crímen su constancia noble.
Tienta ilustrado que recobre el César
La parte del poder, que en siglos rudos
De densas nieblas le robo insidiosa
Extraña mano, á su interes atenta:
Tiéntalo solo; y la calumnia clama
Impiedad, impiedad, con grito horrible.
¡O aleve voz! ó pérfida calumnia!
¿Qué es esto, santo Dios? ¿jamas ni un paso
Podrá darse hácia el bien, sin que un delito
Sea en los ecos de su lengua infame?
¿Serán la luz y la virtud opuestas?
El que trabaja y se desvela, y ansía
El bien, recto en sus obras ¿delincuente
En sus pasos será? Yo en mi llaneza,

En mi simple bondad, en el olvido
De mi oscuro rincon, tambien gimiendo,
Y herido y acosado, y hasta el trono
Alzando su clamor la negra envidia?
¿Qué es esto, justo Dios? ¿dónde indignado
Los hijos llevas de tu amada España?
¿Qué horrible abismo ante los pies les abres?
¿Por qué destierras de sus nobles pechos
La amistad, la virtud? ¿por qué enemigos
Los haces, y arman sus honrados brazos
En mutua destruccion? Mi ruego humilde
Fue atendido, Señor: ante mis ojos
Un resplandor desde el excelso cielo
Parecióme bañar mi humilde estancia:
El aire rutilar mas claro y puro;
Y una divina voz que poderosa
Sigue, clamó, no temas; sigue y lidia,
Que el dia llega de la luz: la patria
Mira á lo lejos hácia ti las manos
Tender, y el lauro plácida ofrecerte.
Tiempo será, que tu inocencia brille
Pura asi como el sol: que tus anhelos,
A término felice al fin llevados,
La ansiada gloria de tu patria vean;
Y de las ciencias el augusto imperio,
Derrocado el error al reino oscuro.

Yo embebecido en la vision divina
Alcé los ojos, que hasta alli caidos
El dolor y las lágrimas tuvieron;
Y os vi, Señor, con plácida sonrisa
Oir mis voces, y alentar mis penas:
Bien como cuando de la vil calumnia
Quejándome ante vos, en vuestro seno,
De bondad lleno y de indulgencia afable,
Depositaba mis dolientes ansias.
Tal os viera, Señor: asi de entonces
Tranquilo aliento, y su clamor insano
Alzará contra mí la envidia en vano.

ÍNDICE.

BODAS DE CAMACHO EL RICO, COMEDIA PASTORAL.

¿Quién puede resistir al triste lloro? Prólogo. 7
Acto primero.. 11
Acto segundo.. 42
Acto tercero.. 74
Acto cuarto.. 102
Acto quinto.. 128

ODAS.

Por un prado florido.. 149
Del céfiro en las alas conducida........................ 153
No porque congojoso.. 156
¿Qué mas quieres, ó amor? ya estoy rendido. 158
Nada por siempre dura.. 159
¿Ves, ó dichoso Licidas, el cielo?........................ 161
Amable lira mia.. 163
La primavera derramando flores........................ 166
Cruda fortuna, que voluble llevas........................ 167
Templa el laud sonoro.. 169
Dulce Dalmiro, cuando á Filis suena.......... 273
Ingrato, cuando á hablarme........................ 176
Velado el sol en esplendor fulgente.............. 178

Desdeña, Anfriso, del Enero triste............. 182
Deja, dulce Jovino.. 183
Cruel memoria, de acordarme deja.............. 185
Desciende del olimpo, alma citeres............ 187
No tiembles, Lice, ni los ojos bellos............. 188
No con misero llanto.................................... 192
Id, ó cantares mios, en las alas................... 195
Esperanza solícita, á mi ruego...................... 198
Alado dios de Gnido.................................... 200
¡Qué dulcísimo canto el aire llena!............... 202
Entre nubes de nacar la mañana.................. 206
¿Qué son tan triste lastimó mi oido?........... 210
De pompa, magestad y gloria llena............. 212
Oh¡ !con qué silbos resonando aflige............. 217
Fugaz Otoño, tente.. 219
Huye, Licio, la vida...................................... 224
Tus alas de oro de felice vuelo...................... 228
¡Oh qué don tan funesto!................................ 23 2
No es, Julio, la riqueza.................................. 235
¿Te admiras de que llore?............................. 238
Fausto consuelo de mi triste vida.................. 241

EPISTOLAS.

En alas de la pública alegría........................ 247
A tí, querido amigo, las primicias............... 251

En fin mis votos el benigno cielo.................. 257
¿Cómo humilde rendir podrá mi musa.......... 265
¿Huyes ¡ay! huyes mis amantes brazos?...... 271
Bajo una erguida populosa encina.............. 282
¡Qué ven mis ojos! ¡al augusto Cárlos!........ 294
¿Dejaré yo que pródiga la fama.................. 304
No, Ugena mio, con rugosa frente................ 314
No en balde, no, si el infeliz gemido.......... 324
En el silencio de la noche, cuando.............. 332

POESÍAS

DE

D. JUAN MELENDEZ VALDÉS,

FISCAL QUE FUE DE LA SALA DE ALCALDES DE CASA Y CORTE, É INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE S. FERNANDO.

TOMO IV.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1820.

ODAS

FILOSÓFICAS Y SAGRADAS.

ODA I.

EL INVIERNO ES EL TIEMPO DE LA MEDITACION.

Salud, lúgubres dias, horrorosos
Aquilones, salud. El triste Invierno
En ceñudo semblante
Y entre velos nublosos
Ya el mundo rinde á su áspero gobierno
Con mano asoladora: el sol radiante
Del hielo penetrante
Huye, que embarga con su punta aguda
A mis nervios la accion, mientras la tierra
Yerta enmudece, y déjala desnuda
Del cierzo alado la implacable guerra.
Falsos deseos, júbilos mentidos,
Lejos, lejos de mí: cansada el alma
De ansiaros dias tantos
Entre dolor perdidos,
Halló al cabo feliz su dulce calma.
A la penada queja y largos llantos
Los olvidados cantos
Suceden; y la mente que no via
Sino sueños fantásticos, ahincada

Corre á tí, ó celestial filosofía,
Y en el retiro y soledad se agrada.
Ah! ¡Como en paz, ya rotas las cadenas,
De mi estancia solícito contemplo
Los míseros mortales,
Y sus gozos y penas!
Quien trepa insano de la gloria al templo,
Quien guarda en su tesoro eternos males:
Con ansias infernales
Quien ve á su hermano y su felice suerte,
Y entre pérfidos brazos le acaricia:
Ó en el lazo fatal cae de la muerte
Que en doble faz le tiende la malicia.
Pocos sí, pocos, ó virtud gloriosa,
Siguen la áspera senda que á la cumbre
De tu alto templo guia.
Siempre la faz llorosa,
Y el alma en congojosa pesadumbre,
Ciegos hollar con mísera porfía
Queremos la ancha via
Del engaño falaz: allí anhelamos
Hallar el almo bien á que nacemos;
Y al ver que espinas solas abrazamos,
En inútiles quejas nos perdemos.
El tiempo en tanto en vuelo arrebatado
Sobre nuestras cabezas precipita

Los años, y de nieve
Su cabello dorado
Cubre implacable, y el vigor marchita
Con que á brillar un dia la flor breve
De juventud se atreve.
La muerte en pos, la muerte en su ominoso,
Fúnebre manto la vejez helada
Envuelve, y al sepulcro pavoroso
Se despeña con ella despiadada.
Asi el hombre infeliz que en loco anhelo
Rey de la tierra se creyó, fenece:
En un fugaz instante
El que el inmenso cielo
Cruzó en alas de fuego, desparece
Cual relámpago súbito, brillante
Que al triste caminante
Deslumbra á un tiempo, y en tinieblas deja.
Un dia, un hora, un punto que ha alentado,
Del raudal de la vida ya se aleja,
Y corre hácia la nada arrebatado.
¡Mas qué mucho, si en torno de esta nada
Todos los seres giran! Todos nacen
Para morir: un dia
De existencia prestada
Duran, y á otros ya lugar les hacen.
Sigue al sol rubio la tiniebla fria;

En pos la lozanía
De genial primavera el inflamado
Julio, asolando sus divinas flores;
Y al rico Octubre de uvas coronado
Tus vientos, ó Diciembre, bramadores,
  Que despeñados con rabiosa saña,
En silbo horrible derrocar intentan
De su asiento inmutable
La enriscada montaña,
Y entre sus robles su furor ostentan.
Gime el desnudo bosque al implacable
Choque; y vuelve espantable
El eco triste el desigual estruendo,
Dudando el alma de congojas llena,
Tanto desastre y confusion sintiendo,
Si el dios del mal el mundo desordena.
  Porque todo fallece, y desolado
Sin vida ni accion yace. Aquel hojoso
Arbol, que antes al cielo
De verdor coronado
Se elevaba en pirámide pomposo,
Hoy ve aterido en lastimado duelo
Sus galas por el suelo.
Las fértiles llanuras de doradas
Mieses antes cubiertas, desparecen
En abismos de lluvias inundadas,

Con que soberbios los torrentes crecen.
  Los animales tímidos huyendo
Buscan las hondas grutas: yace el mundo
En silencio medroso,
O con chillido horrendo
Solo algun ave fúnebre el profundo
Duelo interrumpe y eternal reposo.
El cielo que lumbroso
Extática la mente entretenia,
Entre importunas nieblas encerrado,
Niega su albor al desmayado dia,
De nubes en la noche empavesado.
  ¡Qué es esto, santo Dios! tu protectora
Diestra apartas del orbe! ó su rüina
Anticipar intentas!
La raza pecadora
Agotar pudo tu bondad divina!
Asi solo apiadado la amedrentas!
O tu poder ostentas
A su azorada vista! Tú que puedes
A los astros sin fin que el cielo giran
Por su nombre llamar, y al sol concedes
Su trono de oro, si ellos se retiran.
  Mas no, Padre solícito; yo admiro
Tu infinita bondad: de este desorden
De la naturaleza,

Del alternado giro
Del tiempo volador nacer el orden
Haces del universo, y la belleza.
De tu saber la alteza
Lo quiso asi mandar: siempre florido
No á sus seres sin número daria
Sustento el suelo: en nieves sumergido
La vital llama al fin se apagaria.
Esta constante variedad sustenta
Tu gran obra, Señor: la lluvia, el hielo,
El ardor congojoso
Con que el can desalienta
La tierra, del favonio el suave vuelo,
Y del trueno el estruendo pavoroso,
De un modo portentoso
Todos al bien concurren: tú has podido
Sabio acordárlos; y en vigor perenne,
De implacables contrarios combatido,
Eterno empero el orbe se mantiene.
Tú, tú á ordenar bastaste que el ligero
Viento que hiere horrísono volando
Mi tranquila morada,
Y el undoso aguacero
Que baja entre él las tierras anegando,
Al Julio adornen de su mies dorada.
Asi su saña irada

Grato el oido atiende, y en sublime
Meditacion el ánimo embebido,
A par que el huracan fragoso gime,
Se inunda el pecho en gozo mas cumplido.
  Tu rayo, celestial filosofía,
Me alumbre en el abismo misterioso
De maravilla tanta:
Muéstrame la armonía
De este gran todo, y su orden milagroso;
Y plácido en tus alas me levanta
Do extática se encanta
La inquieta vista en el inmenso cielo.
Allí en su luz clarísima embriagado
Hallaré el bien, que en el lloroso suelo
Busqué ciego de sombras fascinado.

ODA II.

A UN LUCERO.

¡Con qué placer te contemplo
Desde mi estancia tranquila,
Ó hermosísimo lucero,
Que sobre mi frente brillas!
  ¡Como en tu animada lumbre
Parece que de tí envias

Incesante mil centellas,
Con que mas y mas te avivas!
¡Cómo en la lóbrega noche
Con dulce violencia fijas
En tí extáticos los ojos,
Y con tu fulgor me hechizas!
Arde pues, arde; y vistoso
Haz mi inocente delicia,
Ejercicio de la mente,
Y ocupacion de la vista.
Arde, y con tus alas de oro
En incansable fatiga
Cruza antes que el alba asome
Esa bóveda infinita.
Arde, y entre tantos miles
En que atónito vacila
El espíritu, y por ella
En rápido vuelo giran,
Galan descuella y preside
Por tu beldad peregrina,
Cual los astros señorea
El sol en mitad del dia.
¡O con qué inexhaustos fuegos
Brillan todos! ¡cuánto es rica
La vena de luz que ceba
Sus llamas, y los anima!

¡Por qué enmarañados rumbos,
Y en órbitas cuan distintas
Hacen sus largos caminos,
Van, vuelvén, nacen, se eclipsan!
Pero sin jamas tocarse;
Siempre en acorde medida
Desde que fue el tiempo, siempre
Llevando las mismas vias.
Los sabios que desde entonces
Con solicitud prolija
Los contemplan, embriagados
En su belleza divina,
Como el celebrado atlante
Que la fábula nos pinta
Con sus hombros sustentando
Las esferas cristalinas,
Asi en ellos siempre fijos,
Llegaron con atrevida
Profunda mente á alcanzarlos
En la inmensidad do huian:
Marcándoles con el dedo
¡O pasmo! las sendas mismas
Que alumbran desde que el soplo
Les dió del Eterno vida.
Entonces al can dijeron:
Tú serás quien la agonía

Del estío al mundo agrave,
Y al seco Agosto presida.
  Y tú, al lucero del alba,
Quien amante al sol persiga,
Ya á la tierra en faz riente
Anunciando su venida,
  Ó bien, héspero radiante,
Si él laso al mar se retira,
Tornad, clamando á los astros,
Que ya las sombras dominan.
  Tú, orion tempestüoso,
Quien las rápidas corridas
De los animosos vientos
Y del mar muevas las iras.
  Y vos, plácidos hermanos [1],
Cual la aurora matutina
La delicia es de los cielos
Y del campo fausta risa,
  Sereis los que las amainen,
Y en paz cureis que adormidas
De asustar dejen la tierra,
Y amenazaros impías.
  Los de las plagas eöas,
Los que el polo cerca mira,

1 Castor y Polux.

Y los que la lente apenas
Por altísimos divisa,
  Todos estudiados fueron,
Y sus órbitas descriptas,
Y señalados los puntos
En que ascienden ó declinan.
  ¡O inconcebible delirio!
Súbito la esfera henchida
De dioses que allí forjara
La ignorancia ó la mentira,
  Adoró el hombre á una estrella;
Fue de un cometa maligna
La llama, y tembló su suerte
La tierra en el cielo escrita.
  Luego á un ángel semejante
Sentó un mortal [1] en su silla
Inmóvil al sol, que en torno
Rodar sus planetas mira.
  Y ya en verdad rey del cielo
Vió cabe sus pies rendidas
Acatarle mil estrellas,
Que su fausta luz mendigan.
  Empero el divino Newton,
Newton fue quien á las cimas

1 Copérnico.

Alzándose del empíreo,
Do el gran Ser mas alto habita,
De él mismo aprendió felice
La admirable ley que liga
Al universo, sus fuerzas
En nudo eterno equilibra,
Y hace en el éter inmenso
Do sol tanto precipita,
Que pugnando siempre huirlo,
Siempre un rumbo mismo sigan.
Los ángeles se pasmaron
De que humanal osadía
Llegase do ellos apenas
Con arduo afan se subliman.
Y el inapeable coro
De estrellas, cuya benigna
Fúlgida llama en su duelo
Agracia á la noche umbría,
Ya descifrado á los hombres,
De beldad mas peregrina
Fue á sus ojos, que en pos de ellas
En su etéreo albor se abisman.
¡O si con iguales alas
Al ansia en que ora se agita,
Sobre vosotras lograse
Alzarse mi mente altiva!

¡Con qué indecible embeleso
En vuestra luz embebida,
La sed en que se consume
Saciar feliz lograria!
¿Cuál es vuestro ser? ¿en dónde
Arde la inexhausta mina
Que os inflama? ¿qué es un fuego
Que los siglos no amortiguan?
¿Sois los soles de otras tierras,
Do en mas plácida armonía
Que aqui, sus débiles hijos
Vivan sin odios ni envidias?
¿Por qué en tan distintos rumbos
Todas girais? ¿por qué unidas
Como un ejército inmenso
No formais sola una línea?
¿Por qué..... la mente se ahoga,
Y á par que atónita admira,
Mas y mas que admirar halla,
Y mas cuanto mas medita?
¿Pero mi lucero hermoso
Dónde está? ¿de su encendida
Vivaz llama qué se hiciera?
¿Quién ¡ay! de mi amor me priva?
Mientras yo el feudo á sol tanto
De admiracion le rendia,

De sus celestiales huellas
Toda el alma suspendida,
  Él se hundió en las negras sombras,
Y fue á brillar á otros climas,
Hasta que en su manto envuelto
Lo torne la noche amiga.
  Asi las dichas del mundo,
Leve un soplo las mancilla;
Ó sombra fugaz volaron,
Crédulos corriendo á asirlas.

ODA III.

LA PRESENCIA DE DIOS.

Do quiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Alli, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente.
  Alli estás; y llenando
La inmensa creacion, so el alto empíreo
Velado en luz te asientas,
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.
  La humilde yerbecilla
Que huello, el monte que de eterna nieve
Cubierto se levanta,

Y esconde en el abismo su honda planta:
  El aura que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega,
Y el sol que en la alta cima
Del cielo ardiendo el universo anima,
  Me claman que en la llama
Brillas del sol: que sobre el raudo viento
Con ala voladora,
Cruzas del occidente hasta la aurora.
  Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su elevada cima:
La yerbecilla crece
Por tu soplo vivífico, y florece.
  Tu inmensidad lo llena
Todo, Señor, y mas; del invisible
Insecto al elefante,
Del átomo al cometa rutilante.
  Tú á la tiniebla obscura
Das su pardo capuz, y el sutil velo
Á la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana.
  Y cuando primavera
Desciende al ancho mundo, afable ries
Entre sus gayas flores,
Y te aspiro en sus plácidos olores.
  Y cuando el inflamado

Sirio mas arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas
Volando mueves, y su ardor mitigas.
Si entonce al bosque umbrío
Corro, en su sombra estás; y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio á mi espíritu cansado.
Un religioso miedo
Mi pecho turba, y una voz me grita:
En este misterioso
Silencio mora, adórale humildoso.
Pero á par en las ondas
Te hallo del hondo mar: los vientos llamas,
Y á su saña lo entregas;
O si te place su furor sosiegas.
Por do quiera, infinito
Te encuentro, y siento en el florido prado,
Y en el luciente velo
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.
Que del átomo eres
El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo
Que en el vil lodo mora,
Y el ángel puro que tu lumbre adora.
Igual sus himnos oyes,
Y oyes mi humilde voz, de la cordera
El plácido balido,

Y del leon el hórrido rugido.
  Y á todos dadivoso
Acorres, Dios inmenso, en todas partes,
Y por siempre presente
Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.
  Óyele blando, y mira
Mi deleznable ser: dignos mis pasos
De tu presencia sean,
Y do quier tu deidad mis ojos vean.
  Hinche el corazon mio
De un ardor celestial, que á cuanto existe
Como tú se derrame,
Y, ó Dios de amor, en tu universo te ame.
  Todos tus hijos somos:
El tártaro, el lapon, el indio rudo,
El tostado africano
Es un hombre, es tu imagen, y es mi hermano.

ODA IV.

A LA VERDAD.

Ven, mueve el labio mio,
Angélica verdad, prole dichosa
Del alto cielo, y con tu luz gloriosa
Mi espíritu ilumina.

Huya el error impío,
Huya á tu voz divina,
Cual se despeña la tiniebla obscura
Del albo dia ante la llama pura.
No desdeñes mi ruego
Que hasta aquí siempre cariñosa oiste,
Tú, que mi númen soberano fuiste,
Y encanto delicioso;
Que deslumbrado y ciego
Se lanza presuroso
Del pestilente vicio en la ancha via
El mortal triste, á quien tu luz no guia
Mas aquel que clemente
Miras con blanda faz, en su belleza
Absorto alzarse á tu inefable alteza
Ansía con feliz vuelo:
Y hollando osadamente
Cuanto el mísero suelo
Mentido bien solícito atesora,
Su ilusion rie, y tu deidad adora.
Tu deidad, que tremenda
La mente turba del feroz tirano;
Y hace que el grito que su orgullo insano
Arranca al oprimido,
Despavorida atienda
Su oreja entre el lucido

Estrépito en que el aula le adormece
Y un vil incienso por do quier le ofrece.
  Mientras con amorosa
Plácida diestra de los tristes ojos
Limpias el llanto, y calmas los enojos
Del infeliz opreso,
Aliviando oficiosa
El rudo indigno peso
Que oprimir puede la inocente planta,
Que á Dios su ánimo libre se levanta.
  Ven pues, ó deidad bella;
Fácil desciende del excelso cielo,
Do te acogiste, abandonado el suelo
Con vicios mil manchado;
Y cual rádiante estrella
Conduce al engañado
Mortal; tu luz su espíritu ilumine;
Y el orbe entero á tu fulgor se incline.
  Yo en tu gloria embebido
Siempre te aclamaré con frente osada;
Y á tu culto la lengua consagrada
En mi constante seno
Un templo te he erigido,
Do de tu númen lleno
Te adoro, alma verdad, libre si obscuro,
Mas de vil miedo y de ambicion seguro.

Por tí cuanto en su instable
Inmensidad el universo ostenta,
O el Altísimo en gloria se presenta,
Como posible existe:
Que en su mente inefable
Tú el prototipo fuiste,
A cuya norma celestial redujo
Cuanto despues su infinidad produjo.
Y eterna precediendo
Del tiempo el vuelo rápido, inconstante,
Mientras se pierde el orbe en incesante
Deleznable rüina,
Por tí propia existiendo,
Ante tu luz divina
Al sistema falaz el velo alzado,
Y al error ves cual niebla disipado.
Y centro irresistible
Del humanal deseo, cuanto hallara
Sagaz en la ancha tierra y en la clara
Region del alto cielo
Su teson invencible,
Todo al ferviente anhelo
Lo debe, ó pura luz, con que la mente
Te busca inquieta, y tus encantos siente.
En ellos embebido
A Siracusa el griego á saco entrada

No ve; y herido de la atroz espada
Da su vida gloriosa:
Y el gran Newton subido
A la mansion lumbrosa,
Cual genio alado tras los astros vuela;
Y al mundo absorto la atraccion revela.
¡O augusta, firme amiga
De la excelsa virtud! Tú al sabio obscuro
Que adora de tu faz el lampo puro,
Cariñosa sostienes
En la ilustre fatiga:
Sus venerandas sienes
De inmortal lauro ciñes; y su gloria
Durar haces del tiempo en la memoria.
O si el triste nublado
De la persecucion hórrido truena,
Tú le confortas; y su faz serena
Escucha el alarido
Del vulgo fascinado,
Contra sí embravecido;
O á la infame venganza que maquina
En las tinieblas su fatal rüina.
Asi en plácida frente
Pudo el divino Sócrates mostrarse
Al frenético pueblo, y entregarse
A sus perseguidores,

Que la copa inclemente
Le ornaste tú de flores,
Y en su inocente diestra la pusiste,
Y en néctar la cicuta convertiste.
  Mártir él generoso
De tu excelsa deidad asi decia,
El tósigo mirando: vendrá un dia
Que útil al mundo sea
Mi suplicio afrentoso;
Y la verdad se vea
Con el gran Dios de todos acatada,
La vil supersticion por tierra hollada.
  Del punto que propuse
Impávido anunciarla, el error fiero
Alzar contra mi pecho su ímpio acero
Vi con diestra ominosa:
A morir me dispuse
En la empresa gloriosa:
Dócil, mas firme abrazo las cadenas,
Con que hoy me oprime la engañada Atenas.
  Si Anito me persigue,
Le perdono, y al crédulo Areopago;
Y muriendo, á la patria satisfago
El feudo que la debo.
Hoy mi virtud consigue
Su prez: el cáliz bebo

Con que me brinda el fanatismo impío;
Y ¡ó ser eterno! en tu bondad confio.
Asi dijera el sabio;
Y el tosigo letal tranquilo apura.
Inmóvil le contempla en su amargura
Fedon: Cebes y Crito
Con desmayado labio
Gimen: al vil Melito
Critobulo maldice ciego de ira,
Y él en los brazos de Platon espira:
Cual la encendida frente
Hunde escondido en nubes nacaradas
En las sonantes ondas, recamadas
De sus rubios ardores,
El sol resplandeciente:
En pálidos fulgores
Fallece el dia, y su enlutado velo
La noche tiende por el ancho cielo.

ODA V.

LA GLORIA DE LAS ARTES [1].

¿Adónde incauto desde el ancha vega
Del claro Tórmes, que con onda pura
Y paso sosegado
De Otea el valle fertiliza y riega,
Hoy el númen procura
Su vuelo levantar? ¿De qué sagrado
Espíritu inflamado,
Dejando ya á los tímidos pastores
El humilde rabel, canta atrevido
La gloria de las artes, sus primores,
Y de la patria el nombre esclarecido?
Cual el ave de Jove, que saliendo
Inexperta del nido en la vacía
Region desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guia:

1 Esta oda fue recitada en la junta pública que celebró la Real academia de S. Fernando el dia 14 de Julio de 1781 para la distribucion de premios generales de pintura, escultura y arquitectura.

Y ora vaga atrevida, ora medrosa;
Ora mas orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta:
Tronar siente á sus pies la nube obscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura.
Entonce el pecho generoso, herido
De miedo y alborozo, ufano late:
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido:
El ojo audaz combate
Derecho el claro sol, le mira atento;
Y en su heróico ardimiento
La vista vuelve, á contemplar se para
La baja tierra; y con acentos graves
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reina del vago viento y de las aves:
Yo asi saliendo de mi humilde suelo
En dia tan alegre y venturoso
A gloria no esperada,
Dudo, temo, me inflamo, y alzo el vuelo
Do el afan generoso
Al premio corre y palma afortunada.
Palma que colocada
Al pie de la Verdad y la Belleza,
Quien de divino genio conducido

Consigue arrebatarla, á ser empieza
En fama claro, y libre ya de olvido.
  Al modo que en la olimpica victoria
El vencedor en la feliz carrera
La ilustre sien ceñia
Del inclito laurel; y su memoria
Eterna despues era.
Mas tú la voz y plácida armonía,
Noble academia, guia,
Mi verso al cielo cristalino alzando.
¡Felice yo si tu favor consigo!
Y el dulce plectro de marfil sonando
Las Artes canto tras mi dulce amigo [1].
  Desde estos lares, su palacio augusto,
Cual vivaz fenix renacer las veo
Del hondo y largo olvido,
En que la Iberia con desden injusto
Vio un tiempo su alto empleo.
¡O nombre de Borbon esclarecido!
A ti fue concedido
Las artes restaurar: con tus favores
A nueva gloria y esplendor tornaron:
La fama resonó de sus loores,

1 El Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos, académico de honor, que acababa de pronunciar una elocuente oracion sobre las artes.

Y los cisnes de Mantua las cantaron.
Ellas alegres en union amiga
La frente levantaron con ardiente
Afan, hasta encumbrarse
A la ideal belleza. A su fatiga
Cede el bronce obediente;
Y el mármol del cincel siente animarse:
Tus seres mejorarse,
¡O natura! en el lienzo trasladados
El carmin puro de la fresca rosa,
Los matices del íris variados,
El triste lirio y la azucena hermosa.
¡O divina pintura, ilusion grata
De los ojos y el alma! ¿De qué vena
Sacas el colorido
Que al alba el velo cándido retrata,
Cuando asoma serena
Por el oriente en rayos encendido?
¿Cómo el cristal bruñido
Finges de la risueña fuentecilla?
De los alegres prados la verdura?
Tanta varia y fragante florecilla?
El rutilante sol, la nube obscura?
¿Cómo en un plano inmensos horizontes,
La atmósfera bañada de alba lumbre,
Sereno y puro el cielo,

La sombra obscura de los pardos montes,
Nevada la alta cumbre,
La augusta noche y su estrellado velo,
Del ave el raudo vuelo,
El ambiente, la niebla, el polvo leve,
Tu mágico poder tan bien remeda,
Que á competir con la verdad se atreve,
Y el alma enagenada en ellos queda?
Tú de la dulce poesía hermana,
Cual ella el pecho blandamente agitas,
Y en amoroso fuego
Con tu expresion y gracia soberana
Le enciendes, ó le excitas
A tierna compasion, á rencor ciego,
A desmayado ruego,
Y amargo lloro. ¡O Sancio! oh! tu admirable
Pincel cuál ha mi espíritu movido!
Oh! al contemplar tu Vírgen adorable
En su extremado dolor [1], cuánto he gemido!
La dolorida Madre, arrodillada
Piedad pide á los bárbaros sayones
Para el Hijo postrado.
Su rostro está cual la azucena ajada:

1 El bellísimo cuadro de Rafael, llamado comunmente el PASMO DE SICILIA, y con mas propiedad EL EXTREMO DOLOR.

Sus humildes razones
Resuenan en mi oido: ay! ¡cuán sagrado
Aspecto, aunque ultrajado,
El del Hijo de Dios! ¡cuál la ternura
De Magdalena y Juan! ¡cuál la fiereza
Del que herirte, ó Jesus, brutal procura!
¡Y en tu celestial mano, qué belleza!
O pinceles! ó alteza peregrina
Del grande Rafael! ¡ó bienhadada
Edad, en que hasta el cielo
En alas del ingenio la divina
Invencion se vió alzada
Cuando su alma sublime el denso velo
Corrió con noble anhelo
De la naturaleza, y vió pasmado
El hombre ante sus ojos reverente
El universo estar, y hermoseado
De su mano salir y augusta mente!
Admira, ó hombre, tu grandeza; admira
Tu espíritu creador, y á la estrellada
Mansion vuela seguro
Donde tu aliento celestial suspira.
La mente alli inflamada
Cruza con presto giro del Arturo
A do tiene el sol puro
Su rutilante trono; y con brioso

Pincel, guiado de furor divino,
Copia el concento raudo y armonioso
Con que se vuelve el orbe cristalino.
Que no tú sola, ó música, el rüido
Finges del arroyuelo trasparente,
O imitas las undosas
Corrientes de la mar, ó el alarido
Del soldado valiente
En las lides de Marte sanguinosas.
No menos pavorosas,
O fiero Julio, en tu batalla [1] siento
Crujir las roncas armas y la fiera
Trompa, estrépito, gritos y ardimiento,
Que si en el medio de su horror me viera.
¿Pues qué si entre los vientos bramadores
Nave de airadas olas combatida
Diestro pincel me ofrece?
Yo escucho el alarido y los clamores
De la chusma afligida;
Y si de Dios los cielos estremece
El carro, y se enardece
Su cólera, y el trueno en son horrendo
Retumba por la nube pavorosa;

1 Célebre cuadro de la batalla de Majencio, dibujado por el gran Rafael, y pintado por Julio Romano su discípulo.

De la pálida luz y el ronco estruendo
Mi vista siente la impresion medrosa.
  Pero el mármol se anima, del agudo
Cincel herido, y á mis ojos veo
A Laocoon [1] cercado
De silbadoras sierpes: en su crudo
Dolor escuchar creo
Los gemidos del pecho congojado,
Y al aspirar alzado.
Los hórridos dragones con ñudosos
Cercos le estrechan; y su mano fuerte
En vano de sus cuerpos sanguinosos
Librarse anhela, y redimir la muerte.
  ¡Mira cómo en su angustia el sufrimiento
Los músculos abulta, y cuál violenta
Los nervios extendidos!
¡Cuál sume el vientre el comprimido aliento,
Y la ancha espalda aumenta!
Y en el cielo los ojos doloridos,
Por sus hijos queridos
Ay! ¡cuán tarde su auxilio está implorando!
En tan terrible afan aun la ternura
Sobre el semblante paternal mostrando,

1 El grupo de Laocoonte, obra admirable del arte griega.

Cual débil luz por entre niebla obscura.
   Ellos á él vueltos con la faz llorosa
Y débil gesto al miserable llaman
En quejido doliente,
Rodeados de lazada ponzoñosa.
Oh! ¡cuán en vano claman!
Oh! ¡cómo el padre por los tristes siente!
¡Y cuál muestra en su frente
La fortaleza y el dolor luchando;
Y con las sierpes en batalla fiera,
Sus vigorosos muslos agitando
Los fuertes lazos sacudir quisiera!
   Mientra en Apolo [1] la beldad divina
Se ve grata animar un cuerpo hermoso,
Do la flaqueza humana
Jamas cabida halló. Su peregrina
Forma, y el vigoroso
Talle en la flor de juventud lozana,
Su vista alta y ufana,
De noble orgullo y menosprecio llena,
El triunfo y el esfuerzo sobrehumano
Muestran del dios, que en actitud serena
Tiende la firme omnipotente mano.

1 El Apolo de Belvedere, la mas sublime obra ideal que nos ha quedado de la antigüedad.

Parece en la soberbia excelsa frente
Lleno de complacencia victoriosa
Y de dulce contento,
Cual si el coro de musas blandamente
Le halagara: la hermosa
Nariz hinchada del altivo aliento:
Libre el pie en firme asiento,
Ostentando gallarda gentileza:
Y como que de vida se derrama
Un soplo celestial por su belleza,
Que alienta el mármol, y su hielo inflama.

Ni el lugar merecido á tí, ó divina
Vénus [1], tampoco faltará en mi canto:
Ay! ¡dó fuiste formada!
¡Quién ideó tu gracia peregrina!
Tu tierno y dulce encanto
Al ánimo enagena en regalada
Suspension: tu delgada
Tez excede á la cándida azucena
Cuando acaba de abrir: tu cuello erguido
Al labrado marfil: la alta y serena
Frente al sol claro en el zenit subido.

¡O Reina de las Gracias, blanda diosa

1 La Vénus de Médicis, una de las mas bellas y graciosas estatuas de la antigüedad.

De la paz y el contento, apasionada
Madre del niño alado!
Tus soberanos ojos de amorosa
Ternura, tu preciada
Boca do rie el beso delicado,
Tu donaire, tu agrado,
Tu süave expresion, tus formas bellas
Del suelo me enagenan: yo me olvido;
Y de cincel en tí no hallando huellas,
Absorto caigo ante tus pies rendido.
Tan divinos modelos noche y dia
Contempla atenta, ó juventud hispana;
Y el pecho asi excitado,
La senda estrecha que á la gloria guia,
Emprende alegre, ufana.
El genio creador vaya á tu lado:
Aquel que al cielo alzado
Huye lo popular, cual garza hermosa,
Cuando del suelo rápida se aleja,
Al firmamento se levanta airosa,
Y el vulgo de las aves atras deja.
¡O venturoso, el que en las artes siente
Propicio al cielo, que al nacer le infunde
Su vivífica llama!
Dadme, musas, guirnalda floreciente
Que su frente circunde;

Mientra el pecho latiéndole se inflama
De noble ardor, exclama
Desvelado en su afan, no halla reposo
Al inquieto furor, teme, suspira
De un númen lleno, y con pincel fogoso,
Odio, miedo, terror y amor me inspira.
Quizá algun joven al mirar la gloria
De tan augusto dia, y de mi canto
Quizá tambien herido,
Se excita ya á la próxima victoria;
No la duda, y en llanto
Se baña de placer: ¡O esclarecido
Premio, muy mas subido
Que el tesoro mas rico! Quien merece
Que tú le enjugues el sudor dichoso,
Inmortal vuela por el orbe, y crece
En cada edad con nombre mas famoso.
Asi Fidias, Lisipo, Apeles viven
En eterna memoria; asi la rara
Fama de Zeuxis dura,
Y el grande Urbino y Micael reciben
Cual ellos honra clara;
Ni á tí, ó Velazquez, en tiniebla obscura
Sumió la muerte dura.
Sus huellas, noble juventud, sus huellas
Sigue, imítalos, insta; y denodada

Hiere con alta frente las estrellas,
En sus divinas obras inflamada.
Mas de las musas y el crinado Apolo
Oye tambien la celestial doctrina,
Que á Fidias dió el modelo
El cantor Frigio del que el alto polo
Conturba, su divina
Frente moviendo, y estremece el suelo.
Y no en torpe desvelo
Al vicio el pincel des. La virtud santa,
O artistas, retratad, y disfamado
El vicio huirá con vergonzosa planta,
Cual sombra triste al resplandor sagrado.
Y los que de la noble arquitectura
La ardua senda seguis, los cuidadosos
Ojos volved contino
A la augusta grandeza y hermosura
De los restos preciosos,
Que del griego poder y del latino
Guardar plugo al destino.
Alli estudiad la magestad suntuosa,
Sólida proporcion, sencilla idea,
Que á Herrera hicieron claro, y su dichosa
Edad de nuevo amanecer se vea.
Mas tú en quien Cárlos de la patria fia
La suerte y el honor, ó esclarecido

Conde, escucha oficioso
Lo que me inspira el cielo en este dia.
Si de tí protegido
Sigue el genio español, si el lauro honroso
En su afan generoso
Galardon fuere que al artista anime;
Ni envidiaremos la Piedad Toscana [1],
Ni tus Estancias [2], Rafael sublime,
Ni la soberbia mole Vaticana.
Feliz entonces el pincel ibero
Del gran Cárlos la imagen gloriosa
Copiará reverente,
Y al Príncipe brillando, cual lucero
A par su augusta esposa.
Brille el valor impreso en su alta frente,
Y el consejo prudente;
Las gracias todas en la amable Luisa,
Y en el Real pimpollo ¡ay! el consuelo
De dos mundos, la paz y tierna risa
Con que recrea al venerable Abuelo.

1 Insigne grupo de María Santísima con su Hijo difunto en los brazos, ejecutado por Miguel Angel, príncipe de la escuela florentina.

2 Salas del Vaticano pintadas por el gran Rafael, y bien conocidas de los profesores y aficionados á las artes.

ODA VI.

DE LA VERDADERA PAZ.

AL MTRO. FR. DIEGO GONZALEZ.

Delio, cuantos el cielo
Importunan con súplicas, bañando
En lloro amargo el suelo,
Van dulce paz buscando,
Y á Dios la estan contino demandando.
Las manos extendidas
En su hogar pobre el labrador la implora;
Y entre las combatidas
Olas de la sonora
Mar la demanda el mercader que llora.
¿Por qué el feroz soldado
Rompiendo el fuerte muro á muerte dura
Pone su pecho osado?
¡Ay Delio! asi asegura
El ocio blando que la paz procura.
Todos la paz desean,
Todos se afanan en buscarla, y gimen;
Mas por artes que emplean,
Las ansias no rediman
Que el apenado corazon comprimen.

¿Por qué no el verdadero
Descanso hallarse puede ni en el oro,
Ni en el rico granero,
Ni en el eco sonoro
Del bélico clarin, causa de lloro;
Sino solo en la pura
Conciencia, de esperanzas y temores
Altamente segura,
Que ni bienes mayores
Anhela, ni del aula los favores?
Mas consigo contenta
En grata y no envidiada medianía,
A su deber atenta,
Solo en el Señor fia,
Y veces mil lo ensalza cada dia:
Ya si de nieve y grana
Pintando asoma el sonrosado oriente
La risueña mañana:
Ya si en su trono ardiente
Se ostenta el sol en el zenit fulgente:
O ya si el velo umbroso
Corre la augusta noche, y al rendido
Mundo llama al reposo:
Y el escuadron lucido
De estrellas lleva el ánimo embebido,
Ensalzado; y le entona

Humilde en feudo el cántico agradable
Que su bondad pregona,
Su ley santa, inefable
Con faz obedeciendo inalterable.
  O vida! ó sazonado
Fruto de la virtud! ¡De la del cielo
Remedo acá empezado!
¡Cuándo el hombre en el suelo
Podrá seguirte con derecho vuelo!
  ¡Cuándo será que deje
El suspirar, temer, y el congojoso
Mandar, ó que se aleje
Del oro á su reposo
Muy mas letal que el áspid ponzoñoso!
  Entonces tornaria
Al lagrimoso suelo la sagrada,
Alma paz: y seria
Tan fácil, Delio, hallada,
Cuan hora es ¡ay! en vano procurada.

ODA VII.

AL SER INCOMPRENSIBLE DE DIOS.

¡Primero, eterno Ser, incomprensible,
Patente y escondido,

Aunque velado en gloria inmarcesible,
De todos conocido:
  Santo Jehová, cuya divina esencia
Adoro, mas no entiendo,
Cuando su influjo y celestial presencia
Dichoso estoy sintiendo:
  En quien existe todo, en quien respira,
Fuerza y virtud recibe;
El ave vuela, el pez las aguas gira,
Y el hombre entiende y vive!
  Mientras mas te contemplo, y con mas ansia
Te sigo, mas te alejas;
Y tu bondad inmensa y mi ignorancia
Tan solo ver me dejas.
  ¿Mas cómo, si los cielos de los cielos
No bastan á encerrarte,
De mi flaca razon los tardos vuelos
Llegarán á alcanzarte?
  Ella se pierde en el excelso abismo
De tu lumbre esplendente,
Y te adora, Señor, por esto mismo
Mas ciega y reverente.
  Pues si le fuera comprenderte dado
Igual á tí seria:
El cetro te quitára, y mal tu grado
Tu trono ocuparia.

Pero tú, Señor Dios, vences mi ciencia,
Que eternos siglos vives;
Y el primero y el último en esencia
De nadie ley recibes:

Tú que mueves los cielos, y al profundo
Mar linde señalaste;
Y con columnas de diamante al mundo
Poderoso afirmaste.

Tu solio es el empíreo, y de tus leves
Pies alfombra la tierra;
Y hasta el abismo á descender te atreves,
Y ves cuanto en sí encierra:

De do sobre tus tronos te sublimas:
Y velado en luz pura
Del orgullo del hombre te lastimas,
Burlando su locura.

Pues siendo tú mayor que el ancho cielo
Y que el mar insondable,
Y ante quien nada es, remonta el vuelo
A tu faz adorable:

Cuando los serafines acatando,
Señor, tu inmensa alteza,
Los rostros con las alas ocultando,
Publican su bajeza.

¡O riqueza eternal! ó inmenso abismo!
O ser! ó luz sagrada!

Tan solo comprendida en tí mismo,
Y á mi anhelo eclipsada.
¿Quién eres? ¿dónde estás? ¿no me respondes?
Préstame tus ligeras
Alas, y treparé donde te escondes
En las claras esferas.
Mas que el viento veloz, al proceloso
Orion, á la aurora,
Al aquilon, al austro sin reposo
Demandaré en una hora.
Demandaré..... destierra la osadía
De querer comprenderte
De mí, gran Dios, hasta que el alma mia
Llegue en tu gloria á verte:
Que no es del lodo humilde en cuanto vive
Tanto alzarse del suelo;
Ni con débiles ojos se percibe
La inmensa luz del cielo.
Ella me ofusca: mas del vil gusano
Del sol al carro ardiente,
Todo tu ser me anuncia soberano
Con lenguage elocuente.
Yo lo toco, lo siento, y cuidadoso
En la planta lo admiro,
Lo bendigo en el bruto, respetoso
Lo aliento si respiro.

Pero si osada á su inefable altura,
Absorta en su belleza,
La curiosa razon trepar procura
Por la naturaleza,
Ella misma me grita: O ciego, tente
En tu afan importuno,
Que entrar en su sagrario no consiente
El Excelso á ninguno.
Los objetos mas claros se me mudan,
Y al reves se me tornan;
De todo mis nublados ojos dudan,
Y todo lo trastornan.
Que el que arder hace al sol, su lumbre ciega
Y una voz en mi oido
Contempla, dice, adora, admira y ruega;
Y gózame escondido.
Yo asi abismado en tanta maravilla,
Con miedo reverente
Ceso, y humilde inclino la rodilla
Y la devota frente..

ODA VIII.

LA NOCHE Y LA SOLEDAD [1]:

AL SR. D. GASPAR DE JOVELLANOS, DEL CONSEJO DE LAS ORDENES.

Ven, dulce soledad, y al alma mia
Libra del mar horrísono, agitado
Del mundo corrompido,
Y benigna la paz y la alegría
Vuelve al doliente corazon, llagado:
Ven, levanta mi espíritu abatido:
El venero crecido
Modera de las lágrimas que lloro,
Y á tus quietas mansiones me trasporta.
Tu favor celestial humilde imploro:
Ven; á un triste conforta,
Sublime soledad, y libre sea
Del confuso tropel que me rodea.

Ay! ¿por qué asi agitarse el hombre insano;
Y viendo ya á los pies ¡ó ciego! abierto
El sepulcro gozarte?
Pon, pon freno á la risa, polvo vano,

1 Primera composicion filosófica del autor, año de 1780.

Calma de tu anhelar el desconcierto,
Y entra en tu corazon á contemplarte.
¿Qué ves para gloriarte?
¿Qué ves dentro de tí? Vuelve los ojos
A tus míseros dias; de tus gustos
La flor huyó, quedaron los abrojos
Como castigos justos:
Y fugaces las horas se volaron.....
¿Qué poder tornará las que pasaron?
  Tú, augusta soledad, al alma llenas
De otra sublime luz; tú la separas
Del placer pestilente,
Y mientras en silencio la enagenas,
A la virtud el ánimo preparas,
Y á la verdad inclinas trasparente
Del cielo refulgente,
Haciendo que nos abra el hondo abismo
Do esconde sus tesoros celestiales.
El hombre iluminado ve en sí mismo
Las señas inmortales,
Merced á tu favor, de su grandeza,
Del mundo vil hollando la bajeza.
  La mente sin los lazos que detienen
Su generoso ardor, en raudo vuelo
Las vagas nubes pasa,
Llegando á do su trono alzado tienen

Al inmenso Hacedor los altos cielos,
Y á su divina norma se compasa:
De su lumbre sin tasa
Gozosa se alimenta y satisface.
El fuego celestial con que se atreve
A las grandes empresas, cuanto hace
Bueno el hombre lo debe,
¡O soledad! á tu silencio augusto,
Donde Dios habla, y se descubre al justo.
Mas los hombres que ilusos no perciben
Su misteriosa voz, cuyos oidos
A la verdad cerrados,
Y al error son patentes, asi viven
Del mundo en el estrépito metidos,
Cual en galera míseros forzados:
Siervos aherrojados
Al antojo liviano y las pasiones,
Sorprehéndelos de súbito la muerte.
El sabio, solo el sabio las prisiones
Rompe con mano fuerte:
Intrépido de todo se retira,
Y de la playa la borrasca mira.
Entonces adormido en paz gloriosa
Pesa con lo pasado lo presente,
Con remontado vuelo
Al ciego porvenir lanzarse osa,

Y eleva á las estrellas la ardua frente.
¿Puede á tu ser nacido para el cielo
Embebecer el suelo?
¿Puede á un alma inmortal, con quien son nada
Esos soles y globos cristalinos,
Tener el bajo suelo asi apegada;
O en juguetes mezquinos
Ocuparte, olvidando el alto grado
A que el gran Ser al hombre ha sublimado?
Ves las esferas de eternal ventura,
Reales mansiones del Señor, labradas
Por su poder divino,
Del sin fin de luceros la hermosura
Todos girando en órbitas variadas:
Alzándose en el éter cristalino
La luna que el benigno
Rayo de su alba luz al mundo envia,
Las pardas sombras y su horror sagrado;
Del fugaz viento por la sombra umbría
El son dulce, acordado:
¿Qué son los pasatiempos do te encantas
A par ¡ó ciego! de grandezas tantas?
Tú, espíritu sublime, que metido
Del mundo en el estrépito, suspiras
Por el retiro al cielo,
Del ser humano para honor nacido:

Tú que los yerros de los hombres miras,
Y á Témis templas el ardiente zelo
Con que hiere en el suelo,
Do cual Genio benéfico defiendes
Al huérfano y viüda miserables;
Si desde el foro mi cantar entiendes,
Los tonos lamentables
Mira en plácida faz, dulce Jovino,
Si de honor tanto humilde verso es digno.

La amistad me lo inspira; y pues conoces
El valor de las lágrimas, y sabes
Con tu divino canto
Mitigar mi dolor, las tiernas voces
Oye, que el pecho en sus tormentas graves
Solo halla alivio en el amargo llanto.
El celestial encanto
De la dulce armonía, que pusieron
Los cielos en mis labios, y mezquinos
Engaños hasta aqui absorto tuvieron,
Los avisos divinos
Oye de la verdad: los lazos deja:
La virtud canta, y de su error te queja.

¿Cuándo el dia será luciente y puro,
Que en suave soledad contigo unido
El ánimo cuidoso
Pueda enjugar sus lágrimas seguro?

Do en el bosque mas solo y escondido,
Libres, y al pie del arbol mas frondoso
En celestial reposo
Tan sublimes verdades contemplemos.
Acelerad ¡ó cielos! tales dias,
Y la cítara fúnebre templemos,
¡O Young! que tú tañias
Cuando en las rocas de Albion llorabas,
Y á Narcisa á la muerte demandabas.
¿Por qué delitos tantos? ¿por qué holladas
Las leyes de los cielos descendidas?
¿Los lechos conculcados,
Los conyugales lechos? Y empapadas
De humana sangre manos homicidas?
Los padres por sus hijos ultrajados?
Los templos profanados?
¿Quién, nuevo Catilina, quién demente
Contra la patria armó tu inicua mano?
El soplo del ejemplo pestilente
Corrompe el ser humano.
¿Pero de dónde los ejemplos nacen?
Ay! de las juntas que los hombres hacen.
El vicio, sagacísimo guerrero,
Asalta el corazon, que embelesado
Ni aun acercarle siente:
Adúlanos el mundo lisonjero:

El deleite con soplo envenenado
Nos adormece; y de la sed ardiente
Que hartura no consiente
El avaro nos toca: ¿quién holgarse
Pudo en loco festin, que entre el lucido
Estrépito saliera sin mancharse?
Y el falaz gozo ido,
¿Quién halla el alma sosegada y pura,
Y la conciencia de afliccion segura?

La cándida virtud, cual pura rosa
Que al rayo de la aurora la cabeza
Levanta aljofarada,
Da á solas su fragancia deliciosa:
Un soplo ajó su virginal belleza.
A veces sin cuidado una mirada
Encendió la dañada
Hoguera del amor: tal vez el ciego
Rencor nació por un enojo breve,
Y una ciudad devora con su fuego.
Del mal la causa es leve,
Y de sus flechas pérfido el amago,
Cuanto crudo y sin límites su estrago.

Retiro celestial, tú, ¡ó dulce puerto!
Do exhalado se acoge el pecho mio
De los hombres huyendo,
De tanto mal me pones á cubierto:

A tí seguro mi dolor confio,
Con mis ansias el cielo conmoviendo.
¿Qué lágrimas corriendo
Por mis mejillas van? ¿por qué agitado
Me late el corazon enternecido
En los males del hombre malhadado?
¡O asilo apetecido!
¡O soledad, que en mi dolor imploro,
Benigna acoge el encendido lloro!
En estas horas, que del raso cielo
Tanto fúlgido sol vela guardando
Al mundo adormecido,
Cubiertos vagan del nocturno velo,
A la virtud los malos acechando;
Tú de tu solio que los ves bruñido,
¿Dónde ¡ó luna! te has ido?
¿Huyes de maldad tanta horrorizada?
¿Tu faz pálida escondes?.... ¡O malvados!
Rubor, rubor os dé su luz sagrada;
Ved, que por vos manchados
Los orbes puros que el Excelso habita,
Su diestra santa á su pesar se irrita.
El justo en tanto reverente alzando
Las inocentes manos, engrandece
La inmensa omnipotencia,
Su enojo con mil lágrimas templando;

Y cuanto al vano mundo desparece,
Tanto mas cerca siente su presencia.
¡Los cielos!..... ¡la conciencia!.....
¡Qué augustos compañeros! ¡qué sagradas
Verdades mostrarán á el alma mia
Ahora que estas aguas despeñadas,
Y la acorde armonía
Del triste ruiseñor al manso viento
Despiertan mi adormido pensamiento!
¿Quién puede ver el cielo tachonado
De lumbre tanta, y la beldad gloriosa
De la noche serena,
El arboleda umbrosa, el concitado
Batir de la corriente procelosa,
Que allá á lo lejos pavoroso suena,
Y este valle do apena
El rayo de la luna pasar puede,
Que alegre el seno palpitar no sienta,
Y en suavísimos éxtasis no quede?
El alma descontenta,
Divina soledad, por tí suspira,
Do atónita al gran Ser, do quier admira.
Yo apenas entro en tu recinto umbroso
Siento el ánimo libre y descargado
Del peso que me abruma;
Todo ardiendo en un fuego generoso

A seguir la virtud me atrevo osado.
El liviano contento ¿qué es en suma
Sino viento y espuma?
Si en la tierra se fija el pensamiento,
Cuanto en el mal feraz en bien mezquina,
¿Para volar al cielo tendrá aliento?
Ay! la virtud divina
Que del vil suelo excelso le levanta,
Solo la debe á tí, soledad santa.
Los hombres siempre en la maldad osados,
Del Señor los altísimos decretos
Sacrílegos burlaran;
Y á sueño vergonzoso el dia dados,
En las tinieblas fúnebres inquietos
Todo á su libre antojo lo trocaran.
¿Mas por qué tanto osaran?
¿Qué furor los tomó? siendo el traslado
Mejor la noche del poder eterno,
Do el malo entre las sombras ve azorado
Casi abierto el averno;
Y el ímpio á Dios descubre confundido,
Y ante él se humilla de su error corrido.
No asi los solitarios que guardaban
En otra edad las selvas pavorosas
En olvido dichoso,
Las silenciosas horas ocupaban

En delitos ó en pláticas ociosas;
Mas antes embriagados en sabroso,
Dulcísimo reposo,
Al comun padre ardientes sublimando
Entre inefables éxtasis la mente,
Su celestial imagen contemplando
En tanto sol luciente,
Como la alteza soberana muestra
De su bondad y omnipotente diestra.
De noche el Señor reina: los horrores
De su lumbrosa faz sirven de velo
Al Todopoderoso,
Do mas bien que del sol en los fulgores
Al alma alumbra el vagaroso cielo.
Su silencio tranquilo y misterioso
Da á la mente el reposo
Que le roba la luz del albo dia.
El estrépito y vanos menesteres,
Las inútiles hablas, la alegría
Y vedados placeres,
Del dulce meditar el alma alejan,
Y en triste error y ceguedad la dejan.
¡O noche! ó soledad! en vuestro seno
Solo hallo el bien, y en libertad me miro.
Entonces las pasiones
Pierden su fuerza, el corazon sereno,

Y al cielo atento, tras sus astros giro:
O á la razon nivelo mis acciones;
O en mil contemplaciones
Utilmente me ocupo; y desprendido
De los lazos del cuerpo me levanto
Al supremo Hacedor; ante él rendido
Sus maravillas canto:
Y con los pies hollando lo terreno,
Con él me gozo, alivio y enageno.
¿Cómo pues insensato el hombre te huye,
Divina soledad? ¿Cómo lamenta
Su venturosa suerte
Si en tu seno se ve, y al cielo arguye?
¿Por qué en míseras sombras se contenta?
¿Le robarán los hombres á la muerte?
¿Su golpe es menos fuerte
Si en descuido le hiere? ¿Los agudos
Pesares, la miseria, los dolores
No le amenazan sin cesar sañudos,
Aunque duerma entre flores?
¿Y el hombre triste á padecer nacido
Reposar osa en tan letal olvido?
¿No ha de verle el sepulcro pavoroso
En ciega noche y soledad, comida
De fétidos gusanos,
Hasta que agrade al Todopoderoso

Con su imperiosa voz darle otra vida,
Alzándole del polvo con sus manos?
¿Beldad y años lozanos
No han de parar en esto? ay! ¡qué insufrible
Te será aquel estado, si no sabes
Vivir en soledad! ay! ¡cuán terrible
Ver que en ansias tan graves
Solo te hace otro polvo compañía!.....
Se estremece en pensarlo el alma mia.
Tú, dulce amigo, que el valor conoces
De la meditacion, y el alma cuanto
Con el retiro gana,
Ven; y esquivadas turbulentas voces,
Al cuidado civil te roba en tanto
Que el sonrosado manto de oro y grana
Desplega la mañana:
Y con Young silenciosos nos entremos
En blanda paz por estas soledades,
Do en sus noches sublimes meditemos
Mil divinas verdades;
Y á su voz lamentable enternecidos
Repitamos sus lúgubres gemidos.

ODA IX.

AL DR. D. ANTONIO TAVIRA, CAPELLAN DE HONOR DE S. M., EN LA MUERTE DE UNA HERMANA.

Ay! ¡con qué voces en tu amargo duelo
Alentarte podré! ¡dónde palabras
Hallará de consuelo
Mi musa dolorida
Para tan cruda herida!
De pena mudo, en lágrimas bañado,
Y el pecho en mil sollozos oprimido,
Tú ruegas angustiado
A la muerte inhumana
Por la inocente hermana.
Por tu hermana, tu amor, mitad preciosa
Del alma tuya, sin sazon perdida,
Cual delicada rosa
Que se agosta y fenece
El dia en que florece.
Ay! clama en vano tu dolor profundo:
Su candor, su inocencia, sus virtudes
No eran, no, para el mundo;
Donde fugaz un hora

Brilló cual pura aurora.
  Es campo de milicia el suelo triste:
Ella ganó la palma en breves dias,
Y en la gloria do asiste,
La goza ya segura
En eternal ventura.
  Deja pues de llorar y enternecerte,
Ni en su angélico gozo te conduelas;
Que es de Dios oponerte
A la ley adorable
Con voluntad culpable.
  Él alargó la diestra cariñosa,
Para darle su herencia inmarcesible
En la mansion dichosa,
Do nunca fuera oido
Ni queja ni alarido.
  ¡Y tú, que sus consejos con rendida
Frente hasta aqui, Tavira, has adorado,
Gimes hoy sin medida!
Oh! lejos tal locura,
Lejos de tu cordura.
  Justo es en golpe tal el desconsuelo:
Mas pon los ojos en la dulce hermana
Coronada en el cielo,
Y en regocijo santo
Se tornará tu llanto.

ODA X.

VANIDAD DE LAS QUEJAS DEL HOMBRE CONTRA SU HACEDOR.

AL EXCMO. SR. D. FELIPE PALAFOX Y PORTOCARRERO, CONDE DEL MONTIJO.

¿Es el orgullo, es la razon quejosa
La que airada se vuelve, y cuenta pide
Al Hacedor divino
De esta fábrica hermosa,
Y la grandeza de sus obras mide?
¿En este todo inmenso y peregrino
Por qué el grado mas digno
Al linage del hombre no fue dado?
¿Por qué fue echado en el humilde suelo?
¿No es rey universal de lo criado?
Pues suba y more el cristalino cielo.

¿La luna plateada para él solo
No recibe la luz que al suelo envia?
¿Las fulgentes estrellas
Del uno al otro polo
Sus esclavas no son? ¿Y al albo dia
Por él no baña con sus luces bellas
El sol, cuando huyen ellas?

Una pues, una su grandeza cuanto
Llevan los seres todo repartido:
Sus quejas cesen y su justo llanto,
Y sea en el mundo cual señor servido.
  El hombre osado en su soberbio pecho
Se queja así de Dios, y romper quiere
Vasallo rebelado
Aquel vínculo estrecho
Que cada parte á su lugar refiere,
Y ata y sostiene cuanto está creado.
Yo fui, dice, formado
Por término de todo: el fin primero
Del universo soy: á mí es debida
La luz del sol, el brillo del lucero,
Y la tierra de yerba y flor vestida.
  ¿Y no se debe al ave el raudo viento,
Presa al lobo rapaz, pasto á la oveja,
Lluvias al verde prado?
¿El líquido elemento
Al pez no se le debe? ¿Dónde deja
El Hacedor ni un átomo olvidado?
Todo está colocado
Cual debe en su gran obra; y nada puede
Del círculo salir que le ha cabido,
Sin que en desorden ciego al punto quede,
Pues todo en ella mueve y es movido.

No, excelso Palafox: si el hombre osa
A el angel emular, cuando quisiera
Llenar mas alto grado,
La soberbia orgullosa
Habla en su corazon, no la severa
Razon con que por Dios fue sublimado.
Por el primer pecado
Su pecho está en dos bandos dividido:
El apetito arrastra por la tierra,
Cual humilde reptil; y el atrevido
Ánimo al cielo mismo pone guerra.

La modesta razon no encumbra el vuelo,
Sino hácia sí se vuelve, y asombrada
Ve la inmensa cadena
Que ata el abismo al cielo.
¿Del infinito en medio y de la nada
Qué es el hombre ignorante? ¿quién serena
Las borrascas, ó enfrena
Los bravos huracanes? ¿A las aves
Quién enseña á surcar el vago viento,
Y á sus lenguas los cánticos süaves?
¿O quién dió al arbol hojas y alimento?

Entonces cuando el hombre alcanzar pueda,
Qué es la hoguera del sol; de dónde viene
La lluvia y el rocío;
Qué fuerza impele á la celeste rueda;

Dónde suspenso el universo tiene
De Dios el infinito poderío;
Podrá en su orgullo impío
A los seres decir: á tí te toca
Llenar este lugar, á tí este grado;
Y asi adular á su soberbia loca
En el centro de todos colocado.
  Mas no tanto: si el siervo los secretos
Ve del señor; ó si el vasallo sabe
Qué sistemas medita
Y sagrados decretos
El rey en su hondo seno; si en tí cabe
Sondar como tu cólera se irrita,
¡O ciego! y quién la excita;
Quién á tu sangre por las venas mueve;
Por qué causa la piedra al centro baja;
Por qué es líquida el agua, el viento leve;
En tachar necio á tu Hacedor trabaja.
  ¡Hijo del polvo, si elevarla osas,
Alza la vista al cielo, y ve la esfera
De estrellas tachonada,
Todas á par hermosas!
¿Es solo para tí tanta lumbrera?
Acaso cada cual será empleada
En bañar con dorada
Llama, como acá el sol, otro gran suelo;

Y los que el globo de Saturno moran,
Tan lejos como tú miran el cielo,
Y que tú habitas este punto ignoran.
Los ojos vuelve hácia la baja tierra,
Y á sus vivientes llega á tu despecho:
El mas imperceptible
Mil otros en sí encierra.
¡Del mosquito sutil, que inmenso trecho
Al que apenas la lente hace visible!
¿Y acaso no es posible
Descender aun de aquel? pues él contiene
Dentro en sí otros, que á vivir dispone:
Cada cual movimiento y partes tiene,
Y cada parte de otras se compone.
El hombre comparado, generoso
Amigo, al universo es cual el punto
Con la tendida esfera,
O un ola al mar undoso.
Su saber es que empieza y muere junto,
Y menos que un instante su carrera.
Mas años mil viviera,
Jamas otros misterios sondaria.
Las cosas todas en la nada nacen,
Y en lo infinito paran: quien las cria
Contará solo los guarismos que hacen.
¡Hombre mortal, escucha: al orden mira

Del todo; el orden es la ley primera
Del cielo soberano!
La inmensidad admira
Del universo; y gózate en tu esfera,
Que tu felicidad está en tu mano.
Deja de anhelar vano
Por el lugar del ángel: á él subiendo
Tambien al tuyo el bruto ascenderia:
La planta al animal fuera impeliendo,
Y del orden por tí todo saldria.
  La providencia es justa: á tí te ha dado
En suerte la virtud, y al tosco bruto
El deleite grosero.
No estés, no, mal hallado
Con la augusta virtud: su dulce fruto
Es del alma la paz, y el verdadero
Gozo su compañero,
Que nada acá en la tierra darte puede.
¿Y qué en ella ó los cielos comparable
Merece ser al justo? ¿quién le excede?
¿O es hechura de Dios mas admirable?
  La grande ley que vivifica todo
Es el comun amor: ama á tu hermano:
Ama á la patria; y ama
Todo el mundo, de modo
Que antepongas al dueño soberano

Que bienes tantos sobre tí derrama.
Si este ardor bien te inflama,
Ora en la tierra mores largos dias,
O en flor te anuble un ábrego enojoso,
No temas las mortales agonías,
Que como justo acabarás gozoso.
Asi naturaleza al hombre dice:
Y la blanda esperanza hasta él desciende
Que le conforta el pecho;
Y él con ella es felice.
Mas si su osada vanidad entiende,
Le deja en sus sistemas satisfecho
Trabajar sin provecho.
Su presuncion con risa mira el cielo:
Y él nunca en su locura bien hallado,
Mientras anhela el bien con mas desvelo,
Mas parece que el bien huye su lado.

ODA XI.

LA TEMPESTAD.

¿Oyes, oyes el ruïdo
Del aquilón que en la selva
Entre los alzados robles
Con rápidas alas vuela?

¡Oh! ¡cuál silba! ¡cómo agita
Las ramas! sus hojas tiernas
En torbellinos violentos
Desparce con rabia fiera.
Una nube le acompaña
De negro polvo: la niebla
Se lanza en un mar undoso
Del cóncavo de las peñas,
Y cubre el cielo. La llama
Del sol desparece envuelta
En caliginosas nubes,
Y la noche á reinar entra.
Las aves huyen medrosas:
De espanto inmóvil se queda
El tardo buey, y el establo
Azorado á hallar no acierta.
Crece el huracan: del trueno
La imperiosa voz resuena,
Que el Omnipotente anuncia
A la congojada tierra.
Ya llega: otra vez horrible
El trueno la voz aumenta,
Y los relámpagos hacen
Del cielo una inmensa hoguera
¡Señor! ¡Señor! compasivo
Mi albergue mira: tu diestra

No lo aniquile: perdona
A un ser que te adora y tiembla.
Tú eres, Señor: te descubro
Entre el manto de tinieblas,
Con que misterioso al mundo
Tu faz y tu gloria velas.
Tú eres, Señor: poderoso
Sobre los vientos te llevan
Tus ángeles: de tu carro
Retumba la ronca rueda.
Tu carro es de fuego. El trueno,
El trueno otra vez: se acerca
El Señor: su trono en medio
De la tempestad asienta.
La desolacion le sigue;
Y el rayo su voz espera
Prestas las alas: lo manda;
Y el monte abrasado humea.
Arden las nubes: veloces
Los relámpagos serpean
Del Eterno en torno. Impíos,
¡Ay! temblad que Jehová llega.
Jehová la cóncava nube
Retumba, las hondas vegas
Jehová, sonoras responden
Jehová las altas esferas.

Despavorido al estruendo
El libertino despierta;
Y confundido el ateo
Su inefable ser confiesa.
De miedo y horror transidos,
Al Dios que insultaron ruegan
Temblando; y ante sus iras
Aniquilarse quisieran.
Él entre tanto imperioso
Domina: la frente excelsa
Mueve; la tormenta crece,
Y los montes titubean.
Llama al áspero granizo;
Y que anonade le ordena
De la vid el dulce fruto,
Y las ricas sementeras.
Le obedece; y con funesto
Estrépito se despeña
Al bajo suelo, y lo tala:
¡Señor! tus iras modera.
Mira al labrador que inmóvil
De espanto la obra contempla
De tu poder, sus hijuelos
Y su esposa le rodean.
Todos lloran: todos tienden
A tí las manos, y esperan

El pan de tí que hoy les robas.
¡Buen Dios! ¿dó está tu clemencia?
¿Vienes á asolarnos? ¿vienes
A mover al hombre guerra?
¿No hay un justo que te implore?
¿O á las súplicas te niegas?
Tú, en quien un padre oficioso
Hasta el vil insecto encuentra,
Que á millones de vivientes
Abres la mano, y sustentas;
¿Olvidas hoy á tus hijos?
¿O dejarás que perezca
Sin pan el pobre? tus iras
Ya desarma la inocencia.
Del justo el humilde ruego
Prevaleció: Jehová reina
Sobre el trueno: su alto cetro
Pasó sobre mi cabeza.
Ledo pasó: yo asombrado
No osé alzar la frente. ¡Oh! deja,
Señor, que humilde en el polvo
Adore tu providencia,
Que ya la benigna lluvia
De tu bendicion recrea
La árida tierra: ya baja,
Y blanda el aura refresca.

Con júbilo la reciben
Las aves; y en dulces lenguas
Por el mundo agradecido
Tu inmensa bondad celebran.
Pasó el nublado: la mano
Del señor la ardiente fuerza
Del rayo imperiosa calma,
Y el viento y el trueno arredra.
Quiérelo; y las torvas nubes
Bajo sus pies se congregan:
Mándalo; y rápidas parten
De su trono mil centellas.
Oyónos; y á la montaña
La tempestad voló presta.
¿No veis el hórrido estruendo?
¿Y cual el bosque se anega?
Ya, Padre, ya nos indultas;
Y el íris de paz nos muestras
En señal de la alianza
Que has jurado con la tierra.
Al cielo el Excelso torna:
Mortales, su omnipotencia
Cantad; y que el universo
Un himno á su gloria sea.

ODA XII.

LA TRIBULACION.

¿Por qué, por qué, me dejas?
Señor, Dios mio, Padre, vuelve y mira:
¿De mis ardientes quejas
Tu bondad se retira?
¿Tú cesas, y mi labio á tí suspira?
De tu nombre en la gloria
Los míseros fiaron; tú les diste
Del opresor victoria:
Sus plegarias oiste;
Y su esperanza y su salud cumpliste.
La muerte y sus dolores
Rompen mi corazon; en mis oidos
Suenan ya los clamores
De los apercibidos
Monstruos á devorarme, y sus bramidos.
A las fauces pegada
Mi lengua está; y al polvo me ha lanzado
Del olvido tu airada
Diestra: en torno he mirado,
Y el mar de la afliccion me ha circundado.
Mi pecho como cera

De dolor se liquída y desfallece:
Cual la llama ligera
Muy mas mi angustia crece;
Y aguija el enemigo, y me estremece.
  Gusano soy, no hombre,
Oprobrio de los hombres y su ira:
Sin que mi mal le asombre
Me mofa quien me mira;
Y mueve la cabeza, y se retira.
  A voces dicen: venga,
El Dios venga en que espera neciamente:
Su brazo le sostenga;
O en su solio fulgente
De gloria ciña su abatida frente.
  Entonce acataremos
Su mísera orfandad y su inocencia:
En tanto devoremos
Su pan; y la clemencia
De ese su Dios sustente su indigencia.
  Mas tú sobre las alas
De Querubines vas: los montes toca
Tu dedo, y los igualas
Con los valles: tu boca
Sopló, y en polvo vuela la ardua roca.
  Cual madre compasiva
En mi débil infancia me has guiado.

Contra la suerte esquiva
En hombros me has tomado;
Y siempre entre tus alas me has guardado.
  Solo soy, y tú fuiste
Mi padre: enfermo te imploré en el lecho
Y salud me trajiste.
¡Ay! ven, cubre mi pecho,
Que blanco todos de su saña han hecho.
  Ven, corre poderoso:
Confúndelos, señor: no mas dilates
El brazo victorioso
Con que fuerte combates,
Y los cedros altísimos abates.
  Corre, corre, que crece
Cual ola de la mar el dolor mio,
Y á mis pies se estremece
El averno sombrío.
Ven, señor; llega, que en tu diestra fio.

ODA XIII.

AL SOL.

Salud, ó sol glorioso,
Adorno de los cielos y hermosura,
Fecundo padre de la lumbre pura,

O Rey, ó Dios del dia,
Salud: tu luminoso,
Rápido carro guia
Por el inmenso cielo,
Hinchendo de tu gloria el bajo suelo.
  Ya velado en vistosos
Albores alzas la divina frente;
Y las cándidas horas tu fulgente
Corte alegres componen:
Tus caballos fogosos
A correr se disponen
Por la rosada esfera
Su inmensurable, sólita carrera.
  Te sonrie la aurora,
Y tus pasos precede, coronada
De luz, de grana y oro recamada.
Pliega su negro manto
La noche veladora;
Rompen en dulce canto
Las aves, cuanto alienta,
Saltando de placer tu pompa aumenta.
  Todo, todo renace
Del fúnebre letargo en que envolvia
La inmensa creacion la noche fria.
La fuente se deshiela:
Suelto el ganado pace:

Libre el insecto vuela;
Y el hombre se levanta
Extático á admirar belleza tanta.
Mientras tú derramando
Tus vivíficos fuegos, las riscosas
Montañas, las llanadas deliciosas,
Y el ancho mar sonante
Vas feliz colorando.
Ni es el cielo bastante
A tu carrera ardiente
De las puertas del alba hasta occidente:
Que en tu luz regalada
Mas que el rayo veloz todo lo inundas;
Y en alas de oro rápido circundas
El ámbito del suelo.
El Africa tostada,
Las regiones del hielo,
Y el Indo celebrado
Son un punto en tu círculo dorado.
¡Oh! ¡cuál vas! ¡cuán gloriosa
Del cielo la alta cima enseñoreas,
Lumbrera eterna, y con tu ardor recreas
Cuanto vida y ser tiene!
Su ancho gremio amorosa
La tierra te previene:
Sus gérmenes fecundas;

Y en vivas flores súbito la inundas.
  En la rauda corriente
Del oceáno en conyugales llamas
Los monstruos feos de su abismo inflamas.
Por la leona fiera
Arde el leon rugiente;
Su pena lisonjera
Canta el ave; y sonando
El insecto á su amada va buscando.
  ¡O Padre! ¡ó Rey eterno
De la naturaleza! á tí la rosa,
Gloria del campo, del favonio esposa,
Debe aroma y colores,
Y su racimo tierno
La vid, y sus olores
Y almibar tanta fruta,
Que en feudo el rico Otoño te tributa.
  Y á tí del caos umbrío
Debió el salir la tierra tan hermosa;
Y debió el agua su corriente undosa;
Y en luz resplandeciente
Brillar el aire frio,
Cuando naciste ardiente
Del tiempo el primer dia:
¡O de los astros gloria y alegría!
  Que tú en profusa mano

Tus celestiales y fecundas llamas,
Fuente de vida, por do quier derramas,
Con que súbito el suelo,
El inmenso oceano,
Y el trasparente cielo
Respiran: todo vive,
Y nuevos seres sin cesar recibe.
Próvido asi reparas
De la insaciable muerte los horrores;
Las víctimas que lanzan sus furores
En la region sombría,
Por tí á las luces claras
Tornan del almo dia;
Y en sucesion segura
De la vida el raudal eterno dura.
Si mueves la flamante
Cabeza, ya en la nube el rayo ardiente
Se enciende, horror al alma delincuente:
El pavoroso trueno
Retumba horriscnante;
Y de congoja lleno
Tiembla el mundo vecina
Entre aguaceros su eternal rüina.
Y si en serena lumbre
Arder velado quieres, en reposo
Se aduerme el universo venturoso,

Y el suelo reflorece.
La inmensa muchedumbre
Ante tí desparece
De astros en la alta esfera,
Donde arde solo tu inexhausta hoguera.
De ella la lumbre pura
Toma que al mundo plácida derrama
La luna, y Vénus su brillante llama.
Mas tu beldad gloriosa
No retires: oscura
La luna alzar no osa
Su faz; y en hondo olvido
Cae Vénus, cual si nunca hubiera sido.
Pero ya fatigado
En el mar precipitas de occidente
Tus flamígeras ruedas. ¡Cuál tu frente
Se corona de rosas!
¡Qué velo nacarado!
¡Qué ráfagas vistosas
De viva luz recaman
El tendido horizonte, el mar inflaman!
La vista embebecida
Puede mirar la desmayada lumbre
De tu inclinado disco: la ardua cumbre
De la opuesta montaña
La refleja encendida,

Y en púrpura se baña,
Mientras la sombra oscura
Cubriendo cae del mundo la hermosura.
¡Qué magia! ¡qué ostentosas
Decoraciones! ¡qué agraciados juegos
Hacen do quiera tus volubles fuegos!
El agua de ellos llena
Arde en llamas vistosas;
Y en su calma serena
Pinta ¡ó pasmo! el instante
Do al polo opuesto te hundes centellante.
¡A Dios, inmensa fuente
De luz! ¡astro divino! ¡á Dios, hermoso
Rey de los cielos, símbolo glorioso
Del excelso! y si ruego
A tí alcanza ferviente,
Cantando tu almo fuego
Me halle la muerte impía
A un postrer rayo de tu alegre dia.

ODA XIV.

LA NOCHE DE INVIERNO.

¡Oh! ¡cuán hórridos chocan
Los vientos! ¡óh que silbos,

Que cielo y tierra turban
Con soplo embravecido!
Las nubes concitadas
Despiden largos rios,
Y aumentan pavorosas
El miedo y el conflicto.
La luna en su albo trono
Con desmayado brillo
Preside á las tinieblas
En medio de su giro;
Y las menores lumbres,
El resplandor perdido,
Se esconden á los ojos
Que observan sus caminos.
Del Tormes suena lejos
El desigual ruido
Que forman las corientes
Batiendo con los riscos.
¡O invierno! ¡ó noche triste!
¡Cuán grato á mi tranquilo
Pecho es tu horror! ¡tu estruendo
Cuán plácido á mi oido!
Asi en el alta roca
Cantando el pastorcillo,
Del mar alborotado
Contempla los peligros.

Tu confusion medrosa
Me eleva hasta el divino
Ser, adorando humilde
Su inmenso poderío:
Y ante él absorto y ciego
Me anego en los abismos
De gloria que circundan
Su solio en el empíreo.
Su solio desde donde
Señala los lucidos
Pasos al sol, y encierra
La mar en sus dominios.
¡O ser inmenso! ¡ó causa
Primera! ¿dónde altivo
Con vuelo temerario
Me lleva mi delirio?
¡Señor! ¿quién sois? ¿quién puso
Sobre un eterno quicio
Con mano omnipotente
Los orbes de zafiro?
¿Quién dijo á las tinieblas,
Tened en señorío
La noche, y vistió al alba
De rosa el manto rico?
Quién suelta de los vientos
La furia; ó llevar quiso

Las aguas en sus hombros
Del aire al gran vacío?
¡O providencia! ¡ó mano
Süave! ¡ó Dios benigno!
¡O padre! ¿do no llegan
Tus ansias con tus hijos?
Yo veo en estas aguas
La mies del blondo Estío,
De Abril las gayas flores,
De Octubre los racimos.
Yo veo de los seres
En número infinito
La vida y el sustento
En ellas escondido.
Yo veo....no sé como,
Dios bueno, los prodigios
De tu saber explique
Mi pecho enternecido.
Cual concha nacarada,
Que abierta al matutino
Albor, convierte en perlas
El cándido rocío;
La tierra el ancho gremio
Prestando al cristalino
Humor con él fecunda
Sus gérmenes activos.

Y un dia el hombre ingrato
Con dulce regocijo
Las gotas de estas aguas
Trocadas verá en trigo.
Verá el pastor que el prado
Da yerbas al aprisco,
Saltando en pos sus madres
Los sueltos corderillos.
Y en las labradas vegas
Tenderse manso el rio,
Los surcos fecundando
Con paso retorcido.
Los vientos en sus alas,
Cual ave que en el pico
El grano á sus polluelos
Alegre lleva al nido;
Tal próvidos extienden
A términos distintos
Las fértiles semillas
Con soplo repetido.
Las plantas fortifican
En recio torbellino,
Del ayre desterrando
Los hálitos nocivos.
Y en la cansada tierra
Renuevan el perdido

Vigor, porque tributo
Nos rinda mas opimo.
¡O de Dios inefable
Bondad! ¡ó altos designios,
Que inmensos bienes causan
Por medios nò sabidos!
Do quiera que los ojos
Vuelvo, señor, yo admiro
Tu mano derramando
Perennes beneficios.
¡Ay! siéntalos mi pecho
Por siempre, y embebido
En ellos te tribute
Mi labio alegres himnos.

ODA XV.

EN LA ELEVACION DE UN AMIGO.

Rápida vuela por el aura leve,
Musa feliz, hasta el ilustre amigo
En el glorioso dia,
Que ya predijo fiel la amistad mia.
Alza tu voz en lisonjero aplauso
De alegres VIVAS, que la fama lleve
Por todo el ancho suelo,

Y encumbre presta al rutilante cielo.
  Este es el dia de las Musas, esta
La fausta aurora de su triunfo: Apolo
Ve su hijo coronado,
Y la virtud y el mérito ensalzado
  Sobre las alas de la dulce Gloria
Por el honor, de generosas almas
Anhelo esclarecido,
Y entre trabajos mil tarde obtenido.
  ¿Mas qué mi pecho atónito me dice
De tus hados, amigo? No, no es este
El galardon postrero,
Si el cielo no me burla lisonjero.
  Mayor órden de cosas te destina
Para bien de la Hesperia, nuevas honras
Previene á tus sudores,
Y de Cárlos mas íntimos favores.
  Que no fortuna á la virtud contraria
Siempre ha de hollar, ó la voluble mano
Dará su arbitrio ciego
A la sangre, al favor, ó indigno ruego.
  Otra es la edad feliz del rey clemente
Que en cetro justo y potestad nos rige;
Por quien la horrida guerra
Brama aberrojada, y duerme en paz la tierra.
  Él ve tus claros méritos, la augusta

Prudencia de tu mente y fe sencilla,
Y ese tu honesto seno
De amor del bien y de la patria lleno:
  Y cabe sí te llamará algun dia,
¡Dia feliz! y partirá contigo
Los cuidados profundos
Y afan inmenso de regir dos mundos.
  Henchirá entonces la virtud la tierra,
Cual el Sol rubio con sus rayos de oro,
Cuando entre nieve y rosa
Las puertas abre al dia el Alba hermosa.
  Lloverá el cielo de sus almos dones
Con mano larga; y volará atendido
El genio tras tus huellas
Con sus alas de fuego á las estrellas.
  Verá el colono la abundancia opima
Cariñosa reirle, en rubias mieses
La frente coronada;
Y el poder su cerviz verá quebrada.
  De nuestros padres las costumbres rudas
Renacerán, la probidad austera
Jamas de oro vencida,
Y aquel su honor mas caro que la vida.
  Sí, amigo, sí: mis codiciosos ojos
Esto verán, cuando en la cima toques
Del mando afortunado:

¡Ven luego, ven, ó tiempo suspirado!
  Ven; y tú, España, de esperanzas llena
Tu seno augusto; y en alegre pompa
Del amigo dichoso
Las glorias canta y hado venturoso.

ODA XVI.

A LAS ESTRELLAS.

¿Do estoy? ¿qué presto vuelo
De alada inteligencia me levanta
Desde la tierra vil á los reales
Alcázares del cielo?
Parad, soles ardientes,
Lámparas eternales,
Que huis girando en ligereza tanta,
Las alas esplendentes
Coged, coged; y en vuestra luz gloriosa
Abísmese mi vista venturosa.
  Por do quiera fulgores,
Y viva accion y presto movimiento.
El Dios del universo aqui ha sentado
Su corte entre esplendores:
Del infinito coro
De Angeles acatado,

Grato aqui escucha el celestial concento
De sus laúdes de oro;
Cual alma celestial el orbe alienta;
Y en sola una mirada lo sustenta.
¿Qué es de la tierra oscura?
Este átomo de polvo que orgulloso
Devastándolo agita el hombre insano
¡Ay! ora en guerra dura?
Despareció; y perdido
Su Sol con ella: en vano
Ansia el ánimo hallarlo cuidadoso
Entre tanto encendido
Fanal, ni á sus planetas: alli estaba
La blanca Luna; y Marte allá tornaba.
Sobre ellos sublimado
Corro en la inmensidad: la Lira ardiente,
El Orion, las Pléyadas lluviosas,
Y á tí, ó Sirio, inflamado
En viva, hermosa lumbre
Dejo atras, y las Osas.
Sobre el fanal del polo refulgente
Del empíreo á la cumbre
Trepo: la mente aun mas allá se lanza,
Y de la creacion el fin alcanza.
¡Qué digo el fin!....empieza
Otro y otro sistema, y otros cielos,

Y otros soles y globos cristalinos
De indecible belleza.
¿Qué serafin glorioso
En sus vagos caminos
Podrá alcanzarlos con sus raudos vuelos?
Mi espíritu congojoso
Por do quier halla mas, si mas desea;
Y el infinito en torno le rodea.

Sí, sí, que la inefable
Diestra del Hacedor no se limita
Cual la mente humanal á cerco breve.
El mar ancho, insondable
Tan nada le ha costado
Cual la arenilla leve:
Lo propio un claro sol, que esa infinita
Multitud que ha sembrado
Como el polvo en el ancho firmamento,
Y hoy de nuevo encender miles sin cuento.

Ante él como la nada
Asi es la creacion, menos que un puro
Rayo solar á su orbe luminoso:
Ni en su mente sagrada
Hay HASTA AQUI: su diestra
Jamas yace en reposo,
Del punto que animando el caos oscuro,
En soberana muestra

De su alto mando le intimó: fenece;
Y á esta ancha, inmensa bóveda aparece.
¡Ojalá en ella unido
A algun cometa ardiente su carr era
Rápida, inmensurable acompañára!
En el éter perdido,
Curioso indagaria
Tanta y tanta luz clara.
Ya en su giro cien siglos me escondiera:
Ya cabe el Sol veria
¿De do su llama sempiterna viene?
¿Qué brazo asi colgado le sostiene?
¿Qué es el opaco anillo
Del helado Saturno, y si al radiante
Júpiter los satélites aumentan
Su benéfico brillo?
¿En la cándida zona
Cuántos soles se cuentan?
¿Cuántos en el zodiaco centellante?
¿Quién puso la Corona
Do está, y la Hidra, y el Centauro fiero?
¿Do la Andrómeda brilla, y do el Boyero?
Y á todos demandara
Por su infinito autor; ¿dónde asentado
Entre esplendores y eternal ventura
Su excelso trono alzara?

¿Por cuál feliz camino
La humilde criatura
Puede trepar á su inefable estado ?
¿Do su confin divino
Toca, y qué sol le alumbra? ¿ó donde dijo,
De mis obras el término aqui fijo?
Cesemos: este sea
Postrer lucero, el valladar lumbroso
A la gran obra que yacia acordada
En mi inefable idea:
Columna magestuosa
Entre el ser y la nada
Alzada por mi brazo poderoso.
Mi bondad ve gozosa
Del postrer mundo al átomo primero;
Y en todo brilla, y mi supremo esmero.
Decid pues, encendidos
Globos, que ardéis sin número; fanales,
Que ornais el manto de la noche umbría,
Los hombres embebidos
Alzando hasta la altura
Del Ser grande que os guia
Rodando en esas plagas eternales:
Vosotros que segura
Senda al sabio mostrais, que os mira atento
Por el tendido, líquido elemento;

O en voluble semblante
Diérais al labrador en la apartada
Edad lecciones, como fiel partiese
Su trabajo incesante,
Y la rauda presteza
De los tiempos midiese:
Decid, globos, decid ¿dónde le agrada
De su faz la belleza
Mostrar á ese gran Ser? ¿dónde mi anhelo
La verá de su gloria caido el velo?
Buscárale cuidadoso
Por todo el ancho mundo, á la indistinta
Variedad de los seres demandado
Por su Hacedor glorioso.
El insecto brillante
Me responde sonando:
El que de oro y azul mis alas pinta
Está mas adelante:
Está mas adelante, me responde
La garza que en la nube audaz se esconde.
Y la mar procelosa,
Mas adelante, rebramando suena,
Y el fiero Leviatan en su hondo abismo:
En la aura vagarosa
Trinando al pueblo alado
Decir oigo lo mismo;

Y el rayo asolador que el mundo llena
En su vuelo inflamado
De horror y pasmo, mas allá, me clama,
Mora el que enciende mi sonante llama.
¿Dónde, soles gloriosos,
Está este mas allá, que nunca veo?
¿Jamas ni un alma vencerá atrevida
Los lindes misteriosos
De este imperio inefable,
Por mas que enardecida
Avance en su solícito deseo?
¡Ah! siempre inmensurable
Al hombre agoviará naturaleza,
Abismado en su mísera bajeza.
Siempre, lumbres sagradas,
Vosotras arderéis: en pos la mente
Vuestro áureo giro seguirá afanosa
Con alas desmayadas,
Y caerá sin aliento.
La noche misteriosa
Colgará con su velo refulgente
El ancho firmamento;
Y yo en mi amable error luego embriagado
Tornaré inquieto á mi feliz cuidado.

ODA XVII.

El deseo de Gloria en los Profesores de las Artes.[1]

Don grande es la alta fama,
Inclito premio de virtud, que al cielo
Encumbra envuelto en nube voladora
Desde el afan del circo polvoroso
Al Atleta dichoso,
Que arrebató la oliva triunfadora.
O ya á la muerte, ardiendo en noble anhelo,
Entre el plomo tronante, entre la llama
Al ciudadano aclama,
Que impávido obedece á su mandado
Por la brecha trepando con pie osado:
De agudas picas una selva espesa
A su pecho se opone;
Mientra en glorioso fin de la ardua empresa
Su heroica diestra denodada pone

1 Leyóse esta Oda el dia 14 de Julio de 1787 en la Junta general de la Real Academia de San Fernando para la distribucion de premios de pintura, escultura y arquitectura.

El vencedor pendon firme en el muro;
Y el fruto coge de su afan seguro.
Desde la popa hincharse
Ve el ínclito Colon la onda enemiga:
El trueno retumbar; la quilla incierta
Vagar llevada á la merced del viento:
La chusma sin aliento;
Y una honda sima hasta el abismo abierta:
¡Vil galardon á su inmortal fatiga!
Pero él en tanto escribe sin turbarse
La ínclita accion: hallarse
Podrá un dia, exclamando, tan preciado
Depósito, y mi nombre celebrado
De la fama será. Quiso benigno
Darle la mano el cielo:
Y entre las ondas plácido camino
Abrirle fausto hasta el hispano suelo.
El hombre por su arrojo sin segundo
Goza doblado el ámbito del mundo.
La fama á tanto alienta:
Ella al alma feliz que en luces nace
Rica, del baxo vulgo la retira
Al templo do Sofía es adorada;
Y en su luz embriagada
Sus inmensos tesoros muda admira.
¡Qué vigilia! ¡qué afan le satisface!

¡O en que invencion su anhelo se contenta!
Todo lo ansia sedienta
A par que alcanza mas: la noche, el dia
Son breves á su ardor. Solo ella guia
Del mando en el sendero peligroso
Al varon que eminente,
Mientra el vil ocio duerme perezoso,
Busca profundo y forma en su alta mente
Leyes que hagan el mundo afortunado,
Fruto de su vigilia y su cuidado.
Mas la gloria lo ordena,
La gloria de almas grande alimento,
Que á la virtud divina confiada
Peligros y sudores desestima.
Esta llama que anima
El frágil, mortal pecho, denodada
Todo lo emprende y tienta, ¿á su ardimiento
Que puede huir? la inmensidad terrèna
El corazon no llena,
Que aun es su ámbito al hombre espacio breve;
Y en su mente sublime á mas se atreve.
Ya el águila caudal suelto le mira
Partir su señorío
Cuando en los ayres se remonta y gira;
Baja alígero el rayo á su albedrío;
Y el raudo Sena aun se paró asustado

De hispano, enjuto pie viéndose hollado.
¡O de ingenio divino
Sumo poder! La mente creadora,
Émula del gran Ser que le dió vida,
Hasta las obras enmendar desea
De su alta, excelsa idea.
Asi en la llana tabla colorida,
Nuevos seres engendra, y los mejora
De diestra mano el toque peregrino.
Así en feliz destino
El dibujo halló Ardices contornado:
El color polignoto variado,
Las lıneas otro, y otro los pinceles.
La sabia perspectiva
Los cuerpos ordenó, dejando á Apeles
La gracia celestial, nunca mas viva
Que al admirarla Grecia compendiada
En su COA DEIDAD, aun no acabada.
¿Al arte engañadora
Qué entonces resistió? duda la mano
Sombras palpando, si la vista, ó ella
Es la burlada, y torna y se asegura.
Una inmensa llanura
Encierra espacio breve; y por correlIa
La planta anhela con ardor liviano:
De Helena infiel la sombra me enamora,

Y aun tierno el pecho llora,
Dido infeliz, tu trance doloroso,
Viendo extático un lienzo mentiroso [1].
¡O mágico poder! el delicado
Boton, la hórrida nube,
La vaga luz, el verde variado,
El ave que volando al cielo sube
Solo unas líneas son; y al pensamiento
Cual la misma verdad llevan contento.
Ni los mas escondidos
Movimientos del alma y sus pasiones
Pueden el reino huir de los pinceles.
Sorpréndelos el arte: indaga el pecho;
Y velo un volcan hecho
De turbados deseos, que los fieles
Matices le trasladan. Las razones
Del Itacense escuchan los oidos,
Yelmo y paves bruñidos,
Y él hasta del gran hijo de Peleo
Al Griego demandando[2]. El Genio veo,
El ateniense Genio, vario, airado,
Feroz, fugaz, injusto,

1 La muerte de Dido, célebre cuadro del Guido.
2 Célebre cuadro de Limantes, en que venció á Parrasio.

Clemente compasivo y elevado
A un tiempo todo[1]; y al mirar me asusto
La faz de la ímpia guerra, que indignada
Al carro brama de Alejandro atada[2].
Tanto el deseo alcanza
De fama eterna, si su llama prende
En un pecho mortal. Ella al divino
Apeles lleva á Rodas de sus lares
Por los tendidos mares:
Tiene años siete en un afan contino
De Ialiso al autor: el genio enciende
De Rafael; y el cetro le afianza
Con eterna alabanza,
De la pintura en su TABOR pasmoso:
Vargas, Céspedes, Juanes el reposo
Pierden por ella el Lacio discurriendo:
Y tú Mengs sobrehumano,
Tú, malogrado Mengs, en ella ardiendo
Los pinceles no sueltas de la mano:
Ve tus divinas tablas envidiosa
Natura; y tu alma grande aun no reposa.

1 Cuadro de Parrasio de que hace memoria Plinio como ingenioso.

2 Excelente obra de Apeles consagrada por Augusto en su foro, de donde tomó Virgilio su sublme descripcion del Furor bélico.

Pero ¡oh memoria aciaga!
Él muere, y en su tumba el genio helado
De la pintura yace. La hechicera
Gracia, la ideal belleza, la ingeniosa
Composicion, la hermosa
Verdad del colorido, la ligera
Expresion, el dibujo delicado....
¡Ah! ¿dónde triste mi memoria vaga?
Deja que satisfaga,
NOBLE ACADEMIA, á mi dolor: de flores
Sembrad la losa fria: estos honores
Son al PINTOR FILÓSOFO debidos,
Al émulo de Apeles.
Y tú, insigne Carmona, repetidos
En el cobre nos da de sus pinceles
Los milagros; que ¡oh cuanta! ¡oh! cuanta gloria
Guarda el tiempo á la suya y tu memoria!
Mas yo del mármol mudo,
Del mármol espirante arrebatado
Do volverme no sé. Por cualquier parte
Un númen halla atónito el deseo.
Aquí extasiado veo
Que al mismo Amor amor infunde el Arte [1].

1 El bellísimo Cupido de la Academia.

Allí del fiero Atleta
Huyo[1]; y siento acullá que al golpe rudo
El Gladiador forzudo
Cae, agoniza, y lanza por la herida
Envuelta en sangre la infelice vida[2]:
Quiero ahuyentar el ave que arrebata
Al barragan Troyano[3]:
Por el dolor que á Niobe maltrata
Tierno se agita el corazon liviano[4];
Y en él cual cera cada bulto imprime
El mismo afecto que falaz exprime.
Émula y compañera
Del mágico pincel, tú en el grosero
Mármol con mano diestra vas buscando
La divina beldad que en sí tenia:
Tú á su materia fria
Dar sabes vida y movimiento blando,
Y haces eterno al ínclito guerrero.
Aun de Antonino al sucesor venera
Presente Roma[5]; aun fiera

1 El Atleta combatiendo, obra excelente.
2 El Gladiador moribundo, estatua sublime.
3 El hermoso Ganimedes.
4 El grupo de la Niobe, lleno de expresion y belleza.
5 La insigne estatua ecuestre de Marco Aurelio.

La faz del Macedon reina entallada.
Y tú en inmensas fábricas osada,
Con arcos y palacios suntuosos
Tambien, ó Arquitectura,
Sabes eternizar: siempre famosos
Serán Delfos y el Faro: intacta dura
De Artemisa la fama; y de Palmira
La opulenta grandeza el mundo admira [1].
¡O Corte suntuosa!
¡O muestra eterna del poder humano!
¡De la ínclita Zenobia augusta silla!
¿A quién estrago tanto no estremece?
¿Quién ¡ay! no se enternece
Al ver el templo inmenso, maravilla
Del arte, desolado, al verde llano
Igual ya la muralla portentosa,
La selva vasta, hermosa
De columnas del tiempo destrozada,
Relieve tanto é inscripcion hollada?
Entre escombros y mármoles los valles
Solitarios la mente
Finge azorada dilatadas calles:

1 Las inmensas ruinas de Palmira aun son hoy el asombro y la lástima de cuantos viageros las visitan.

Oye el ruïdo y voces de la gente;
Y á mil sombras gritar ¡ay! ¡ay Palmira!
Y entre miedo y horror tambien suspira.
  Pace triste el ganado
Los soberbios salones: son zarzales
Los pavimentos; do el poder moraba
La mísera indigencia habita ahora.
¿La mano asoladora
Del implacable tiempo qué no acaba?
Asi del regio alcázar las señales
Irritan el dolor, y el destrozado
Obelisco sagrado,
Y el pórtico y excelsos capiteles,
Que á inmenso afan puliéron los cinceles.
Pero en tanta reliquia venerable
Escrita está la gloria
Del asiano esplendor siempre durable,
Y de Zenobia la ínclita memoria:
Y asi, ó Carlos, tu nombre esclarecido,
Fábrica tanta librará de olvido.
  O pio, feliz, justo,
O comun Padre, ó triunfador, amigo
Y amparo de las Artes generoso,
Benigno Carlos, tu real largueza
Las sublimó á la alteza
En que hoy las mira el español dichoso.

Desde tu excelso trono el blando abrigo
¡Oh! síguele indulgente; y deja, Augusto,
Deja acercar sin susto
A tus plantas mi Musa, y reverente
Ceñir de lauro tu sagrada frente.
Deja á las Artes, al hispano anhelo
Gozar tu deseada
Forma en estatuas mil; da este consuelo
A tus hijos: tu Corte decorada
Del domador de Nápoles se vea:
¡Oh! ¡alcánceło mi ruego; y luego sea!
Y tú que con él partes
Los inmensos cuidados, embebido
En la comun salud, tambien patrono
De las Musas munífico Mecenas,
Las congojosas penas
Depon del mando, y oficioso al trono
Sube el ferviente voto repetido
Que hacen conmigo tus amigas Artes.
Tú que aquí les repartes
Mil dones liberal, tambien al lado
Del Tercer Carlos te verás copiado:
Ya en faz benigna y mano cariñosa
Dando á esta turba ardiente
De jóvenes la palma gloriosa:
Ya oyendo al artesano diligente:

O ya el triste colono el yugo grave
Legislador tornando mas suave.

ODA XVIII.

Prosperidad aparente de los Malos.

En medio de su gloria asi decia
El pecador: En vano
Tender puede el señor su débil mano
Sobre la suerte mia.
A las nubes mi frente se levanta,
Y en el cielo se esconde.
¿Dónde está el justo? ¿las promesas dónde
Del Dios que humilde canta?
Hiel es su pan, y miel es mi comida,
Y espinas son su lecho,
¿Con su inútil virtud, qué fruto ha hecho?
Insidiemos su vida.
A hierro por mis hijos sean taladas
Sus casas y heredades;
Y ellos mi ínclita fama á las edades
Lleven mas apartadas.
Que el nombre de los buenos como nube
Se deshace en muriendo;
Solo el del poderoso va creciendo,

Y á las estrellas sube.
Caiga, caiga en mis redes su simpleza.
Él habló, yo pasaba;
Mas al tornar por verle la cabeza,
Ya no hallé donde estaba.
Su gloria se deshizo: sus tesoros
Carbones se volvieron:
Sus hijos al abismo descendieron;
Sus risas fueron lloros.
La confusion y el pasmo en su alegría
Los pasos le tomaron;
Y entre los lazos mismos le enredaron
Que al bueno prevenia.
Del injusto opresor esta es la suerte:
No brillará su fuego;
Y andará entre tinieblas como ciego
Sin que á salvarse acierte.
La muerte le amenaza, los disgustos
Le esperan en el lecho:
Contino un áspid le devora el pecho:
Contino vive en sustos.
Amanece, y la luz le da temores:
La noche en sombras crece;
Y á solas del averno le parece
Sentir ya los horrores.
Dará huyendo del fuego en las espadas:

El Señor le hará guerra;
Y caerán sus maldades á la tierra
Del cielo reveladas.
Porque del bien se apoderó inhumano
Del huérfano y viuda,
Le roerá las entrañas hambre aguda;
Y huirá el pan de su mano.
Su edad será marchita como el heno:
Su juventud florida
Caerá cual rosa del granizo herida
En medio el valle ameno.
Tal es, gran Dios, del pecador la suerte.
Pero al justo que fia
En tu promesa y por tu ley se guia,
Jamas llega la muerte.
Sus años correrán cual bullicioso
Arroyo en verde prado;
Y cual fresno á sus márgenes plantado
Se extenderá dichoso.

ODA XIX.

INMENSIDAD DE LA NATURALEZA, Y BONDAD INEFABLE DE SU AUTOR.

¡Oh gran naturaleza,
Cuán magnífica eres!
¡Cuánto el señor te enriqueció de seres
En profusa largueza!
Del musgo humilde al álamo encumbrado,
Del mínimo arador al elefante,
Del polvo vil, hollado,
Del sol al globo inmenso, rutilante,
¿Qué espíritu bastante
Será á contar los hijos, que en perene
Verdor tu seno próvido mantiene?
¿Pues qué de ese glorioso
Ejército sin cuento,
Que en viva luz y acorde movimiento
La noche orna vistoso?
¿De esos cometas por la inmensa esfera
Perdidos en la fuga arrebatada
De su vaga carrera?
¿Y esa gran zona en cuya luz nevada
La mente enagenada,

Cual la arena del mar así apiñados
Los soles ve? ¿de quién serán contados?
Del Excelso tan solo:
De aquel que en valedora
Diestra sabio encerró la mar sonora;
Y en uno y otro polo
Asentó los firmísimos quiciales,
Do eterno rueda el orbe, y se sustenta:
Del que los perennales
Veneros de las fuentes alimenta;
Y vuelve y tiene cuenta
Del polluelo del águila en su nido,
Y el pez al hondo piélago sumido.
Aquel á cuyo acento
Salieron de la nada;
Y que sustenta próvido alentada
Con su alto mandamiento
Esta máquina inmensa: á cuyo ardiente
Soplo reparador naturaleza
Fecundo el gremio siente,
Y el valle se orna en su fugaz belleza:
Mientra en ruda firmeza
Asienta el monte con su excelsa mano,
Sino cayera sobre el verde llano.
Él, de alta ciencia lleno,
Grande en poder, de vida

Fuente eterna, lo quiso; y sin medida
Los seres de su seno
Se lanzaron al punto: el gran vacío
Inundó presurosa
La luz: el sol con noble señorío
Se alzó del caos umbrío,
Del pueblo alado á ver la aura serena,
Y la ancha tierra de vivientes llena.
  Entonces de sus flores
Galanas se vistieron
Las vegas, y los árboles sintieron
Entre suaves olores
El peso de su fruta perfumada,
Riqueza todo y profusion dichosa.
La tierra coronada
De yerba y mies, que en ala cariñosa
Con inquietud gozosa
Nuevo en volar el céfiro movia,
La bondad suma del Señor decia.
  Su bondad que velando
Cual madre diligente
Sus amados hijuelos, blandamente
Lo va todo acordando
Con grata variedad: ella señala,
Natura inmensa, el grado mas cumplido
En tu inefable escala

A tanto ser, del Serafin lucido,
¡Oh portento! encendido
En sacrosanto amor, á la bajeza,
Del primer punto que en la nada empieza.

¡Qué mente esta armoniosa
Proporcion y acabados
Contrastes á un gran fin siempre ordenados
En su serie asombrosa
Correrá! Formas, movimientos, vidas,
Especies, climas, estacion, terreno,
Todo en las mas subidas
Felices consonancias. ¡Oh Dios bueno!
¡Dios de consejo lleno,
Y altísimo en poder! en cuanto obráras
En todo sabio lo mejor buscáras.

A tu obra convenia
La luz; y de una amable
Sonrisa de tu faz clara, inefable
Procedió luego el dia.
En pos el manto lóbrego, medroso
De la noche callada
Debió adormirla en plácido reposo;
Y de soles sin fin súbito ornada
La Luna plateada
Nació á empezar su giro refulgente
Del ceño augusto de tu excelsa frente.

El tiempo á tu imperiosa
Voz su curso modera.
Hablas, y rie en la luciente esfera
La Primavera hermosa,
De do en alas del céfiro templado
Baja á la tierra y puéblala de flores.
El trino regalado
De las aves, sus plácidos amores,
Del viento los olores,
Y un soplo celestial de nueva vida
El universo á júbilo convida.

Si al Estío inflamado
Llamas; y él respetoso
A sazonar el pan que dadivoso
Al hombre has preparado,
Corre á tu imperio tras el Can luciente,
Tu gloria el mundo ve de pasmo lleno:
Ya en el solano ardiente,
Ya en el fragor horrísono del trueno,
Ya en el cristal sereno
Del sesgo rio, en cuya linfa pura
Libra el valle su plácida frescura.

Tu bondad resplandece
En el opímo Octubre;
Y la ancha tierra de sus dones cubre.
¡Oh! ¡cuán rica aparece

En él la creacion! Tus bendiciones
Los frutos son, los frutos regalados
Con que la mesa pones,
Do tus hijos sin número llamados,
En comun sustentados,
Cantan tu mano larga bienhechora
Del pardo ocaso al reino de la Aurora.
¿Pues qué, cuando volando
Sobre hórridas tormentas
Tu excelso trono entre las nubes sientas;
Y el invierno velando
Su helada faz en magestad umbría
Oye tu voz, y el aguacero crece;
Y la tiniebla el dia
Roba, y fragoso el viento se embravece?
Ante tí se estremece
Turbado el orbe: atónito te adora;
Y tu clemencia y tu bondad implora.
Mientra en tu inmensa alteza
De paz una mirada
Lanzando en ella gózase apoyada
La gran naturaleza.
Y el coro fiel de espíritus gloriosos
Que en eterna alegría
Tu lumbre acata, en trinos armoniosos
Los himnos misteriosos

Sigue, que el universo reanimado
Suena á tu ardiente paternal cuidado.
De él la dichosa llama
De inefable amor viene,
Que á cuanto existe encadenado tiene;
Y vivífica inflama
Del globo luminoso, inmensurable,
Que un punto luce en el inmenso cielo,
Al átomo impalpable:
Del gusano que arrastra por el suelo,
Al ave que su vuelo
Sobre las nubes vagarosa tiende,
Y ve do el rayo asolador se enciende.
Y dél tanta armonía,
Tanta union soberana
Que no alcanza á sondar la mente humana.
La sombra al claro dia
Se opone; y de su acuerdo misterioso
En blando alivio al laso mundo viene
Tras la accion el reposo.
El liquido elemento opuesta tiene
La tierra; y en perenne,
Dulce acuerdo en amantes y en amados
Duran los entes todos separados.
Asi elevada, umbrosa
La encina ve á su planta,

Que el humilde junquillo se levanta
Bajo su pompa hojosa.
Sobre la flor la mariposa vuela
Do el tardo insecto reposado yace:
La tortolilla anhela
La soledad; y Progne se complace
Si el blando nido hace
Entre los hombres; y á su mano impía
El seno inerme y los hijuelos fia.
  Y en union todos viven,
Y gózanse y se aman:
A tu bondad menesterosos claman,
Y de ella el bien reciben.
Las tinieblas, la luz, el sol dorado,
El ancho mar, abismo de portentos,
El monte al cielo alzado,
El hondo valle, los alados vientos
En misticos concentos
Tu excelso nombre humildes glorifican;
Y en himnos mil su gratitud publican.
  ¡Y el hombre embrutecido,
O en su furor demente,
Osa acusarte, y tu bondad no siente!...
Abre, padre querido,
Su labio á la alabanza; y todo cante
En éxtasis de júbilo en el suelo

Tu amor, y lo levante
Sobre la inmensa bóveda del cielo.
Todo en rendido anhelo,
Todo, Señor, del austro á los triones
Resuene de este amor las bendiciones.

ODA XX.

El hombre imperfecto a su perfectisimo Autor.

Señor, á cuyos dias son los siglos
Instantes fugitivos, ser Eterno,
Torna á mí tu clemencia,
Pues huye vana sombra mi exîstencia.
Tú que hinches con tu espíritu inefable
El universo y mas, ser Infinito,
Mírame en faz pacible;
Pues soy menos que un átomo invisible.
Tú en cuya diestra excelsa, valedora
El cielo firme se sustenta, ó Fuerte;
Pues sabes del ser mio
La vil flaqueza, me defiende pio.
Tú que la inmensa creacion alientas,
O fuente de la vida indefectible,
Oye mi voz rendida;

Pues es muerte ante tí mi triste vida.

Tú que ves cuanto ha sido en tu honda mente,
Cuanto es, cuanto será, Saber inmenso,
Tu eterna luz imploro;
Pues en sombras de error perdido lloro.

Tú que allá sobre el cielo el trono santo
En luz gloriosa asientas, ó Inmutable,
Con tu eternal firmeza
Sosten, Señor, mi instable ligereza.

Tú, que si el brazo apartas al abismo
Los astros ves caer, ó Omnipotente;
Pues yo no puedo nada,
De mi miseria duélete extremada.

Tú, á cuya mano por sustento vuela
El pajarillo, ó bienhechor, ó Padre,
Tus dones con largueza
Derrama en mí, que todo soy pobreza.

Ser Eterno, Infinito, Fuerte, Vida,
Sabio, Inmutable, Poderoso, Padre,
Desde tu inmensa altura
No te olvides de mí, pues soy tu hechura.

ODA XXI.

El Fanatismo.

Tronó indignado el cielo,
Y sus polos altísimos temblaron
Contra el ciego mortal, que en torpe rito
Mancillára en el suelo
La imágen soberana
De su autor infinito.
Al Dios del universo abandonaron
Sus hijos por la vana
Deidad, que impíos de su mano hicieran,
Y nuevos cultos crédulos le dieran.
Aquí acatar se via
La piedra bruta, mientra allá abrasado
Entre los brazos del helado viejo
El infante gemia.
En el remoto Nilo
Con infame cortejo
Iba en danzas y cánticos llevado
El feroz cocodrilo;
Y la casta matrona incienso daba
Al adulterio que su pecho odiaba.
Tronó el cielo en obscura

Noche y en tempestad hórrida y fiera,
Y á la tierra el sangriento fanatismo
Lanzó en su desventura.
Las cadenas crujieron
Del pavoroso abismo:
Tembló llorosa la verdad sincera:
Los justos se escondieron,
Triunfando en tanto en júbilo indecente
El fraude obscuro y la ambicion ardiente.
  El monstruo cae y llama
Al zelo y al error, sopla en su seno,
Y á ambos al punto en bárbaros furores
Su torpe aliento inflama.
La tierra ardiendo en ira
Se agita á sus clamores;
Iluso el hombre y de su peste lleno
Guerra y sangre respira;
Y envuelta en una nube tenebrosa,
O no habla la razon, ó habla medrosa.
  Y él va y crece y se extiende
Del suelo en la ancha faz, los altos cielos
Su frente toca, la soberbia planta
Al abismo desciende.
Con su cetro pesado
Los imperios quebranta:
De pálidos espectros, de rezelos

Y llamas rodeado,
El orbe cual un Dios ciego le implora;
Y sus leyes de sangre humilde adora.
  Entonces fuera cuando
Aqui á un iluso extático se via
Vuelta la inmóvil faz al rubio oriente,
Su tardo Dios llamando:
En sangre alli teñido
Al bonzo penitente:
Sumido á aquel en una gruta umbria,
Y el rostro enfurecido
Señalar otro al vulgo fascinado
Lo futuro, en la trípode sentado.
  Do quier un nuevo rito,
Y un presagio fatal que horrible llena
La tierra de mil pánicos terrores.
Confundido el delito
Con la virtud gloriosa;
Coronada de flores
La infeliz virgen que á morir condena
La cazadora diosa,
Y en medio un pueblo que su zelo admira
La indiana alegre en la inflamada pira.
  Asi el monstruo batiendo
Las rudas palmas en su trono umbroso
Rige insolente al orbe consternado:

Cual con fragor tremendo
Su hondo seno estremece
El Vesubio inflamado,
El cielo envuelto en humo pavoroso
Su alba faz obscurece,
Y cubre un ancho mar de ardiente laba
El rico suelo do Pompeya estaba.
De puñales sangrientos
Armó de sus ministros y lucientes
Hachas la diestra fiel: ellos clamaron,
Y los pueblos atentos
A sus horribles voces
Corriendo van: temblaron
Los infelices Reyes, impotentes
A sus furias atroces;
Y ¡ay! en nombre de Dios gimió la tierra
En odio infando, en execrable guerra.
Cada cual le ve ciego
En su delirio atroz: oir le parece
Su omnipotente voz; y armar su mano
Siente del crudo fuego
De su ira justiciera.
Del hermano el hermano,
Del hijo el padre victima perece;
Y en la encendida hoguera
Lanza el esposo á la inocente esposa:

Ni un ¡ay! su alma feroz despedir osa.
¿Qué es esto, autor eterno
Del triste mundo? ¿tu sublime nombre
Que en él se ultraje á moderar no alcanzas?
¿Desdeñas el gobierno
Ya de sus criaturas?
¿Y á infelices venganzas,
Y á sangre y muerte has destinado el hombre?
O en tantas desventuras
Sin que haya un coto á su dominio odioso
Satán por siempre triunfará orgulloso.
Vuelve, y á tu divina
Nuda verdad en su pureza ostenta
Al pavorido suelo: el azorado
Mortal su luz benigna
Goce, y ledo respire:
No tiemble desmayado,
No tiemble, no, tu cólera sangrienta
Cuando tu cielo mire.
Dios del bien, vuelve; y al averno obscuro
Derroca omnipotente el monstruo impuro.
¡Ay! que toma la insana
Ambicion su disfraz; y ardiente irrita
Su rabia asoladora y sus furores.
¡La cuadrilla inhumana,
Cual vaga! ¡qué encendido

El rostro, y qué clamores!
¡Cómo á abrasar, á devastar se incita!
Y en tremendo ruido
Corre vibrando la sonante llama,
Y al Dios de paz en sus horrores llama.
 Vedla, vedla regida
Del fiero Mahomet, cual un torrente
Que ondisonante la anchurosa tierra
Devasta sumergida,
De la Arabia abrasada
Con la llorosa guerra
Precipitarse en el tranquilo oriente,
En la diestra la espada,
Y el Alcoran en la siniestra alzando,
Muere, ó cree frenética clamando.
 De alli de luto llena
El Africa infeliz, y tu luz clara
En su ira ardiente ¡ó España! ¡ó patria mia!
A esclavitud condena.
El trono de oro hecho
Y rica pedrería,
Que opulenta Toledo un tiempo alzára,
En polvo cae deshecho.
Alcázares, ciudades, templos, todo
Se hunde ¡oh dolor! con el poder del Godo.
 El de Ismael domina

Del indo al mar Cantábrico; y la Mora
Llama en él ancho suelo arde ligera.
En medio la ruina
Del orbe amedrentado
La ominosa bandera
Se encumbra de la luna triunfadora:
Y ¡ay! en tigre mudado,
Ciego el Califa en su sangriento zelo
Despuebla el mundo por vengar el cielo.
Súbito en niebla obscura
Sumir se vio la tierra desolada;
Y el genio y las virtudes se apagaron:
Su divina hermosura
Las ciencias congojosas
Entre sombras lloraron
A manos del error vilmente ajada;
Y de mil pavorosas
Supersticiones la conciencia llena,
Se dobló el hombre su infeliz cadena.

ODA XXII.

El paso del Mar Roxo.

TRADUCCION DE LA VULGATA.

Cantemos al Señor, que engrandecido
Gloriosamente ha sido,
Y al mar lanzó caballo y caballero.
 Mi fuerza y mi alabanza el Señor fuera,
Y mi salud se hiciera;
Mi Dios es, gloriarélo:
Dios de mis padres fue, y ensalzarélo.
 Apareció el Señor como un guerrero.
El POTENTE es nombrado:
De Faraon los carros y escuadrones
Ha en el mar derrocado:
Y en sus rápidas ondas sepultado
Sus mas fuertes varones.
 Abismos los cubrieron;
Y al profundo cual piedra descendieron.
Con valerosa muestra
Magnificada ha sido,
Señor, tu fuerte diestra;
Señor, tu diestra al enemigo ha herido.
 Con tu gloria infinita despeñaste

Tus contrarios: tus iras enviaste
Que como paja asi los devoráran.
De tu furor al soplo se juntáran
Las aguas: las corrientes se frenaron;
Y del mar los abismos se estancaron.
El enemigo dijo: seguirélos,
Partiré sus despojos, cogerélos,
Desnudaré mi espada,
Heriránlos mis manos; y saciada
Se verá el alma mia.
Tu espíritu sopló, y el mar cubriólos:
Y la corriente rápida sorbiólos,
Como á plomo pesado.
¿Cuál, señor, de los fuertes comparado
Puede á ti ser? ¿ó tienes semejante
En santidad brillante,
Tan laudable y tremendo,
Maravillas haciendo?
La tu mano extendiste;
La tierra halos tragado.
Caudillo al pueblo fuiste
Por tu misericordia rescatado;
Y con tu poderío
A tu morada santa lo has llevado.
Los pueblos lo supieron,
Y en ira se encendieron.

Al filisteo impio
Dolores penetraron.
Los príncipes de Edon se conturbaron:
Los fuertes de Moab se estremecieron;
Y los que habitan en Canaan se helaron.
Sobre ellos el espanto
Caiga y pavor de muerte;
En la grandeza de tu brazo fuerte
Queden cual piedra inmóviles, en cuanto
Tu pueblo haya salido,
Pueblo que tú, Señor, has poseido.
De tu herencia en el monte has de ponerlo,
Señor, y establecerlo.
Firmísima morada que has obrado:
Santuario que han tus manos afirmado.
Del Señor será eterno
Y mucho mas el reyno.
Pues cuando con sus carros se metiera
Y su caballería
En el mar Faraon, él revolviera
Sobre ellos la corriente;
Mientra á pie enjuto y sosegadamente
Su camino Israel por medio hacia.

ODA XXIII.

A LA LUNA.

Deten el presto vuelo
De tu brillante carro luminoso,
O Luna celestial; deja á un lloroso
Mortal que lastimado
Te contempla en el suelo,
En tu rostro nevado
Gozarse; y tu alba lumbre
Posada ver del cielo en la alta cumbre.
Déjame, ó Luna bella,
Que con ojos extáticos te mire,
Y al verte torne, y en mi mal respire.
Y mientra en pos la mente
Va de tu excelsa huella,
Cante yo balbuciente
Tu magestad gloriosa,
Plácida reina de la noche umbrosa.
Ella su pavonado,
Fúnebre manto por la inmensa esfera
Volando en torno desplegó ligera,
Con rica bordadura
De luceros ornado:

Y en magestad obscura
Lanzando al rubio dia,
Con negro cetro al mundo presidia.
  Todo al caos pavoroso
Semejaba tornar, todo callaba.
Su movimiento rápido paraba
La gran naturaleza:
Con un velo nubloso
La divina belleza
Del orbe confundida;
Y entre el horror su inmensidad perdida.
  Cuando tú levantando
La frente clara por las altas cimas,
En tu trono de nácar te sublimas
Con marcha reposada:
Y el velo desgarrando
De la esfera estrellada,
Las tinieblas ahuyentas;
Y el bajo suelo á par plácida alientas.
  ¡Oh! con cuánta alegria
Se baña el cielo en tu esplendor sereno!
¡Oh! ¡cuál renace el universo, lleno
De tu argentada llama,
Del duelo en que yacia!
¡Cuán presta se derrama
Por el ancho horizonte:

Inunda el valle, y esclarece el monte!
En el vecino rio
Que sesga ondisonante en la pradera,
Saltando entre sus ondas va ligera.
En centellantes fuegos
Entre el bosque sombrío
Brilla y graciosos fuegos;
Y la vista engañando
Se pierde al fin mil llamas reflejando.
Tú sigues coronada
De puros rayos la nevada frente;
Y con la undosa túnica esplendente
El ancho cielo llenas;
En torno acompañada
De las horas serenas
Y tanta estrella hermosa,
Que humilde acata tu deidad gloriosa.
Mas con excelsa lumbre,
Que el sol tu hermano de su trono de oro
Te presta grato, del fulgente coro
Las llamas obscureces;
Y sola en la alta cumbre
De los cielos pareces,
Do tu beldad divina
Sobre la inmensa creacion domina.
Asi en vuelo incesante

Te arrastra en pos de si la tierra obscura.
Ya lleno el ancho disco de luz pura
Al Sol rojo sucedes:
Ya cual linea radiante
Empiezas: ya precedes
Al Alba, circundada
De soles que ornan tu beldad menguada.
Y siempre saludable
Al bajo mundo, en movimiento blando
Tus rayos van la atmosfera agitando:
Hasta el profundo seno
Del mar vasto, insondable
Su ardor baja; y él lleno
Se derrama en la arena,
Y luego vuelve y su correr enfrena.
Cuanto las aguas claras,
Cuanto la tierra provida sustenta,
Y el aura leve de vivientes cuenta,
Todo, Luna, te adora:
Tú las selvas amparas,
Tú engalanas á Flora,
Y tu en grato rocio
Su blonda mies sazonas al Estío.
¡Oh! ¿sin ti que seria
Del suelo en negras sombras sepultado
Las largas noches del Invierno helado?

¿Y qué, cuando el Can arde:
A un inflamado dia
Muy mas sigue la tarde;
El mundo desfallece,
Y la congoja abrasadora crece?
Mas llena de ternura
Tu deidad sale, y la tiniebla espesa,
O Enero triste! de tus noches cesa.
Vese el hielo punzante
Entre la lumbre pura
Revolar centellante;
Y en calma venturosa
El orbe yerto de su horror reposa.
O si en voluptuosos
Rayos de Sirio el triste desaliento
Calmar te place, bullicioso el viento
Te sigue; y de la tierra
Con soplos vagorosos
La congoja destierra,
Do el mortal alentado
Respira y goza, en tu fulgor bañado.
Entonces todo vive:
Tu luz, Luna, tu luz clara y suave
Tornar en dia las tinieblas sabe.
Entre la sombra obscura
El soto la recibe:

Goza de la verdura
La vista; y fugitiva
Se pierde en una inmensa perspectiva.
¡O del cielo señora!
Del Dios del dia venturosa hermana!
¡De los brillantes astros soberana!
A ti en triste gemido
En alta mar implora
El náufrago perdido;
Y á ti gozoso mira
El caminante, y por tu luz suspira.
El congojado pecho
Te adora humilde: su afliccion te cuenta;
Y en muda soledad contigo alienta
Cuando con voz doliente
En lágrimas deshecho
Se lastima; y clemente
Para templar su duelo
Tus ruedas paras en el alto cielo.
En lecho de dolores
Por ti el enfermo desvelado clama;
Y el ferviente amador tambien te llama,
Ya en la inmensa ventura
De sus ciegos favores,
Ya en su triste amargura
Si gime abandonado,

O arde su pecho en infeliz cuidado.
Y á todos oficiosa
Acorrer sabes y amainar sus penas;
Y de esperanzas y dulzuras llenas
Los míseros mortales.
¡Consoladora Diosa!
¡Luna! calma mis males;
Y vuelve al alma mia
La paz, la blanda paz que antes tenia.
Horrísona tormenta
Brama: la envidia de su atroz veneno
Hiciera blanco mi inocente seno:
La calumnia me infama:
El poder me amedrenta:
Sopla el odio la llama;
Y en mi duelo profundo
Tú sola me oyes en el ancho mundo.
Sola tú ¡mas qué miro!
Una nube fatal salióte al paso,
Te envuelve en sus tinieblas, y al ocaso
Arrastra tu luz pura.
Cesa el brillante giro,
Cesa; y no tu hermosura
Así infamarse quiera.
Y tú, nube cruel, huye ligera.
Te hundiste ya, y perdida

Entre su horror el orbe se obscurece,
Y el luto infausto y la tiniebla crece:
¡Ah beldad desgraciada!
Tambien fugaz mi vida
Brilló, y fue sombra y nada;
Tú empero á rayar tornas,
Y de luz nueva el universo adornas.

ODA XXIV.

A MI MUSA.

CONSUELOS DE UN INOCENTE, ENCERRADO EN UNA ESTRECHA PRISION.

Hasta en los grillos venturoso siento
Tu grata inspiracion: el pecho mio,
Mi triste pensamiento
Te reconocen ya; y entre el medroso
Son de los hierros y el clamor lloroso
De miserable tanto, al hado impio
Que mi inocencia oprime
Contrasta el alma, y mi prision redime.

Tú, Musa, favorable darme sabes
Consuelos y vigor: con tu armonía
Los tormentos mas graves,

Cual brilla el sol tras horrido nublado
Ledo amainando el piélago agitado,
Se truecan en pacífica alegría;
Y de mi encierro obscuro
Discurro libre por el ayre puro.
Libre discurro, y libre me imagino,
Y libre, libre soy; pues cuando atada
A arbitrio del destino
De mi ser gime la porcion grosera,
Con raudo vuelo por la inmensa esfera
Huyéndose fugaz la mente alada,
Hasta el empíreo cielo
Osa encumbrarse en un dichoso anhelo.
Do del bien sumo en la perenne fuente
Sacio la hidalga sed, y en un tesoro
De consuelos se siente
La razon abismar. Alli gloriosa
La verdad rie en su nudez hermosa:
La oficiosa piedad enjuga el lloro
Del mísero oprimido;
Y humanidad abraza al desvalido.
Uno mismo el lugar, igual la suerte
Del siervo vil y el sátrapa orgulloso,
Y en la llorosa muerte
El olvido final: en el de hermanos
Vueltos del mundo ya los nombres vanos;

Y mas claro, ó virtud, que el poderoso,
El que osó en la bajeza
Siempre adorar tu virginal pureza.
 O bien de eterna paz en claro asiento
Serie de héroes mirando peregrina,
No aquellos que sangriento
Marte corona, y cuyo imperio aciago
Fue azote á la equidad, del mundo estrago,
Genios de maldicion; su luz divina
Hiere el alma y la inflama,
Su nombre adora, y semideos los llama.
 Alli en sacro laurel la sien ceñida
Brillan los que á su patria en amor santo
Prodigaron la vida:
Los que las artes útiles hallaron;
Al hombre rudo en sociedad juntaron;
O de Apolo al laúd con dulce canto
Religioso le hicieron,
Y alivio grato á sus fatigas dieron.
 Radiantes ora, y númenes divinos,
De las plagas de luz que faustos moran
Mirando los destinos
Del ser humano, y con clementes ojos
Condoliendo sus lástimas y enojos;
Mientras mil tristes su favor imploran,
Por norte los eligen,

Y á su norma feliz sus pasos rigen.
Y alli tambien resplandeciente y pura
Alzan su frente á par los que en la tierra
El caliz de amargura
Bebieron en la afrenta y las prisiones;
Ora en paz del encono y los baldones
Con que el mundo les hizo cruda guerra,
Cuando viviendo un dia
Con su ciencia y virtud se engrandecia.
¡Sublimes genios, almas venturosas,
Salud, gloria inmortal del nombre humano,
Que en ansias generosas
Del comun bien vuestra delicia hicistes,
Y astros de luz para la tierra fuistes!
¡Quién en sí vuestro esfuerzo soberano
No siente cuando os mira!
¡Y quién por emularos no suspira
Con frente y pecho igual si el vulgo necio
Su honor mancilla ó su virtud abate!
Generoso desprecio
Que al justo estima su altivez liviana.
¡Qué no sufristeis vos de su ira insana,
Héroes sin par, en criminal combate
Acosados, proscritos;
Y viendo ¡ó horror! en triunfo los delitos!
¿Serán algo mis penas con los rudos

Trabajos vuestros? con agudo diente
Y alaridos sañudos
La atroz calumnia os atacó viviendo:
Entre los grillos y su ronco estruendo
Pobreza amarga os afligió inclemente;
Y delito á la lengua,
Y fue á la patria vuestro nombre mengua.
Aun de los brazos la amistad benignos
Os arrojó cruel: visteis volveros
Cien amigos indignos
La espalda con desden, sorda la oreja
Y helado el pecho á vuestra amarga queja:
Con bárbara impiedad desconoceros;
Y aun al vulgo adunarse,
Y en la vil delacion torpes gloriarse.
Firmes empero cual la añosa encina
Inmoble al soplo de aquilon violento,
O roca al mar vecina
Que olas ve inmensas á sus pies romperse,
Y en tumbos de alba espuma deshacerse,
Os contempló el gran Ser de su alto asiento
Impávido el semblante,
Y el pecho á la desgracia de diamante.
Y de su seno celestial lanzando
Un rayo de dulcísimo consuelo,
Contra el inicuo bando

Sostuvo vuestro esfuerzo generoso,
Dejándoos ver el galardon dichoso
Que allá os guardaba en el excelso cielo ;
Do la virtud segura
Rie á los silbos de la envidia impura.
  Ligur insigne, que al antiguo mundo,
Inmensos mares sojuzgando osado
Con tu genio profundo,
Otro mundo añadiste y otros hombres
De estrañas leyes peregrinos nombres,
Tú volviste cual siervo encadenado,
Émulos te oprimieron,
Y al sepulcro los grillos te siguieron[1].
  Tú de alta trompa y tajadora espada
Los arrastraste, ó Camoes[2]. Tú, festivo

1 El inmortal Cristóbal Colon fue enviado á España por el inicuo Bobadilla, cargado de prisiones desde el nuevo mundo que acababa de descubrir. Los Reyes católicos Fernando é Isabel, justos apreciadores de sus grandes servicios, cuidaron mucho de reparar este atentado, colmándole de honores. Pero el Almirante, indignado altamente del ultraje, conservó siempre sus honrosos grillos : se mandó enterrar con ellos; y quiso que le acompañasen hasta el sepulcro.

2 Luis de Camoens, autor de las *Lusiadas*, epopeya, con que se honra la nacion portuguesa, estuvo muy mal preso en la India, donde le llevára su valor, por

Quevedo, en olvidada
Y hórrida carcel como yo penaste;
Do tú ¡oh baldon! tus llagas te curaste [1].
Y tú aliviando el padecer esquivo,
Leon, la lira de oro
Bañabas en tu encierro en largo lloro [2].
A él debieron tu fábula sublime
Las musas, gran Cervantes; ¿el destino
Que inocente te oprime,

zelos y envidias de sus compatriotas. Dicen que en un naufragio salvó su poema en una mano nadando con la otra: murió despues indigente en un hospital de Lisboa, y hoy es la gloria del Parnaso y las musas Lusitanas.

1 En la del convento de S. Marcos de Leon, como caballero del órden militar de Santiago. Allí sufrió Quevedo, víctima de la envidia y la calumnia, una prision de muchos años, llegando en ella á tal extremo de miseria, que pedia de limosna una camisa; y tuvo que curarse por sí mismo y cauterizarse unas llagas, nacidas de la excesiva humedad del encierro en que estaba sepultado.

2 El célebre poeta Fr. Luis de Leon, encerrado por mas de cinco años en la carcel de la inquisicion de Valladolid, donde padeció (como él se explica) indecibles trabajos: compuso en ella muchas de sus obras y poesías, y salió al cabo declarado por inocente, y vuelto á sus honores.

Pudo inspirarte tan alegres sales?
Bienhechor de los hombres, de tus males
Corrió de gracias el raudal divino,
Que á todos entretiene:
En el mundo tu egemplo igual no tiene[1].
Y otros y otros sin fin, que hoy en honrosa
Celebridad volais de gente en gente.
¡Raza de héroes gloriosa!
La verdad nos mostró con su luz clara
De vuestras vidas la inocencia rara:
La tierra os da tributo reverente,
Mansion el alto cielo;
Y aqui sois mi esperanza y mi consuelo.
Musa, no ceses; y en mi mente fija
Tu doctrina inmortal: de la memoria,
Tú que eres feliz hija,
Grata me cuenta las ilustres penas,

1 Todos saben que nuestro insigne D. Quijote se concibió y compuso en una carcel de la Mancha, donde estuvo preso su pobre y desgraciado autor, que perseguido siempre de la adversa fortuna, y mal juzgado de sus contemporaneos; murió en Madrid tan indigente y oscuro, como hoy es celebrado. Es cosa inconcebible que la obra mas entretenida y alegre, toda sales y gracias, se pudiese escribir entre las penalidades y el horror de una carcel, y por un ingenio tan lastimado.

De cuantos el oprobio y las cadenas
Justa en sus fastos consagró la historia:
Suba yo con su ejemplo
Por la paciencia de virtud al templo.

ODA XXV.

EN LA DESGRACIADA MUERTE DEL CORONEL DON JOSEF CADALSO, MI MAESTRO Y TIERNO AMIGO, QUE ACABÓ DE UN GOLPE DE GRANADA EN EL SITIO DE GIBRALTAR.

Silencio augusto, bosques pavorosos,
Profundos valles, soledad sombría,
Altas desnudas rocas,
Que solo precipicios horrorosos
Mostrais á mi azorada fantasía,
Tú que mis ojos á llorar provocas,
Y al hondo abismo tocas
Rodando, ó fuente, de la excelsa cumbre,
Marchitos troncos, que la edad primera
Visteis del tiempo, y á la dulce lumbre,
Con frente altiva y fiera,
De la alba luna, que esclarece el mundo,
Cerrais la entrada en mi dolor profundo;
¿Vuestra mas triste y fúnebre morada
Do está, y el laberinto mas umbrío,

Do mi melancolía
Del silencio y el duelo acompañada
Se pierda libre? El sentimiento mio
Huye la luz del enojoso dia,
Y el canto y la alegría,
Cual ave de la noche el sol dorado.
Solo este valle lóbrego y medroso
De riscos y altos árboles cercado,
Que en eco lastimoso
El nombre infausto de mi amigo suena,
Mi pecho adula y su dolor serena.
  Aqui algun tiempo en pláticas sabrosas
De Sirio el fuego asolador burlamos:
Aqui á su lira de oro
Y en sus alas alzándole fogosas
La inspiracion, sus hijos le escuchamos,
De los luceros el brillante coro
Con su cantar sonoro
Cual un Dios suspender; y aqui elevaba
Mi tierno numen á la inmensa alteza
De su inefable autor, ó me enseñaba
A domar la aspereza
De la virtud con esforzado aliento.....
¡Cuanto! ¡ay me! cuanto estas memorias siento!
  Ya todo feneció: la mano dura
De la muerte cruel, aquella mano

Que de sangre sedienta
Postra al poder, la fuerza, la hermosura,
Cual débil heno el áspero solano,
Solo en duelos y lágrimas contenta,
Le arrebató violenta
A su negra mansion; y allí cerrado
Con llave de diamante la espantosa
Eternidad le guarda aprisionado
En noche tenebrosa.
Para él los seres todos fenecieron;
Y fugaz sombra ante sus ojos fueron.

¡Terrible eternidad! ¡vasto oceano
Donde todo se pierde! ¿qué es la vida
Contigo comparada?
¿Do no alcanzó tu asoladora mano?
Naturaleza ante tus pies rendida
Al abismo insondable de la nada
Desciende despeñada
Por tu inmenso poder, del sol divino
Apagada la luz, y ese sin cuento
De astros, al cielo adorno peregrino,
Ciegos en un momento.
¡Y aun llega al hombre, al polvo deleznable
Tu ansia de aniquilar, jamas saciable!

¡Pudo el amable, el plácido Dalmiro
Tus iras encender! ¿el virtuoso,

El bueno en que ofendia,
Para ser blanco al ominoso tiro?
¡Oh mi Dalmiro! ¡ó nombre doloroso
Cuanto un tiempo de gloria al alma mia!
¡Deten la accion impia,
O muerte, ó cruda muerte.....! el golpe parte,
Retiembla el suelo al hórrido estampido;
Y nada en tu furor basta á apiadarte.
¡Ay! yo le veo tendido
Fiero, espantable en la abrasada arena;
Y un grito de dolor el campo atruena.
¡Imagen cara! ¡idolatrado amigo!
¡Dalmiro, mi Dalmiro! ¡sombra fria!
Aguarda, espera, tente:
Tu cuerpo abrazaré, le daré abrigo,
Te prestaré mi aliento, el alma mia
Dividida en los dos tu seno aliente......
¡Imaginar demente!
¡Vana ilusion.....! mis ruegos, mis clamores
Ni al cielo ablandan, ni Dalmiro escucha,
Que en el trance final con los rigores
De la atroz muerte lucha;
Y á mi tornando el rostro desmayado
Ansía llamarme, y siente el labio helado.
No, jamas esta imagen desastrada
Mi mente olvidará, ni el lastimoso

Espectáculo horrendo
De herirme acabará. La quebrantada
Frente y trémulos ojos, el hondoso
Rio de hervidora sangre el lago hinchendo
Viendo estoy, el estruendo
Oigo del bronce atroz; y !ay¡ del herido
Tronco la gran ruina y convulsiones
Con que en tierra se vuelve sin sentido,
Los ayes, las razones
No pronunciadas, y el tender la mano
Favor á todos demandando en vano.
¡Misero! ¿contra el golpe irresistible
Del infernal obús tus peregrinas
Virtudes qué valieron?
El alto pecho, el ánimo invencible,
El profundo consejo, y las divinas
Luces que aplausos tantos le trajeron,
Las sales que corrieron
De su labio feliz, la voz sagrada,
Órgano de las musas con su muerte
Hoy llorosas y mudas, nada, nada
¡Desapiadada suerte!
A salvarle alcanzó; de tanta gloria
Durando solo la infeliz memoria.
Durando solo para infando duelo,
Y objeto triste de dolor y espanto.

Estrangero en la tierra
Yo al gozo y á la paz, culpando al cielo,
Siempre en suspiros y bañado en llanto.
Ya si la lumbre matinal destierra
Y el negro ocaso encierra
A la azarosa noche, ya si el dia
Torna á apagar su rayo postrimero,
Y se hunde el mundo en la tiniebla fria,
Imagen del primero
Desierto caos, do vagó perdido
En hondo sueño y sempiterno olvido.
Y nunca, nunca mi doliente queja
Término alcanzará; ni el malogrado,
Por que le llame tierno
Grato cual antes prestará su oreja,
Mis lágrimas verá, ni mi cuidado.
Tinieblas, soledad, silencio eterno,
Y un insondable averno
Nos separaron ya: muy mas distantes,
Sin cuento mas que el que felice mora
Las plagas de la aurora rutilantes,
Y el que aterido llora
Del polo ansiando entre la inmensa nieve
Del Sol un rayo aunque apocado y breve.
¡O fatal Calpe! ó rocas, que rizadas
Subis al cielo la sañosa frente,

Gratas tanto al abrigo
De la altiva Albion, cuanto infamadas
Por ominosas á la Hispana gente.
Desde la edad del infeliz Rodrigo
Siempre hallo el enemigo
En vosotras favor, gozando abierto
Sus fuertes naos y cargadas flotas
¡O vil traicion! vuestro seguro puerto.
Siempre sus haces rotas,
Mi patria en luto envuelta vió perdida
A vuestros pies su juventud florida.
¡Y ora á los canos padres que desvelos
Y honroso afan! ¡que lágrimas no oprimen
Las madres castellanas!
¡Cual abismadas en amargos duelos
Por sus amados las doncellas gimen!
Llegando á las provincias mas lejanas
Las nuevas inhumanas
De cuantos siega en vos la muerte impía.
Guardad, guardad, guerreros: no fiados
Corrais en vuestra impávida osadía
A escalar malhadados
Tanto y tanto cañon, que hórrido atruena;
O á España dejareis de lutos llena......[1]

1 Una enfermedad del autor le estorbó continuar, sin que despues fuese posible ni volver á tomar la se-

ODA XXVI.

AFECTOS Y DESEOS DE UN ESPAÑOL AL VOLVER A SU PATRIA.

Benigno en fin el cielo
Mis suspiros oyó: raya fulgente
El dia que mi anhelo
Ansío tan impaciente;
Que en ruegos tantos le imploré ferviente.
Los huracanes fieros
Y las hórridas nubes que amagaron
Inmensos aguaceros,
Al rayo se ahuyentaron
De un claro sol, y el éter despejaron.
La discordia ominosa
Que en su cólera odiosa
Sus teas apagó, y ahógose el fuego

rie de imágenes y pensamientos en que hervía su imaginacion, ni ponerse en el grado de sentimiento y de calor en que se hallaba al empezar su oda, que ahora se publica tal como quedó entonces, en memoria y justo tributo de la amistad y la ternura que le unieron con su desgraciado amigo.

Soplaba el error ciego;
Y el esplendor, el júbilo, el sosiego
  Te robó, patria mia:
O dulce patria, cuyo nombre santo
Confunde hoy mi alegría
Con el plácido llanto,
En que me anego si tus dichas canto.
  Ya en perenne bonanza
Tus dias correrán: podrás segura
Reir á la esperanza;
Y á tu augusta hermosura,
Y á tu gloria volver y tu ventura.
  Abriste, madre tierna,
Tu seno al fin á tus dolientes hijos,
Que en orfandad eterna
Tras males tan prolijos
Penaban, siempre en tí sus ojos fijos.
  Lo abriste, y obedientes,
Finos, leales á lanzarse vuelan
En tus brazos clementes;
Tu fausto amor anhelan,
Y en alcanzarlo ahincados se desvelan.
  Todos en uno unidos,
Todos en santa paz, todos hermanos,
Lejos ya los partidos,
Lejos los nombres vanos,

Que enconos atizaron tan insanos.
Asi españoles todos
(Lo fuimos siempre en el amor, lo fuimos;
Bien que en diversos modos
Allí do á España vimos,
Allí á salvarla crédulos corrimos.)
Sobre tus aras santas
Serlo sin fin juremos; y postrados
De nuevo ante tus plantas,
Mas y mas inflamados
Vínculos estrechemos tan sagrados.
Tal, ó patria, lo juro
Con inviolable fe, si el noble zelo
De un español obscuro
A él puede de consuelo,
Y acepto ser en su verdad al cielo.
Españoles, juradlo,
Juradlo todos á la par; contino,
Contino renovadlo:
Uno el ser y el destino,
Y el nombre nuestro, y su blason divino.
Deja, ó patria querida,
Este grito á mi amor; da á mi ternura
Que anhele embebecida,
Que en gloria y en ventura
Por siempre brilles con la luz mas pura.

Lejos de tí la llama
De mi fe se avivó, cual se renueva
Mas y mas en quien ama,
Y el hado ausente lleva,
La hoguera dulce en que sus ansias prueba.
¡Oh cuanta vez iluso
Con presto vuelo de este amor llevada,
En la cumbre me puso
Del Pirene elevada
Mi fogosa aficion en tí embriagada!
Gozosa alli en mirarte
Y en llamarme hijo tuyo, me fingía
Tiernamente abrazarte;
Y en mi dulce agonía
Tu nombre apenas pronunciar podia.
Pero ¡ay! ¡qué de dolores
Me has causado á la par! ¡cuanto he gemido:
Viendo entre mil horrores
Tu suelo destruido,
Tu yermo suelo en soledad sumido,
Del extrangero odioso
Hollada tu beldad, la vil pobreza
Con su velo ominoso
Nublando tu belleza,
Tú derrocada en tu heredada alteza!
Tus voces escuchaba;

Tu hondo gemir y dolorido llanto
Mi seno desgarraba;
Y aun ahora con espanto
Oigo el eco sonar de tu quebranto.
Aun ahora el rayo augusto
De tu luz tibio, y pálida te veo,
Y tu inmenso disgusto
Sobre tu frente leo,
Tu manto ajado y tu divino arreo.
Y, ó madre, el pecho mio,
(Bien, bien mi amor llamártelo merece:)
Con tu dolor impío
Mísero dasfallece;
Y el llanto mis mejillas humedece.
Españoles, hermanos,
Sus, á acorrerla rápidos volemos:
Sus trances inhumanos
Solícitos calmemos,
Y en sustentarla en su penar volemos;
En uno en sus amores
Con el joven Real, que al cetro de oro
Tornó de sus mayores;
Riquísimo tesoro,
Si antes asunto de perenne lloro.
Vuelva la agricultura
Sus campos á animar: torne el ganado

A holgarse en la verdura
Del ya seguro prado;
Y su hogar sea al labrador sagrado.
La industria destruida
De esta guerra letal al soplo ardiente,
Descollando florida
El comercio alimente;
Y alce el saber su desmayada frente.
Nuevos cultos reciba
La olvidada justicia: de las canas
La magestad reviva;
Reynando soberanas
Por su pudor las fembras castellanas.
Reparados los templos
Ferviente al cielo la piedad se eleve:
Mil sublimes egemplos
La moral nos renueve;
Y el patriotismo á la virtud nos lleve.
No haya, ó españoles, nada,
Nada que olvide nuestro ardiente zelo,
Que á todos va fiada
La empresa por el cielo;
Y España gime en ominoso duelo.
Será nuestra memoria
Con alto nombre entre las gentes clara;
Y oficiosa la gloria

Ya de belleza rara
Su inmortal lauro á nuestra sien prepara.
  Las huellas pues sigamos
De nuestros padres, do sin fin veremos,
Porque dignos vivamos
Del nombre que tenemos,
Los nobles hechos que emular debemos.
  Tras su largo camino,
El patrio suelo hollando, asi decia
Mísero un peregrino;
Y el júbilo en que hervia
Para seguir su lengua enmudecia.

ODA XXVII.

A MI PATRIA, EN SUS DISCORDIAS CIVILES.

¿Cuándo el cielo piadoso
Te dará fausta paz, ó patria mia,
Y roto el cetro odioso
De la discordia impía
Reirá en tu augusto seno la alegría?
  Tus hijos despiedados
Alzáronse en tu mal por destrozarte:
¿Cuándo en uno acordados
Correrán á abrazarte,

Y en tu acerbo dolor á confortarte?
¡Mísera! ¿dó los ojos
Vuelvas, sin ver allí tu inmenso duelo?
Estériles abrojos
Cubren el yermo suelo,
Que antes de espigas de oro pobló el cielo.
La llama asoladora,
Igualando el palacio y la cabaña,
Tus entrañas devora;
Y en su implacable saña
En lloro y sangre tus provincias baña.
¿Y tú el delirio alientas
Contra tí de tus gentes, y en su seno
Los odios alimentas,
Y de mortal veneno
Tú propia el caliz les presentas lleno?
¿Dó vas, ó qué pretendes?
¿Qué furor te arrebata? ¡cuánta hoguera
¡Ay! en tu estrago enciendes
¡Ay! ¡cuál la atroz Meguera
Te aguija impía en tu infeliz carrera!
¡Y con gesto espantable
De su crin las culebras desprendiendo
Con su diestra implacable
Sobre tí, en son horrendo
Está sus alas fúnebres batiendo!

Sus alas, que concitan
A mil y miles en delirio insano,
Y pavorosos gritan:
Hiera el hierro inhumano,
El hacha tale de la cumbre al llano;
No haya paz ni acomodo,
El fatal bronce sin descanso truene:
Y asolándolo todo,
Con sus destrozos llene
El hondo abismo, que bramando suene....
Caiga, patria querida,
Caiga tanto furor: cobre el arado
El hierro que homicida
La cólera ha afilado,
Y va en tu noble sangre mancillado.
Hermanos nos herimos,
Y viuda impíos nuestra madre hacemos;
Bajo un cielo vivimos,
Y unas aguas bebemos,
Y á emponzoñarlas bárbaros corremos.
Angeles, que de España
Fieles guardais la inmarcesible gloria,
Ahogad tan fiera saña,
Robad á la memoria
De horrores tantos la llorosa historia.
No dure ni en la pluma

Ni en el labio tan bárbara ruina,
Jamas finible suma
De estragos, do mezquina
La patria á hundirse rápida camina.
¡Ay! qué plaga, ni gente
De lucha tal ignora los furores,
Y el delirio inclemente,
Y los ciegos rencores
Con que ilusos doblamos sus errores!
Bastante á nuestros nietos
De lágrimas y amargos funerales,
Espantables objetos,
Memorias inmortales,
Dejamos ya de nuestros largos males:
Hasta allá do entre el yelo
El rudo Scita derramado mora
Se oyen con grave duelo;
Y el reino de la aurora
La gran caida congojado llora.
Y todos del divino
Indomable valor que nos inflama
Pasmados, el destino
Maldicen y la trama,
Que atizar pudo tan infanda llama.
Ella en la tumba ha hundido
Una generacion: tanta grandeza

Cual sombra ha fenecido:
La española riqueza
Cebo fue del soldado á la fiereza.
  Nada, nada quedára
Del antiguo esplendor... ¡Y aun ciega gritas!
¡Y el puñal se prepara!
¡Y las teas agitas!
¡Y á estragos nuevos el rencor concitas!
  ¡Infeliz! ¡en qué horrendo
Abismo gemirás precipitada
Con funeral estruendo!
Despues yerma, menguada,
Tu error maldecirás desengañada.
  Demandarás tus hijos,
Y ¡ay! perecieron, sonará en respuesta,
Los ojos en tí fijos
En su ausencia funesta.
¡Cuánto! ¡ay! ¡tu engaño de virtud te cuesta!
  ¡O luzca el fausto dia,
O luzca al fin en que la paz gloriosa
Te abrace, ó patria mia!
En calma deliciosa
Torne el cielo tu cólera ominosa:
  Y en tu amor inflamados
Cual hijos á tus plantas nos postremos;
Do errores olvidados,

Hermanos nos amemos,
Y en tu seno felices descansemos.

ODA XXVIII.

A MI MUSA.

No en tan curioso anhelo
Mas, Musa mia, derramada vueles
Por el inmenso cielo:
Ni el abismo del Ser sondar anheles.
Del gran Ser que en su mano
Sustenta el universo: tú has corrido
Del átomo liviano
Al último lucero, que encendido
Cabe su trono brilla;
Y del vil gusanillo hasta el ardiente
Serafin que se humilla
Temblando ante su faz omnipotente.
¿Qué has visto? te perdieras
En tanta inmensidad; y nada, nada,
Musa, alcanzar pudieras:
Cuerda pues coge el ala despeñada.
Seguir deja, y adora
Las leyes que á la máquina infinita
Puso la protectora

Deidad que por el éter precipita
Su giro, y la sostiene
Con valedora accion. En su hondo seno
Todo su lugar tiene;
Y el universo dura de orden lleno.
Orden que á par se ostenta
En el bullir del cefirillo blando,
Que en la hórrida tormenta
Que brama el hondo mar al cielo alzando.
Arder ve á la abrasada
Canícula, y del mundo el desaliento;
Y ve en su mies dorada
A un tiempo dél el próvido sustento.
Ve al dia rutilante
Cuanto existe mover: el ave vuela:
Gira la bestia errante;
Y en rudo afan el hombre se desvela.
Pero la pavorosa
Noche su velo en pos tiende lucido:
Y ya el suelo reposa,
Y el vigor cobra con la accion perdido.
Sabio así lo dispuso
El grande Ordenador: cuanto ha creado,
Todo en órden lo puso.
Nunca ¡oh! nunca él por tí gima alterado.
Por ley sentó primera

El bien universal: en él te aplace:
Ley dulce, lisonjera,
Que una familia á cuanto existe hace.
  Cuando amorosa un alma
La inmensidad abarca de los seres,
Gusta en gloriosa calma
Del cielo anticipados los placeres.
  ¿Gimes en vida oscura,
En soledad y olvido? ¡error insano!
Ve en cada criatura
Un hijo de tu autor, goza un hermano.
  Sus arcángeles puros
Cercándote, el bien que obras estan viendo;
De los lazos oscuros
Que el vicio armó tus pasos defendiendo.
  Y aun á su lado un dia
Sublime sobre el sol, si el orden amas,
La eterna compañía
Podrás gozar de cuanto bueno hoy llamas.
  Alli la sed ardiente
Del bien apagarás que hora te apura,
Cabe la misma fuente
Do el raudal brota de eternal ventura.
  Ábrete pues gozosa
A un inmenso esperar, cuanto recoges
Tu ardor en la llorosa

Tierra; ni combatida te acongojes.
  Si el vil supersticioso
Te roe atroz con viperino diente;
De su trono lumbroso
Dios ve tu pecho, y lo verá inocente.
  Débil, mas fiel siguiendo
Su dulce ley de amor, tierna le amas;
Y por su error gimiendo
A tu enemigo mismo hermano llamas.
  Cual de su excelsa altura
El gozar hace próvido, inefable,
Del sol la llama pura
A par al inocente y al culpable,
  Y sin número dones
Al suelo llueven de su larga diestra,
Eternas bendiciones
Con que su amor al universo muestra.
  Él te ve, Musa, y esto
Baste á tu dulce paz, firme confia:
Quien en la lid te ha puesto,
Tu sien de eterno lauro ornará un dia.

ODA XXIX.

LA MEDITACION.

Huye, pensamiento mio,
Huye el afanoso estruendo
De la ciudad y los hombres,
Y haz de tí mismo un desierto.
¿Qué hallas, dime, en sus caminos
Sinó zozobras y duelos,
Y enconos y envidias viles
Tras míseros devaneos.
Al uno la sed del oro
Engolfa en mares inmensos,
Y otro tras un nombre vano
Pierde la quietud y el sueño.
A aquel la guerra embriaga,
Y en el estrépito horrendo
Del mortal cañon y el parche
Colocó su bien supremo.
A este en pos lleva el deleite,
A otro un ominoso empleo,
Y al otro el aura voluble
Del favor le tiene ciego.
Dejémoslos que deliren;

Y de sus errores lejos
Para nosotros vivamos
En soledad y sosiego.
¿No vale mas estudioso
Gozar en libre comercio
De esa infinidad de seres
Que en sí encierra el universo?
¡Correr con ansia dichosa
Desde la tierra á los cielos,
Descender al hondo abismo,
Volar sobre el raudo viento?
¿Y preguntarles á todos,
Qué son, dó vienen, qué fueron,
Quién ordenador y grande
Tal, les dijo, es vuestro puesto:
Tales leyes os conservan,
Y con tales encadeno
Ese sin cuento de soles,
Que enciende eficaz mi aliento,
Del inmensurable espacio
Velocísimos corriendo
Las sendas, que les marcára
Con mi omnipotente dedo?
¿No vale mas, alma mia,
Ofrecer tu humilde incienso
A un Dios que á un mortal? ¿la gloria

No vale mas que el vil suelo?
 ¿Y exhalar tus hondos ayes
En el dulcísimo seno
De tu Hacedor, que importuna
Cansar al poder con ellos?
 Despréndete pues del lodo,
Despréndete, y al Excelso
Por el éter infinito
Trepa con alas de fuego.
 Salud, purísimos seres,
Que de inefable amor llenos,
Ante su sagrario el himno
De loor trinais eterno:
 Entre extáticos ardores
Y humos de un aroma etéreo,
Rindiéndole el feudo antiguo,
Siempre á vuestras arpas nuevo.
 Recibid en vuestros coros,
Recibid á un compañero,
Si del polvo la bajeza
Puede de vosotros serlo.
 ¡Oh quién el fervor me diese,
Y el santísimo embeleso
Con que vos servis! ¡quién limpio
De mundanales afectos
 Postrar pudiera su frente

Bajo el altísimo asiento
Del gran Ser! ¡quién de su gloria
Temblando besar el velo,
  Y con sus nublados ojos
Llevar débil no pudiendo
Luz tanta, precipitarse
Entre ella atónito y ciego,
  Clamándole: un vil gusano
Os adora fiel: mi ruego
No desdeñeis: ved la nada
Cabe vos, padre, Dios bueno!
  Vedla; y dad plácido oido
A mis ayes lastimeros,
Lanzándome una mirada
Que avive mi desaliento.
  Una mirada de aquellas
En que cual Señor supremo
Sustentais el bajo mundo,
Y de gracia henchís los cielos.
  Y de allá do entre esplendores
De gloria os gozais cubierto,
Tended la clemente mano
Al abismo en que me veo,
  Y alzadme dél amoroso.
Cual del gavilan huyendo
El ave al callado asilo

De su nido aguija el vuelo:
  Así yo ahincado me arrojo
En vuestro adorable gremio,
Y en él mis delicias hallo,
Y en él mi esperanza aliento.
  ¿Me desdeñareis, Dios mio?
¿Será que el mísero feudo
De mi gratitud rendida
Os pueda encontrar severo?
  ¿Lanzareis de vuestra casa
Por vil al humilde siervo,
Y las lágrimas de un hijo
Las vereis, Señor, con ceño?
  No, no; que sois el amigo,
El protector, el consuelo,
El Padre, el Dios, del que gime
En orfandad y desprecio;
  Del que acosado del mundo,
Y blanco á sus tiros puesto,
Solo en su amargura vive
De un pan de lágrimas lleno:
  Vos le alzais en vuestros brazos,
Y con solícito empeño
En sus desmayados ojos
Enjugais el llanto tierno:
  Y la calma bonancible

Tornais á su triste pecho,
Y en gozo trocais sus penas,
Y en paz su desasosiego.
Íris que aplacais benigno,
Con vuestro gracioso aspecto
Las hórridas tempestades,
Y los vendavales fieros,
Apareceis; y en un punto
Vientos, olas, aguaceros,
Todo atónito enmudece,
Todo os adora en silencio.
Yo os adoro á par, mis ojos
Fuentes de lágrimas hechos,
La lengua os canta y bendice
Con balbucientes afectos;
Que la piedad fervorosa,
El alma exhalada entre ellos,
El alma toda, recoge
Con blando oficioso anhelo:
Mientra el corazon llagado
De amor y santo respeto,
Ante vos, cual grata nube,
Arde de fragante incienso.
Y asombrado, embebecido,
Por do quiera que me vuelvo
Amoroso padre os hallo,

Y Díos grande os reverencio.
  Que do quier de vuestra gloria
Inagotable el proceso
Se ostenta, de vuestro brazo
Se palpa un nuevo portento.
  Esas bóvedas inmensas,
Ese sin fin de luceros
Que sobre mi frente brillan,
Siglos y siglos ardiendo:
  Y pregonando, aunque mudos,
En el orden estupendo
Con que misteriosos ruedan
La mano que los ha puesto.
  La tierra abreviado punto,
De seres tantos cubierto,
Que de vos solo reciben
Orden, ser, vida, sustento:
  Y do en giro invariable
Raudo en comun bien el tiempo
Alterna del Can las llamas
Con los erizados yelos,
  Sembrando do quier profuso
Los tesoros, que del seno
De vuestro amor inefable
Recoge en alivio nuestro.
  Ese crecer cuanto vive,

Y el insondable misterio
De encerrarse en uno solo
Millones de seres nuevos.
  El mar, el mar que halla dócil
Obedeciendo el imperio
De vuestra voz poderosa
En cada arenilla un freno:
  Ora en sus rabiosos tumbos
Asaltar tiente sobervio
Las estrellas, y los montes
Bata con ímpetu horrendo:
  Ora plácido y callado
Semeje á un inmenso espejo,
En que los cielos se pintan,
Y arde y se goza el sol bello.
  Esas pavorosas nubes
En que retumbando el trueno,
Y el alado ardiente rayo
Me llenan de pasmo y miedo:
  La nieve, el yelo, la lluvia
Que en largos rios corriendo
Vuelve á la mar los tesoros,
Que el sol le robó y los vientos.
  Yo mismo, abreviado mundo,
Donde en felice compendio
De vuestro universo unidas

Las leyes todas encuentro.
Que cual la yerba que piso
Me nutro y me desenvuelvo,
Respiro á par del gusano,
Y como el angel entiendo.
Yo que en mí el fuego divino
De la virtud hervir siento,
Y con vos por ella unirme
Desde mi nada merezco.
Todo á una voz os proclama,
Todo por su inmenso dueño,
Hacedor omnipotente,
Y conservador supremo.
Alienta, espíritu mio,
Alienta, y con noble empeño
Del ser por la inmensa escala
De este ser llégate al centro.
Llega, llega confiado,
Que ese generoso esfuerzo
Que en tí sientes no es del lodo,
Ni de un instinto grosero.
Tu ambicion es mas sublime:
El polvo apegado al suelo,
Jamas, jamas se desprende
De su miserable cieno.
Tu eres inmortal: la llama

De tu alado pensamiento
Arderá siempre, aunque acabe
Ese pábulo terreno,
  Do sus brillos se oscurecen,
Como al tajador acero
La vaina guarda, y se esconde
En el pedernal el fuego.
  Arderá; y feliz un dia
De los ángeles en medio
Te asentarás, con sus himnos
Mezclando tus ayes tiernos:
  Y llamándoles hermanos,
Y el vestido recibiendo
De inmaculada blancura
Con que te ornará el Excelso.
  Toma pues las prestas alas
Del querubin: como estrecho
El bajo mundo abandona,
Y trepa cielos y cielos.
  Trépalos; y venturoso
Al inexhausto venero
De la verdad pon el labio,
Y bebe y bebe sediento.
  Raudal de inmensa dulzura,
Donde jamas satisfecho
Mas ansia cuanto mas goza

De amor llagado el deseo.
  Allí embriagado en delicias,
Verás con desden y tedio
Cuanto hasta aquí tus sentidos
Fascinó, y preciabas necio.
  Que allí la ilusion fenece:
Allí el bien es siempre el mesmo,
Inmarcesibles las flores,
Y perenne el embeleso.
  Vuela pues, vuela afanoso,
Redobla tu heróico anhelo:
La distancia es infinita;
Pero infinito es el premio.
  La fe por seguro norte,
Y en el suavísimo incendio
De la caridad mas viva
Cual fino amador deshecho,
  Por la airada mar del mundo
Entre huracanes y riesgos,
Condúzcate la esperanza
De eterna ventura al puerto.

ODA XXX.

LOS CONSUELOS DE LA VIRTUD.

No es sueño, no ilusion: las arpas de oro
Con su armónico trino
Me elevan de los ángeles: divino,
Divino es el concento,
La esfera se abre al rozagante coro,
Y una fragancia siento,
Con que nada seria
Cuanta goma y copal Arabia cria.
  No ceseis, paraninfos celestiales,
Vuestro inefable canto,
Que ledo acalle mi perenne llanto.
Solo, él solo á ser basta
Salud segura en los horribles males;
Con que el mundo contrasta
A un mísero inocente,
Blanco á sus tiros y furor demente.
  No de tal mundo la impotente saña
Asi apocado llores,
Ni á seco tronco le demandes flores;
Y alza ¡oh ciego! los ojos
A ese inmenso esplendor que el cielo baña,

Que allí de tus enojos,
Allí mora el consuelo:
Sombra y nada los júbilos del suelo.
  Sombra y nada, que leve un soplo eleva
Del menor vientecillo,
Y otro que sigue róbales el brillo,
Y espuma se deshacen.
Mancíllalos la edad, y en pos los lleva,
Con el uso desplacen,
Y el hastío sus rosas
Torna al cabo en espinas dolorosas.
  Espera pues en tu bondad seguro;
Que al fin pura y triunfante
Saldrá, y hermosa como el sol radiante.
Tu Hacedor soberano
Que justo sonda el laberinto oscuro
Del corazon humano,
Tus ansias compadece;
Y ya su sombra tutelar te ofrece.
  La virtud brilla con su propia lumbre;
Ni como el vil deleite
Bella se ostenta de mentido afeite,
Mientras con firme planta
De mortal gloria á la sublime cumbre
Modesta se adelanta,
La alcanza vencedora;

Y el vicio mismo á su pesar la adora.
  Dios, el Dios que en su diestra omnipotente
La creacion sustenta,
Con su soplo vivífico la alienta.
Y á su ángel dió el destino
De la justicia, que do quier presente
Con su escudo divino
La cubra, ante quien vano
Cae de los hombres el orgullo insano.
  Ara es de Dios el corazon del bueno,
De do al cielo incesante
La nube de su amor sube fragante.
La paz y la divina
Ferviente caridad de gozos lleno
A sus pies le avecina;
Y alli sacia ¡oh ventura!
Su ansia del bien cabe su fuente pura.
  Con santa envidia su inefable suerte
Absortos consideran
Los serafines que abrazarle esperan.
¿Y qué entonces la impía
Persecucion, la infamia, ni la muerte?
Nube que en medio el dia
Al sol loca se opone,
Que en fugaz niebla á su fulgor traspone.
  Las lágrimas que ansiado á veces llora,

Son de la primavera
Grata lluvia que esmalta la pradera
De mil galanas flores.
La piedad que su aljofar atesora,
Entre santos fervores
Por feudo las ofrece,
Y una mirada á su Señor merece.
  Las torvas nubes que del bajo suelo
Se alzan en toldo oscuro
Viles á mancillar su lampo puro,
Entre el grito ominoso
De la maldad y su impotente anhelo,
Hacen que mas lumbroso
Con las pruebas se torne
El lauro augusto que su frente adorne.
  Muere en la paz que la virtud da sola.
Todo cabe él se aflige;
Y él ledo al ángel que sus pasos rige,
Ve ya como á un hermano
Presto á ceñirle la inmortal estola,
Que el dueño soberano
A los suyos prepara,
Y él en lid tanta triunfador ganára.
  Los alcázares suenan estrellados
Y de oro los quiciales,
Abriéndose las puertas eternales

A recibir al justo.
Mientra un coro de espíritus alados
Trina el cántico augusto,
Con que á la compañia
Se aduna celestial desde aquel dia.
Ven, ven feliz, tú que del ciego mundo
Ya los grillos rompiste,
Y ángel al centro de tu ser volviste;
Tú, en quien halló un amigo
Siempre el opreso en su gemir profundo,
Del indigente abrigo,
Y en su soledad cruda
Padre al pupilo, amparo á la viüda:
Tú, en quien ardió con llama inextinguible
La caridad süave,
Que amar y perdonar tan solo sabe;
A par que la justicia
Contra el crímen tronar te vió inflexible,
De bronce la malicia,
La flaqueza indulgente,
Los hombres grato, la amistad ferviente:
Ven á coger afortunado el fruto
De tus largos sudores;
Ven á gozar las eternales flores
Que anheló tu esperanza;
A dar ven el dulcísimo tributo

De inefable alabanza
Al que en su inmenso seno
Padre hoy te inclina de ternura lleno.
Aqui todo es solaz, todo alegría,
Todo inmortal dulzura,
Todo consuelo y paz, todo ventura.
Eterno resplandece
Sin niebla y claro el sol, plácido el dia,
Con rosas mil florece
Perennal primavera,
Sin fin bullendo un aura lisonjera.
Y sobre nubes de esplendor divino
El Señor asentado
El himno entiende de eternal agrado,
Que sus loores suena.
Ven, entra, llega á tan feliz destino;
Corre á la inmensa vena
Del rio de la vida,
Y al mundo en su raudal por siempre olvida.
Luego con cuanto un tiempo honrara el suelo
En sociedad amante,
De rosas y laurel la sien radiante,
Se estrecha venturoso,
Goza, y renace sin cesar su anhelo,
Y á gozar vuelve ansioso;
Ni mente humana llega

Al bien inmenso en que feliz se anega.
¿Y gemirás porque un espacio breve
Penes ora entre grillos,
Sandio anhelando los falaces brillos
De un mundo injusto y loco?
¿Tan poco ¡ó ciego! la virtud te debe,
Y su esplendor tan poco?
¿O igual se te presenta
Al gozo eterno el que un instante cuenta?
No asi, no asi; tu lacerado pecho
Abre, enancha á la rara
Suerte feliz que el cielo te prepara:
Que el premio solo sigue
Al que lidió y vencio, y hollar derecho
La árdua senda consigue,
Que lleva hasta la cumbre,
Do arde de gloria la inexhausta lumbre.
¡Cesais, ó santos ángeles....! seguro
Ya por vos no suspiro,
Y en manos del gran Ser mi suerte miro;
Mientras con pecho entero
La amarga copa del dolor apuro,
Y constante prefiero
La virtud indigente
Al vicio entre la púrpura fulgente.

ODA XXXI.

LA CREACION, O LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

¿Dónde la mente en tus etéreas alas
Se encumbra, el viento impávida surcando,
Inspiracion divina?...
Ya las nubes hollando
Al valle el monte excelso ante ella igualas;
Ya el sol contigo altísima domina.
A Urano, ese invisible
Lucero, y cuanto por la inmensa esfera
Arde sol claro al lente inaccesible,
Atras los deja en su fugaz carrera,
Hasta tocar los últimos confines
Del reino de la luz, donde velado
En magestad gloriosa
Yace el Señor sentado
En trono de inflamados serafines.
Alli en gozo inefable asistir osa
Al solemne momento
Cuando imperioso le intimó á la nada,
Acaba, y á su excelso mandamiento
Esta máquina inmensa fue ordenada.
Ostentar quiso de su augusta mano

La infinita virtud, el inefable
Saber de su honda mente,
Y allá en su perdurable
Quietud contempla el tipo soberano
Del universo su bondad clemente.
¡Cuánto plan en un punto
Anhela su eleccion! Este prefiere
De su insondable amor feliz trasunto,
Do en larga vena derramarlo quiere.
Súbito en vuelo rápido se lleva
Sobre el abismo solitario, ansioso
De trazar obra tanta;
Y en torno el caos medroso
El muro eterno con su vista eleva
Fijo á la creacion. La escuadra santa
De espírtus, que dichosa
Acata su deidad, enmudecia
Atónita ante el trono y respetosa;
Cuando en potente voz Jehová decia:
Que la luz sea, y de arreboles llena
Resplandeció la luz, saltó exhalada
De entre aquel yermo oscuro
Una llama dorada,
Que inundó en rauda trasparente vena
De la lóbrega noche el reino impuro.
Los gérmenes primeros

Por la fecunda voz á unirse empiezan,
Ciegos girando en vértices ligeros
Que en su incesante vuelo se tropiezan.
Y alzándose entre etéreos resplandores
Un pabellon magnífico, suspenso
A la voz soberana
Por el ámbito inmenso,
Ornólo de vivísimos fulgores.
La esmeralda, el azul, el oro y grana
Mezclados altamente
Tejen sus ricos trasparentes velos;
Y arde en vistosos fósforos lucientes
La infinidad do rodarán los cielos.
Ya al feliz mando del Autor divino
La hermosa luz existe, noble muestra,
Espléndido portento
De su sagrada diestra,
Si material de altísimo destino;
Pues las mansiones de inmortal contento
Orna, dó él mismo mora.
Resuena en inefable melodía
El angélico coro, y fiel le adora.
Él cesa, y hubo fin aquel gran dia.
Con él súbito el tiempo que en olvido
Yacia, y sueño eterno, despertando
Asió su rueda instable;

Y el vuelo desplegando
Vió ya á sus pies cuanto será rendido.
Cesó la eternidad inmensurable,
Que su diestra imperiosa
En sombra y luz su duracion divide;
Y hundiéndose en la nada silenciosa
El fugaz curso de los seres mide.
 La luz empero el término no fuera
De la virtud vivífica infinita;
Ni el celestial venero
A tan nada limita
De su amor el Señor, y aunque igual viera
La flor del valle, el brillo del lucéro,
Del ave el matutino
Canto, y del serafin que en llama pura
Arde de amor, el inefable trino;
En sí gozando su eternal ventura;
 Vuelve, y hallando en su divino seno
Ser tanto que su voz ansia obediente,
Las aguas se dividan,
Ordena Omnipotente,
Y el firmamento extiéndase sereno.
Las rápidas corrientes se retiran
Sobre el cielo lumbroso,
En torno en ancha bóveda afirmado,
Muro inmenso al abismo proceloso

Del eterno á la voz súbito alzado.
  Inmenso muro en su labor divina,
De su largueza y su poder trasunto,
Dó alzará su morada.
¡Qué armonioso conjunto
De eterno albor que en torno lo iluminas,
Orden, belleza, variedá extremada!
Cuanto encumbrarse puede
Mente humanal, ó de mayor riqueza
Idear feliz á el ángel se concede,
Nada es con su magnifica grandeza.
  Sienta en medio su trono; y ¡oh consuelo!
Bienes allí sin número atesora
Su inefable clemencia.
La piedad que le implora
Tierna á él se vuelve en su ferviente anhelo,
Y á él se acoje exhalada la inocencia.
Ve el Señor complacido
Por alfombra á sus pies el firmamento,
Mas que el oro purísimo lucido;
Y á mandar torna en divinal acento.
  *Las aguas se unan que á la tierra impiden
Aparecer.* En tumbos espumantes
Por entre el aire vano
Las ondas resonantes
Dóciles parten, rápidas dividen

Su inmensa madre con furor insano.
Ya hay mar: ruge y se humilla
Rendido ante el Señor; y en grato estruendo
Su gloria anuncia, y nacarado brilla
De ola en ola su nombre repitiendo.
En su incesante anchísima carrera
Con misterioso círculo dél nacen
Ya los eternos rios,
Y á él vueltos se deshacen.
Tiéndese el Indo en su feliz ribera:
Reina inmenso entre páramos sombríos
El Amazona undoso:
Nilo en sus aguas la abundancia lleva;
Y el Rin, que hoy guarda al Bátavo industrioso,
Del Ponto inmenso las corrientes ceba.
Él rueda en su hondo abismo y se conmueve;
Llega, huye, torna, apártase; y bramando
De hórridos vientos lleno,
Las rocas desgarrando,
Ya el cielo en sierras de agua á herir se atreve;
Ya su azul pinta plácido en su seno:
¡Oh pasmo! en leve arena
Por siempre atada la voluble planta,
Hirviendo entre alba espuma el paso enfrena,
Y hermosa ante él la tierra se adelanta,
Cual de inocencia y rosicler teñida

En su fiesta nupcial brilla esplendente
La virginal belleza,
Alzan su augusta frente
Los altos montes enriscada, erguida;
Rudas columnas de eternal firmeza
Contra los elementos
Que el tiempo asolador en vano ofende;
Y en paz segura de fragosos vientos
El ancho valle entre sus pies se tiende.
Alli abreviados en la mina oscura
Siglos de árdua labor, fúlgido crece
El oro en vena rica:
Sus brillos esclarece
El hermoso diamante, y la luz pura
Ya en prismas mil aun tosco multiplica.
La faz de ella inundada,
La hora á la tierra de animarse llega,
Y en su calor prolífico empapada,
Fecunda brota, y su vigor despliega.
El bosque sacudió la cima hojosa
De sus excelsos hijos: los collados
De yerba se matizan;
Los árboles, cargados
De flor á un tiempo y fruta deliciosa,
La mano que los viste solemnizan:
Y tú, ó rosa, rompiste

Tu cáliz virginal, y los favores
Del nuevo vivaz céfiro sentiste,
Bañándolo en balsámicos olores.
  Ufana en sus racimos deleitosos
La vid los largos vástagos derrama,
Ya el nectar preparando
Que en gozo el pecho inflama;
Y los pensiles de Pancaya umbrosos,
Al firmamento en galas emulando,
Exhalan una nube
De etérea suavidad, feudo agradable
Que el ángel de Sabá volando sube [1],
Y aceptó en faz de amor el Inefable.
  Mientras siguiendo plácido decia:
Reinen en las altísimas esferas
Los astros esplendentes;
Y en sus vagas carreras
Formen la umbrosa noche, el claro dia,
Y tiempos y estaciones diferentes.
Súbito á la imperiosa
Voz de Jehová los astros se inflamaron,
Y á dar su vuelta eterna, silenciosa,
Cual ordenado egército empezaron.

1 Segun la opinion que da á cada region, reino ó provincia por custodio ó protector un ángel.

Tú entonces, claro Erídano [1], vertiste
Tu luz en urnas de oro: sus divinos
Fuegos prender sintieron
Los soles matutinos;
Y tú, Aquilon, los tuyos recibiste;
A sus inmensas órbitas corrieron
Los cometas brillantes;
Y en su inmóvil quicial el Polo viera
Miles en derredor de astros brillantes,
Que contar solo su Hacedor pudiera.
Las osas, el dragon, el cancro fiero,
El lóbrego orion, ese lumbroso
Largo surco nevado,
Cinto del cielo hermoso [2],
Y cuanto esmalta fúlgido lucero
El manto de la noche pavonado,
A una voz fue: con ella
Poblóse de esplendor el gran vacío;
Y en pos del alba y su riente estrella
Se ostentó el sol en noble señorío.
Salve, ignífero sol, fuente abundosa
De sempiterna luz, del rubio dia
Padre, Señor del cielo,

1 La constelacion de este nombre.
2 La via láctea.

Tú que hinches de alegría
Su ámbito inmenso, y con tu faz gloriosa
Fecundas creador el bajo suelo;
De tu Hacedor divino
Lumbroso trono en la fulgente altura,
Salve, y su brillo apaguen peregrino
Los astros todos con tu lumbre pura.

Salve; y próvido inunda en suave llama
Tu hermana celestial, que en paso lento
Ya en el Zenit domina,
Y al mundo soñoliento
De su alba rueda tu esplendor derrama.
¡Deidad siempre á los míseros benigna!
¡Luna consoladora!
De tu lóbrega noche el manto extiende
Ante quien de ella te aclamó señora,
Y á un tiempo tanto sol profuso enciende.

Pero ¡ah! que él vuelve á su inefable mando
Silencio, astros lucientes. — *El profundo*
Golfo animado sienta,
Dando de sí fecundo
Cuanta ave el aire diáfano cortando,
Cuanto pez raro en sus abismos cuenta.—
De escama aquel bruñida
Deslízase fugaz: cual perezoso
Se arrastra incierto de su nueva vida;

Cual á la presa lánzase furioso.
  Y á par que inmóvil en las ciegas rocas
El trémaro falaz [1] su presto fuego
Eléctrico despide,
En incesante juego
Salta el rebaño de las mansas focas.
Cruza el salmon, y el piélago divide
Tras la dulce corriente
Do en paz deponga sus fecundas ovas;
Y un vulgo inmenso espárcese impaciente
A morar libre entre ceruleas tobas.
  Vió el glacial polo á la ballena fiera
Señora de las olas cual un dia
La Grecia fabulosa
Su Delos ir decia
Sobre el piélago Egeo, y la ligera
Dorada anteceder la onda espumosa.
Al tiburon aleve
Con el manso delfin: al ave iguales
Vagar sus hijos por el viento leve [2];

1 La raya tremela, especie de raya, cuyas emanaciones eléctricas adormecen cuanto se les presenta. Oppian. Alietic. lib. 2, v. 36.

2 Los peces volantes, que se hallan asi en nuestros mares como en los del ecuador. La *golondrina* del *mar*, el *milano marino* &c.

Y á mil gozarse en selvas de corales.
Selvas que ornando de purpúrea alfombra
Las llanuras del mar, en su galana
Espesura repiten
La alta tierra, lozana
Con bosques, prados y agradable sombra.
En formas y matiz allí compiten
Sin cuento los vivientes,
En paz rodando su crustaceo manto;
Y feliz cuaja en perlas esplendentes
La ostra del alba el cristalino llanto.
Todo es vida y accion: por los menores
Rios revuelven con fugaz presura
Sus nadantes hijuelos;
Mientras el aura pura
Se ve inundar de alados pobladores.
Álzase audaz el aguila á los cielos,
Do al sol sus ojos prueba,
Del pueblo volador reina se aclama,
A una altísima roca el nido lleva,
Y en fiero canto á su consorte llama.
Allí el pavon de su lumbrosa cola
Tornasolada de esmeraldas y oro
La rueda ufano tiende;
Y alegre su canoro
Pico soltando por los vientos sola

La alondra cual un punto inmóvil pende.
Desplega arrebatada
Sus alas la fragata vagarosa [1];
Y pule al sol el ave celebrada
De Edén las sedas de su pluma hermosa [2].
Miles se pierden por el bosque espeso,
Y al ciego encanto del amor se entregan;
O en los floridos prados
Van, vuelven, saltan, juegan.
Cuanto gime en dulcísimo embeleso
Sus ayes filomena lastimados,
Sesga el cisne pompudo
Con alto cuello por el ancho rio;
Y el pavoroso buho en grito agudo
Suspira ya por el silencio umbrío.
Y todo el pueblo alígero vagando
Se extiende, y goza de su nueva vida;
Y en canora garganta

1 Ave de vuelo tan rápido como incansable, que suele hallarse por los navegantes á 200 leguas de la tierra, adonde vuelve á reposarse y dormir.

2 El *pájaro del sol*, del *paraiso*, la *manucordiata*, el *ave de Dios*; de la cual se han contado mil fábulas. Sus colores son muy vistosos, y sus plumas cubiertas de unos hilos como de seda delicada, muy buscadas en la India, y de gran precio.

Con salva repetida
De valle en valle el eco resonando,
Su divino Hacedor alegre canta.
Con paternal ternura
Él los oye y bendice; en harpas de oro
Himnos trinando de inmortal dulzura
De querubines el radiante coro.
  Vivífica entre tanto su voz suena: —
¡*Sus*! *bestias de la tierra*. — Y de repente
Animándose lanza
De sí cuanto viviente
Su faz no bien sabida alegre llena.
De las selvas el rey feroz se avanza,
El cuello vedijoso
Con orgullosa pompa sacudiendo;
Y de Edén por el valle deleitoso
Pausado gira, y hórrido rugiendo.
  Un collado cabe él siente y se agita,
Y helo súbito vuelto un elefante:
Bullicioso su brio
Muestra el potro en sonante
Casco, y rápido el paso precipita:
Anhela el ciervo por el bosque umbrio,
La cabeza ramosa
Alzando al cielo: mansa la cordera
Bala y pace: la liebre rezelosa

Párase, acecha, escucha en la pradera.
Vagan por ella en muchedumbre inmensa
Las bestias cuantas son, aun de su instinto
Cual despues ¡ay! no esclavas;
Y aunque en breve recinto
Cabra y lobo hermanados, sin ofensa
Juegan, en grata union mansas con bravas.
Todas ¡ó mal logrado
Tiempo! ¡suerte feliz! ¡santa armonía!
En paz gozando del glorioso estado
En que inocente el mundo se adormia.
Asi impaciente con su frente ruda
Por juego el bravo toro el aire hiere:
Sin daño el tigre fiero
Sus garras probar quiere:
Brama el rinoceronte en voz sañuda;
Y tras la pista el can cruza ligero.
Mientras con la cabeza
Las copas de los árboles tocando,
Entre ellos con gallarda ligereza
La pintada girafa [1] huye saltando.
Cuanto vive y alienta del florido
Mas hondo valle hasta la cima helada

1 El mas alto, gallardo y bien manchado de los cuadrúpedos, cuya estatura pasa de 15 pies.

Del Ande, que en el cielo
Desparece encumbrada,
Todo, todo el vivir ha recibido
De Jehová, que lo esparce por el suelo
Con diestra valedora.
Los hijos de la tierra en grato acento
Del aquilon lo anuncian á la aurora,
Jehová, gloria á Jehová, sonando el viento.
  Cuando hubo un gran silencio, misterioso
Su obra mayor el Hacedor ordena:
Cielo y tierra asombrados
Escuchaban: se llena
Atónito de un pasmo respetuoso
El bando fiel de espíritus alados,
Y todo enmudecia.
Jehová entonces, *al hombre*, en su hondo seno
A imagen nuestra hagamos, se decia:
Y el barro el hombre fue de beldad lleno.
  Ardua labor de perfeccion sublime,
Con que inefable su universo sella.
En su saber profundo
Complaciéndose en ella,
Su aliento celestial vida le imprime,
Y aclámale Señor del ancho mundo.
Ya en él hay ¡ó portento!
Quien del clavel los ámbares aspire,

Oiga al ave su armonico concento,
Y la hoguera del sol absorto admire.
Hay quien feliz del acabado enlace
De la divina creacion anhele
Sondar las perfecciones;
Quien los cielos nivele;
Quien, aunque inmenso, al universo abrace,
Y el prez alcance de tan altos dones.
Que hasta allí todo mudo,
Ciego, insensible á maravilla tanta,
Giró en las sombras de un instinto rudo,
Él solo á lo infinito se levanta.
¡Qué augusta magestad! ¡qué gentileza!
¡Qué acuerdo en movimientos y figura!
¡Qué gracia encantadora!
Sí: todo le asegura
Que es para el infinito. Su belleza
Cuanto do quier hay bello, en sí atesora.
Albo trono la frente
De inocente candor, excelso mira
Con faz al cielo plácida, riente;
Y del vago horizonte en torno gira.
Desplégase la rosa delicada
En su risueña boca, que sentido
Dar sabe al aura leve,
El material sonido

Facil tornando en plática ordenada,
Que útil enseña, apasionada mueve;
Los ojos retratando
Fiel, vivo espejo, do se pinta el alma,
Ya su ternura ó su dolor llorando,
Ya en mas benigna luz su alegre calma.
  Mientras la mente con el angel vuela,
Y á su inmenso Hacedor alzarse osa;
Y del brillo encantado
De la virtud gloriosa
Otra patria mejor gozoso anhela.
A su inefable posesion llamado,
Allá en dulce fatiga
Lánzase en alas de oro la esperanza;
Nada su ser y noble ansiar mitiga;
Ni el mismo Edén á que la olvide, alcanza.
  Edén feliz, que la atencion divina
Le plantó liberal, de almo reposo
Fausta mansion que encierra
Cuanto mas deleitoso
Hubo, y de encanto y pompa peregrina.
Rico vergel del dueño de la tierra,
¡Qué de fuentes y flores,
Qué de frutas suavísimas guardabas!
En tus vitales céfiros ¡qué olores,
Qué amable sombra á la inocencia dabas!

Alli floridas las alegres sienes
De eterna juventud gozar debia,
Sin penas ni desvelo,
Santísima alegría;
Bosquejo fiel de los inmensos bienes
Que en perenne raudal le guarda el cielo.
Cuando en nueva dulzura
Súbito se inundó, viendo á la amable
Eva á su lado, que inocente y pura
Formó de él en su ayuda el Inefable.

Hermosísimo don, milagro raro
De gracia y perfeccion, dó resplandece
Muy mas la excelsa idea:
Mira tierna, y parece
Que en sus ojos se anima un sol mas claro.
Su aliento, cual el céfiro, recrea:
Si rie, la mañana
Nace en su frente, y sus mejillas dora:
Marcha, y se inclina á su esveltéz lozana
La alta palma del Líbano señora.

De los vivientes el inmenso bando
Por reina la aclamó, mientra en la cumbre
Del cielo respetuoso
El sol de su aurea lumbre
Sus miembros va castísimos bañando.
Gratamente á su rayo delicioso

Su cuerpo se estremece:
La embriaga su nariz de ambar suave:
Ve absorta el cielo: el trino la embebece
Del colorin; y dó atender no sabe.
  Que ya en su seno la celeste llama
De afectos mil purísimos se enciende;
Ya sensible palpita;
Admira, y se sorprende:
Vese tan bella, y cariñosa se ama;
Y entre donosa timidez se agita.
La mano á una flor llega,
Y á cortarla dudosa aun no se atreve:
La encanta el ave que volando juega,
Y ansia seguirla por el aura leve.
  El comun padre estático la admira,
Y Eva se inunda en virginal ternura.
Desciende el amor santo
De la estrellada altura,
Y en mutuo ardor su corazon suspira,
Ya en lazo atados de divino encanto.
¡Ser de mi ser querido!
Adan exclama: en tu inocencia hermosa
Hallo el bien sumo al embeleso unido:
Y ella en su seno inclínase amorosa.
  ¡Ó sombra! ¡ó bien fugaz! ¡fatal deseo
De vedado saber! La compañera

De tan alto destino
Cayó en el mal ligera,
Sedujo al infeliz.... ¡Cielos! qué veo!
En faz sañuda un querubin divino,
Y espada centellante
Les cierra el santo Edén: la pena aguda
De Adan anubla el varonil semblante;
Y Eva á su lado va llorosa y muda.
Huyen los brutos su dañado imperio:
Sorda la tierra su favor les niega;
Y su frente culpable
Hiere la muerte ciega.....
¡Ó culpa felicísima! ¡ó misterio!
¡Víctima! ¡redencion! ¡precio inefable!
Ya es gloria la caida.
Llover el claro Empíreo al deseado
Miro, á su mismo autor mi carne unida,
Y al polvo sobre el angel sublimado.
Lenguas del universo, criaturas
De Dios, almos espíritus, cantemos
Bondad tan infinita;
Y el loor que le demos
Suba cual grato incienso á las alturas,
Do en pura luz inaccesible habita
Su celestial grandeza.
Ordenador de mundos soberano,

En cuanto obró de tu saber la alteza,
Brilla en gracias magnífica tu mano.
Tus obras son cual tuyas, acabadas,
Buenas, próvidas, sabias, y te admiro
Do quier Omnipotente.
Sobre los cielos giro,
Cruzo del mar las bóvedas saladas,
De las heladas zonas á la ardiente;
Y todo es un portento.
¡Sublime creacion! al bosquejarte
Falta al numen atónito el aliento:
Jamas la mente acaba de admirarte.

LA CAIDA DE LUZBEL.

CANTO ÉPICO.

LA CAIDA DE LUZBEL.

Dí, musa celestial, de dónde pudo
Subir de Dios al trono luminoso
La atroz discordia, del Luzbel el crudo
Infiel tumulto, el brazo poderoso
Que su frente postró, cuando sañudo
Fijar quiso triunfante y orgulloso
Junto á la silla de Jehová su silla,
Negándose á doblarle la rodilla.

Por qué el Angel de luz fue trasformado
En sombra horrible en el fatal momento
Que cayo al hondo abismo derrocado,
Mansion de luto y fúnebre lamento,
Con la hueste precita, do aferrado
Con frente audaz en su nefario intento,
Sufre sin fin bajo la diestra airada
Del Señor, para herirle siempre alzada.

Tú que allá en Patmos revelar quisiste
Tan gran misterio á tu profeta santo;
Y el Cordero sin mancha ver le hiciste
Por quién ganado fuera triunfo tanto:
Tú que el trono á sus ojos descubriste
Ante quien siempre el inefable canto
Se tributa de altísima alabanza,
Que humano oido á percibir no alcanza:

Tú, Espíritu de Dios, que el Dragon fiero
Le mostraste y la lid ardua, dudosa
En que triunfó Miguel, cayó el Lucero,
Y á Dios subió la humanidad dichosa:
Ven facil, ven, que con tu auxilio espero,
Si es mortal voz á tanto poderosa,
Las venganzas decir del Invencible,
Y del soberbio el precipicio horrible.

En el principio, el brazo Omnipotente
Los cielos extendido acaso habia,
Y en su ancho espacio el escuadron luciente
De soles ya ordenado discurria;
En la nada tal vez confusamente
La inmensa creacion se contenia,
Silenciosa aguardando el dulce acento
De su eficaz divino mandamiento.

Quiso en sus ricos dones deslumbrado
Luzbel al monte del Señor subirse:

Y allí en silla de luz ante él sentado,
Con su inmenso Hacedor loco medirse.
Sonó su aleve orgullo, y fue aclamado
De mil ciegos espíritus, que á unirse
Corrieron al infiel, y en guerra impia
El reino de la paz turbado ardia.
Entendió que en el tiempo (asi en su seno
Lo acordó el Padre) cabe Dios subido
Seria el Hijo del hombre de honor lleno,
Y el polvo vil en él ennoblecido.
Lo entendió: vióse; y de consejo ageno
Igual se quiso hacer con el Ungido,
Gritando arrebatado y orgulloso
Asi en medio el egército glorioso:
¡Otro ser sobre mí!....¡leyes tan duras
Sufrirá mi nobleza! ¡colocarse
La baja humanidad sobre las puras,
Angélicas substancias! ¡humillarse
Debe Luzbel! ¡Luzbel! ¡ó desventuras!
¡Ó eterna infamia! No, no ha de jactarse
De que se doble en servidumbre odiosa,
Ante el polvo mi esencia luminosa.
Angeles, querubines, ¿entendido
Lo habeis? ¿ó yo me engaño? ¿Nuestra gloria
Y nuestro ser eterno esclarecido

De qué nos sirven ya? ¿la egecutoria
De dioses donde está? ¿dónde se han ido
Los timbres de que hacemos vanagloria,
Si el lodo, el lodo vil se nos prefiere;
Y el tirano en su antojo asi lo quiere?
¡Ó confusion! ¡ó mengua! ¿la debida
Merced es esta del servir contino
Su deidad impotente? Merecida,
Merecida es la ley, pues el camino
Le abrió á mandar la voluntad rendida.
Mas crédulo se engaña: de su indino
Imperio huyamos ya: y aquel le adore
Que su afrentosa tiranía ignore.
Iguales somos en la esencia, iguales
En luz y potestad: ¿qué le debemos?
¿Acaso el don odioso de inmortales
Para acatarle esclavos? ¿llevaremos
En vil silencio abatimientos tales
Por siempre, invictos príncipes?....hollemos
El pacto de alianza y vituperio;
Y léjos dél alcemos otro imperio.
Al Aquilon corramos; y divida
La inmensidad del suyo nuestro estado.
Firmes, firmes duremos, y en rendida
Súplica le vereis. El principado
Debido es á Luzbel: mi planta mida

Las cumbres de su gloria; en el sagrado
Monte hollaré la luz á él semejante,
Mayor que ese su Hijo, y del triunfante.

Yo reinaré.....Clamaba el altanero
Apóstata; y la turba de precitos
Su impia furia con plauso lisonjero
Loca celebra y sediciosos gritos.
No así el vasto oceano, cuando fiero
Los lindes rompe por su autor prescritos,
Derramándose horrísono, espumoso
Retumba entre las rocas espantoso.

Suena el reino de Dios confusamente
Con la execrable sedicion turbado:
Y el angel fiero se sublima, y siente
Crecer su orgullo viéndose aclamado.
En un punto y mas suelto que la mente
Del bando del Altísimo apartado
Corre mil veces mas con fugaz vuelo,
Que dista del abísmo el alto cielo.

Tan rápido se huyó, porque á la activa
Presteza de un espíritu la inmensa
Extension es un punto: en pos la altiva
Proterva hueste como nube densa
Su lado infiel circunda fugitiva;
Y aprestándose firme á la defensa,
Reine, gritaba con bramido ins[illegible]

Reine el que nos redime del tirano.
  Del hórrido tumulto el alarido
Vaga en el ancho espacio; y se renueva
Por encontrados ecos repetido,
Que al solio excelso la justicia lleva:
De las sonantes armas el ruido
Dobla el triste fragor: y en furia ciega
Clamando libertad la turba loca,
A cruda lid á su Hacedor provoca.
  Reverente entre tanto y silencioso,
Lleno de un pavor santo se estrechaba
Ante el trono el egército dichoso
De los justos, y á Dios firme adoraba;
Temblando que su brazo poderoso
Contra la turba vil que le insultaba
De su inmenso furor el dique abriese,
Y en un punto á la nada los volviese.
  Mas el Excelso su jactancia impia
Burlando en el sagrario rutilante,
Do entre nubes altísimas yacia,
De su trono de gloria con semblante
De inalterable magestad oia
Los fieros del arcangel arrogante,
Revolviendo su inmensa justa pena
En la honda mente de consejos llena.
  Y al Hijo vuelto, con la faz bañada

En amor é inefable complacencia,
Hijo, le empezó á hablar, en quien se agrada
Tu almo Padre, figura de mi esencia,
Por los siglos y mas á ti fue dada
La plenitud del cetro y la potencia.
Todo se postre á tí, delicia mia,
Y consorte en mi excelsa monarquía.

Asi en mi eternidad lo he pronunciado
Con firme, irrefragable juramento.
Luzbel va con los suyos despeñado
Por la senda del mal: yo les consiento
Guardar su obstinacion: helo entregado,
Cual leve arista, al ímpetu del viento,
A su vano sentido: en él se afirme:
Y ose, pues que lo quiere, resistirme.

Mas tema, tema de mi diestra el brio.
Yo Dios de las venganzas, ¿del torrente
De mi furor do huirá? su cuello impio
Conculcará tu planta; y reverente
Vendrá: te adorará como á igual mio,
Y confundido en su furor demente:
Dios, aunque tarde clamará, Dios era;
Y por tí jurará su lengua fiera.

Que yo te suscité y armé del trueno
De mi cólera, allá cuando en la cumbre
De mi asiento real te ungí en mi seno.

Y vosotros en justa servidumbre
Al Verbo confesad de gloria lleno,
A la Lumbre nacida de la Lumbre,
Angeles; y aclamad mi augusto Hijo
En himnos de alabanza y regocijo.
Hablo el Señor; y el Verbo reclinado
En su seno divino con amable
Aspecto, lleno de bondad y agrado,
Se complació en su plática inefable.
Atónito y rendido el pueblo alado,
Empezó al punto el cántico aceptable
De eterna adoracion, las arpas de oro
Armónicas siguiendo el almo coro.
¡Señor, Dios Sabaot! Reine cumplida
Tu inmensa voluntad: tú poderoso,
Tú dador inefable de la vida,
Tu Verbo de su asiento alto, lumbroso
Mire su feliz tropa ante él rendida,
Que ensalza fiel su nombre glorioso;
Y tu deidad y su deidad confiesa.
Y el santo coro en su cantar no cesa.
Todo era gozo y salvas: el gran dia
En que en orden se puso el caos oscuro,
Cuando á la voz de Dios el sol nacia
Como en carro triunfal, ni fue tan puro,
Ni semejó su altisima alegría.

Aquel solo que vió, vencido el duro
Infierno, entrar á Cristo en la alta esfera
De justos rodeado, igual le fuera.
  Cuando en medio del júbilo imperiosa
Tronó la voz del Padre; y de repente
Cesó el aplauso en la mansion gloriosa,
Y él mirando á Miguel: resplandeciente
Paraninfo, mi escuadra numerosa
Guia, le manda, y rinde al impotente
Enemigo de Dios: ríndelo; y muestra
La fuerza en él de mi sagrada diestra.
  Tu zelo fiel he visto con agrado,
Y por él de mi egército invencible
Príncipe te escogí: yo he confortado
Tu brazo, nada temas: mi terrible
Rayo fulmina, y caiga derrocado
Rugiendo el bando pérfido al horrible
Abismo, donde el fuego eterno arde;
Y que temple mi cólera no aguarde.
  Los montes turba: los collados huella;
Y espárcelos cual polvo. Asi decia
La Justicia inefable: humilde ante ella
Con sus doradas alas se cubria
Silencioso el Arcangel, la faz bella
Poner no osando al fuego que salia
A manera de un rápido torrente

Del rostro del airado Omnipotente.
  Ardia en llamas vivas la montaña;
Y en nubes de humo el trono luminoso
Se oscureció: tronó su inmensa saña
Tres veces con son hórrido, espantoso;
Y el escuadron que cerca le acompaña
De puros serafines, pavoroso
Se postró ante su faz, clamando: gloria,
Gloria á ti, Señor Dios de la victoria.
  Parte Miguel al punto rodeado
De miles de millares de escogidos,
Que en el reino de paz tienen guardado
Su eterno galardon, esclarecidos
Hijos de luz, con el blason sagrado
Del Cordero en la frente distinguidos,
En fuerza confirmados invencible,
Y en las manos el rayo irresistible.
  Las olas que sin fin rompe en la tierra
La mar, cuando sus playas bate airada,
La inmensa arena que su abismo encierra,
Suma hicieran bien leve, comparada
Con la fiel turba que á la sacra guerra
Se apresta; corre, llega acelerada:
Ni por esto el Señor solo se via,
Que otra hueste aun mayor corte le hacia.
  ¡O musa celestial, tú que asististe

Al alarde glorioso, y las hileras
De los fulgentes querubines viste
Tendidas ya las ínclitas banderas;
Los nombres dime que en el cielo oiste
De tanto campeon, que en duraderas
Láminas guarda el libro de la vida:
Honra á sus altos triunfos bien debida!

Callarlos el Altísimo ha querido;
Ni un humilde mortal, aunque tocado
Fuese su labio audaz del encendido
Carbon con que el profeta fue abrasado,
A contarlos bastára; el merecido
Tributo de loor á ellos negado,
Sagrada musa, á los caudillos demos;
Y sus ínclitos nombres celebremos.

En alas cuatro el batallon divino
De fondo impenetrable parecia
La ciudad que de jaspes y oro fino
El águila de Dios labrada un dia
Vió del cielo bajar. Cual matutino
Sol, al frente Miguel resplandecia:
Y de oriente á occidente cobijaba
Cuando sus anchas alas desplegaba.

Menos temible entre la zarza ardiente
Le vió en Oreb el mayoral sagrado,
O el grande Josué con el luciente

Acero en Jericó desenvainado:
Su aspecto un fuego vivo, en la alba frente
¿Quién como Dios? impreso, el brazo alzado
Con firme accion á combatir dispuesto,
Y un rayo en él á fulminarlo presto.
Gabriel, fuerza de Dios, la diestra guia,
No cual despues pacífico y rendido
Trajo el Ave suavísimo á María,
Nuncio feliz; mas del furor tendido
Ahora el arco potente parecia
Su voz la voz del trueno, el encendido
Rostro un horno ferviente, el recio aliento
Cual huracan del Aquilon violento.
Rige Uriel el contrapuesto lado,
Espíritu á Dios fiel, de una nevada
Estola y faja de oro circundado,
Y en la alta diestra la fulminea espada.
Con loriga de fuego el pecho armado
Y en rubia luz la frente coronada,
Tremendo Rafael la marcha cierra;
Y él solo basta á fenecer la guerra.
Tales fueran los grandes generales,
Que al egército el Todopoderoso
De sus furores dió, todos iguales
En zelo y en lealtad, del ambicioso
Luzbel y sus sacrílegos parciales

Enemigos sin fin; y el pecho honroso
Ardiendo en comunal; alto deseo
De hacer sus frentes de su pie trofeo.
Unense en líneas, mil y mil se ordenan
Y millares sin cuento; blandamente
Sus grandes alas al plegarse suenan;
Y en rededor el delicado ambiente
De olor de gloria y mil esencias llenan:
Sigue á una voz el himno reverente
De loor al Excelso; y acabado,
De un vuelo el gran caudillo en medio alzado,
Cual un cometa hermoso: campeones,
Les habla, en quien su honor el Señor fia,
Y alistó la lealtad en sus pendones,
De Luzbel la sacrílega osadía
Visteis; y por sus locas sugestiones
La tercer parte de astros que servia
Obsequiosa ante el trono, deslumbrada
De su inefable autor mofar osada.
¡Insensatos! ¿ignoran que su mano
Los sacó de la nada, y que si aleja
De sobre ellos su aliento soberano,
A nada tornarán? ¿Burlar se deja?
¿O el rayo asolador enciende en vano?
Este rayo nos da: su justa queja
Venguemos; y en nosotros el impío

De Dios sienta el inmenso poderío.
Hijos suyos, esclavos venturosos
Somos de su bondad: serlo queremos,
Y estos son nuestros timbres mas gloriosos.
Él con nosotros va: ¿de qué tememos?
¿Quién como Dios? Los vítores gozosos
No le dejan seguir; y á los extremos
Del infinito el eco los llevaba:
Dios, Dios, ¿quién contra Dios? solo sonaba.
Las prestas alas súbito despliegan
Entre salvas de bélica armonía;
Y mas veloces que los rayos llegan
Del solar globo hasta la tierra umbría,
Con sesgo vuelo rápidos navegan
Del vasto espacio la region vacía,
Con quien el ancha tierra fuera nada,
Toda en sola una línea prolongada.
No llega en resplandor á los radiantes
Paraninfos la nube mas hermosa,
Que al mar cayendo el sol de mil cambiantes
Riquísimos matiza, ó tan vistosa
Boreal aurora en ondas centellantes
Se descubre al Lapon; solo medrosa
En el medio una nube amenazaba,
Que las plagas eternas encerraba.
Plagas que allá en el hondo tenebroso

Pozo del ciego abismo á su mandado
Prestas el brazo apremia poderoso.
Mas ¡ay! que el dia del furor llegado
Las soltará otra vez: el sol lumbroso
Irá tinto de sangre y eclipsado:
Arderá el vasto mar; arderá el suelo;
Y á pedazos caerá deshecho el cielo.
Llega del aquilon á los distritos
La milicia invisible, donde habia
El apóstata terco en sus delitos
Fijado la nefanda tiranía.
Alli una banda inmensa de precitos
Ufana á todas partes le seguia,
Creyéndose por él libre y segura:
Ciega, inflexible en su infernal locura.
La execracion blasfema, el insolente
Escarnecer de Dios son sus canciones,
Sus mas gratos saludos. Quien demente
Se jacta de excederle en los blasones:
Quien á arrastrar el solio refulgente
Llevar quiere los fieros escuadrones:
Quien se finge un Jehová: quien al impio
Medita ya usurpar el poderío.
El entre tanto un trono levantado
Del monte del Oprobio en la alta cumbre,
Con mentido fulgor, y en él sentado

Concita la confusa muchedumbre.
Satan se jacta indomito á su lado,
Casi con él igual: aunque la lumbre
De su faz apagado antes se hubiera,
Cuando con Dios airado contendiera.
Síguele Belzebut en ira ardiendo,
A una gran torre igual en la estatura,
A quien la guerra y sanguinoso estruendo
Siempre agradó: con magestad oscura
Del gran Nesroch, que príncipe tremendo
Es de los principados, la segura
Frente entre las legiones se sublima;
A todos su soberbia dando grima.
De otra parte Moloch está horroroso,
Biforme, en sangre tinto, en la montaña
Creyéndose de Dios frente al glorioso
Solio, Dagon de su tremenda saña,
Triste egemplo, Phegor torpe, asqueroso,
Remmon y Belial que le acompaña,
Espíritu sin ley, protervo, osado,
A Luzbel cercan de uno y otro lado;
Y otros príncipes mil que allá nacieron
En las plagas de luz pura, inefable,
Y eternos bienes disfrutar pudieron;
Mas su dureza los perdió execrable.
Del libro santo de la vida fueron

Cou sentencia justísima, inmutable,
Arrancados sus nombres, y una impía
Blasfemia el pronunciarlos hoy seria.
  Pero él soberbio en todo remedando
Del sumo Altitonante el señorío,
Su forma vasta, desmedida alzando,
En medio está cual un planeta umbrío
Que á todos amenaza; y señalando
Con el cetro silencio á su albedrío
La confusion blasfema sosegada,
Asi empieza con furia despeñada:
  ¿Del antiguo tirano la indolencia
No veis? ¿venir á combatirnos osa?
¿Dónde está su aclamada omnipotencia?
Yo le veo temblar; y á su medrosa
Turba de serafines la clemencia
Implorar de Luzbel... ¡Memoria odiosa!
Viles, viles esclavos le servimos;
Mas la torpe cadena al fin rompimos.
  Invictas potestades, conozcamos
Nuestra nobleza clara; ignominioso
Todo imperio nos es: libres seamos.
¿Cómo servir el Angel?...Tan glorioso
Teson á todo trance mantengamos.
¿Es mas ese Jehová que al yugo odioso
Rendirnos quiere? Puros, inmortales

Somos dioses cual él, y en todos iguales.
  Su luz mentida deslumbrarnos pudo,
Porque entre rayos escondió la frente,
Temblamos ciegos, y á su mando crudo
Se abatió humilde la cerviz paciente.
Yo, yo os le descubrí; vedle desnudo
De su falso poder; en el fulgente
Reino que indigno obtuvo le asaltemos,
Y sus tímidas haces debelemos.
  Su silla ocuparé.... ¡Jactancia impia!
El gran Miguel de súbito asomando
Clama con voz de trueno: ¡tu osadía
Bastó á decirla! ¿Pérfido, hasta cuando
Con tu Dios pugnarás? ¿en qué confia
Tu maldad loca á tu Hacedor juzgando?
¿Querrán tus pensamientos execrables
Penetrar sus consejos insondables?
  Tan lejos de tí van, cual de la senda
Tú del bien, y en tu réprobo sentido
Abandonado corres: mas tremenda
Su indignacion santísima ha venido
De lleno sobre tí, cual plaga horrenda
De eternal perdicion: apercibido
El arco está en su mano: tú el primero
Caerás estrago de su golpe fiero.
  ¡Ay protervo! ¡ay de tí! ciegos parciales,

Que su demencia deslumbró orgullosa,
Y falaz precipita á inmensos males,
¡Ay de vosotros! ¡ay! ¿por la dichosa
Obediencia al Señor sus infernales
Imperios conmutais? ¡ó lastimosa
Ceguedad! ¿vuestro dueño soberano
Dejais por la obra infame de su mano?
¿Al Ungido del Padre, á su Hijo augusto,
Igual con él, que en su divina mente
Sin principio engendró, negais el justo
Feudo de adoracion? él vuestra frente
Hollará triunfador, y tan injusto
Teson disipará. Luzbel demente,
¡Hollarme! ¡hollarme á mí! ¡blasfemia! clama,
Y presto rayo en cólera se inflama.
Sus pérfidos parciales á él unidos
Claman tambien ¡blasfemia! y con tremendo
Tumulto y discordantes alaridos
A batallar se aprestan, repitiendo
¡Blasfemia, audaz blasfemia! escandecidos.
Este fue el grito del combate horrendo,
En que el dragon postrado y sus secuaces,
Triunfó el Señor y sus potentes haces.
¡Quién contarlo sabrá! ¡cómo en humano
Sentido caber puede! ¿dónde ciego

Voy? ¿qué estrépito se oye? Del tirano
Los golpes son, el centellante fuego
Del rayo de Miguel. Ven, soberano
Espíritu, ven pio al tierno ruego
De un mortal que de Dios las iras canta.
Oid todos, y temblad su diestra santa.
  Ordénase de presto el feroz bando,
Y al egército fiel su inmensa frente
Toda de fuego opone, como cuando
Arde un antiguo bosque y refulgente
La llama al cielo sube rechinando:
Que el trueno y rayo, y torbellino ardiente
Si de temple inferior, tambien llevaba,
Y su soberbia misma los forjaba.
  Cada cual se imagina un Dios terrible
Lleno de magestad y poderío;
Y con furor avanza irresistible.
Los gritos y humo, y resplandor sombrío
Los trances doblan del encuentro horrible;
Y la infernal discordia con impío
Soplo las líneas corre, enciende, incita,
Y á todos mas y mas los precipita.
  Luzbel, cual el relámpago ligero
Vaga por todas partes, lo mas rudo
Del combate buscando, insta severo;
Alienta fervoroso, y firme escudo

De las legiones es, gritando fiero:
Cargad, dioses, cargad, que de este crudo
Punto el quedar en libertad gloriosa
Pende, ó volver á la cadena odiosa.
Del sumo Rey el tercio numeroso
No asi se agita audaz, ni en furor tanto,
Sino firme, paciente, silencioso
El orden sigue del caudillo santo:
Semejante á un nublado tempestoso,
Que inmóvil á la vista pone espanto;
Pero en todos bien claro Dios se via,
Y el inmenso poder que los regia.
El choque llega al fin, el choque horrendo:
Estréchanse las lineas, los veloces
Rayos chispeando cruzan, el estruendo
Del trueno brama entre discordes voces.
Gabriel, el gran Gabriel vibra un tremendo
Huracan, que derriba los atroces
Parciales de Asmodeo, y pasa osado,
Hollando invicto el escuadron postrado.
La confusion los turba, la rabiosa
Discordia á unirlos corre, y con demente
Furia los lanza entre la lid dudosa,
Va delante, y les presta el rayo ardiente:
Mas del Angel la banda victoriosa
Cual duro escollo, opuesto al impotente

Proceloso batir del océano,
Firme, inmóvil resiste el choque insano.
  Todo con él se estremeció medroso;
Solo el monte en que fija la morada
Tiene el Excelso, en eternal reposo
Duró quieto, de donde en su encumbrada
Silla velado en esplendor glorioso,
Su egército en la accion ruda, obstinada,
Con faz de gloria inalterable via,
Y la victoria ante sus pies yacia.
  Asi el ciego conflicto y teson creco
El relámpago presto centellea,
Y el reino de las luces se oscurece
En nubes de humo negro: aqui guerrea
Línea con linea firme; alli se ofrece
Un nuevo choque y orden de pelea;
Dos legiones se ven en alto alzarse,
Y una con otra crudas aferrarse.
  Y cual dos vastas nubes que en su seno
La desolacion llevan, impelidas
De huracanes contrarios, el sereno
Cielo con llamas turban repetidas,
Y en sus cóncavos gime ronco el trueno:
Asi en sus raudas alas sostenidas,
Violentas chocan y discordes claman;
Y en ráfagas de luz todo lo inflaman.

Las plagas del Señor, sus eternales
Plagas entonces hórridas resuenan:
Azóranse las huestes infernales,
Y de atroz rabia y confusion se llenan.
Mas tornan fieras de sus crudos males,
Y otra vez y otras mil se desordenan:
Hiere el fiel bando, hiere, y el impío
Mas ciego carga en su impotente brio.

Ni hay ceder por ningunos; los dañados
Angeles cada vez mas inflexibles,
Y en su letal orgullo mas cerrados:
Los altos paraninfos de invisibles
Esfuerzos sostenidos, y abrasados
Por la causa de Dios. ¡Cuántos terribles
Trances y encuentros, y batallas fieras,
Sacra musa, en un punto entonces vieras!

Que cada cual á derrocar bastaba
Este nuestro universo al caos oscuro,
Solo al Señor menor; y batallaba
Contra otra igual virtud. Si en su ser puro
La sustancia del ángel fuese esclava
De la muerte fatal, con cada duro
Golpe de un querubin mil fenecieran;
Y al primer choque todos ya no fueran.

Porque asi se cargaban, como cuando
Consumados los siglos en el cielo

La pavorosa trompa resonando,
Se hundan los montes al abismo, el suelo
Se suba á las estrellas, fluctuando
Los astros choquen entre sí: de duelo
Se vista el dia, y caiga despeñada
Naturaleza al seno de la nada.

Por todas partes ínclitas acciones
Se obran á par; con ímpetu invencible
Postra de Belzebuth los batallones
De Rafael la diestra irresistible:
Al trueno asolador los campeones
Mas obstinados ceden: el horrible
Caudillo ante sus pies ciego, perdido
Cae; empero sin darse por rendido.

Satanás vuela á darle presta ayuda
Seguido de millares, mas la mano
De Uriel le detiene: de su aguda
Centella herido, y en rencor insano,
Ardiendo Moloch yace: la ceñuda
Frente de Belial, que el soberano
Esfuerzo de Gabriel probar queria,
Tambien hollada ante su pie yacia.

¿Y tú, almo general, en cuánto horrendo
Trance te viste? ¿á cuántos debelaste?
¿Quién decirlo podrá? con tu tremendo
Rayo devastador á mil cargaste,

Rendiste á miles: de Jehová luciendo
La inefable virtud atrás dejaste,
Al rápido huracan del impio bando
Las largas filas súbito arrasando.
Otro blason mas ínclito te espera:
Ser el impuro príncipe debia
Víctima de su diestra: en rabia fiera
Viendo desórden tal sin seso ardia;
Y entre mil rayos de una en otra hilera
Dando á todos aliento discurria:
A quien cubre, á quien hiere, incita, clama;
Y á singular combate á Miguel llama,
Gritando: Angel cobarde, vergonzoso
Ministro del Tirano, á quien mas gusta
Que ser libre y ser Dios su imperio odioso;
Mercenario cantor, siempre en injusta
Adoracion rendido, temeroso
No huyas de mi furor, si no te asusta
La excelsa diestra que invencible osa
A el ángel dar su libertad gloriosa.
Ven; no te aplaudas ya porque han cejado
Tal vez mis campeones inflexibles:
En rebelion tan justa despeñados,
Nuestros odios serán inextinguibles;
Opondré al de tu Dios un nuevo estado;
Y Luzbel reinará. Guerras, horribles

Guerras levantaré: tema en su trono,
Tema mi eterno, mi implacable encono.
Cesa, nefario, apóstata atrevido,
Autor del mal, que la discordia impía
En el reino de Dios has encendido:
Su maldicion te oprima; y tu osadía
De su siervo reciba el merecido
Galardon esta vez. Asi decia,
Respondiendo Miguel; y el brazo alzaba,
Que el Altísimo mismo confortaba.
Uno para otro parten mas veloces
Que va la vista rápida: el estruendo
Del trueno los seguia: á los atroces
Golpes tiembla el espacio en son horrendo,
Y arde el tirano en ímpetus feroces.
Pero el ángel de luz, fiel repitiendo
¿Quién como Dios? un rayo agudo vibra,
Al que el estrago del protervo libra.
Íbale á despedir sobre él cargado,
Cuando el Cordero súbito se ofrece
En su trono de gloria, y circundado
Del íris entre nubes resplandece,
Que asi el Padre en su seno lo ha ordenado;
Y á él solo el alto triunfo pertenece.
Diez mil miles delante armados vuelan,
Y otros y mas en su servicio velan.

Los pasos le allanaba un mar de fuego;
Y el terror y el espanto le seguian.
Cesó al verle la accion: perdido y ciego
Tembló Luzbel: sus fuertes se cubrian
Deslumbrados la faz, mientras en juego
Plácido recibiéndole corrian
Las seráficas huestes: Santo, Santo,
Repitiendo delante en dulce canto.

A tí solo victoria, ó Poderoso,
Pues se alza sobre todo tu grandeza.
¿Quién se opondrá á tu brazo glorioso,
De los siglos Señor? la fortaleza
A tu derecha está: tú, belicoso,
Tú eres grande y excelso: empieza, empieza
Tus venganzas, ó Rey; y la traidora
Turba ahuyente tu diestra triunfadora.

Él se alzó sobre el trono, y de su asiento
Corrió otro mar de fuego; el detenido
Rayo el ángel fulmina, y sin aliento
Cae bramando el Dragon ante él vencido.
Disipóse cual humo al raudo viento,
Seguida del egército escogido,
Su infiel tropa; y la altisima morada
La echó de sí al abismo despeñada.

ELEGÍAS MORALES.

ELEGÍA I.

EL DELEITE Y LA VIRTUD.

¡O loca ceguedad! ¿será que rompa
Las cadenas que me atan con la tierra?
¿O dejaré que el ocio me corrompa?
 ¿Rebelaréme al vicio, y cruda guerra
Le haré con firme pecho? ¿ó comunero
Con el vulgo seré que siempre yerra?
 ¿Osaré declararme compañero
Del bando vencedor, que heróico pisa
De la virtud el áspero sendero?
 ¿Seré del pueblo la cancion y risa?
¿O su malsana vanidad siguiendo
Correré á mi despeño aun mas aprisa?
 Las altísimas cumbres que estoy viendo
Van del honor al templo.... Alli me llama,
Alli el deleite plácido riendo.
 Sus vinos, cebo al paladar, derrama
En trasparentes copas, con su fuego
El ya movido corazon me inflama.
 ¡A quién no arrastrarán el blando ruego,
La música y balsámicos olores,
Y de tanto amador la trisca y juego!

Toda es gala la tierra y lindas flores,
Del céfiro adormece el manso aliento,
Los trinos de las aves son amores.
Irme mal grado yo tras ellas siento:
La razon me detiene: el apetito
Aguija, y corre mas veloz que el viento.
¿Será, me dice, disfrutar delito
Los frescos valles que á la vista tienes?
¿O yerro entrar en tan feliz distrito?
¿No ves los lisonjeros parabienes
Con que la alegre turba solicita
Que á gozar corras sus inmensos bienes?
Naturaleza próvida te incita,
Y su abundante mesa te prepara.
¿Sordo serás, cuando placer te grita?
Escúchala; y no necio tan avara
La juzgues con el hombre que ha criado
A que sus dones como Rey gozára.
El pesar sigue al gozo; el abrasado
Estío á la apacible primavera;
Y al abundante otoño el cierzo helado.
El tiempo vuela; la ocasion no espera;
Goza tu edad lozana; y los oidos
Tapa, y no escuchen la razon severa.
Corre, corre estos prados que floridos,
Son viva imagen de tus verdes años;

Y á la vejez remite los gemidos.
 Asi me disimula sus enganos
Con halagüena voz; asi procura
Ciego arrastrarme á sempiternos daños.
 Mas luego la razon que á su luz pura
Del ánimo la niebla desvanece,
De la virtud me muestra la hermosura.
 Ella dolida de mi error me ofrece
Su diestra celestial; y la gloriosa
Palma me ostenta que jamas perece.
 ¿Qué los placeres son, con amorosa
Boca me acusa, y el fugaz contento,
Sino envuelta en espinas fragil rosa?
 Que apenas abre entre fragante aliento
De suave aroma el seno delicado,
La agosta el sol, ó la desoja el viento?
 Evita, evita el lazo do enredado
Vas misero á caer; y la enganada
Tropa desdeña y su falaz cuidado.
 Presto verás cual la vejez helada
Trueca su risa en lágrimas, y en mudo
Silencio el canto y música acordada.
 El pesar y el temor con diente agudo
Su infeliz pecho romperán las flores
Lozanas vueltas en invierno crudo.
 Y en pos la enfermedad y los dolores

A aquejarlos vendrán con mil insanos
Recuerdos y fantásticos pavores.
Hasta el sepulcro tenderán las manos
Buscando asilo entre su horror: ¡ay! huye,
Huye, y no atiendas los clamores vanos.
No los atiendas, necio. Así me arguye;
Y la razon con su favor deshace
El ciego ardor que el corazon destruye.
Y yo como el enfermo á quien desplace
En fiebre ardiente amarga medicina;
Y odioso el que la sirve se le hace:
Asi de la razon la luz divina
No puedo resistir, mirar no osando
La virtud en su alteza peregrina.
Y en encendidas lágrimas bañando
Las pálidas mejillas, aun suspiro
Por el mentido bien que voy dejando.
¡Tan dulce es la prision en que me miro!

ELEGÍA II.

A JOVINO: EL MELANCOLICO.

Cuando la sombra fúnebre y el luto
De la lóbrega noche el mundo envuelven
En silencio y horror, cuando en tranquilo

Reposo los mortales, las delicias
Gustan de un blando saludable sueño;
Tu amigo solo, en lágrimas bañado
Vela, Jovino, y al dudoso brillo,
De una cansada luz en tristes ayes
Contigo alivia su dolor profundo.
¡Ah! ¡cuán distinto en los fugaces dias
De sus venturas y soñada gloria
Con grata voz tu oido regalaba!
Cuando ufano y alegre, seducido
De crédula esperanza al fausto soplo,
Sus ansias, sus delicias, sus deseos
Despositaba en tu amistad paciente,
Burlando sus avisos saludables.
Huyeron prestos como fragil sombra,
Huyeron estos dias; y al abismo
De la desdicha el mísero ha bajado.
Tú me juzgas feliz.... ¡Oh si pudieras
Ver de mi pecho la profunda llaga
Que va sangre vertiendo noche y dia!
¡Oh si del vivo, del letal veneno
Que en silencio le abrasa, los horrores,
La fuerza conocieses! ¡Ay Jovino!
¡Ay amigo! ¡ay de mí! Tú solo á un triste,
Leal, confidente en su miseria extrema,
Eres salud y suspirado puerto.

En tu fiel seno de bondad dechado
Mis infelices lágrimas se vierten,
Y mis querellas sin temor piadoso
Las oye, y mezcla con mi llanto el tuyo.
Ten lástima de mí: tú solo existes,
Tú solo para mí en el universo.
Do quiera vuelvo los nublados ojos
Nada miro, nada hallo que me cause
Sino agudo dolor ó tedio amargo.
Naturaleza en su hermosura varia
Parece que á mi vista en luto triste
Se envuelve umbría; y que sus leyes rotas,
Todo se precipita al caos antiguo.
Sí, amigo, sí: mi espíritu insensible
Del vivaz gozo á la impresion süave,
Todo lo anubla en su tristeza oscura,
Materia en todo á mas dolor hallando;
Y á este fastidio universal que encuentra
En todo el corazon perenne causa.
La rubia aurora entre rosadas nubes
Plácida asoma su risueña frente
Llamando al dia; y desvelado me oye
Su luz modesta, maldecir los trinos
Con que las dulces aves la alborean
Turbando mis lamentos importunos.
El sol velando en centellantes fuegos

Su inaccesible magestad, preside
Cual rey al universo, esclarecido
De un mar de luz que de su trono corre.
Yo empero huyendo dél sin cesar llamo
La negra noche; y á sus brillos cierro
Mis lagrimosos fatigados ojos.
La noche melancólica al fin llega
Tanto anhelada; á lloro mas ardiente,
A mas gemidos su quietud me irrita.
Busco angustiado el sueño: de mí huye
Despavorido; y en vigilia odiosa
Me ve desfallecer un nuevo dia,
Por él clamando detestar la noche.
   Asi tu amigo vive: en dolor tanto,
Jovino, el infelice de tí lejos,
Lejos de todo bien sumido yace.
¡Ay! ¿dónde alivio encontraré á mis penas?
¿Quién pondrá fin á mis extremas ansias?
¿O me dará que en el sepulcro goce
De un reposo y olvido sempiternos?....
Todo, todo me deja y abandona.
La muerte imploro; y á mi voz la muerte
Cierra dura el oido: la paz llamo,
La suspirada paz que ponga al menos
Alguna leve tregua á las fatigas
En que el llagado corazon guerrea:

Con fervorosa voz en ruego humilde
Alzo al cielo las manos: sordo se hace
El cielo á mi clamor; la paz que busco
Es guerra y turbacion al pecho mio.
Asi huyendo de todos, sin destino,
Perdido, extraviado, con pie incierto,
Sin seso corro estos medrosos valles:
Ciego, insensible á las bellezas que hora
Al ánimo do quiera reflexivo
Natura ofrece en su estacion mas rica.
Un tiempo fue que de entusiasmo lleno
Yo las pude admirar; y en dulces cantos
De gratitud holgaba celebrarlas
Entre éxtasis de gozo el labio mio.
¡O cómo entonces las opimas mieses
Que de dorada arista defendidas
En su llena sazon ceden al golpe
Del abrasado segador! ¡ó cómo
La ronca voz, los cánticos sencillos
Con que su afan el labrador engaña,
Entre sudor y polvo revolviendo
El rico grano en las tendidas eras,
Mi espíritu inundáran de alegría!
Los recamados centellantes rayos
De la fresca mañana, los tesoros
De llama inmensos que en su trono ostenta

Magestuoso el sol, de la tranquila
Nevada luna el silencioso paso,
Tanta luz como esmalta el velo hermoso
Con que en sombras la noche envuelve el
mundo,
Melancólicas sombras, jamas fueran
Vistas de mí sin bendecir humilde
La mano liberal que omnipotente
De sí tan rica muestra hacernos sabe.
Jamas lo fueran sin sentir batiendo
Mi corazon en celestial zozobra.
Tú lo has visto, Jovino, en mi entusiasmo
Perdido dulcemente fugitivas
Volárseme las horas.... Todo, todo
Se trocó á un infeliz: mi triste musa
No sabe ya sino lanzar suspiros,
Ni saben ya sino llorar mis ojos,
Ni mas que padecer mi tierno pecho.
En él su hórrido trono alzó la oscura
Melancolía; y su mansion hicieran
Las penas veladoras, los gemidos,
La agonía, el pesar, la queja amarga,
Y cuanto monstruo en su delirio infausto
La azorada razon abortar puede.
¡Ay! ¡si me vieses elevado y triste,
Inundando mis lágrimas el suelo,

En él los ojos, como fria estatua
Inmóvil y en mis penas embargado,
De abandono y dolor imagen muda!
¡Ay! ¡si me vieses ¡ay! en las tinieblas
Con fugaz planta discurrir perdido,
Bañado en sudor frio, de mí propio
Huyendo, y de fantasmas mil cercado!
¡Ay! ¡si pudieses ver... el devaneo
De mi ciega razon, tantos combates,
Tanto caer, y levantarme tanto.
Temer, dudar, y de mi vil flaqueza
Indignarme afrentado, en vivas llamas
Ardiendo el corazon al tiempo mismo!
¡Hacer al cielo mil fervientes votos;
Y al punto traspasarlos.... el deseo....
La pasion, la razon ya vencedoras....
Ya vencidas huir!... Ven, dulce amigo,
Consolador y amparo, ven y alienta
A este infeliz, que tu favor implora.
Extiende á mí la compasiva mano:
Y tu alto imperio á domeñar me enseñe
La rebelde razon: en mis austeros
Deberes me asegura en la escabrosa
Dificil senda que temblando sigo.
La virtud celestial y la inocencia
Llorando huyeran de mi pecho triste,

Y en pos de ellas la paz: tú conciliarme
Con ellas puedes; y salvarme puedes.
No tardes, ven; y poderoso templa
Tan insano furor: ampara, ampara
Á un desdichado que al abismo que huye
Se ve arrastrar por invencible impulso:
Y abrasado en angustias criminales,
Su corazon por la virtud suspira.

ELEGÍA III.

DE MI VIDA.

¿Dónde hallar podré paz? ¿el pecho mio
Cómo alivio tendrá? ¿de mi deseo
Quién bastará á templar el desvarío?
  Cuanto imagino, cuanto entiendo y veo
Todo enciende mi mal: todo alimenta
Mi furor en su ciego devaneo.
  Se alza espléndido el sol, y el mundo alienta
De vida y accion lleno: á mí enojosa
Brilla su luz, y mi dolor fomenta.
  Corre el velo la noche pavorosa
Bañando en alto sueño á los mortales;
Y en plácida quietud todo reposa.
  Yo solo en vela en ansias infernales

Gimo, y el llanto mis mejillas ara;
Y al cielo envio mis eternos males.
¡Ay! ¡la suerte enemiga cuan avara
Desde la cuna se ostentó conmigo!
Jamas el bien busqué, que el mal no hallára.
En cuitada orfandad, niño, de abrigo
Falto, solo en el mundo, quien me hiciese
No hallé un alhago, ó me abrazase amigo.
¿Justicia pudo ser que así naciese
Para ser infeliz? ¿qué de mi seno
Nunca el gozo señor ni un punto fuese?
¿Nacen los hombres á penar? ¿ageno
Es el bien de la tierra? ¿ó me castigas
A mí tan solo, Dios clemente y bueno?
Perdona mi impaciencia si me obligas
A tan míseras quejas: ¿por qué el crudo
Dolor en breve punto no mitigas?
¿Por qué, por qué me hieres tan sañudo?
¿Quieres, justo Hacedor, romper tu hechura?
¿El polvo ¡ay padre! en qué ofenderte pudo?
Da paz á este mi pecho, de la oscura
Tiniebla en que mis pies envueltos veo,
Llévame por tu diestra á la luz pura.
El iluso y frenético deseo
Rige, Señor, con valedora mano;
Y haz la santa virtud mi eterno empleo.

Yo de mí nada puedo: que liviano
Si asirle quiero, escapa: si frenarle,
De mi flaco poder se burla insano.
¡Cuántas! ¡ó cuántas veces arrancarle
Del abismo do está! ¡cuántas del puro,
Del casto bien propuse enamorarle!
¡O si alcanzase en soledad seguro
Vivir al menos, exclamé llorando!
Mi estado fuera entonces menos duro.
Ferviente hasta el gran Ser la mente alzando
La quieta noche, el turbulento dia
Pasára yo sus obras contemplando.
Con el alba la célica armonía
De las aves del sueño me llamára;
Y á las suyas mi lengua se uniria
A adorar su bondad: cuando vibrára
Mas sus fuegos el sol, del bosque hojoso
La sombra misteriosa me guardára.
Si su pendon la noche silencioso
Alzára, y en su trono la alba luna
Bañára el mundo en esplendor gracioso;
Yo sus pasos siguiendo de una en una
Recordára, seguro de mas daños,
Las vueltas que en mí usára la fortuna.
Alli alegre riyera sus engaños,
Su falaz ofrecer, el devaneo

De mis perdidos juveniles años.
  Amé, y hallé dolor: volví el deseo
A las ciencias, creyendo que serian
Al alma enferma saludable empleo.
  Las ciencias me burlaron, me ofrecian
Remedios que mis llagas irritaban;
Y á la hidalga razon grillos ponian.
  Dejélas; y corrí do me llamaban
La oficiosa ambicion y los honores
Entre mil que sus premios anhelaban.
  Mas fastidiéme al punto; y á las flores
Me torné del placer tras un mentido
Bien, que á mi pecho causa mil dolores.
  ¡Oh! ¡hubiese siempre en soledad vivido!
¡Siempre del mundo al ídolo cerrado
Los ojos, y á su voz mi incauto oido!
  Y hubiera tantas ansias excusado,
Tanto miedo y vergüenza y cruda pena,
Vigilia tanta en lágrimas bañado.
  Pero el cielo parece que condena
Los hombres al error; y que se place
En que arrastren del vicio la cadena.
  Nunca el seguro bien nos satisface:
El placer nos fascina: la paz santa
Morada nunca entre sus flores hace.
  ¿Quién hay que huelle con segura planta

La ardua senda del bien? ¿y quién perdida
La torna á hallar, y en ella se adelanta?
  Toda es escollos nuestra frágil vida.
Tiende el vicio la red; y la dañosa
Ocasion por mil artes nos convida.
  El deseo es osado, cuan medrosa
Y flaca la razon. ¡A quién el oro,
A quién mirada encanta cariñosa!
  Otro al son corre del clarin sonoro
Tras la gloria fatal; y en grato acento
Le suena el bronce horrible, el triste lloro.
  Aquel con ímpia audacia al elemento
Voluble se abandona en frágil nave;
Y los monstruos del mar mira contento.
  Nadie se rige por razon, ni sabe
Qué codicia, qué teme, qué desea,
Cuál cosa vitupere, y cuál alabe.
  Asi el hombre infelice devanea
Sin que jamas el justo medio acierte;
Y el mal de todos lados le rodea,
Hasta que da por término en la muerte.

ELEGÍA IV.

DE LAS MISERIAS HUMANAS.

¡Con qué silencio y magestad caminas,
Deidad augusta de la noche umbrosa,
Y en la alta esfera plácida dominas!
Llena de suave albor tu faz graciosa,
Ver no deja el ejército de estrellas,
Que sigue fiel tu marcha perezosa,
Mientras el carro de cristal entre ellas
Rigiendo excelsa vas; y el hondo suelo
Ornas y alumbras con tus luces bellas.
Salve, ó brillante Emperatriz del cielo
Y Reina de los astros; salve, hermana
Del almo sol, de míseros consuelo.
A tí me acojo en la tormenta insana
Que me abisma infeliz, á tí que amiga
Oirme sabes, y acorrerme humana.
Que en tí de alivio cierto su fatiga
Descarga el triste; y el que en grillos llora
Con tu presencia su penar mitiga.
Perdido el rumbo, el náufrago te implora
Contra la tempestad en noche oscura;
Y el solitario tu deidad adora.

Y á todos tu solícita ternura
Acoge y cura su llagado seno,
Lanzando de sus rostros la amargura.
¡Luna! ¡piadosa luna! ¡cuánto peno!
No, jamas otro en tu carrera viste,
A otro infeliz cual yo de angustias lleno.
Un tiempo en lira de marfil me oiste
Cantar insano mi fugaz ventura;
Y envidia acaso de un mortal tuviste.
¡Oh! ¡cómo iluso en juvenil locura
El mundo ante mis ojos parecia
Risueño, y de la vida el aura pura!
Crédulo yo á los hombres ofrecia
Mi llano, inerme seno: entre sus manos
Cual simple corderillo me metia.
Ingenuos siempre, fáciles, humanos,
Y la alma paz pintada en el semblante,
Hermanos los creí; y hallé tiranos.
De oido sordo y pecho de diamante
Cuando en su amparo el infeliz los llama;
Y en solo el mal su corazon constante.
A quién ciego furor el pecho inflama:
Quién en muelle placer se aduerme ciego;
Y quién en ira atroz sangriento brama.
Sopla la envidia su dañado fuego,
Mientras de oir hinchada se desdora

La vanidad de la indigencia el ruego.
¡Ay! ¡ay de aquel que abandonado llora;
Y vil ultraje de enemigos hados
Crédulo en ellos fia solo un hora!
Burlado gemirá, cual disipados
Al puro rayo del naciente dia
Los palacios del sueño fabricados;
El que iluso en su ardiente fantasía
Cuanto anhelo gozaba, congojoso
Maldice despertando su alegría.
Apénase burlado; y sin reposo
Del bien soñado que cual sombra vana
Huye, en pos corre, y llámale lloroso.
Cada cual solo en adorar se afana
El ídolo que alzó su devaneo;
Y al cielo su aficion lo emcumbra insana.
¿Quién hace, quién de la virtud su empleo?
¿Quién busca osado la verdad divina?
¿O al aura del favor cierra el deseo?
Llorosa al suelo la inocencia inclina
Su lastimada faz, y tiembla, y gime;
Y el vicio erguido por do quier camina.
Fiero el poder con ruda planta oprime
La sencilla bondad, que desolada
Ni aun huyendo su vida al fin redime.
La lumbre del saber yace eclipsada

En brazos del error, que omnipotente
Oprime la ancha tierra sojuzgada.
  Y el mortal ciego, cuya excelsa mente
Sublimarse debiera en raudo vuelo
Sobre el trono del sol resplandeciente,
  Y allí fijar en el confin del cielo
Su mansion inmortal, siempre en llorosa
Pena, en mísero afan gime en el suelo.
  Gime, y adoracion rinde afrentosa
A otro mortal cual él; ó si se aira,
Mudo, azorado, ni aun quejarse osa.
  Muy mas que si en su cólera le mira
Indignado el Senor, cuando su mano
Vibra el rayo, ministro de su ira;
  El rápido huracan con vuelo insano
Trastorna el bajo mundo; y de la sierra
El roble erguido precipita al llano.
  Yo vi correr la asoladora guerra
Por la Europa infeliz: á su bramido
Gemir el cielo, retemblar la tierra;
  Y un pálido esqueleto sostenido
Sobre ella y sobre el mar, con mano airada
Miles hundir en el eterno olvido:
  El fuego asolador la mies dorada
Aniquilar, la mies ¡ó saña impía!
Del dueño inerme en lágrimas regada;

Y á un pueblo en solo el círculo de un dia
Desparecer de sobre el triste suelo,
Que el temblon viejo y la niñez huia.
En tal devastacion ciego el anhelo
Del humanal orgullo complacerse;
Y en locos himnos insultar al cielo.
Tanto el hombre infeliz embrutecerse
Puede ¡oh dolor! el hombre que debiera
De una gota de sangre estremecerse.
Y en fraternal union en tanta fiera
Peste como su ser mísero amaga,
Tierno acorrerse en su fugaz carrera.
Si como atiende la ilusion aciaga
De la pasion que su razon fascina,
Y el blando fuego de su seno apaga,
Dócil supiese oir su voz divina;
Su voz que entonce incorruptible suena,
Y á la mansa piedad siempre le inclina.
El daño universal mi propia pena
Me hizo, luna, olvidar: miro á mi hermano,
Al hombre miro en infeliz cadena;
Y aunque grave mi mal, ya me es liviano.

ELEGÍA V.

MIS COMBATES.

¡Qué sedicion, ó cielos, en mí siento,
Que en contrapuestos bandos dividido,
Lucha en contra de sí mi pensamiento!
  Ora flaco el espíritu y rendido
La espalda vuelve y parecer no osa:
Ora carga triunfante y atrevido.
  La razon huye tímida y medrosa:
Síguela el sentimiento denodado;
Y cual hambriento lobo asi la acosa.
  El confuso tropel, el lastimado
Alarido, la queja y vocería
Tiene al cobarde corazon helado.
  Gruesa niebla á mis ojos roba el dia;
Y en tinieblas me deja y sin cónsuelo,
Llorando de la muerte en la agonía.
  Una parte de mí se encumbra al cielo,
Otra entre crudos hierros gime atada
Al triste, oscuro, malhadado suelo.
  Busco en vano la paz en la sagrada
Lumbre del albo dia; y el sombrío,
Fúnebre imperio de la noche helada

No es poderoso á dar al pecho mio
La tregua mas liviana, ó de mis ojos
¡Ay! modera de lágrimas el rio.

¿Qué causa he sido yo de estos enojos?
¿No recelé y temí, y al escarmiento
Dí ya en mi error los últimos despojos?

¿No resolví con generoso aliento
Jamas, jamas rendirme? ¿pues qué guerra,
Qué cruda guerra ¡cielos! en mí siento?

¿A qué ignorado clima de la tierra
Para librarme huiré, si el enemigo
Dentro en el corazon la carga cierra?

¿Por qué paz ¡ay! no he de tener conmigo?
¿No será en sus locuras ya templado
De la virtud el sentimiento amigo?

¿Qué es el hombre infeliz, si contrastado
Siempre de la ocasion ó del deseo,
Una vez entre mil es coronado?

¿Será de la razon el noble empleo
Vencida ser del polvo? .... Ensalce ahora,
Ensalce aquel divino, excelso arreo

Con que las ciencias todas atesora,
Y con alas de fuego se levanta
Sobre el inmenso espacio que el sol dora.

Fuérale mas seguir la virtud santa,
Que ante el vicio llorando estar rendida,

Y besar sierva vil su inmunda planta.
  El eterno saber no nos dió vida
Para el cielo medir ó el mar salado,
Sino para á él labrarnos la subida.
  Y el hombre en el error enagenado
Clama llorando lejos del camino,
Cual barco de las olas azotado,
  Que sin timon ni velas al contino
Batir de hórridos vientos va ligero
A fenecer en mísero destino.
  Un mentido placer, un lisonjero
Halago de la suerte, el vil encanto
Del ocio, un nombre vano y pasagero,
  Le tendrán siempre con desden ó llanto:
¡Y la augusta virtud ni una mirada
Podrá deberle entre desvelo tanto!
  ¡Ay! la frente serena y elevada,
La gallarda estatura, el alto pecho,
De tan excelso espíritu morada,
  ¿Dicen acaso al hombre que fue hecho
Para este suelo humilde, deleznable,
Do apenas se halla el bruto satisfecho?
  ¡Hombre! ¡ser inmortal! ¿tan despreciable
Quieres hacerte? el corazon levanta;
Y sé una vez en tu ambicion laudable.
  Lo que mas ciego anhelas, lo que encanta

Tus fascinados ojos ¡cuán mezquino
Es mirado á tu luz, ó virtud santa!
¿Esa bóveda inmensa do el divino
Poder sembró los astros, el lumbroso
Sol en su trono, el rápido camino
Que hace en torno la tierra, el pavoroso
Abismo, y cuanto puede de la nada
Sacar de Dios el brazo poderoso,
No lo abarcas con sola una mirada
De la presta y ardiente fantasía;
Y te creas mil mundos si te agrada?
¡Y en la tierra tu fin y tu alegría
Fijas, partiendo con el vil gusano
La suerte de gozarla un solo dia!
Puedes al querubin llamar hermano;
Y á las arpas angélicas unido
Seguir feliz el coro soberano,
Con que ante el trono del Señor rendido
El pueblo celestial alegre suena
En himno de loor no interrumpido:
¡Y el oro te deslumbra y enagena,
O por el mando y el favor suspiras,
Y del placer arrastras la cadena!
Corre con mente alada cuanto miras,
Esos globos de luz que en la callada
Noche en sus orbes rápidos admiras:

El ancho mar, do en vano fatigada
La vista busca un término: la tierra
De tanto bruto y árboles poblada:
Las pavorosas nubes, do se encierra
La grata, fertil lluvia entre el ligero
Rayo que al mundo en su fragor aterra:
Del supremo poder el lisonjero
Encanto; y luego finge en tu albedrío
Otros mundos, y en todos sé el primero;
Y amontona con ciego desvarío
Los bienes á los bienes, que lloroso
Has de hallar siempre el corazon vacío.
¿No es inferior el oro al luminoso
Sol, que lo forja con su vista ardiente
De la tierra en el seno tenebroso?
¿No es menos el placer que el indecente
Idolo que te arrastra? ¿y la fortuna
Que el gran pueblo á quien sirve reverente?
¿Y acaso de estas cosas puede alguna,
Con tu divino espíritu igualarse,
Que brilla ya inmortal desde la cuna?
¿Un inmundo carbon podrá preciarse
Cual el claro crisólito? ¿y al cielo
El vil lodo que huellas compararse?
Pues menos, menos es el ancho velo
Contigo de su bóveda sagrada

Con cuanto cubre en el humilde suelo.
  Tiempo vendrá que al seno de la nada,
La cadena del ser por Dios rompida,
Caiga naturaleza despeñada.
  Fenecerán los astros, desunida
Su masa de cristal: en el medroso
Caos la tierra vagará perdida;
  Y el luminar del dia del reposo
Saldrá de tantos siglos, impelido
Del brazo de un arcangel glorioso.
  Mas tu ser inmortal al alarido
Y universal rüina preservado,
Brillará á par del querubin lucido.
  La eternidad le abrazará; y pasmado
Verá siglos á siglos sucederse,
Mas y mas que olas lleva el mar airado.
  ¿En qué entónces podrá reconocerse
Este barro caduco, ahora expuesto
Cual humo á un débil soplo á deshacerse?
  ¡O eternidad! ¡eternidad! ¡cuán presto
Mi espíritu en tu morada tenebrosa
Entrará, sin que aun nada haya dispuesto!
  ¡Acaso en plazo breve la medrosa
Campana sonará! ¿Qué és ¡ay! la vida
Sino nave en las aguas presurosa?
  ¿Do están los años de la edad florida?

¿Dónde el reir? ¿el embeleso insano
De los placeres? ¡ilusion mentida!
  Todo pasó: la asoladora mano
Del tiempo en el abismo de la nada
Lo despeñó con ímpetu inhumano.
  Cuanto fué feneció: la delicada
Beldad que ayer idolatré perdido,
Hoy sin luz yace del solano ajada.
  Al que de un pueblo ante sus pies rendido
Ví aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido.
  Al que oí con envidia de tan fuerte
Jactarse, un soplo de ligero viento
Súbito en polvo su vigor convierte.
  El sabio que con alto entendimiento
Señalaba al cometa su ardua via,
Cual él se esconde, si brilló un momento.
  Y el que en sus cofres encerrar queria
Todo el oro fatal del rubio oriente,
Desnudo baja á la region sombría.
  Perecen los imperios: grave siente
El peso del arado el ancho suelo,
Do la gran Troya se asentó potente.
  Desierto triste la ciudad de Belo
De fieras es guarida: en la memoria
Esparta dura para eterno duelo.

¿Do blason tanto y célebre victoria,
Do se han hundido? ¡ó suerte miserable
Del ser humano! ¡ó frágil, fugaz gloria!
¡Alma inmortal! ¿ qué es esto? ¿en qué durable
Ventura anhelas? ¿la esperanza vana
Limitas ciega al barro deleznable?
¿Hija del cielo, tras el vicio insana
Asi te prostituyes?.... el camino
Emprende de tu patria soberana.
Empréndele, no tardes; tu destino
Es la virtud aqui; y en las mansiones
De gloria el premio á tus victorias digno.
No jactes, no, tu ser si las pasiones
Te han degradado: ¿el mundo te recrea?
Bestia te torna; olvida tus blasones.
Un alma que se afana, que se emplea
En nadas de la tierra, es un lucero
Caido del cielo al lodo que le afea.
La virtud, la virtud: este el primero
De tus conatos sea, de tu mente
Estudio, de tu pecho afan sincero,
De tu felicidad perenne fuente.

ELEGÍA VI.

LA VIRTUD: EN LA TEMPRANA Y DOLOROSA MUERTE DE UN HOMBRE DE BIEN.

Virtud, alma virtud, don inefable,
Que Dios al hombre en su bondad envia;
Y al puro Serafin gloriosa igualas
Su humilde y flaco ser, mis ruegos oye:
Llena mi pecho de tu excelso fuego,
Y mis pasos sosten. Por tí respiro:
Por tí soy libre; y traspasar me es dado
Muy mas presto que el águila las cimas
Del claro empíreo, hasta llegar felice
A la altísima corte del Eterno.
Canto; y mi voz tus alabanzas suena;
Y el coro de los ángeles sus himnos
Une á los mios, y al Señor loamos.
Ceso; y callando el ánimo te goza.
Suspiro tierno; y la oracion ferviente
Con presto vuelo extática sublima
Mis blandos ayes al excelso trono.
Cuando mas grato el Inefable escucha
Con solícito amor las ansias tristes
Del polvo vil, que su bondad implora,

O gimo y lloro del ansiar contino,
Y entre mil sombras de mentidos bienes
Errar perdidos los mortales ciegos.
¡Oh! ¡cuántos dias mi esperanza anduvo
Colgada de un cabello! ¡cuántos, cuántos
Cubierto el pecho de horrorosas nubes
Temblé del trueno el pavoroso estruendo;
Y el rayo asolador mi frente heria!
Busqué la dicha, y abracé un fantasma:
Torné á buscar, y hallé míseras penas;
Y gemí triste de mi hallazgo infausto,
Aqui y alli como la arista leve
Entre el temor y la inquietud perdido.
Tú lo has visto, Fany, sublime amiga
De la virtud, idólatra de cuanto
Honesto y bueno las delicias hace
De las almas sensibles, cuyo seno
Vence en candor á la brillante aurora,
Vence á la nieve inmaculada, siempre
Del pobre abierto al clamoroso labio,
Y del triste á las lágrimas amargas.
Tú lo has visto, Fany: ¡míseros dias,
De horror y luto, y de zozobra y llanto!
Que ya pasaron; y á mis ojos lucen
Otros mas claros de inefable calma,
De constante placer, jamas habidos

Del que á la tierra vil la mente apega.
Tu oficiosa amistad sostuvo entonces
Mi desaliento; y cual benigna lluvia
De primavera tus palabras fueron
Al agostado corazon, que aromas
Y flores goza do llevára abrojos.
Quísolo el cielo; y á curar mis llagas,
Y á sustentarme con potente diestra
Plácida la virtud corrió á mi ruego.
Ella que al sabio á la region sublima
De quietud eternal, donde no alcanzan
Ni los cuidados, ni las torvas nubes
En que gemimos en la tierra oscura,
Batidos siempre de sañosos vientos.
Igual su pecho sin zozobra mira
Rodar los dias; y al profundo abismo
Hundirse del no ser, en sombra y humo
Vidas, triunfos, blasones disipando.
La paz le rie afable, la sencilla,
Sublime paz del bien obrar: sus plantas,
Mas que á altísima roca el mar soberbio,
Baten en vano las alzadas olas
De las pasiones: inmutable espera
A el almo cielo fuertemente asido;
Y del Eterno en el inmenso seno
Arrojándose fiel, cual hijo amado

Goza feliz sus próvidas caricias.
  Él solo, él solo en inexhausta fuente
Sabe embriagarse de delicias puras,
De verdaderos gozos; sombra y nada
Los gozos son del turbulento mundo.
Siempre el cuidado, la inquietud medrosa,
La inconstancia fatal el alma afligen;
Y al fin la risa en lágrimas convierten.
Anhela hoy loca, y exhalada vuela
Tras lo que al punto insípido le cansa.
Lánzase ciega á asir la rosa; y gime
No hallando en ella sino agudas puntas,
Que mil y mil el corazon le hieren.
Y cual las flores fúnebres que exhalan
Un cansado fetor, si en ricos tintes
Brillan, engaño á los incautos ojos,
Tal en mil formas al deseo iluso
El contento falaz su imagen vana
Muestra, encubriendo la fatal ponzoña.
  No asi, virtud, tus inefables gozos;
Eternos como tú, siempre son nuevos.
Sobre la impura atmósfera encumbrados
De las pasiones y el voluble antojo,
El alma siempre regalarse puede
En su inmortal dulzor; y siempre gratos
Tiempo, penas, hastio, nada el gusto

Del sabio apaga que á gozarlos llega.
Su ilustrada razon tranquila rige
Su vida igual; y su conciencia llama
De la noche en el fúnebre silencio,
En que su voz mas imperiosa truena,
Sus pensamientos á imparcial examen.
Mira un deseo; y si traspasa indócil
El alto valladar con que el Excelso
Próvido encierra su vagar liviano,
Al punto en pos lanzándose las alas
Le rompe locas; y en el cerco estrecho
De su inefable ley torna á encerrarle.
Ante él sin fruto su engañosa rueda
Tiende la vanidad, que al cielo encumbra
La frente necia; y en el lodo hundida
Lleva en el suelo la disforme planta.
Sin fruto ostenta sus cadenas de oro
El funesto poder; mas soberano
Que los que el mundo silencioso adora
En sus brillantes y caducas sillas,
Sobre sí mismo reina; los sentidos,
El corazon sus leyes obedecen.
Y mientras ve la adulacion astuta,
La mentira, el error que en torno espian
Las coronadas frentes, mil fatales,
Sutiles lazos á sus pies tendiendo;

El recogido y en silencio escucha
La augusta voz de la verdad divina;
Y corre en pos de su brillante antorcha,
Que fiel le guia al paraiso eterno.
Mira á esta luz cuanto liviano el mundo
Mas precia; y rie en sus jüicios vanos.
Ve en la beldad un fosforo agradable
Que al quererle tocar se apaga; y deja
Solo dolor y funerales sombras.
En las grandezas un fantasma de humo
Formado y nombres bárbaros, que esconde
Dudoso el tiempo: en la ambicion funesta
De la infeliz humanidad el duelo;
Y al orbe en sangre y lágrimas bañado.
Y en la elacion el impotente ahinco
Del pigmeo que alzándose, la helada
Cima del Atlas igualar pretende.
Su mente alada generosa vuela
Sobre soles y soles, que sin cuento
Rodando pueblan el inmenso espacio.
Dios solo para su carrera ardiente:
Velo, y se postra ante el excelso trono;
Y alli en deleite altísimo embriagado
Le adora y goza, y en su luz se anega,
Mientras su seno en lágrimas se inunda
De etérea suavidad, que en largo rio

Plácidos brotan sus felices ojos.
O si tal vez hácia la tierra triste
De allá los vuelve, con desden burlando
Su inmensa pequeñez, ¿dó está, pregunta,
Dó está la Europa? ¿Los imperios donde
Que así ciegan los míseros mortales?
Dios y su pecho ocupacion le prestan
Larga y sabrosa; y la virtud benigna
Despierta en él mil altos pensamientos.
 Contino en ellos embebido aprende
Su nobleza á preciar: obra extremada
Del gran Dios, hijo suyo y heredero
Del reino eterno de la luz, hermano
Feliz del angel, su nobleza es esta,
Estos sus timbres y ascendencia augusta.
De ella glorioso las congojas tristes
Tu pecho ignora de la torva envidia;
Ama tierno á su hermano: y en sus bienes
Se abre sensible al inocente gozo,
Cual al rayo solar fragante rosa.
 Buen padre, amigo fiel, buen ciudadano,
Cuantos su lado afortunados ciñen,
Cuantos su claro nombre lejos oyen,
Todos cual numen tutelar le adoran.
Inclina reverente el vicio mismo
La frente ante sus pies; y si en su altura

Osa mirarle, atónito enmudece.
Él entre tanto en afecciones tiernas,
Inmenso cual su autor, á cuanto existe
Se derrama solícito, inflamado
De esta llama de amor que eterna arde
Por la infinita creacion, dichosa
Cadena que al gran ser la nada enlaza.
Corre sus milagrosos eslabones
Del polvo al Querubin; y en todos viendo
El propio bien en el comun librado,
Mas y mas vivos sus afectos arden.
   Perseguirále con sus negras teas
La atroz venganza; la calumnia aleve
Le lanzará sus invisibles dardos,
O la injusticia de su hogar sañuda
Le arrojará, sin que el enojo un punto
Nuble su corazon, que vuelto al cielo,
Mi amigo, exclama, es Dios, y alegre rie.
Plácida acaso le pondrá la suerte
Sobre su instable rueda: los honores
Coronarán su mérito sublime;
Y el bajo orgullo encontrará cerrado
Siempre su pecho: regirá un imperio;
Y gemirá en la púrpura importuna
Por el retiro y su feliz llaneza;
Mientra á Dios casi igual, próvido entiende

En la dicha del último vasallo.
Su continente es firme: débil caña
Bulle el vicioso al ímpetu del viento,
Que va, doblase, y vuelve en giros vagos.
No el justo asi, mas cual robusta encina
Dilata firme sus pomposas ramas;
Y en vano el huracan su planta bate.
Pálida enfermedad, vejez caduca,
Nada le turbará: la muerte llega;
Y cual su amiga plácido la abraza.
Lidié, canta, y vencí: la mano beso
Que á si me llama: la virtud sostiene
Su cuello en la ardua lid desfallecido;
Y el claro empíreo á recibirle se abre.
Fany, así vive el virtuoso y muere:
Así brilló tu malogrado esposo,
Tu Belardo infeliz, mi noble amigo,
Mi protector, mi padre. Su nobleza
Fue sola su virtud, no de su cuna
El excelso esplendor, los largos bienes.
Amó viviendo el bien: amo los hombres;
Y en ellos al gran Ser con tierno pecho.
La hora sonó; y asido al hilo de oro
De esperanza inmortal, por siempre á unirse,
Cual á la palma generoso atleta,
Voló seguro á su Hacedor inmenso.

Todos lloraron en su muerte : él solo
La vió el dardo lanzar con faz serena,
De ti cercado y de sus dulces hijos;
Y alentó afable vuestro amargo duelo.
Su vida un dia fue cándido y puro:
Su fin, cual sol que en el cerúleo ocaso
Se hunde de llamas y arreboles lleno.

DISCURSOS.

DISCURSO I.

LA DESPEDIDA DEL ANCIANO. [1]

Por un valle solitario
Poblado de espesas hayas,
Que á la silenciosa luna
Cierran el paso enramadas,
Un anciano venerable,
A quien de la dulce patria
Echan el odio y la envidia,
Con inciertos pasos vaga.
De cuando en cuando los ojos
Vuelve hácia atras, y se para;
Y ahogársele el pecho siente
Con mil memorias aciagas.
¡Oh! ¡quiera el cielo benigno,
En voz dolorida exclama,
Que sobre tí, patria ciega,
Mi persecucion no caiga!
Tú te ofendes de los buenos;

1 Este discurso se imprimió antes de ahora en el núm. ciento cincuenta y cuatro del Censor, periódico tan util como conocido.

Y de tus hijos madrastra
Sus virtudes con oprobrios,
Con grillos sus luces pagas.
Si la calumnia apadrinas,
La desidia y la ignorancia,
¿Dónde los varones sabios
Podrás hallar que hoy te faltan?
La verdad ser gusta libre,
Y con el honor se inflama:
El no preciarla la ahuyenta;
Las cárceles la degradan.
Nunca el saber fue dañoso;
Ni nunca ser supo esclava
La virtud. Si ciudadanos
Quieres, eleva las almas.
¡Qué carrera tan inmensa
Se te descubre! labranza,
Poblacion, letras, costumbres,
Todo tu atencion aguarda.
Aduladores te pierden,
Que tus dolencias regalan:
Cierra el pecho á sus consejos,
Y el oido á sus falacias.
Las virtudes son severas;
Y la verdad es amarga:
Quien te la dice te aprecia;

Y quien te adula te agravia.
Contempla la edad augusta,
Cuando en tu seno brillaban
Mil héroes, dichosa envidia
De las naciones extrañas;
Siglo de oro de tus glorias,
En que á la tierra humillada
Enseñoreaste á un tiempo
Con las letras y las armas.
¿Qué se hiciera de tus timbres?
¿De la sangre derramada
De tus valerosos hijos
Cuál fruto, dime, sacáras?
¿Por qué al menos no los premias,
Y su virtud nos consagras
En honrosas inscripciones
Y en inmortales estatuas?
A tu juventud presentas,
Cuando aun no sabe imitarlas,
Las venganzas y adulterios
De las deidades paganas;
¿Y un Pelayo, y un Ramiro,
Y otros mil que con su lanza
Quebrantaron las cadenas
Do gemias aherrojada,
En olvido sempiterno

Será que sumidos yazgan?
¡O mengua! ¡ó descuido! ¡ó siglo!
¡Cuán mal el mérito ensalzas!
Vieran sus débiles nietos
En sus venerables canas
Las virtudes, que les dieron
Nombre eterno, retratadas.
En esto, en esto debieras
Gastar los montes de plata,
Que de las remotas Indias
Traen las flotas á tus playas.
El labrador descendiente,
De aquellos que por su espada
Te las dieron, con gemidos
Tristes el pan te demanda.
Su miserable familia
Por lecho tiene unas pajas;
¿Y tú en locas vanidades
Sumas inmensas derramas?
¡Guarte, que á tu fin caminas!
El velo fatal arranca
De tus ojos; y contempla,
Contempla ¡infeliz! tus llagas.
Esos superfluos tocados,
Esos airones y gasas
Que te ofrece el extrangero,

Venenos son que te acaban.
Con la virtud de tus hijos
Los compras: tus recatadas,
Antiguas fembras ¡ó tiempos!
Del vicio mismo hoy se jactan.
Míralas la frente erguida,
Que altaneras y livianas
Cual vano pavon provocan
La juventud castellana.
Un tiempo fue, cuando apenas
En lo interior de su casa
Como deidad la matrona
A sus deudos se mostrára.
Las labores y los hijos,
Entre dueñas y criadas,
Del alba á la media noche
Santamente la ocupaban;
Y hoy del adúltero al lado
Sin seso calles y plazas
Corre impudente, y abona
Las mas viles cortesanas.
Ve tus jóvenes perdidos;
Y dile á su degradada
Naturaleza, que al moro
A la Libia volver haga.
Sus rizadas trenzas mira

Entre polvos y fragancia
Mentir del sesudo anciano
La cabellera nevada,
Cuando del femenil sexo
Usurpan dijes y galas;
Y de fatiga incapaces,
Un sol, un soplo los aja.
¿Dó estan los brazos velludos,
De cuyo esfuerzo tembláran
Un tiempo la Holanda indocil
Y la discorde Alemania?
¿Dónde aquellos altos pechos,
Que en las Cortes de la patria
Su dignidad sostenian,
Y sus sanciones dictaban?
¿Dónde aquellos de virtudes
Dechado augusto, en la Italia
Elocuentes defensores
De las vacilantes aras?
¿Dónde el candor castellano,
La parsimonia, la llana
Fe, que entre todos los pueblos
Al español señalaban?
Faltó el entusiasmo honroso:
La generosa crianza
Faltó, que un héroe algun dia

De cada hidalgo formára.
El hijo del padre al lado
Aprendió de sus palabras
La prudencia, y de su diestra
El manejo de las armas.
Regir un bridon indócil
Supo, la cota acerada
Sufrir, y de sus vasallos
Responder á las demandas.
Vivió en sus campos entre ellos:
Vió del cultivo las ansias;
Y apreciar supo la espiga
En triste sudor regada.
Ni se desdeñó á su mesa
De admitirlos, que á la usanza
Española los aliños
Peregrinos ignorára.
Con ellos partió sus bienes:
Entró á la humilde cabaña
Del pobre; y trató las bodas
De la inocente aldeana.
Mas hoy todo se ha trocado:
Las ciudades desoladas
Por su nobleza preguntan,
Por sus Ricos-hombres claman.
Mientras ellos en la corte,

En juegos, banquetes, damas,
El oro de sus estados
Con ciego furor malgastan.
Y el labrador indigente
Solo llorando en la parva
Ve el trigo, que un mayordomo
Inhumano le arrebata.
¿Son para aquesto señores?
¿Para esto vela y afana
El infelice colono,
Expuesto al sol y la escarcha?
Mejor, si mejor sus canes
Y las bestias en sus cuadras
Están: ¡Justo Dios! ¿Son estas,
Son estas tus leyes santas?
¿Destinaste á esclavos viles
A los pobres? ¿de otra masa
Es el noble que el plebeyo?
¿Tu ley á todos no iguala?
¿No somos todos tus hijos?
¿Y esto ves; y facil callas?
¿Y contra el déspota injusto
Tu diestra al debil no ámpara?
¡Ah! sepan que con sus timbres
Y sus carrozas doradas
La virtud los aborrece,

Y la razon los infama.
Solo es noble ante sus ojos
El que es útil, y trabaja;
Y en el sudor de su frente
Su honroso sustento gana.
Ella busca, y se complace
Del artesano en la hollada
Familia; y sus crudas penas
Con gemidos acompaña.
Alli el triste se conduele
Del triste; y con mano blanda
Le da el alivio, que el rico
En faz cruda le negára.
Alli encuentra las virtudes:
Alli la muger es casta;
Y los obedientes hijos,
Cual un Dios al padre acatan.
Mientras en los altos techos
La discordia su ímpia rabia
Sopla; y tras la vil codicia
A todos los vicios llama.
La madre al hijuelo tierno
Echa del pecho inhumana,
Partiendo su nombre augusto
Con la triste mercenaria.
En vano las vivas fuentes

De dulce néctar la sabia
Providencia le abre; en vano
La enfermedad le amenaza.
Otros gustos la entretienen:
Salga el tierno infante, salga,
Que sus débiles gemidos
Los adúlteros espantan.
¡Ministros de Dios! ¿qué es esto?
¿Cómo no clamais? ¿La espada
Del anatema terrible
Por qué ha de estar en la vaina?
Ciérrese, ciérrese el templo:
Nótese de eterna infamia
A quien cierra á un inocente
Insensible las entrañas.
De aqui el mal, la peste toda
De las familias, que abrasa
El cuerpo entero, y anuncia
La rüina mas infausta.
El padre busca otros lechos:
El hermano de la hermana
No es conocido; y la madre
Es para entrambos extraña.
El ciego interes completa
La desunion: él consagra
A Dios la vírgen, ó al necio

Vicioso y rico la enlaza.
Llore la infelice, llore;
Y víctima desdichada
El cuello al yugo someta,
Que cual dogal ha de ahogarla.
Llore, llore; que al hermano
La ley de su alta prosapia
Pasó las rentas; y á ella
La destinó á ser esclava.
¡Justo Cárlos! ¿á tu trono
Sus vivas quejas no alcanzan?
¿Si les prestas blando oido,
Por qué el remedio nos tardas?
¿Por qué estos bárbaros usos
Que á naturaleza ultrajan,
Y á los que ella iguales hizo
Tus leyes no los igualan?
¡O interes! tú solo eres,
Tú de tantos males causa;
Y en su cólera los cielos
En los pechos te sembráran.
Tú forjaste las cadenas
Del hombre: inhumano armas
Contra el padre al hijo; y soplas
De la sedicion la llama.
Tú del mérito modesto

Mofas: al rüin ensalzas;
Y de la verdad divina
El labio angélico callas.
Tú al avaro mercadante,
Sin que muertes ni borrascas
Pavor en su pecho infundan,
Al vasto océano lanzas.
Tú de dañosas preseas
Su nave en las islas cargas;
Y con ellas rica en vicios
Tornas con su peste á España.
¡Ay! ¡que á las orillas llega,
Y en ellas suelta entre salvas
Su ponzoña! ¡ ay ! ¡que la plebe
Bate viéndola las palmas!
Corred, corred, ciudadanos;
Hundid en las ondas bravas
Esos aromas y joyas,
Que lloros mil os preparan.
Perezcan por siempre en ellas;
Y eterno anatema caiga
Sobre el que á fiar tornare
Su vida á una frágil tabla.
Mas tú, siglo corrompido,
Que hasta los cielos levantas
Este interes, y lo adoras

La frente en tierra inclinada,
¿Tu instruccion es esta? ¿el fruto
Este de tus luces sabias?
¡O ciego! el abismo mira
Que bajo los pies te labras.
Imagina, inventa medios
De agotar toda la plata
De las minas: con tus naos
Inmensos piélagos pasa.
Los talleres multiplica:
Manchen la cándida lana
Ricos tintes: el capullo
Con prolijo afan trabaja.
Sustituye cada hora
Trages á trages, que ufana
La beldad vista en oprobio
De su inocencia y sus gracias.
Pon premios á quien descubra
Un placer nuevo: proclama
Su fatal nombre; y altares
Al lujo execrable alza.
El oro tu afan, el oro
Solo tu afan sea: nada
Sino oro suene; él la guerra
Sople, la dulce paz haga.
Al taller tus hijos lleve:

De la tierra en las moradas
Hondas los suma: corone
Sus mas heróicas hazañas.
Mas entre ellos ciudadanos
No busques, que sobre el ara
De la patria á morir corran
Con voluntad denodada.
No el pudor busques antiguo,
No el candor en las palabras,
Ni en sus corrompidos pechos
La inocencia, la paz alma.
El disfraz de las virtudes,
Un honor ciego, una falsa
Probidad, la vil lisonja,
La sencillez afectada,
La astucia alzada en prudencia,
Las ceremonias en franca
Amistad, de Dios el nombre
Mofado con ímpia audacia:
He aquí los letales frutos
De la riqueza; á esto arrastra
Al corazon el culpable
Ciego ardor de atesorarlas.
Su falaz brillo los pechos
Fascina: del alto alcazar
A la choza humilde á todos

Devora su sed insana.
Todo es menos que ellas: letras,
Virtud, ascendencia clara,
Mérito, honor, nobles hechos,
Todo humilde las acata.
Las leyes yacen: sucede
Al amor del bien la helada
Indiferencia: en la sangre
Del pobre el rico se baña.
Los estados no se precian
Por razon: quien mas estafa
Es mas honrado: la esteva
El labrador desampara;
Vuela á la corte, y vilmente
La libertad aldeana
Vende al rico, y sus virtudes
Con todos los vicios mancha.
El maestro de ellos, bien presto
Mil familias asoladas
Con su industria pestilente,
En oro y grandezas nada.
Elévase, y tiraniza:
Funda un estado, y traspasa
Con él sus pérfidas artes
A su progenie bastarda.
Las fortunas son de un dia:

El que es hoy señor, mañana
Mendiga: nada hay estable:
Todos trampean y engañan.
En medio en su trono de oro
La opulencia atroz con vara
De hierro y sañuda frente
Al pueblo agovia tirana.
Y tras ella, sí, tras ella,...
¡Ah España infeliz!.... en agua
Mi faz se inunda en tan cruda
Memoria, y la voz me falta.
¡Dios bueno! los ojos torna
Compasivo á mi plegaria;
Y echa de mi patria léjos
Los desastres que la amagan.
Y vosotros, castellanos,
Aun hay tiempo; las infaustas
Riquezas rendid gozosos
A la virtud sacrosanta.
Tantos ínclitos abuelos
Recordad: no hagais que baja
Su progenie sierva sea
De superfluidades vanas.
Tengan vuestros enemigos
Su fatal lujo; mas haya
Honradez y ciudadanos,

Cual bubo un tiempo en España,
Así el anciano decia
Entre lágrimas cansadas;
Y triste á caminar vuelve,
Viendo que rie ya el Alba.

DISCURSO II.

EL HOMBRE FUE CRIADO PARA LA VIRTUD; Y SOLO HALLA SU FELICIDAD EN PRACTICARLA.

¿Nació, Amintas, el hombre
Para correr tras la apariencia vana,
Cual bestia, del placer? ¿ó en sed insana
Por las riquezas míseras ardiendo
Del alto Potosí, sin que le asombre
El inmenso oceáno,
Turbará en frágil pino
La paz del inocente americano?
¿El roto muro impávido venciendo,
Cubierto el pecho fuerte
De acero y saña, afrontará la muerte
Con faz leda, el camino
Creyéndola engañado
De una gloria sin fin? ¿abandonando
Al ocio muelle, en torpe indiferencia

De su alto ser, de su destino augusto
Su fragil existencia
Dejará fenecer en sueño injusto?
Esta llama divina,
Pura, inmortal, que en nuestro pecho arde,
Del supremo Hacedor plácido aliento,
Tampoco al vano alarde
De congojosa ciencia se destina.
Bien puede con osado pensamiento,
De tanto sol luciente
Como ornando su velo trasparente
Gira en la noche lúgubre callada,
Medir el velocísimo camino
Solícito el mortal: del mas vecino
Planeta al mas lejano
Pesar la mole inmensa; separada
Ver la luz en el prisma; ó de liviano
Ardor herido por el aura leve
Trepar, do apena el águila se atreve:
Puede al lóbrego abismo de la tierra
Calarse; y cuidadoso,
Cuanto ser raro y misterioso encierra
Su ancho seno explorar: de las edades
Con ardor fastidioso
Los fastos revolver, vicios, maldades,
Errores mil entronizados viendo;

Y á ti, santa virtud, siempre oprimida,
Pobre, ajada, llorosa;
O bien al pueblo indómito rigiendo
En vela triste, en inquietud medrosa,
De su arbitrio la vida
De miles ver colgada:
¿Qué es tanto afan al cabo? amigo, nada.
No, la augusta grandeza
Del hombre no se debe
Fijar sobre apariencias exteriores,
Que á par del justo el delincuente lleve.
Si iluso de la tierra en la bajeza
Se anonada su espíritu, mejores
Las bestias son; y el Padre soberano,
Avaro con la muestra milagrosa
Que en su excelso consejo producia
A su imagen gloriosa,
Y á quien rey sumo de la tierra hacia,
Pródigo en su bondad abrió la mano
Para dotarlas, sometiendo injusto
A los medios el fin. Jamas se daña
El bruto en sus deseos,
O vanidad, ó míseros empleos
Le acibaran el gusto:
El hombre solo en su anhelar se engaña.
A fin mas alto el numen le destina,

La virtud celestial es su nobleza:
El lodo vil por ella se avecina
A su inefable autor: su inmensa alteza
Participa dichoso;
Y al angel casi igual, con planta pura
Entre sus coros de laurel glorioso
Ceñida en torno la serena frente,
El alcazar de estrellas esplendente
En eterna ventura
Sublime hollará un dia.
¿Y habrá quien tenga en mísera agonía
Su pecho? ¿habrá quien vele?
¿Y por el cetro ó por el fausto anhele?
¿El heredero, el morador del cielo,
De allá al reino del llanto desterrado,
De su alma patria, de su ser se olvida?
¿El augusto traslado
Del Dios del universo no alza el vuelo
A contemplarle, en la apariencia vana
Fascinado del bien? ¿con sed ardiente
De ser feliz, de la insondable fuente
Huye de eterna beatitud? ¡O insana,
Culpable ceguedad! gime sumida
Del vicio el alma en el infame lodo;
Y su nobleza ilusa,
Menos en lo que debe, busca en todo:

Búrlase, y luego á su Hacedor acusa.
¿Mas qué, tus graves yerros, ser liviano,
Harán trocar el orden soberano
Que dió el gran ser á su acabada obra?
No, no; ni en ella tu locura sobra.
Todo en orden está: solo tu pecho
Trastornarlo sacrílego porfia,
Cuando una fragua de pasiones hecho,
Anhela, teme, espera, desconfia.
De no meditar nace
Nuestro mísero estado. La alta mente,
A quien se dió pesar con ley severa
El bien y el mal, ó soñolienta yace,
O en fútiles objetos se derrama,
O del placer llevada suavemente
Del aura lisonjera,
En su imagen falaz ciega se inflama:
El bien mentido, cual verdad recibe,
Y de esperanzas y de sombras vive.
A la llorosa puerta de la vida
Nos acecha el error, con faz doblada
Riendo adulador, en aparente
Mentida luz su túnica esplendente:
Y una ancha senda de otros mil hollada
Con la siniestra mano señalando,
De su diestra fatal la nuestra asiendo,

A ir en pos de la turba nos convida.
Luego el vicio nos hacen,
El pecho inocentillo al mal torciendo,
Entre la leche y el arrullo blando
Nuestros padres beber; y se complacen,
Si en ellos el hijuelo los remeda.
Vanidad loca, envidia pestilente
De su labio imprudente
Oye el niño; y estudia cuidadoso
Sin saberlo á ser vano y envidioso.
Viene el maestro, y en borrar se afana,
Si del primer candor aun algo queda,
Y aplausos coge por su ciencia vana.
De voces sin sentido
Del viejo Lacio nuestra mente abruma;
Y de autores haciendo larga suma,
En su estéril saber desvanecido
Grita, contiende, opina,
De ignorados errores nos instruye,
Nada edifica, cuanto mas destruye,
¡O instruccion saludable y peregrina!
La sociedad, fecunda engendradora
De culpas, do su mano nos recibe,
Y el veneno mortífero nos dora
Con ilustres ejemplos.
En trono de oro al vicio nos presenta,

Que jactancioso sus victorias cuenta
De la inocencia ó la virtud mofada;
Consagra el interes; erige templos
Al placer indecente;
Y por ley el delito nos prescribe
Con firme voz de miles aclamada.
Gritan luego irritadas altamente
Las infaustas pasiones, cual rabiosos
Opuestos huracanes,
Del mar en las llanuras despeñados;
Y el triste pecho en míseros cuidados
Dividen, y en anhelos congojosos.
Crece la edad, y crecen los afanes:
Trepar es fuerza á la escarpada cumbre
Del fastidioso, deleznable mando;
Y fuerza atesorar, por mas que gima
El infelice que el hogar me cede.
Quede la tierra, quede
De miles de cadáveres sembrada,
Y brille de laurel mi frente ornada.
¡Oh! ¡con qué ciega furia se desvela!
¡Cuál trabaja en su daño el miserable
Mortal! cuanto suspira, cuanto anhela,
Cuanto á gozar llego tras mil sudores,
Para su mal lo quiere.
Espinas en su seno son las flores:

Un instante agradable
De fugitivo dia
Luengos años le cuesta de agonía,
Si de sus vicios víctima no muere.
Del deseo al dolor, de otro deseo
A otro nuevo dolor sin cesar veo
Correr al hombre triste,
Sin que de tanto error, de tanto daño
Le corrija jamas un desengaño.
¿En qué desorden tal, en qué consiste?
¿El cielo en verle mísero se place?
¿Ó libre solo para el vicio nace?
Siguen los seres todos el camino
Por el dedo divino
Del Hacedor marcado. En raudo vuelo
Rodea la tierra al luminar del dia
Con ley igual por la region vacía.
Miles de soles el inmenso cielo
Sin tropezarse cruzan: crece hojoso
Con ornato florido y verde pompa
El árbol en el valle; y sabe diestro
Su alimento escoger, sin que le engañe
Un jugo extraño: en giro bullicioso
La abeja sin maestro
Juega en el prado, y con la débil trompa
Tambien sabe libar sus dulces mieles,

Sin que la flor mas delicada dañe.
Las avecillas fieles
De amor al blando impulso, cuando llega
El ordenado plazo,
Unirse saben en felice lazo;
Y cuando al aire tímido se entrega
De su ternura el fruto, ya instruido
De cuanto saber debe, surca el viento:
¿Y solo el racional, siempre perdido,
Cual ciego entre tinieblas irá á tiento?
¿Él solo, esclavo de fantasmas vanos,
De funestos errores
Que abortó el interes, siempre en temores
Sus sueños mismos adorando insanos,
Dará en la tumba con su triste vida,
Contando en cada paso una caida?
¿El fugaz punto que infeliz alienta,
Él solo, él solo en cólera sangrienta,
En torpe gula, en avaricia infame,
En hinchada altivez y envidia triste
Gemirá aherrojado,
Por mas que austera la razon le clame?
¿En qué trastorno tal, en qué consiste?
Tú, Amintas estudioso, que apartado
Del liviano furor con que la corte
Hora se agita, en meditar te empleas

Tranquilo el Ser humano al cierto norte
De la alma celestial filosofia;
Y á un tiempo te lastimas y recreas
Con su inconstancia y ceguedad: ¿cuál, dime,
Del abismo de penas en que gime
La causa puede ser? ¿qué estrella impía
Su suerte va de la llorosa cuna
Hasta el sepulcro mísero rigiendo?
¿Por qué el mal sigue siempre, el bien
queriendo?
En vano acusa la cruel fortuna,
Hacer pretende cómplices en vano
El hombre de su suerte á las estrellas.
El grande Ordenador dejó en su mano
El bien y el mal: las huellas,
Cual el alado poblador del viento,
Que en él se pierde á su placer exento,
Torna libre do quiera que le agrada;
Y si triunfante rie el apetito,
Y gime la razon abandonada,
Suyo ha sido el querer, suyo el delito.
No infame pues á la verdad, si yerra;
Si en pago de una osada confianza
Se ve del mar sorbido con la nave,
Que fue ocasion á su desdicha grave:
Si á desastrada guerra

Le arrebató la voz de la venganza;
O si en lecho de espinas los ardores
De un loco amor expía entre dolores.
  Presta, iluso mortal, presta el oido,
Si de verdad anhelas ser dichoso,
De la razon al grito repetido,
Y sus avisos sigue religioso.
Firme le cierra al seductor acento
De las pasiones: ni el antojo vano
Tu pecho agite en soplo turbulento;
O des la rienda á un desear insano.
En tu fugaz carrera
Deja al cuidado de tu Autor divino,
Pues él solo lo alcanza, tu destino,
Y de su diestra tu ventura espera.
No á agena potestad tu suerte fies,
Ni del vicio en las sendas te desvies,
Porque no gozarás ni el alto empleo,
Ni el fresco rosicler de la hermosura,
Tras quien tan loca tu pasion se afana,
Si lidia en ciega guerra tu deseo;
Que á la rosa mas pura
De su ámbar dulce y delicada grana
Priva el delito, y pavoroso abismo
Hacer puede de horror al cielo mismo.
  Entra pues, entra en tí: con detenida

Observacion estúdiate á la lumbre
De la augusta verdad; y cuerdo aprende
Los altos fines de tu presta vida.
Que quien su pecho enciende,
Quien su divino ser, no la grandeza,
Siervo de vil costumbre,
Fija en el bajo, miserable suelo,
Ni á los pies gime de la infiel belleza;
Y libre en el oprobio y las prisiones,
Con frente excelsa en contemplar se place
Su faz torva al tirano sin recelo,
Por mas que muerte indigna le amenace.
Rico en sublimes dones,
Del Padre Soberano
La omnipotencia sabia
Te dió á la comun luz: cuanto debiera
Para hacerte feliz, tanto pusiera
Pródigo en sus bondades á tu mano.
Tu labio querellándose le agravia
Con necedad sacrílega, y pidiendo
Al ser tuyo atributos no debidos,
La severa razon desatendiendo,
Se fatiga en inútiles gemidos.
A esta razon divina ¿qué prefieres
De cuanto el cielo inmensurable encierra,
Y la ancha faz adorna de la tierra?

¿Todo á tu bien con ella no refieres?
¿Su luz hasta el gran Ser no te encamina
De ente tanto la escala peregrina
Siguiendo? ¿no le ves en el lumbroso,
Ardiente sol sentado?
¿De la nube en el rayo arrebatado?
¿De la noche en el velo misterioso?
Cultiva pues esta razon, si anhelas
Al verdadero bien: á su luz pura
Solícito nivela tus acciones,
Y la ardua senda de virtud emprende,
Que en tu esfuerzo se libra tu ventura.
La pompa por que insano te desvelas
Generoso abandona; y cuerdo entiende
Que el Grande, siervo vil de las pasiones,
Por mas que en su palacio suntuoso,
Do inmensas sumas su fastídio encierra,
El oro le deslumbre, y lisonjero
Aparato de tímidos clientes,
Inútil á la tierra,
Si la verdad lo juzga, es el postrero
De todos los vivientes;
Y el pobre, cuanto obscuro virtuoso,
Que el pan divide en su sudor regado
En mesa humilde á un escuadron de hijuelos,
De mísera fortuna ultraje triste,

Honor del ser humano; y de los cielos
Por los ángeles mismos acatado,
Con ellos en dichosa compañía,
Por mas, Aminta, que en la tierra asiste,
Goza del claro empíreo la alegría.

DISCURSO III.

ORDEN DEL UNIVERSO, Y CADENA ADMIRABLE DE SUS SERES.

¡Desfallece mi espíritu la alteza
De tu ordenada fábrica admirando,
O inconcebible, ó gran naturaleza!
Los ojos subo al cielo; y rutilando
Soles sin cuento en tronos de oro veo
Sobre mi frente atónita girando.
Loco anhela alcanzarlos el deseo,
Sus pasos acordar, hallar curioso
Su final causa y soberano empleo.
Afánase sin fruto; y silencioso
Solo adora al gran Ser que bastó á echarlos,
Cual polvo en el espacio luminoso.
Su excelsa diestra alcanzará á pesarlos:
Su dedo á demarcarles el camino;
Y su inmenso saber podrá contarlos.

¡Syrio! ¡brillante Syrio! ¿Mas vecino
Cómo no estás á mí? ¿por qué no siento,
Cual el del sol tu resplandor benigno?
¿Y tú, sol, Rey del dia, dó alimento
Para tu luz recibes? ¿quién, di, guia
La tierra en torno de tu inmoble asiento?
La blanca Luna en la tiniebla fria
Rige su rueda en esplendor velada,
Cual Diosa augusta de la noche umbría.
¡O! ¡cuál va silenciosa! ¡cuán callada
Con cetro igual la esfera enseñorea,
Aunque á la negra tierra torne atada!
Venus allí graciosa se pasea;
Y á distancia sin fin entre sus lunas
Tibio el cano Saturno centellea.
¿A qué le alumbran cinco? ¿acaso algunas
Vanas le son? ¿á tu pausado giro
Por qué siempre, astro infausto, las adunas?
Mientras mas lo medito, mas me admiro:
La mente en calcular se desvanece;
Y entre horror santo ciego me retiro.
Mas todo hubo su fin, do resplandece,
Jovino, sabio el númen: concertado
Todo está: el orbe una cadena ofrece
De inmensos eslabones al callado
Meditador: estúdiala; y humilla

La frente ante el Senor que la ha formado.
Ni en el átomo tenue ménos brilla
Que en el disco del sol: si mas subieres,
Tu pasmo crecerá en su maravilla.
Do quier te vuelvas, por do quier que fueres
Un orden has de hallar; pero abarcarle
Jamas, jamas con la razon esperes.
Acuérdome que el cielo (aun no mirarle
Supiera bien, ni en mi pueril rudeza
Con la atencion de un sabio contemplarle)
Un tiempo me elevaba en su belleza,
Y las horas absorta entretenia
Del alma alada la fugaz viveza.
¡Cuán ledo en medio de la noche umbría
Sobre la muelle yerba reclinado
Sus lámparas sin fin contar queria!
Por el éter inmenso extraviado,
De astro en astro vagando, aquel forjaba
Mayor, el otro en luz mas apagado.
Las tiernas flores que mi cuerpo hollaba
En ámbar me inundaban delicioso:
De léjos triste el ruiseñor trinaba.
La soledad augusta, el misterioso
Silencio, las tinieblas, el ruido
Del aura blanda por el bosque hojoso

Me llevaban en éxtasi embebido;
Y un supremo poder engrandecia
Mi espírtu del vil lodo desprendido.
En medio yo impaciente me decia:
Que no haya de alcanzar, ¿cómo á moverse
Bastan? ¿ qué reglas guardan? ¿ quién los guia?
¡Señor! ¡Señor!... la esfera esclarecerse
Sentí; y alada Inteligencia pura
A mis curiosos ojos ví ofrecerse.
Con un cendal de celestial blancura
Los tocó; y sonriendo cariñosa,
Mi helado pecho plácida asegura.
Alza, dijo, á la bóveda lumbrosa
La vista; y los milagros considera,
Do se extremó la diestra poderosa.
Alcéla, y ver logré la inmensa esfera,
Y el paso de las lumbres eternales
En su perenne, rápida carrera.
¡Qué de globos ardientes! ¡ qué raudales!
¡Qué océanos de luz! ¡ que de ostentosos
Soles, del claro empíreo altos fanales!
De maravilla tanta codiciosos
Mis atónitos ojos se perdian
Del espacio en los términos dudosos.
Mas alcanzar aun ciegos no podian,
Porque en órbita tanta diferente

Tan desiguales todos discurrian.
  Toco otra vez mi vista su clemente,
Divina diestra; y considera, ó ciego,
Torno á decir, la boveda esplendente,
  Que el Excelso atendio tu humilde ruego,
Y en este punto el velo ha levantado;
Y envuelta desparece en santo fuego.
  Yo vi entonces el cielo encadenado;
Y alcancé á computar porque camina
En torno el sol Saturno tan pausado.
  ¡O atraccion! ¡o lazada peregrina,
Con que la inmensa creacion aprieta
Del sumo Dios la voluntad divina!
  Tú del crinado, rápido cometa
Al átomo sutil el móvil eres,
La ley que firme ser á ser sujeta.
  Recorre el globo: ¿al cielo volar quieres?
Trepa pues: sonda el mar: la mente activa
Cala al abismo de ignorados seres;
  La hallará siempre estar obrando viva:
La atmosfera apremiar: llevar riendo
El aura por los valles fugitiva.
  Los ciegos senos de la tierra hundiendo
Labrar lagos anchisimos, las fuentes
De los eternos rios disponiendo.
  Y con brazos tajando omnipotentes

Rocas y abismos, próvido camino
Dispensar á sus rápidas corrientes.
Hacer que suba en modo peregrino
La sabia, erguido roble, á tu corona;
Y alzar su helada frente al Apenino.
Muy mas activa en la abrasada zona
La espalda al mar ondísono agitando
En grillos de arenillas lo aprisiona.
El trono al sol asienta descansando
En sus planetas, y ellos en él á una
La mas subida proporcion guardando.
Mientras de otro sistema este es coluna,
Y firme á un tiempo en otro se sostiene,
Y otro sobre otro sin mudanza alguna:
Hasta llegar al Númen de quien tiene
Su ser el universo; y la balanza
En su potente diestra igual mantiene.
¡O inmensa sucesion, á que no alcanza
Saber mortal! ¡ó variedad estable,
Grande aliento á la tímida esperanza!
Sí, sí, Jovino; el bueno, el inmutable;
El poderoso, el sabio cuanto hiciera,
Lo enlazó en nudo y orden inefable.
Todo es union: la parte mas ligera
De impalpable materia al sol luciente
Sostiene, y carga en su inexhausta hoguera.

Nada hay que no sea efecto, y juntamente
Causa no sea: igual el vil insecto
Cabe el gran dueño al querubin ferviente.
En su inmenso saber no hay mas perfecto.
Vió, quisó, obró; y á cada ser ha dado
Virtud con relacion á su alto objeto.
Esas mínimas formas que ha creado
Al parecer sin fin, ruedas son leves
Que altamente en las otras ha engastado.
Tal en lago sereno cercos breves
Forma al caer la piedra: van creciendo;
Y atónito á contarlos no te atreves.
Quita la mas sutil; y estoy temiendo
Ya el todo en desunion: una le aumenta;
Y un orden diferente voy sintiendo.
Esa que en nada tu ignorancia cuenta,
En nudo firme á otra mayor se unia;
Y otra aun mayor sobre las dos se asienta.
¿Qué? ¿el granillo de arena que corria
No ha nada en el torrente cristalino
De sus ondas á arbitrio, un fin tendria?
¿Solo tampoco está? No: del vecino
Monte al llano bajó: si él no existiera,
Tampoco el monte, ni el favor benigno
Que útil dispensa á una provincia entera
Con la nevada frente y fértil rio,

Que dél nace sesgando en la pradera.
Cuando las aguas que el Diciembre frio
Tornó en blancos vellones, mas clemente
Desata Abril en líquido rocío,
Él bullendo entre peñas mansamente
Se apresura por dar frescor y vida
Al valle desmayado en sed ardiente.
Besa las florecillas de corrida;
Y en su cristal el álamo pomposo
Dobla por verla su corona erguida.
Turbio tal vez y con rumor fragoso,
Arboles, chozas, mieses arrebata,
Anegando los surcos espumoso.
Rompe puentes, aceñas desbarata;
Hasta que en brazos del antiguo Océano
Se hunde, y su húmeda planta humilde acata.
Próvido empero con abierta mano
De fértil limo hinchó su señorío,
Que el suelo vivifica comarcano.
¿Mas al cabo el granillo?....Al poderío
Del rubio sol en tierra trasformado
Lo verá espiga algun tostado estío,
Y pan despues de un sabio que al Estado
Leyes dé acaso; y rija virtuoso
Un pueblo á sus vigilias confiado.
¡Ó Jovino! ¡Jovino! ¡qué asombroso

El universo es! ¡oh! ¡quién pudiera
Lince indagar su abismo tenebroso!
Ve la materia inánime, grosera
Agitándose activa, hasta encumbrarse
De su nobleza en la superna esfera;
Cocerse el oro: el talco organizarse,
La sensitiva de la mano huyendo;
Y el pulpo tras la presa audaz lanzarse.
Llega al reino animal, si en su estupendo
Orden, su graduacion, sus perfecciones
Un religioso horror no estás sintiendo.
¡Ó cuantos! ¡cuán trabados eslabones
Desde el sutil, incalculable insecto
Al crustáceo encerrado entre prisiones:
De este al torpe reptil ya mas perfecto,
O al mudo pez en sus familias raras,
Bruñida escama y portentoso aspecto!
¿Qué? ¿en el inmenso Leviatan te paras
De horror lleno? Un egército volante
Turba ya el aire en trinos y algazaras.
Ven, no fugaz escape: del gigante,
Libio avestruz al Mosca matizado,
De la tórtola al buitre devorante,
Del cuervo al colorin; del tachonado
Pavon al triste buho, ¿á quién la suma
De especies tantas recorrer fue dado?

En índole, color, grandeza, pluma,
Organos, fuerzas, voz, ¡cuán sabiamente
Ostentó el númen su largueza suma!
¿Y habrá quién no la admire? ¿quién
demente
Los fines niegue, ó que su diestra santa
Cuanto él pudo tener dio á cada ente?
De Filomena el trino su garganta
Pide, y húbola en dote: ala ligera
La garza audaz que al cielo se levanta.
Tal tuvo, y demandára la onza fiera
Suelta garra; y la liebre temerosa
Vencer al viento en su fugaz carrera.
Ni si en familia menos numerosa
Cede en orden el bruto, ni hermosura
A la turba en las auras vagarosa.
Crece la perfeccion, y en su estructura
Va la sustancia orgánica en el suelo
Feliz rayando en su mayor altura.
Genio inmortal, que con sublime anhelo
Su abismo tenebroso has indagado,
Alzando un tanto al universo el velo,
Ven; ¿di las perfecciones que has hallado,
Buffon, en cada cual? ¿dime el destino
Que en la escala animal le has señalado?
¿Cuál orden la materia, que camino

Desde el feo murciélago asqueroso
Sigue hasta el pongo, al hombre tan vecino?
  El sagaz elefante, ese coloso
Animado, y tras él, Jovino, mira
El raton en su nido cavernoso.
  Del rugiente leon, que ciego en ira
Por los desiertos de la Libia ardiente
Con grave paso cernejudo gira;
  Baja del corderillo á la clemente
Mansedumbre, que lame la impía mano
Que alza el cuchillo á herirle ferozmente.
  Sube del asno rudo al soberano
Instinto del castor, en ser dudoso,
Sabio arquitecto á un tiempo y ciudadano.
  Compara ser á ser: maravilloso
Cualquiera en sí, con el inmenso todo,
Jovino, aun lo hallarás mas milagroso.
  ¿Cuál divino saber bastó á dar modo
A tanta relacion? ¿quién tan distinto,
Quién tornar pudo un mismo inerte lodo?
  Desde el orden supremo del instinto
Va lenta la materia descendiendo
En vario sinuoso laberinto
  Al primer elemento: ¿cómo siendo
Una en sí misma á distinguirse empieza,
La primitiva sencillez perdiendo?

¿Cuál es su último grado de rudeza?
¿Y si el fuego es su esencia, en pura nieve
Como se torna?.... ¡inapeable alteza!
¡Abismos del gran Ser, si á ello se atreve,
Mientras yo reverente vos adoro,
El puro querubin sondaros pruebe!
En el ojo y la luz, entre el sonoro
Aire y mi oido fines ciertos veo:
Como obrar puedan, asombrado ignoro.
Solo ofrécese un ser: sagaz rastreo
Su esencia y calidades; ya le admiro
En relacion cumplida con su empleo.
Cada cual es un centro de do tiro
Líneas á los demas: ninguno existe
Sin que otro exista en no finible giro.
El arbol que de pompa el Mayo viste
Debe al hombre su fruto perfumado;
Y antes á seres mil próvido asiste.
Da en sus hojas un pueblo alimentado
De insectos, de aves otro con la fruta;
Y he alli el punzante erizo aun va cargado.
De la tierra el humor su pie disfruta;
En torno empero en su agostada hoja
Calor Noviembre y sales le tributa.
La undosa lluvia apaga la congoja
De la tierra; y del monte en la agria frente

Benéfica la nube á par se aloja.
  Su seno esconde el mineral luciente,
De la insomne avaricia vil cimiento;
Y allí bajó á labrarle el sol ardiente.
  ¿Dónde hallaremos fin, do tome asiento
Tan vasta sucesion? Acaso el hombre....
Un noble orgullo en tu interior ya siento,
  Apenas resonó tan alto nombre;
Y solo para tí crédulo esperas
Que Mayo en flores mil el campo alfombre:
  Los vientos surque el ave con ligeras
Alas: discurra por la selva el bruto;
Y alumbren soles tantos las esferas;
  De todo excelso fin, justo tributo
Todo al hombre dará, que ha merecido
La divina razon en atributo.
  Sí, sí, que él solo ¡ó dicha! es admitido
A la inmortalidad: solo en su seno
El númen su alto ser dejó esculpido.
  Lo demas es vil lodo: él ve lo bueno,
Adora la virtud, lidia, merece,
Y á su autor se unirá de gloria lleno.
  ¿No es, Jovino, verdad? ¿no se engrandece
Tu genio á cima tan gloriosa alzado?
Mas ya otra nueva escala aquí se ofrece.
  Ven; subámosla á par. El hombre atado

El espíritu al barro nos presenta
Con nudo estrecho, sí, mas ignorado.
Él crece con la planta, y se alimenta:
Se mueve cual el bruto, siente y vive;
Y en querer y entender angel se cuenta.
Goza el alma el deleite que recibe
La nariz en la rosa: el alma ordena;
Y el brazo á obedecerla se apercibe.
Si la mente se angustia, desordena
Del cuerpo las funciones: si él padece,
Siente el ánimo á par su acerba pena.
¡Qué de misterios un misterio ofrece!
¿Dónde se obra esta union? ¿cuándo? ¿al formarse
El hombre? ¿y cómo con su fin fenece?
En ciegas conjeturas fatigarse,
Sabios gritar, escuelas reñir veo;
Y tercos no entendiéndose impugnarse.
La causa ocasional colma el deseo
Del uno: la armonía á aquel agrada;
Y otro al fisico influjo da este empleo.
Natura en tanto en magestad velada
Sigue en nuevos milagros, y escarnece
Del saber vano la arrogancia hinchada.
Uno es el nombre: ¡pero cuál le ofrece
El senegal ardiente, el bezo alzado,

Llana la faz que al ébano oscurece!
¿Qué hay entre este comun y el bien formado
Rubio aleman? el patagon compara
Al samojedo torpe y abreviado.
Ve el feo Albino, y la belleza rara
Que á un vil serrallo en tráfico afrentoso
Vende en Bizancio la Georgia avara.
Del hotentote indocil, asqueroso,
Pasa al frances social y delicado,
Del indio inerte al bátavo industrioso.
¡Qué extraña variedad! ¿donde ha empezado?
¿Cuántas sus formas son? ¿dónde natura
Pone el primero, fija el postrer grado?
Corre de pueblo en pueblo: la estatura,
Color, aspecto, voz, uno se ofrece;
Y á hallar bienes al fin otra figura.
El mismo el tipo, sí; ¿mas lo parece
Al que á un tiempo sagaz el hombre mira
Que bajo el polo y cabe el Gánges crece?
Aun mas extraña variedad se admira
En la forma mental. ¡Oh! ¡qué desprecio!
¡Oh! ¡qué respeto celestial me inspira!
Contemplo al gran Neuton; y no hallo precio

Para la humanidad: torno la mente
Al rudo huron, y aun mas la menosprecio.
De la patria en el ara heróicamente
Se ofrece el gran Leonidas; Catilina
Corre á incendiarla en su furor demente.
Sustituyo Lucrecia á Mesalina;
Y á Tito, las delicias de la tierra,
El monstruo parricida de Agripina.
Aquí el hombre en sus cálculos encierra
La fuga del cometa en el vacío;
Y contando alli seis perdido yerra.
Mientra en el mármol rudo el poderío
Sentir del Pitio numen me parece,
Extático en su augusto señorío;
El africano estúpido me ofrece
De informe lodo la deidad mas fea,
Y en su arte igual á Fidias se envanece.
Un futil vidrio al iroqués recrea,
Si absorto Galileo en su ingeniosa
Lente en el cielo inmenso se pasea.
Hora en paz blanda, en sociedad dichosa
Este ser libre de comun concierto
Rinde á la ley su independencia odiosa;
Negándose hora al yugo con pie incierto
Vaga en las anchas selvas, y de un oso
A distinguirle en su rudez no acierto.

Ya la disetra bendice religioso
Que ordenó el universo, allá elevado
Do alzó el Señor su trono misterioso;
Y corre de su lumbre encaminado
Cual fijo norte al lauro inmarcesible,
Que en el Edén eterno le ha plantado.
Ya sumido en tiniebla inconcebible,
Doblando la vil faz al bajo suelo,
Al grito de su ser, sordo, insensible,
El Dios que le pregonan tierra y cielo
Desconoce; ¡oh dolor! ¡y cuál la fiera
La fatal hora afronta sin rezelo!
¿Es este el hombre mismo? ¿tu severa
Profunda reflexion al contemplarle
Tan desigual, tan vario lo dijera?
He aqui el orden, Jovino: el que al formarle
Rey le alzó de la tierra en su nobleza,
Sabio acordó á sus climas apropiarle:
Perfecto aquí, del polo en la aspereza
Le vistió su rudez, en el ferviente
Congo la tizne con que el sol le ateza.
El mismo siempre y siempre diferente:
Del placer y el dolor á par movido,
El bien ansia, y á obrarlo es impotente;
Compasivo en su ser corre á un gemido:

Culpado tiembla, y con severo acento
La olvidada razon truena en su oido.
  Este es el hombre, en su inmortal aliento
Imagen de su autor, que la estructura
Del orbe abarca en su hondo pensamiento.
  ¿Y quién desde él la inmensurable altura
Que corre hasta el gran Ser trepará osado,
Y de una en otra inteligencia pura?
  ¿Quién desde la inferior al abrasado
Mas alto serafin las perfecciones
Intermedias dirá?.... ¿quién lo ha tentado?
  Un santo velo sus sublimes dones
Envuelve misterioso á nuestra mente,
Ciega en mil insondables opiniones.
  Mas iguales no son; ¡quién diferente
Formó un átomo y otro recogiera
Con el angel su diestra omnipotente!
  Acaso alguno absorto considera
¡Suerte inefable! del Señor el seno;
Y en él la creacion abarca entera.
  Otro tal vez de encogimiento lleno
Menos verá sin desigual ventura,
En paz eterna de zozobra ageno:
  O á par que otro de un mundo se apresura
La suerte á moderar, otro al destino
De mil puede regir en paz segura.

Todos cantando en arpas de oro el trino,
Con que al Santo de Santos, de esplendores
Velado, acata el escuadron divino:
Bebiendo entre purísimos amores
De eternal vida en la inexhausta fuente,
Sin ver jamas templados los ardores.
¡O dicha! ¡ó pasmo! ¡ó diestra omnipotente!
¿Quién bastará á ensalzarte? ¿quién la alteza
Jamas vió de tus obras dignamente?
¿Quién ¡oh! de tanta tan distinta pieza
Sintió la proporcion? ¿quién la armonía
De ser tanto, sus fines, su belleza?
Me confundo, me abismo: el alma mia
Se pierde, una flor sola contemplando,
Una de cuantas Mayo alegre cria.
¿Qué sera? ¿qué? si al cielo el vuelo alzando
Ve tanto sol y mundo allá esparcido
Sobre un centro comun sin fin girando;
Y este y ellos, y todo dirigido
Por una sola ley, y acaso en ellos
Millones de entes.... ¿dónde voy perdido?
¿Mas qué? ¿el gran Ser no es poderoso á hacellos?
¿Es de su saber sumo acaso indigno?
¿A qué ese cuento de luceros bellos?

¿Solo á la tierra don tan peregrino,
Inexausto fulgor?... Pues que no alcanza,
Jovino, la razon su alto destino,
Ansieles otro al menos la esperanza.

INDICE.

ODAS FILOSOFICAS Y SAGRADAS.

Salud, lúgubres dias, horrorosos........ 5
¡ *Con qué placer te contemplo*........................ 11
Do quiera que los ojos................................. 18
Ven, mueve el labio mio............................... 21
¿ *Adónde incauto desde el ancha vega*........... 28
Delio, cuantos el cielo................................ 42
¡ *Primero, eterno Ser incomprensible*............ 44
Ven, dulce soledad, y al alma mia............... 49
¡ *Ay*! ¡ *con qué voces en tu amargo duelo*....... 62
¿ *Es el orgullo, es la razon quejosa*............... 64
¿ *Oyes, oyes el ruido*..................................... 70
¿ *Por qué, por qué me dejas*?........................ 76
Salud, ó sol glorioso.................................... 78
¡ *Oh*! ¡ *cuán hórridos chocan*............................ 84
Rápida vuela por el aura leve....................... 89
¿ *Do estoy*? ¿ *qué presto vuelo*......................... 92
Don grande es la alta fama......................... 99
En medio de su gloria asi decia.................... 110
¡ *Oh gran naturaleza*...................................... 113
Señor, á cuyos dias son los siglos................. 121
Tronó indignado el cielo................................ 123

Cantemos al Señor, que engrandecido......... 130
Deten el presto vuelo............................... 133
Hasta en los grillos venturoso siento............ 140
Silencio augusto, bosques pavorosos............ 148
Benigno en fin el cielo............................... 155
¿Cuándo el cielo piadoso........................... 160
No en tan curioso anhelo........................... 161
Huye, pensamiento mio.............................. 176
No es sueño, no ilusion: las arpas de oro..... 181
¿Dónde la mente en tus etéreas alas............ 188

LA CAIDA DE LUZBEL, CANTO EPICO.

Di, musa celestial, de donde pudo............. 213

ELEGIAS MORALES.

¡O loca ceguedad! ¿será que rompa............. 243
Cuando la sombra fúnebre y el luto............. 246
¿Dónde hallar podré paz? ¿el pecho mio...... 253
¡Con qué silencio y magestad caminas.......... 258
¡Qué sedicion, ó cielos, en mí siento........... 263
Virtud, alma virtud, don inefable................ 271

DISCURSOS.

Por un valle solitario........................ 283
¿*Nació, Amintas, el hombre*........................ 299
¡*Desfallece mi espíritu la alteza*.................. 312

